



Pío Baroja

EL CURA
DE
MONLEÓN

Lectulandia

La más ambiciosa de las novelas de Baroja en tiempo republicano es *El cura de Monleón*. Afronta por única vez un personaje problemático, cura en la localidad industrial guipuzcoana de Mondragón (Monleón), e inserta su biografía en los acontecimientos históricos del período, sin olvidar el levantamiento obrero de octubre de 1934, y trata de abordar un problema de mayor calado, la tensión entre creencia religiosa y laicismo. Como siempre, entra en escena un médico, el doctor Basterreche, «muy escéptico y de ideas revolucionarias», pero que como otros colegas suyos acaba convirtiéndose en la voz de Baroja y abandonando el socialismo. Tampoco le gustan los nacionalistas vascos, que rivalizan con aquéllos.

Nuestro cura se aparta de unos y otros, si bien sus tonos más negros se reservan para «el obrero venido de fuera, el forastero [que] se mostraba casi siempre extremista insolente y desvergonzado». Desde la condena del movimiento revolucionario la novela se deslizará hacia una problemática religiosa. A fin de cuentas, Miguel Pérez Ferrero, en *Baroja en su rincón*, nos describe al escritor donostiarra durante su segunda estancia parisina, en la guerra civil, ocupado en la lectura de los Evangelios.

Lectulandia

Pío Baroja

El cura de Monleón

La juventud perdida - 2

ePub r1.1

Artifex 03.09.14

Título original: *El cura de Monleón*

Pío Baroja, 1936

Diseño de cubierta: Artifex

Editor digital: Artifex

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Monleón se encontraba en el nudo en donde se atan las tres provincias vascongadas, en la parte de montes más altos, más rudos y selváticos.

La mañana de abril, lluviosa y fresca, había traído una tarde de cielo claro, con un sol brillante. Para los sabios meteorólogos monleoneses éste era indicio de la poca seguridad del tiempo.

En aquellas horas primeras de la tarde había poca gente en las calles, la mayoría estaba en la mesa acabando de comer.

Las dos peñas puntiagudas que se divisan desde los extremos del pueblo y de los altos próximos, ingentes y grises, se destacaban sobre un cielo limpio y azul con algunas nubes caprichosas y blancas. Una de aquellas peñas, completamente desnuda, se mostraba con sus piedras de color de ceniza; la otra, con la parte baja cubierta de matorrales, ostentaba la cumbre rocosa sin vegetación alguna.

Desde el cerro más próximo a Monleón, cubierto de árboles, el de Santa Bárbara, se veía el caserío de la villa, en su totalidad nuevo, las paredes negruzcas de la iglesia, después las instalaciones de la fábrica vieja próxima al río con sus tejados rojos negruzcos y los edificios modernos de los talleres con unas cubiertas de cemento convertidas en estanques rectangulares llenos de agua azulada. En ellos se reflejaba el paso de las nubes blancas por el cielo brillante.

Se oía la campana aguda de un convento de monjas.

La casa del cura, casa antigua y pequeña, con entramado de madera, algo retirada de la línea de la calle, se encontraba a la entrada del pueblo. Tenía por delante un raso de piedra, al que se subía por varios escalones. Era de dos pisos además del bajo. En éste había puerta y ventana; en el primero, también ventanas, y en el segundo, un balcón corrido de madera cerrado en ambos extremos por una mampara con cristales.

Por atrás, la casa daba a una huerta circunscrita por la tapia. Esta tapia corría a lo largo de las dos paredes laterales hasta el río, donde terminaba. Por la parte de la calle, cerrando el espacio entre la casa y la otra próxima, una verja mostraba rosales floridos llenos en el momento de rosas rojas.

Hacia el fondo, la huerta se contorneaba por uno de los riachuelos que rodeaba el pueblo y tenía como límite un pretil de mampostería.

Al entrar en la casa se pasaba a un zaguán un poco oscuro embaldosado y húmedo. A la derecha partía la escalera, de madera de castaño un poco podrida, con gruesos barrotes torneados y que ascendía al primer piso; a la izquierda se encontraba la cuadra, convertida en leñera, con una reja con tela metálica a la calle. Enfrente de la entrada se abría una puerta que daba a una antigua sala transformada en comedor y a la cocina. La antigua sala y la cocina se comunicaban.

En el piso principal había un gabinete, el despacho del cura, la habitación de una

pariente suya y su alcoba y arriba el desván y el cuarto de la muchacha.

En la parte de atrás de la casa, hacia la huerta en el segundo piso, avanzaba una galería de cristales, a la cual cubría en parte una parra llena en el momento de hojas nuevas.

En aquella hora el cura, don Javier Olanan, hablaba en el comedor de su casa con uno de los médicos del pueblo, el doctor Basterreche.

El cura era hombre esbelto, de mediana estatura, con el óvalo de la cara alargado, los ojos claros, el pelo castaño y las manos delgadas y finas. El médico, más alto, desgarrado y rubio, un poco huesudo, tenía aire sonriente.

El comedor, habitación no blanqueada, antigua sala de la casa, mostraba un papel viejo, gris, con guirnaldas y pastorcitos y una ventana ancha, de guillotina, a la huerta. En una pared de este comedor se levantaba un armario tosco de castaño, con la vajilla de porcelana con ribetes dorados, y en la otra pared, la chimenea alta y ancha en donde ardía un hermoso fuego de leña. En medio del cuarto se veía la mesa con mantel blanco y encima una lámpara eléctrica y una pantalla de tela bordada por la señora pariente del cura que vivía con él.

La ventana ancha tenía cortinas para cuando entraba demasiado sol.

En un rincón se erguía un reloj antiguo inglés, regalo de un abuelo de Javier, reloj que, según contaba el cura, había estado mucho tiempo parado en la cocina de un caserío.

En el cuarto entraba la luz verdosa reflejada en el monte próximo.

Mientras hablaban el cura y el médico, la señora preparaba el café en una cafetera que calentaba en una lámpara de alcohol.

—¿Usted lo quiere solo? —preguntó al médico.

—Sí, solo.

—¿Y tú? —dijo al cura.

—Yo muy poco.

Por la ventana se veían los árboles de la huerta, perales y manzanos, llenos de flor; en el fondo, hacia el río, un pabellón pequeño, verde, y a su alrededor macizos de rosales con capullos rojos y blancos y dos lilos llenos de ramilletes morados.

Un camino bordeado con tiestos iba directamente hacia el pabellón y, a su lado, un sauce inclinaba sus ramas sobre el río.

El cura y el médico charlaban animadamente. El médico, hombre todavía joven, de veintisiete o veintiocho años, tenía una historia amorosa lamentable. Casado hacía poco con una señorita rica del pueblo le había ido tan mal en el matrimonio que estaba separado y pensaba divorciarse. El cura don Javier le exhortaba a que no lo hiciese.

—Yo comprendo que a ti no te haga gracia mi resolución, pero ¿qué quieres? —dijo el doctor Basterreche—. Yo no estoy dispuesto a vivir ligado a una mujer

estúpida y de malas intenciones. Por lo menos, quiero estar suelto.

—Pero ¿a qué te comprometes el matrimonio si estás de hecho separado?

—Me comprometo a muchas cosas.

—No sé; yo no lo veo así.

—Yo, que soy el interesado, sí lo veo. No quiero tener que ver nada con ella. La reconciliación es imposible. Vale más la ruptura completa y el divorcio.

—¡Parece mentira que te equivocaras de esa manera, Joshe Mari!

—Yo ya sé que me equivoqué; quizá pudiera decir mejor que, en parte, me equivocaron.

—Ya te lo advertí.

—Es verdad. Hice mal en no seguir tus consejos. Yo no soy un hombre exigente, pero ¿cómo iba a creer que esa mujer fuera una bestia semejante? Una mujer que, porque es rica, le dice a uno: «Tú no has comido nunca de este modo; tú has sido siempre un pobrete. No sabes lo que es una habitación elegante». No, no es posible vivir con ella.

Se cruzaron entre el médico y el cura argumentos a favor y en contra del divorcio, desde un punto de vista general y particular.

Mientras hablaban, la criadita de la casa, la Eustaqui, iba y venía por el comedor y escuchaba con curiosidad lo que decían.

—Vete —le dijo la señora, la tía Paula—, no necesitas oír lo que se está hablando aquí. Son cosas que no te conviene saber.

—¡Qué curiosidad tiene esta chica por lo que se dice! Yo creo que hasta levanta las orejas como los perros para oír —observó el cura.

—¡Pobrecilla! —dijo el médico—. Es muy simpática.

—No, si yo le tengo también simpatía y cariño; es muy buena chica y está muy unida a nosotros.

La Eustaqui tenía una cara infantil de bondad, de ingenuidad y de gracia.

Charlaron después el médico y el cura de la lucha política del pueblo exacerbada desde la República. El médico tenía relaciones bastante estrechas con los socialistas. El cura encontraba a éstos demasiado limitados y fanáticos.

—¡Qué van a ser! —repuso el médico—. No tienen más remedio que ser así.

En esto se oyó el resonar trepidante de un automóvil, y sin llamar a la puerta se presentaron en el comedor tres muchachas y dos jóvenes.

Una de ellas era la hermana del cura. Se llamaba Pepita. Se abalanzó sobre Javier y le besó repetidas veces. Después besó a la tía Paula con mucha menos efusión.

—Estás un poco flaco —le dijo después a su hermano, mirándole cariñosamente.

Pepita, la hermana del cura, tendría entonces diecisiete o dieciocho años. Era muy guapa, muy vistosa y, al parecer, de genio alegre y turbulento.

—Éstos son amigos míos de San Sebastián —dijo mostrando a los recién venidos

—. Belén y Marichu —añadió presentándolas—, dos amigas y condiscípulas; el hermano de Belén que es nuestro *chauffeur*, y este joven, que es estudiante de medicina y novio o pretendiente de Marichu.

El médico y el cura saludaron a los recién llegados. El joven *chauffeur* indicó:

—Voy a dejar el auto en la plaza, porque aquí en la calle puede estorbar.

—Sí, será mejor —le dijo el cura.

El joven que hacía de *chauffeur* habló de lo que le pasaba al automóvil con muchos detalles técnicos. Cuando se fue, el doctor Basterreche dijo con cierta ironía:

—Nuestros jóvenes tienen la pedantería mecánica. Hablan del automóvil como si lo hubieran inventado.

La tía Paula llevó a las chicas al cuarto de baño para que se lavaran y se arreglaran un poco. Al volver, Pepita se acercó de nuevo a su hermano, le observó atentamente y le besó repetidas veces.

—Bueno, bueno, basta ya.

—Bésele usted, que le gusta —dijo el médico.

—Pues si es así, le besaré otra vez.

—¡Qué pesada te pones, chica, con tanto besuqueo!

—A ti se te puede besar. No tienes ese olor a cura que es también un olor de solterona.

—¡No seas cínica, Pepita!

—Te advierto, Javiercho, que pienso venir aquí a pasar unos días con vosotros la semana que viene.

—Sí, sí; cuando quieras.

—Tengo que cuidarte, porque estás un poco flaco. Supongo que la tía Paula no te da las cremas y los flanes que a ti te gustan tanto.

—¡Qué chica más insoportable! No hace más que poner en evidencia los defectos de uno.

—Tú no tienes defectos.

—¿Crees tú?

—Claro que sí.

—¿Qué dice el padre? —preguntó el cura—. Ahora no dirá que soy *donoshtiarra*. *Donoshtiarra* es una manera un tanto desdeñosa de llamar a una persona nacida en San Sebastián.

—No; ahora dice que te estás haciendo un poco protestante —contestó Pepita.

—¡Qué tontería!

—¿Dónde está la Eustaqui? Quiero ver a esa *neskatilla* (a la muchachita).

—Estará en la huerta si no está en su cuarto.

—Voy a verla.

Pepita salió y volvió en seguida.

—Qué, ¿le has visto a la Eustaqui? —preguntó Javier.

—Sí. Está escribiendo. La he dejado por eso.

—¿Es que ha aprendido a escribir?

—Sí, es una chica lista. Bueno, vamos a la huerta. ¿Sigue la tortuga en la fuente?

—Sí.

—¿Ya nos dejarás coger unas flores?

—Sí, todas las que quieras.

—Pero no nos estropeéis las plantas —advirtió la tía Paula—. Llevad unas tijeras para cortar las flores y no quitéis los capullos.

Pepita, con sus amigas y uno de los jóvenes, salió a la huerta y estuvieron cogiendo rosas y lilas e hicieron un ramo con ellas.

Pepita se parecía poco a Javier; eran hermanastros, hijos los dos del mismo padre. Sin duda ella y él habían salido a sus respectivas madres.

Al volver al comedor con su ramo de flores, Pepita dijo a sus amigas.

—Aquí donde le veis, mi hermano es un santo. En esta casa se respira santidad.

—¡Hum! —dijo el médico.

—¿Es que usted no lo cree? Es mucho atrevimiento.

—No; su hermano de usted es un epicúreo refinado; él no quiere el tráfago desagradable de la vida, no; él quiere la música, el arte, la huerta bien cuidada, la casa que huela bien.

—No le hagas caso.

—No le hago.

—Es igual, yo estoy convencido. Javier no es un santo, afortunadamente para él. Un santo no puede ser más que un loco o un tonto.

—¡Qué teoría!

—A mí me parece así. Un hombre con un sentido de la vida un poco amplio no puede ser un santo. Un santo tiene que ser un fanático. Y Javier no lo es. Es un epicúreo, un artista que huye de la fealdad de la vida. ¿Es cierto o no?

—Sí, hay algo de cierto —contestó el interesado.

—Mucho.

—Pero yo lo siento que sea así.

—Yo no.

—Bueno, hemos hablado demasiado de mí. ¿Qué vas a hacer tú, Pepita? ¿Vas a estudiar como dijiste? —preguntó Javier.

—Sí; creo que me voy a hacer farmacéutica. Ya he terminado el bachillerato; ahora voy a empezar a estudiar física y química; ya veré si me gustan estas cosas.

En la manera de expresarse se veía en Pepita una chica enérgica y decidida.

El doctor Basterreche la felicitó por su transformación por haberse convertido en los seis o siete años en los cuales no la veía él en una muchacha tan lozana y tan

esbelta.

—¿Pero usted me ha conocido a mí? —preguntó ella.

—Sí, claro que sí.

—Pues yo no le recuerdo.

—Sí, chica, te debes de acordar —indicó Javier—, José María Basterreche, que solía ir algunas veces en San Sebastián a nuestra casa.

—¡Ah, sí! Ya caigo. Pero usted tenía antes una hermosa barba rubia.

—Sí, la abandoné a su propia suerte —contestó el doctor riendo.

—Ahora parece usted el hijo del Basterreche de antes.

—Pues sigo siendo el mismo.

—¿Usted es el que se casó con una millonaria y tuvo luego una serie de dificultades y de disgustos?

—El mismo.

—Chica, ¡qué falta de consideración! No se dicen las cosas así, de una manera tan clara y tan ruda —observó Javier.

—Yo no las sé decir de otra manera.

—Veo que eres muy salvaje, Pepita.

—Prefiero ser salvaje que no hipócrita.

—Basterreche, nuestro amigo, ha sufrido mucho su mala suerte y hasta ha tomado el hábito de beber con exceso. Yo le predico, aunque sin resultado.

—Sí; es una mala costumbre que estoy adquiriendo. El otro día me sentía tan decaído que me bebí casi media botella de coñac y en el momento que estaba más entontecido me vinieron a llamar para una consulta de un enfermo grave. Se me ocurrió un recurso de bastante mal gusto, pero que me sirvió muy bien. Me puse la sonda del estómago, me hice un lavado y al poco tiempo ya tenía la cabeza despejada y pude entender lo que me dijeron.

Pepita hizo un gesto de repulsión.

—¿Le parece a usted mal?

—Me parece sencillamente una majadería.

—¿Qué encuentra usted una majadería?

—Eso de beber porque estaba usted decaído. ¡Ni que fuera usted una señorita tonta!

El médico enrojeció y se quedó un poco confuso.

—No hay que tener opiniones tan tajantes —replicó Javier dirigiéndose a su hermana—. Tú abrumas a las personas.

—Yo no sé decir más que lo que me parece —contestó ella.

El desaliento y el dolor del médico se comentó entre las muchachas.

Se discutió si estaba legitimado o no el desesperarse por una cuestión de amores desgraciados. A ellas les parecía bien y mal.

—En esta cuestión de los amores —afirmó Javier— es necesario elegir con acierto para no volverse atrás. Hay muchos hombres y muchas mujeres en el mundo y no es cuestión de precipitarse.

—Sí; hay muchas mujeres y muchos hombres —replicó con viveza Pepita—, pero a una mujer le puede gustar un hombre solo y no los demás, y a un hombre pasarle lo mismo con las mujeres. Yo te quiero a ti, que eres mi hermano, y podrían decirme: «Hay otros hombres en el mundo», pero a mí eso no me importa, porque yo le quiero a Javier.

El doctor Basterreche, que durante un momento había quedado un poco mustio y cariacontecido, reaccionó con la conversación.

—Su hermano de usted —dijo dirigiéndose a Pepita— cree que todas las mujeres andan detrás de los hombres y eso no es verdad, porque hay muchos hombres que no tienen suerte con las mujeres, como yo, por ejemplo.

—¿Usted no tiene suerte?

—Ninguna. En cambio su hermano de usted es muy solicitado.

—No digas tonterías.

—¡Qué tonterías! Es verdad. Lo he visto muchas veces. Que tú lo aceptes o que no lo aceptes, es otra cosa. Ya sé que no lo aceptas y que eres un buen cura, a pesar de que te tengo por un epicúreo; pero que tienes éxito, es evidente. Se derriten por él; debíamos de cambiar de oficio; tú debías ser el médico y yo el cura. Un chulo de Madrid diría que eres un castigador, sin proponértelo, claro es. Que se muestre amable o duro es lo mismo. Siempre andan alrededor de él. Su tía le adora, las beatas le adoran, la criada, la Eustaquí, le adora; usted, que viene de sopetón, también parece que le adora. Esto es demasiado y yo protesto en mi fuero interno de una injusticia semejante.

Pepita se echó a reír.

—Este Joshe Mari es un fantasioso —dijo Javier.

—Nada de eso; digo sólo la verdad.

—Pero mi hermano, aunque usted no lo crea, es un santo y lo merece todo; en cambio usted, al parecer, es un pecador.

—Es verdad; un pecador a quien yo no puedo convencer para que vuelva al buen camino —dijo Javier.

Todos se rieron.

—La vida del cura está hecha de sacrificios —añadió Pepita.

—Cierto —contestó el doctor—; pero la vida de sacrificios es más agradable casi siempre que la de amarguras.

—¿Cree usted?

—Así me lo parece. La vida corriente es una porquería. Se dice luchar. Luchar con armas nobles es magnífico, pero luchar con la bajeza, con la intriga, con la

villanía... es asqueroso, y eso le pasa a casi todo el mundo.

—Bueno, dejemos cosas tristes.

—Anda, canta un poco —indicó Javier al doctor poniéndose él al piano.

El médico se dispuso a cantar. Tenía una voz agradable de barítono. La primera canción que cantó en vascuence fue una dedicada a un Basterreche, sin duda mozo de caserío, canción, como muchas del país, de música muy romántica y de letra muy pedestre.

*Bautista Basterretxe
mutiko pijua
niri gurdi-ardatza,
ostuta dihoa.*

(Bautista Basterreche, guapo mozo, se escapa después de robarme el eje del carro).

—Ahora hay que lucir la voz —dijo el cura, y preludeó una canción de Iparraguirre *Nere amak baleki* (Si mi madre lo supiera).

El médico cantó:

*Zibilak esan naute biziro egoki,
Tolosan behar dela gauza erabaki.
Giltzapean sartu naute poliki-poliki,
negar egingo luke nere amak baleki.*

(Los guardias civiles me han dicho, amablemente, que en Tolosa tengo que resolver esta causa. Me han encerrado bajo llave, bonitamente. Mi madre lloraría si lo supiese.)

Al terminar el médico su canción, se aplaudió.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —dijeron todos.

—¡Qué bien pronuncia el vascuence! —exclamó Belén, a quien, al parecer, no disgustaba el médico.

—Este Iparraguirre era siempre un poco llorón observó Basterreche.

—A ver, toca tú también —dijo Pepita a una de sus amigas, a Marichu.

—No, yo toco muy mal al lado de tu hermano.

Marichu se dedicó a un trozo de ejecución difícil y lo hizo con habilidad, pero con muy poco sentimiento.

Javier tocó después un minué de Mozart.

—¡Qué hombre! ¡Qué elegancia! ¡Qué perfección! —exclamó Basterreche extasiado.

—La del autor, no la mía —dijo Javier.

—La de los dos.

—¡Cómo toca mi hermano! Es un virtuoso en todo —dijo Pepita.

En esto se oyó a lo lejos la música que sonaba en la plaza, con el *txun txun*.

Javier preludeó en el piano la canción de la romería de San Antonio de Urquiola, a la que van las chicas a buscar novio.

Aita san Antoniyo

Urkiolakoa.

(Padre San Antonio el de Urquiola.)

La canción, muy alegre, con un ritmo de música de tamboril, terminaba con el estribillo que cantó Javier:

Lau, lau, lau,
dotea badut baina.

Lau, lau, lau,
Bergaran utzi nau.

(Lau, lau, lau, ya tengo dote. Lau, lau, lau, pero [el novio] me ha dejado en Vergara.)

—Eso es lo que dice la chica —observó Basterreche—, porque el mozo canta:

Lau, lau, lau,
dotea badut baina.

Lau, lau, lau,
ardoak afaldu nau.

(Lau, lau, lau, ya tengo dinero. Lau, lau, lau, el vino me ha perdido.)

—Vamos —dijo Pepita—, vamos a la música; vendremos a merendar antes de marcharnos.

—¿Para qué vamos a molestar en la casa? —repuso uno de los jóvenes—. Merendaremos en el café.

—Es verdad, tiene razón.

—No hay molestia ninguna para nosotros —replicó la tía Paula.

—Sí, sí; hay molestia. Vendremos a despedimos.

Se levantaron todos y también el doctor Basterreche.

—¿Va usted a venir? —le preguntó Pepita.

—Sí; si no les estorba a ustedes el acompañamiento de un majadero, iré también.

—No, no nos estorba.

Se fueron todos y se quedaron Javier y su tía en casa.

—¡Qué bien está Pepita! —dijo Javier.

—Sí, está muy guapa.

—¿Y la Eustaquí? ¿Por dónde anda?

—No sé dónde estará, quizá siga escribiendo.

—Dile que vaya un poco a la plaza. ¿Qué va a hacer esa chica siempre aquí metida?

—Ya le diré; pero no querrá, es muy rara. Ahora se le ha metido en la cabeza aprender a leer y a escribir.

—Eso está bien.

El cura, que tenía el libro de música abierto sobre el piano, siguió tocando a Mozart y a Haydn.

Unas horas después, al anochecer, se presentó el grupo donostiarra en la casa, hubo saludos y besos, montó la grey juvenil en el auto y se marcharon todos alegremente, saludando con las manos y con los pañuelos.

PRIMERA PARTE

EL SEMINARIO

Javier Olaran hacía ya tiempo que vivía en Monleón, de cura. Tenía entonces treinta y tres o treinta y cuatro años. Era hombre de ojos grises, pelo rubio oscuro, cara un poco larga y atezada y tipo sonriente. Hablaba con perfección el vascuence, con cierta suavidad el castellano; sentía mucho la música e improvisaba en el piano canciones con gran facilidad.

El padre de Javier, Francisco Olaran, era navarro, de un pueblo de la cuenca de Pamplona; la madre, muerta hacía tiempo, una guipuzcoana de la parte alta de la provincia, de lo que se llama en el país el Goyerri. Se conocieron los dos en San Sebastián, donde ella trabajaba de modista. A Olaran padre, moreno, esbelto, de ojos claros, podía considerársele como tipo del vasco ibérico; la madre, rubia, sonriente, de carácter apacible, era la vasca guipuzcoana y cantábrica. Don Francisco se mostró un tirano en su casa. De joven, estudió para cura. Muy absolutista y mandón y seguro de sí mismo, todo lo que hacía él estaba bien hecho; todo lo de los demás era defectuoso, malintencionado y absurdo. Cambiaba de opinión con frecuencia, y cuando sucedía esto, sus antiguas creencias, que consideraba erróneas, eran otros, según él, los que las defendían.

A los cinco o seis años de estudiar en el Seminario dejó la carrera de cura, se hizo contratista y se casó con la madre de Javier. Años después quedó viudo con dos hijos y contrajo nuevas nupcias con una señorita de buena posición. Por entonces llegó a adquirir fortuna, y la acrecentó durante la guerra europea. Era dueño de varias casas en San Sebastián.

De los dos hijos de su primera mujer, el mayor, Ignacio, se parecía al padre; el segundo, Javier, a su madre. Del nuevo matrimonio tuvo una hija, Pepita, muy diferente a sus hermanos.

Javier, que había oído a su padre hablar de sus ilusiones de chico, de ser cura, las adoptó, y cuando le llevaron al caserío de sus abuelos maternos, cerca de Albistur, le decía a la abuela con frecuencia:

—*Amona, ni nahi nuke apaiz izan.* (Abuela, yo quisiera ser cura.)

A la abuela, que el ser padre cura le parecía gran categoría, le encantaba la idea y solía ayudar a su nieto a poner una mesa cubierta de tela, blanca y encima unas luces para que el chico hiciera como que decía misa.

La familia de la madre de Javier, que vivía en San Sebastián, estaba constituida por la tía Micaela y su hermana Paula. Doña Micaela era viuda de un militar, con quien se casó cuando estaba de maestra. Esta señora tomó pronto un aire de gran dama. La tía Paula era soltera, ya de alguna edad, y consideraba a Javier como a un hijo.

Don Francisco nunca tuvo estimación ni entusiasmo por el carácter de Javier; le parecía sentimental y débil. «Demasiado *donoshtiarra*», solía decir con frecuencia, porque a aquel navarro el ser de la capital de Guipúzcoa, provincia más suave y amable que la suya, le parecía algo decadente y blando.

Don Francisco, cuando oyó que su hijo menor quería ser cura, aceptó la idea.

A la madrastra le pareció bien. No tenía gran cariño por Javier; quizá estaba un poco celosa de que produjera tantas simpatías en la familia, y quería alejarlo.

La vocación de Javier para el sacerdocio no era muy clara; ciertamente no le gustaba aquella vida activa de su padre, el cual andaba siempre con pleitos, riñas y protestas, unas veces, sin duda, porque tenía razón y otras porque no la tenía, pero no demostraba un espíritu devoto y místico. Tampoco soñaba con llegar a altos cargos de la Iglesia y mandar como un gran jefe. Él quería una vida de pueblo tranquila, apacible.

La tía Paula y la tía Micaela no veían con gusto la vocación de su sobrino; les parecía que podía aspirar a más alta posición, y con la idea de apartarle de su propósito le obligaron a estudiar el bachillerato en San Sebastián.

Cuando concluyó éste, todavía pensaron enviarle a Pau, a un colegio, a que aprendiera francés e inglés, y estuvo allí dos años.

En el colegio trataban a los alumnos como a jóvenes caballeros y solían llevarlos de visita a casas aristocráticas.

Una pequeña aventura con una muchacha de su edad, una francesita que le invitó a Javier a ir con ella a un pabellón de noche, estuvo a punto de acabar su reputación de joven virtuoso y de apartarle del camino de la Iglesia.

Las dos tías de Javier le impulsaron a estudiar música, para ver si se distraía de su idea de ser cura; pero Javier era terco dentro de su suavidad, y no quería abandonar sus planes.

Don Francisco Olanan no creía que su hijo tuviera mucha vocación de cura, y había dicho repetidas veces que si quería estudiar estudiara, como todos los demás, en las condiciones generales.

El hombre era muy partidario de la igualdad en tratándose de los demás. La tía Paula y la tía Micaela no querían dejar solo en el Seminario a su sobrino, sobre todo los primeros años de su vida. Discutieron las dos si sería mejor llevarlo interno a Vitoria o no; se enteraron de las condiciones de estudio y decidieron que mientras pudiera cursar como externo lo hiciera así. Le acompañaría la tía Paula.

El bachillerato ya aprobado le evitaba muchos de los estudios de la latinidad. Por entonces, excepción hecha de los dos últimos años de teología, en que era obligatorio el internado, se podía estudiar de externo.

La tía Paula decidió instalarse con su sobrino en Vitoria y vivir con él hasta que llegara al internado.

La tía Paula era alta, seca, de aspecto severo, con anteojos, muy buena persona, con un gran cariño por su sobrino, dispuesta a todo por él, con un corazón maternal a pesar de su aire adusto. La tía Paula y Javier fueron a visitar a un canónigo, don Pedro, que había conocido a doña Micaela en San Sebastián. Don Pedro les recibió muy atentamente. Al saber que Javier había estudiado el bachillerato y cursado después en un colegio de Pau, les dijo que los bachilleres estaban exentos de los estudios de latinidad y que se les exigía un examen de reválida ligero, pero como él suponía que el joven estudiante estaría poco fuerte en latín, creía que antes de hacer el examen de reválida le convendría practicar el idioma del Lacio. Suponía que no tendría prisa.

A Javier le pareció bien la idea y comenzó a ir al Seminario de Aguirre a cursar la latinidad. La tía y el sobrino fueron a establecerse a una calle nueva de Vitoria, del barrio de la Estación.

La casa que alquilaron estaba enfrente de un jardín que en el invierno mostraba el entrecruzamiento de ramas grises, y en la primavera, grandes árboles frutales llenos de flores blancas.

La calle era ancha, limpia y tranquila. El primer año lo pasaron muy bien. Javier se encontraba a gusto con sus libros y sus cuadernos.

Una asistenta ya vieja les arreglaba la casa y les hacía la comida y se marchaba después de cenar.

Había por entonces en Vitoria dos Seminarios: el Seminario de Aguirre y el Conciliar. Los dos estaban, cerca uno de otro, en el Campillo o barrio alto. El primero en una casa de la antigua Sociedad Económica Vascongada. El segundo, construido en 1883, tenía el título de *Siminarium Conciliare*.

El Seminario de Aguirre fue creado por un cura de este apellido a mediados del siglo XIX.

Domingo Ambrosio de Aguirre era un clérigo alavés, escapado de España en tiempo de la Guerra de la Independencia. Se instaló en Cuba y allí se dedicó a su ministerio y al mismo tiempo a la plantación de cafetales. Se hizo rico, volvió a Vitoria y entonces decidió emplear parte de su fortuna en crear un Seminario. Eligió la casa de la Sociedad Vascongada de Amigos del País, en el pueblo viejo, cerca de la Catedral, casa con una portada del Renacimiento. Al principio, el Seminario de Aguirre era completo y se cursaban en él todos los estudios; tenía becas gratuitas y aceptaba alumnos internos; luego fue especializado, destinado a los estudios de latinidad.

Tiempo después, en el Seminario de Aguirre tenían beca gratuita los descendientes del fundador, y se llamaba patrono al catedrático que los representaba en las reuniones del Consejo de Administración.

Entre los dos Seminarios se estudiaban los tres cursos reglamentarios: cinco años de latín, tres de filosofía y cuatro de teología. Los dos últimos de teología se pasaban en el internado; los cuatro primeros de latín se daban en el Seminario de Aguirre.

Javier, en este Seminario, siguió algunas asignaturas sueltas; estaba flojo en latín y en estudios clásicos. Tenía compañeros más pequeños que él, pero como no era muy alto ni muy corpulento, no parecía mayor que sus condiscípulos; al revés, parecía más infantil que muchos.

Los estudiantes de cura no se conocían entre ellos. Para los latinos, los que estaban en el Seminario Conciliar, filósofos y teólogos, eran veteranos. Javier no era un estudiante empollón; no tenía tampoco mucha memoria ni agresividad en las discusiones. Era simpático a la mayoría de los profesores, que le trataban con cierta distinción especial, considerándole como muchacho rico y de porvenir. Tenía la superioridad de saber francés e inglés. Las calificaciones del Seminario eran *meritus*, *benemeritus* y *meritissimus*.

Javier fue *meritissimus* muchas veces sin merecerlo.

En el Seminario de Aguirre se estudiaba bien el latín y la retórica, aunque de una manera antigua; lo demás, la geografía y la historia, medianamente.

Javier insistió en la composición latina y en la retórica, materia para él difícil y

poco agradable.

Al terminar el curso marchó a su casa de San Sebastián con la tía Paula. En San Sebastián no se encontraba bien con su padre; no sentía gran afecto por él; era don Francisco siempre un poco duro y seco. Tampoco quería a su madrastra, que le miraba como a un rival; en cambio, experimentaba cariño por sus dos tías y sobre todo por su hermana Pepita, de doce o catorce años menos que él y entonces niña, con la que jugaba constantemente.

La gente de verano, los forasteros, le hacían poca gracia, y Javier solía ir muchas veces a los alrededores de San Sebastián, a ver el mar hasta hartarse. Lo que más le ocupaba durante las vacaciones era la música. Oía todos los conciertos y se dedicaba a tocar el piano.

También en la época del calor iba una temporada al caserío de su abuelo materno, caserío del monte Ernio, del cual se divisaban magníficas vistas.

Como en una aldea próxima, en Baliarrain, había un cura que daba lecciones de latín, fue a sus lecciones. Muchos otros seminaristas que vivían cerca iban también a casa de aquel señor a perfeccionar sus estudios.

El cura, latinista consumado, a quien quisieron llevar varias veces de profesor al Seminario, no quería salir de su aldea.

Con el estudio del verano, Javier adelantó mucho.

Como se decía entre los seminaristas, el latín cuando es malo no hace efecto ni aun en el diablo.

Así, se cuenta que un lego cogió una vez un libro de exorcismos y lo leyó de tan mala manera y a gritos, delante de un endemoniado, que el diablo, que conocía un poco mejor su oficio, le dijo al lego en lenguaje un poco macarrónico: *Si non parlas mellioren latinan, non salibo*.

Un tipo curioso era el cura de una aldea de la falda del monte Ernio. Éste dejaba todo el sueldo en duros y en pesetas encima de la mesa de su despacho y los iba repartiendo a los pobres. A pesar de ello, tenía mala fama. Javier no se lo explicaba; creía que era un error y una falta de conocimiento de la gente, pero existía una explicación. Entre los curas de los pueblos próximos había mucha política, y aquel hombre, piadoso y de espíritu cristiano, se dejó decir una vez que la salvación la podía conseguir toda persona buena, humilde y caritativa.

Esto, naturalmente, era una falta.

El otro cura, el latinista campestre de Baliarrain, sentía entusiasmo y adoración por los poetas paganos, Virgilio y Horacio sobre todo. Para él la literatura posterior no debía tener el menor interés.

El padre de Javier solía decir con frecuencia hablando de su hijo:

—Este chico no tiene vocación de cura. Lo que le pasa es que es terco, y como se le ha puesto eso en la cabeza hará su tema.

Al año siguiente, después de hacer la reválida de latinidad, Javier empezó a cursar filosofía y pasó al Seminario Conciliar. Allí se aplicó algo más. Se estudiaba la filosofía escolástica.

Javier aprendía sus lecciones mecánicamente, sin preocuparse de si las teorías de los libros le parecían bien o mal.

El Seminario era una gran incubadora de clérigos para el país vasco; pretendía conservar e intensificar el espíritu católico de las provincias y quería ser un baluarte contra la indiferencia y la inmoralidad.

La tendencia de que no hubiera estudiantes libres comenzó a marcarse por entonces entre los directores del Seminario; luego se pretendió acabar con los externos. Así, durante todos los cursos, los alumnos vivirían en el internado. Muchos de los estudiantes, y casi siempre los mejores, abandonaban la carrera en las vacaciones.

En general, los profesores del Seminario se distinguían por su austeridad. Había un gran espionaje. El prefecto de disciplina general daba sus órdenes a los pasantes y éstos hablaban con sus amigos para averiguar cuanto ocurriera entre los alumnos.

Los externos tenían también vigilancia y la ejercían *los más formales* de entre ellos a las órdenes del vicerrector.

Al mismo tiempo, los estudiantes se cerraban a los intentos de investigación como una ostra y a veces no se podía averiguar nada. Los seminaristas externos andaban muy alejados de la vida del pueblo, sin aparecer en ninguna parte, y un tanto espiados por unos y por otros. Los externos vestían traje de paisano, negro, corbata negra, y no iban con los demás seminaristas de paseo. Algunos de los externos solían entrar, al anochecer, en las tabernas de la ciudad vieja, que llaman el Campillo, y metidos allí en algún rincón se dedicaban a jugar a las cartas, a beber un vaso de vino y a fumar. Si aparecía algún supuesto espía de los *formales* encontraban sitio donde esconderse con el asentimiento del tabernero. También había algunos seminaristas y curas que solían ir de tertulia a una tienda de comestibles de la calle Nueva.

Javier no tenía motivos para esconderse y paseaba mucho por todo el pueblo.

Los días de invierno de Vitoria, muy fríos, con el cielo gris, apenas andaba gente por las calles. La primavera era más alegre. Al despertarse Javier por las mañanas y salir al balcón, por encima de unas tapias de piedra del jardín de enfrente veía grandes perales llenos de flores blancas y algunos lilos como cascadas de flores violetas.

Por las mañanas, Javier, un tanto perezoso y a quien le costaba levantarse de la cama, oía el ir y venir de la asistenta vieja de la casa. Esta invariablemente solía

cantar, mientras hacía sus quehaceres, una canción del globo de Milá con este estribillo:

*Cuántas pollitas
habrá,
habrá que dirán a su papá,
papá:
papá, yo quiero subir
en el globo con Milá.*

La canción era un vals de murga con letra que quería ser maliciosa. También la asistenta solía cantar una polca antigua con esta letra:

*La Pisqui la peinadora
con excusas de peinar
le da citas al velero
y se van a pasear.
Se suben por el Campillo,
se bajan por San Miguel,
le dan vuelta a la Florida,
de la Florida al café.*

Esta canción le parecía a Javier una estampa del siglo XIX.

Por las mañanas, la tonadilla vulgar del globo de Milá era la preferida por la asistenta, y oyéndola se iba vistiendo Javier.

Dentro de su chabacanería, este vals le era simpático.

Javier desayunaba y marchaba al Seminario.

Aquellas mañanas de primavera en Vitoria, con el cielo pálido y con un gran silencio, le deleitaban. Los pájaros trinaban, y por encima de las tapias aparecían las flores de los árboles de distinto color; se oían los pasos de algunos madrugadores, las pisadas del caballo de un carro en el asfalto, las señoras que iban a misa con el rosario en la mano y vejetes de aire místico envueltos en sus abrigos. Él pensaba en sus estudios y marchaba hacia el barrio alto.

El aire grave y discreto de la urbe le agradaba a Javier. Tenía indudablemente Vitoria cierta vitola señorial; recordaba las ciudades castellanas y algo también los pueblos del centro de Francia.

Por las noches, Javier oía desde su cuarto el campaneó y el ruido de las trompetas en algún cuartel lejano. Muchas veces escuchaba a la vieja asistenta y a la tía Paula que discutían. La asistenta se caracterizaba porque cuando se acaloraba decía como exclamación: «¡Oña!» Después, cuando la vieja se marchaba, la tía Paula hacía media o ganchillo, mientras él estudiaba o ponía en limpio sus apuntes.

Las calificaciones de final de curso de *meritus*, *benemeritus* y *meritissimus* se consideraban en el año siguiente. Había casos en que se bajaba de categoría, pero no eran corrientes. Javier era un buen alumno, aunque no una lumbrera.

Tenía fe religiosa y era disciplinado. Creía en la bondad de los superiores y en que estaban por encima de las debilidades humanas.

Para él todo eran sonrisas en el Seminario. Ya clasificado entre los *meritissimus*, se sostenía en la jerarquía. Los condiscípulos suyos encontraban que había en beneficio suyo cierto favoritismo.

Algunos de los profesores trataban de inculcarle sentimientos de ambición, pero él no los tenía. Para él, el ser cura de una aldea vasca constituía su ideal; esto le parecía lo cristiano y lo noble; no aspiraba a dignidades, a púrpuras ni a solemnidades. La vida de seminarista, con sus estudios, sus rezos, su confesión semanal, sus ejercicios espirituales, le llenaba el espíritu.

Naturalmente, no todo era filosofía y misticismo; había también en el Seminario diferencias por asuntos humanos y políticos.

La política dividía a los escolares. Había una gran cantidad de seminaristas vascongados de Vergara, Oñate, Durango, Elgóibar y de la costa, de Bermeo, Ondárroa, Guetaria y Fuenterrabía, y todos ellos o casi todos eran nacionalistas, partidarios de Sabino Arana.

En cambio, los grupos de la llanada de Vitoria no lo eran ni sentían entusiasmo por el vasquismo ni por el vascuence.

Javier se inclinaba también al nacionalismo y al vasquismo, pero no sentía antipatía alguna por los castellanos. A pesar de ello, pensaba que no le gustaría vivir en países secos, de mucho sol y de poca frondosidad.

A los alaveses, los vascos que hablaban vascuence les llamaban en broma *los babazorros*, y a los de Bilbao, los alaveses les decían *los chimbos* y les cantaban esta copla:

*Birica comen
los de Bilbao;
los de Vitoria,
buena tajada
de carne asada
y de bacalao.*

La birica es el bofe, que, sin duda, se consideraba como alimentación pobre y mísera.

Por entonces se dijo que de la Nunciatura de Madrid salió un documento político. En él se consideraba el nacionalismo vasco como peligroso y subversivo. Se recomendaba a los superiores la vigilancia de los partidarios de tales ideas. Con este motivo, los alumnos castellanizantes y españolistas cantaban el trágala a los vasquistas o euskadianos. Éstos no daban su brazo a torcer.

Algunos de los estudiantes vascos del Seminario y del Instituto solían ir los días de fiesta a posadas de la calle de la Cuchillería, y después de comer cantaban a coro el *Gernikako*, *Potagiarena* de Bilintx, y los seminaristas de Vitoria el *zortziko* de *La del pañuelo blanco*. Se les reunían pelotaris y jugadores del frontón.

En una de las posadas de la calle del Arca servía una chica de un caserío próximo al del abuelo materno de Javier. Esta chica quería dar la impresión de que en Vitoria vivía en un país extranjero, de extrañas y raras costumbres.

Algunas veces, Javier iba a desayunar allí por la mañana. El fonducho solía estar a aquella hora con el suelo lleno de cáscaras de naranja, de colillas y de papeles; las mesas con pedazos de pan y los manteles y las servilletas con manchas violáceas de vino.

La chica decía con su acento guipuzcoano: «Aquí gente muy rara viene». Después hablaba en vascuence y Javier la escuchaba con mucho gusto.

A Javier, muy aficionado a Vitoria, le gustaba dar grandes paseos solo.

Cruzaba con frecuencia la plaza. Su aspecto y su aire le agradaban. Era un lugar apacible y discreto. Daba la vuelta a los soportales. Había tiendas de instrumentos agrícolas, un óptico, Mendía, y un café, «La Oñatiarra». Miraba hacia dentro en las tiendas profundas de ultramarinos. Debajo de los arcos, una mujer con un carrito vendía bollos, ensaimadas, bizcochos y caramelos a los chicos. Javier leía los nombres en las muestras de los comercios: Atauri, Atorrasagasti, Zubillaga, Junguitu. Le daba todo una impresión amable. En un rincón estaba el café de «La Unión», con cierto aire del siglo XIX, y en una puerta un letrero muy vitoriano: «Luisa Zañartu. Se hacen vainicas».

Paseaban por los arcos, viejos con la boina encasquetada y con cierto aire de hipocresía y de resignación y en el interior de las tiendas se veían muchos curas.

La arquitectura de la plaza, clásica y armónica, tenía sabor del siglo XVIII. Alrededor del quiosco del centro corría un banco con respaldo de hierro, un banco octogonal donde, algunos vagos, muy pocos, solían descansar de no hacer nada.

Iba Javier con frecuencia a la Florida, en primavera, por las mañanas cuando no había aún gente. La Florida se mostraba como un jardín muy bello y muy apacible, con sus grandes árboles, con sus estanques y sus cisnes. También tenían sus encantos el paseo de la Senda, el Prado y el Camino del Mineral.

A la Catedral nueva Javier no la miraba al pasar. Esta pretensión de hacer una iglesia gótica en pleno siglo XX, le parecía demasiado absurda.

Al salir del Seminario le gustaba recorrer las calles del pueblo antiguo, del Campillo; miraba los palacios y viejas casonas de la calle de la Cuchillería, de la Pintorería, de la Correría, la plaza del Mentirón y la del Machete.

En la Correría los comercios eran de comestibles, de telas y carnicerías. Muchas veces solía ver con desagrado en una tienda de esta calle a un carnicero partiendo con un hacha la cabeza cortada y ensangrentada de una ternera, que tenía un aire humano. En la Zapatería había ropas y calzados; en la Cuchillería, herrerías, latonerías y tiendas de hojalateros. En la Pintorería, zapateros y panaderos, y en la calle de Postas, mesones, posadas y establecimientos de bebidas y tabernas.

Sin duda, las principales calles de Vitoria hacía un par de siglos eran únicamente las de la Colina y el núcleo de éstas era Villa Suso, luego llamado el Campillo. De Norte a Sur marchaban la Correría, la Zapatería y la Herrería, atravesadas de arriba abajo por cuatro cantones o callejas terminados en los portales de San Roque, San Pedro, Portal Oscuro y Portal de Aldabe.

Por la parte oriental, la Cuchillería, la Tintorería y la calle Nueva, se veían

cortadas en igual forma, y en sus extremos estaban los portales de San Ildefonso y el del Colegio.

Había en conjunto nueve cantones, el de Anorbin, de las Carnicerías, de San Francisco Javier, de San Marcos, de San Roque, Santa Ana, Santa María, del Seminario y de la Soledad.

Entre las casonas antiguas aparecían algunos jardines cerrados, por encima de cuyas tapias se veían las copas de los árboles. Javier solía salir del Seminario y dar vueltas por las calles que le rodeaban; miraba con atención las casas antiguas, góticas, de la calle de la Correría, algunas de un magnífico carácter.

Le gustaba también la plazuela de Santa María, donde se levantaba la Catedral.

Solía sentarse con frecuencia delante del palacio del obispo, en una plazuela con árboles y una escalinata. Este palacio era el antiguo del marqués de Monte Hermoso, donde se alojó el rey José en 1809. A la plazuela daban las partes traseras de las casas de una calle vieja. En el gran pórtico de la Catedral, Javier leía las antiguas inscripciones de enterramientos de abades y de canónigos.

Estas callecitas próximas a la Catedral y a la plazuela de Santa María, las conocía en todos sus rincones; contemplaba con frecuencia la torre del Seminario como un tambor de muralla asomado a la cuesta de la Correría. La Escuela de Aguirre, por la parte de atrás, daba también a la misma calle y tenía un estrecho jardín.

Javier recorría el Campillo y bajaba los noventa y nueve escalones que hay desde la parte alta del pueblo hasta la Plaza Vieja.

Por curiosidad estuvo varias veces en el barrio donde vivían los judíos antes de ser expulsados.

En la calle Nueva de Adentro, o de la Puerta del Rey, existía antiguamente la Sinagoga, y a la salida de la ciudad, el cerro llamado Judimendi, donde estaba en otro tiempo el cementerio de los judíos de Vitoria. Éstos, al ser desterrados, entregaron el terreno al Ayuntamiento, a condición de que permaneciera inculto y no entrara el arado a remover los huesos de los enterrados allí. El lugar se llamaba popularmente «El Polvorín».

Javier iba también al campo de los Sogueros, hacia la calle de la Herrería; a la calle del Resbaladero, detrás de los cuarteles; al solar de San Miguel con la casa del conde de Salvatierra y a la plaza de la Leña, hoy de Santo Domingo, donde descuartizaron a uno de los comuneros alaveses llamado Gonzalo de Barahona.

Había visto el sitio donde estaba antiguamente la Sinagoga, en la calle Nueva de Adentro; la casa del Portón, en la Cuchillería, y el lugar donde fue fusilado Montes de Oca en el Paseo de la Florida.

Casi todos los días subía y bajaba, sin cansarse, los noventa y nueve escalones desde la Plaza Vieja hasta la parte alta.

Recorría los alrededores del pueblo que algunos castizos alaveses llamaban las

redovas, como decían *el campanil* de Vitoria al término municipal de la ciudad, con sus aldeas.

Cuando volvía por las tardes de invierno del Seminario, en las calles del Campillo, bajo la lluvia menuda que en Vitoria llaman el *urbajo*, veía los escaparates de las carnicerías y tabernas, una posada sólo con un hueco en la casa estrecha, la posada de Eleuterio; luego pescaderías, tiendas de ultramarinos, pequeños bazares de escaparate atestado de cosas diversas. Bajaba por uno de aquellos cantones en cuesta, salía a la Plaza Mayor, tomaba la calle de la Estación y se encontraba muy a gusto en su casa.

En España, cada región da un carácter especial a sus Seminarios. Un Seminario andaluz y otro vascongado, uno gallego y otro valenciano no se parecen. Las cualidades y los defectos provinciales se acusan y se acentúan en los Seminarios más que en ningún otro centro de cultura.

El Seminario de Vitoria representaba muy bien el carácter vasco, por lo menos el del tipo tradicionalista reservado y prudente. Imprimía un sello a los estudiantes imborrable y hasta los mismos que dejaban la carrera y marchaban por otros caminos no hablaban con libertad del sitio donde habían estudiado, ni desprestigiaban a los profesores que habían tenido.

La mayoría de los seminaristas tenían una idea tan arraigada de la otra vida, que muchos decían:

—Por egoísmo hay que ser buen católico.

Para ellos Dios era un juez severo que oía más al fiscal que al defensor, o un capitán de la Guardia civil inexorable.

Tenía Javier condiscípulos providencialistas, que veían la mano de Dios en los hechos más pequeños de su existencia. Se creían espíados continuamente por Dios y por el diablo.

Javier no consideraba su vida tan trascendental. Se hallaba vagamente inclinado a pensar que los pequeños acontecimientos de su existencia cotidiana no contaban dentro de las intenciones divinas.

Algunos de los seminaristas habían estudiado latín bastante bien, conocían los clásicos y traducían a César, a Cicerón y a Tácito; a éste se le consideraba muy difícil por su laconismo, su sobriedad y su estilo lleno de hipérbaton complicado.

Ya, cuando mozos, comenzaban los ejercicios espirituales y las meditaciones, bastante absurdas desde el punto de vista de un racionalista, puesto que tenían que terminar en soluciones ya de antemano dogmatizadas y previstas.

—Haga usted un juicio sobre tal hecho histórico, medite usted sobre él y saque usted en consecuencia que fue de este modo fijado ya de antemano.

Entonces, ¿para qué meditar?, se hubiera preguntado un hombre de espíritu libre.

En el primer año de teología Javier padeció del estómago y pensó su familia si no podría acabar la carrera, pero se curó completamente y pudo seguir. Los dos últimos años de teólogo tuvo que ingresar de interno en el Seminario. La tía Paula levantó la casa de Vitoria y se fue a San Sebastián.

Al canónigo don Pedro, a quien conocía por su hermana Micaela, le recomendó que alguna que otra vez preguntara por la marcha de los estudios de su sobrino. Javier conoció la vida del internado.

Esta vida reglamentada no fue nada desagradable para él; le hizo una impresión de paz y de serenidad. El silencio en los corredores y en el patio, la celda tranquila, la disciplina estrecha no le molestaban. Era, aunque no lo creía él así, un poco egoísta, y aislarse y pensar solo en sí mismo y en sus estudios le agradaba.

En el Seminario existían muchos cargos: rector, vicerrector, secretario o mayordomo para asuntos económicos y administrativos; un prefecto de disciplina general, con atribuciones máximas como de dictador; otro de disciplina moral, tres más para latín, filosofía y teología y dos directores espirituales.

Los profesores que explicaban las asignaturas importantes no tenían a su cargo más que una; pero los que daban otras secundarias solían explicar más de una, casi siempre dos. Por lo general los profesores eran vascongados, pero algunos, por ser canónigos de oposición y haber demostrado competencia excepcional en materias teológicas, eran nombrados catedráticos, aunque no fueran vascos. El nombramiento lo hacía el obispo.

Había en el Seminario auxiliares escogidos entre los colegiales más adelantados de la carrera. En la Escuela de Aguirre les llamaban bedeles, y los estudiantes, en burla, los *chorrillos*. En el Seminario Conciliar se les conocía por pasantes y también por *ordenandos*. Éstos llevaban borla negra en el bonete, como los profesores.

Los pasantes no eran muy queridos por los alumnos; se les consideraba como confidentes elegidos por el prefecto de disciplina general, y se les temía. Los había de dos clases, para internos y para externos. Existían también inspectores, uno en cada corredor, a lo largo de los cuartos. Dentro del Seminario se ejercía una gran vigilancia.

Los fámulos, en número de veinte, eran estudiantes pobres; cursaban la carrera gratis a cambio de sus servicios. Servían la mesa a superiores y a seminaristas, hacían la cama y los cuartos de los profesores, la limpieza de las aulas y de los pasillos. Para el trabajo se ponían unas blusas rayadas. Estos fámulos usaban solamente la beca en las grandes solemnidades.

Había también fámulos externos, a los cuales los alumnos llamaban con desdén

«potajeros». Hacían una sola comida en el Seminario y estaban mal vistos por profesores y estudiantes, a causa de su pobreza. ¡Extraña manifestación de cristianismo! Ayudaban en el interior, llevaban y traían recados de fuera y eran los que metían de matute el vino, el aguardiente y el tabaco para los estudiantes.

De uno de aquellos fámulos se hablaba mucho. Le habían despedido del Seminario no se sabía por qué y al salir le entró la idea de convertir a los toreros. Marchó como pudo a Andalucía, aprendió a torear, y llegó a entrar de peón en cuadrillas de alguna importancia. Se hizo amigo de los espadas de fama y aprovechaba todas las ocasiones para echarles un sermón y convencerles de que la Providencia les había protegido en ésta o en la otra faena arriesgada y peligrosa, demostrando al mismo tiempo en sus discursos sus conocimientos tauromáquicos y teológicos.

Dentro del Seminario se ejercía una gran vigilancia. Estaba prohibido fumar, comer pasteles o dulces, tomar licores, encender luces después de ciertas horas, leer libros sin licencia.

Estas prohibiciones no le molestaban a Javier. Los días de libertad no estaba permitido andar por lugares céntricos, entrar en cafés, en tabernas y en teatros y pasear por sitios extraviados.

Todos los profesores tenían mucho odio a las novelas. La novela pervertía el alma. No se leía más novela que *Amaya o los Vascos en el siglo VIII*, de Navarro Villoslada, libro bastante pesado de un Walter Scott de poca monta.

Este puro formulismo protocolar de la religión católica, al que no le queda ya casi nada de sustancia cristiana, era lo que a todos cogía.

A algunos de los jóvenes un poco inquietos y rebeldes los profesores los enviaban a la Catedral, a sostener el misal delante del obispo, en la misa mayor, y a cantar en los oficios y en las vísperas. De uno de aquellos jóvenes indisciplinados se supo entre los alumnos que guardaba *Los Miserables*, de Víctor Hugo, en hojas esparcidas y disimuladas entre los libros y los apuntes. Nadie quiso denunciarle. Una vez Javier le vio, mientras leía las hojas de la novela, cómo accionaba violentamente sin duda por el efecto que le iba produciendo la lectura.

Algunos muchachos se revelaban casi como incrédulos, pero se lo callaban. Los ingresados en el Seminario a los diez o doce años, de familia pobre, ¿cómo luego iban a dejar la carrera y a perder aquel esfuerzo? Era difícil o imposible.

Javier no tenía dudas. El confesor le preguntó varias veces.

—¿Y crees tú que tu vocación para el sacerdocio es fuerte y sincera?

—Creo que sí.

—Me parece una creencia un poco tibia, hijo mío. ¿No tienes ansias de vivir en el mundo, de brillar, de figurar?

—No.

—Porque tampoco la vida en el mundo es condenable. Se puede vivir dentro de la sociedad y ser útil y hasta dar ejemplo de virtudes.

Evidentemente Javier no sentía la aspiración de vivir en el mundo. Para él esto caracterizaba la existencia de su padre, el gritar, el reñir, el disputar, el tener pleitos, etc.

Entre los seminaristas había alguno que otro tipo distinguido por su aspecto o por sus condiciones intelectuales. La mayoría era gente vulgar y corriente y algunos estúpidos y retrasados que se mostraban hipócritas para compensar así sus pocas condiciones intelectuales.

No se permitían allí amistades particulares; tampoco se aceptaban conversaciones íntimas entre dos o tres. La consigna era *Nunquam duo, raro solus*. Táctica parecida a las de los comunistas.

Todo se consideraba pecaminoso. El pasar el brazo por los hombros a un amigo llamaba la atención del *ordenando*, que ponía un correctivo.

Estas prohibiciones para algunos jóvenes de la ciudad nerviosos eran toques de alarma que dirigían su atención sobre lo erótico y en vez de ser un freno constituían un acicate.

En general los profesores no se distinguían por su sentido psicológico. Su psicología práctica no pasaba el nivel de los seminaristas aldeanos. Trabajaban principalmente para ellos.

No era posible tener amigos en un sitio en donde la amistad se consideraba casi como un delito.

Javier era de los favorecidos; se le permitía alguna transgresión de estas normas. Los juegos violentos eran muy recomendados por los profesores.

Javier se encontraba bien en el Seminario; no era hipócrita, no tenía temperamento para ello ni la necesidad le obligaba a serlo; se le trataba bien, se le dispensaban faltas por motivos de salud. Para muchos estudiantes campesinos, un tanto envidiosos y cazurros, constituía un caso de favoritismo.

Muchos de los alumnos contaban con algún amigo de la familia o pariente cura que se interesaba por ellos y con más o menos frecuencia preguntaban qué tal marchaban en sus estudios.

Javier tenía como encargado al canónigo don Pedro, a quien le recomendó su tía Paula. Solía ir a verle al Seminario y hablaba con los profesores.

—¿Qué tal va mi recomendado? —preguntaba el canónigo.

—Es un joven inteligente, de un ingenio lento y un poco oscuro —le dijo una vez el rector—. Posee las virtudes personales necesarias para ser un buen cristiano, pero le faltan las condiciones de carácter. No tiene ningún talento para la elocuencia, ningún sentido de emulación, ningún afán de distinguirse ni de destacarse. Ha pasado a veces en clase que los alumnos no contestaban a una cuestión y le he preguntado a

Olaran:

—¿Usted no sabe de qué se trata?

—Quizá se refiera a esto.

—Sí. Si lo sabía usted ¿por qué no lo ha dicho?

—No tenía seguridad —ha contestado.

Javier era tratado con excesiva benevolencia.

Entre los profesores únicamente el que explicaba teología moral le manifestaba poca simpatía.

Este hombre tenía un aire fastuoso y desdeñoso. Se consideraba por encima de todo el mundo y miraba a los alumnos y a los compañeros muy por encima del hombro. No podía permitir que se le discutiera; hablaba como un oráculo. Los elogios, las pelotillas que decían los estudiantes no le parecían alabanzas interesadas, sino natural reconocimiento de su genialidad. Este padre absolutista y tomista tenía odio por los agustinianos; en otra época los hubiera considerado como promotores en germen de herejías.

Había también algún profesor que admiraba al fraile, obispo por entonces de la Diócesis, y a imitación de él, rebatía la teoría de la Evolución con algunos pequeños argumentos contradictorios, sacados por algún abate francés, de experiencias de biología y de la teoría de Mendel, y trataba a Darwin y a Lamarck y a los geólogos como ignorantes, con la petulancia y la tontería de un catedrático español. El hombre de Neanderthal o el *Pithecanthropus erectus* de Java no eran para él más que invenciones malévolas para atacar el catolicismo y la bella construcción del Génesis.

La vida en el Seminario era indudablemente monótona; las horas de las comidas marcadas a golpe de campana; el cuarto espacioso con su cama de hierro, su silla, mesa, armario y lavabo, con crucifijo y algunas estampas religiosas. Un montante sobre la puerta servía para la ventilación y la luz. Se hablaba de que se daban novatadas, pero a Javier no le dieron ninguna más que algunas bromas inocentes.

Se levantaba temprano, a la hora en que se llamaba por los corredores con la campana o se encendía la luz; a las seis bajaba con los compañeros, se dedicaba a los rezos y a lo que llamaban meditaciones, oía misa y volvía al cuarto. Después arreglaba éste, lo barría, quitaba el polvo, hacía la cama, dejaba la ventana abierta y cerraba la puerta con llave.

Los cuartos tenían todos su llave, y mientras el estudiante se encontraba dentro no podía tenerlo un solo momento cerrado; al salir de él para ir a clase lo cerraba siempre para evitar algún caso de hurto, que solía darse a pesar de esta precaución.

Bajaba a desayunar, el desayuno era poco sustancioso. Después volvía a la celda, repasaba las lecciones y marchaba a clase.

En ella se recitaba la lección y se entablaban discusiones un tanto bizantinas que se consideraban como pura ciencia.

Al medio día se rezaba el *Ángelus* y se congregaban todos en el refectorio. En el refectorio se leía, al comer y al cenar, pero no al desayunar ni al merendar. Ocupaban la tribuna por turno los estudiantes. Al que le tocaba actuar, leía en la comida un capítulo del Nuevo Testamento, en latín, de la Vulgata, y terminado esto, algún trozo de un libro de historia o un artículo de alguna revista científica o de amenidad. Por la noche, en la cena, la lectura consistía en la vida del santo del día o en un capítulo del *Año Cristiano* del padre Croiset.

En general la mayoría de los estudiantes se quejaban de que no comían lo suficiente. Eran casi todos glotones.

Se contaba, quizá era una leyenda, la historia de un seminarista hambrón que tenía familia en Vitoria que se había arreglado la manera de entrar víveres en la celda. Su cuarto daba a la calle y en él guardaba una cestita y un bramante. De noche, cuando reinaba el silencio, abría la ventana, daba un silbido suave y bajaba la cesta con cuidado. El criado o la persona conocida de acuerdo con él la llenaba de carne frita o de trozos de chorizo y de un panecillo y el estudiante subía las provisiones más contento que si sacara ánima del purgatorio. Una noche en que el prefecto de disciplina general estaba por casualidad en el cuarto de debajo del seminarista notó el bramante, abrió la ventana, se asomó y vio cómo subía pausadamente la cesta. Al llegar junto a él la cogió y se quedó con ella. Al día siguiente le armó una gresca al seminarista terrible y le cambió a una habitación del patio de donde no se podía dedicar nadie a la elevación de la carne.

En cuaresma, por vía de práctica, los de clase de oratoria predicaban un sermón sobre un tema que se les señalaba de antemano. Los días de gran fiesta religiosa, cuando sonaba la campana María, de la Catedral, no se leía y se charlaba. A estos días los estudiantes los llamaban de *benedicamus*, por la doble ración de vino que se les daba, al cual la mayoría era muy aficionada.

Después de la comida llegaba la hora del recreo, generalmente violento; jugaban los seminaristas al fútbol en el patio y a la pelota en dos grandes frontones. Generalmente los vigilaban algunos internos *ordenados* para evitar las disputas.

A los estudiantes se les permitía quitarse la chaqueta para jugar. Había alumnos que preferían pasear por los claustros. Éstos conservaban la esclavina negra y algunos usaban manguitos.

Después había más clases, otras lecturas, otro recreo en sitio cerrado, juego de damas o de ajedrez, otros rezos, y a prima noche cada cual desaparecía en su cuarto y se iba a la cama. Entonces el patio y pasillos quedaban sumidos en el mayor silencio.

Las horas de estudio eran fijas, y por la noche, después de cenar, al regresar a sus celdas se les daba tiempo para acostarse. Unos minutos después se apagaban todas las luces a la vez por el encargado, con una llave general que había en el pasillo, quedando en éste una sola luz. El mismo encargado, que era el primero en levantarse,

daba la luz con la llave general, en invierno a las seis. En abril y en mayo los seminaristas hacía acopio de velas para repasar las asignaturas y había muchos que estudiaban hasta las doce de la noche. Se decía que se notaba gran falta de velas en la sacristía.

Los alumnos debían ir todos los días a misa, confesar y comulgar por lo menos una vez al mes, servir en la Catedral y en otras iglesias del pueblo en los días festivos. El obispo, con el consejo de dos canónigos, tenía atribuciones para castigar a los díscolos e incorregibles, expulsándoles si era necesario.

Los domingos y días festivos Javier iba a la misa mayor de la Catedral y a las vísperas.

La vida en comunidad es para el amo o para el esclavo; el hombre libre no la puede aceptar; el judío dogmático y afirmativo ha sido siempre comunista, lo mismo con los profetas que con Karl Marx.

Si se estableciera el comunismo se podría abrigar la esperanza de que algún pueblo bárbaro y noble como los antiguos vikingos, los lombardos o los cántabros, rompieran la pesada estructura social, la hicieran pedazos y formaran una nueva sociedad a base de individualismo y de libertad.

En el Seminario se estudiaban las dos teologías, la dogmática y la moral, en la *Summa Theologica*, de Santo Tomás, y en el compendio de *Teología Moral* de Ferreres, y los que se querían lucir utilizaban una obra de un alemán, Prumer. Todavía había muchos partidarios del tratado de teología de Perrone.

De la mayoría de las materias que estudiaban los seminaristas no se podían dar cuenta exacta. Todo estaba adobado, recortado, falsificado, convertido en definiciones, en quintas esencias arbitrarias. ¿Cómo darse cuenta de la obra de los padres de la Iglesia, de lo que se llama patrología cuando los textos de ésta, en una colección francesa, comprenden nada menos que cuatrocientos volúmenes? Había allí seguramente escrito en mal griego y en mal latín de todo: ingeniosidades, elocuencias, prejuicios, mentiras, insensateces, hipocresías y fraudes. Existía materia de estudio bastante para llenar la vida de un hombre.

¡Qué misión más extraña la de hacer de la fantasía un alimento usual y corriente para la inteligencia!

Entre los seminaristas, que se conocían ya mejor porque vivían colegiados, había de todo, el aldeano bárbaro con una idea fiera, egoísta, de la existencia, cuya aspiración era no volver nunca al arado y a los bueyes; el chico listo que veía en la carrera una manera de ascender en la escala social, el que ansiaba el mando y el que soñaba con la predicación.

La vida del escolar teólogo, en estos años del internado, se hallaba tan ocupada por los estudios, rezos y predicaciones que no le permitían discurrir con libertad. La mayoría de aquellos estudiantes eran poco nostálgicos, recordaban poco su pueblo y

su casa. Sin duda la idea, compartida desde la adolescencia, de abandonar la familia les había hecho indiferentes para sus padres y sus hermanos.

Uno de los sentimentales que se encontraba perdido en el Seminario con la añoranza del rincón era un guipuzcoano de un caserío del monte Izarraitz, cerca de Azpeitia. Estudiaba el primero de filosofía.

Este chico, Ignacio Arizmendi, no podía olvidar a su madre y a sus hermanos y estaba inquieto y triste. Sentía miedo cuando no sabía la lección, lo que era en él frecuente, y no tenía humor ni ganas para jugar. Era como algunos pájaros salvajes que no se acostumbran a la jaula. Al mismo tiempo le espantaba la idea de que le fueran a expulsar, porque esto era, para él el descrédito más completo.

Arizmendi lloraba con mucha frecuencia al verse en el Seminario. Los compañeros de tierra seca, que no comprendían aquel sentimentalismo nostálgico, decían que el chico no se entristecía pensando en la familia, ni en la madre, sino recordando, principalmente, la vaca y el ternero de su caserío.

Ignacio, a veces, cuando se encontraba de buen humor, cantaba a Javier esta canción, que había oído sin duda a algún seminarista y que se acomodaba bien a sus deseos:

*Txiki txikitik aitak et'amak
Fraile ninduten nonbratu,
Bai eta ere estudiora
Salamankara bigaldu.
Salamankara nindoalarik,
Bidian nuen pensatu
Estudiante tunante bainan
Hobe nuela ezkondu.*

(Cuando era pequeño, muy pequeño, mi padre y mi madre me querían meter fraile y también enviarme a Salamanca a estudiar. Cuándo iba a Salamanca, en el camino estuve pensando que mejor que estudiar para cura sería casarse.)

Ignacio contó a Javier sus apuros y sus penas.

—Yo creo que lo mejor que puedes hacer es marcharte del Seminario. Tus padres ya lo comprenderán —le dijo Javier.

—Sí, pero no me atrevo.

Al poco tiempo Ignacio Arizmendi no apareció en las clases. Estaba enfermo. Javier pidió permiso para verle.

Los alumnos de primero de filosofía tenían unas camarillas, separadas unas de otras por un sencillo tabique, con el techo común. Ignacio estaba en una de estas camarillas, muy triste, muy decaído, con una afección gripal. Unos días después le llevaron a la enfermería, en donde le cuidaron las Siervas de María y le reconoció el médico. No le encontró gran cosa, pero le vio muy decaído.

Javier le visitó, y aprovechó la ocasión para hablarle al médico y explicarle la

situación espiritual en que se encontraba el muchacho.

—Entonces, lo mejor es que se vaya —dijo el facultativo—; yo le hablaré al rector.

En la visita siguiente le aseguraron que la familia iba a venir a buscar a Ignacio y a llevarle.

—Ya viene tu familia —le dijo al enfermo.

—Sí.

—¿Estarás contento?

—Ya lo creo.

El enfermo inmediatamente comenzó a hablar vascuence y a contar historias de su casa y de sus vacas, de las romerías y de los bailes en las encrucijadas, que llamaba *billeras*; de los rebaños de ovejas, a los que llevaba al monte, y de las noches de otoño al lado del fuego, cuando se asaban castañas y se contaban cuentos.

Javier dejó a su compañero muy lleno de esperanza. Unos días después se dijo que el muchacho estaba mal; luego se supo que se presentó su madre, se lo llevó en un automóvil y ya no volvió.

Como quizá no era correcto preguntar y no le dijeron nada, Javier no se enteró de lo que le había pasado a su amigo.

Los cuartos en el Seminario, bastante grandes y espaciosos, con ventanas al patio, estaban la mayoría en fila, en largos pasillos.

Para muchos de los seminaristas la vida en el internado era más cómoda y agradable que en el externado.

En el piso bajo del edificio había salas para juego, aulas, un laboratorio y un teatro.

En las salas para juego se leían unos letreros escritos en cartones en el dintel de las puertas que marcaban su especialidad: Damas, dominós, canas, bolos, etc.

A pesar de que no era divertido el paseo, la mayoría de los seminaristas lo preferían a estar dentro del Seminario.

Cuando había muchos alumnos, salían a la calle por grupos: latinos, filósofos y teólogos. Se cuidaba de que no hubiese relación entre los de distinto año, y mucho menos entre los de distintas disciplinas. Los teólogos despreciaban a los filósofos, y los filósofos a los latinos. Formaban de dos en dos; luego, sin duda por el mayor número de estudiantes, formaron de tres en tres. Los alumnos nunca sabían de antemano a dónde iban. La dirección y el orden del paseo lo daban los *ordenandos* de epístola y evangelio, diáconos y subdiáconos. Estos iban casi siempre en último lugar, y con ellos los fámulos, al menos los de cierta edad.

A veces salían pocos alumnos, y entonces les acompañaba un pasante con manteo y teja.

En el paseo se dirigían, en general, por las afueras indistintamente. Era preferido el campo del Lacua, donde jugaban al fútbol, y una explanada que llamaban de los Grillos, próxima al Hipódromo, en el camino de Gamarra. Cuando llovía o estaba húmedo, bordeaban la ciudad.

Al salir a pasear los seminaristas llevaban sotana negra en verano, y balandrán grueso en invierno, bonete sin borla y beca roja. La beca era la faja encarnada que cruzaba ante el pecho y pendía de los hombros hacia atrás. Los fámulos pequeños, que solían marchar por delante, y los de más edad detrás, no llevaban beca.

Cuando pasaban los seminaristas la gente les llamaba con ironía «los cuervos», y muchas veces los chicos de la calle les gritaban desde lejos «cua-cua-cua», en burla, imitando el graznido del pájaro sombrío y de plumaje negro con quien les comparaban.

Se daban también fiestas en el Seminario. Había un teatro grande con butacas y palcos. Sobre la puerta de entrada se podía leer una frase en latín de un versículo del Eclesiastés. La disciplina era aquí estrecha. En el cuarto de actores, cuando se ensayaba y se celebraban las funciones, no se permitía el paso a nadie.

En el teatro se daban conciertos y se representaban dramas, comedias y sainetes. Uno de los dramas que más se repetía era el *Condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina. Sin duda se consideraba pedagógico.

La primera vez que lo vio Javier le hizo efecto. Los trajes de los cómicos improvisados eran de fantasía. De Demonio hacía uno de la Rioja alavesa con aire mefistofélico, y de Pedrisco el gracioso, uno de Laguardia.

Algunos de los actores tenían la preocupación de acentuar las frases de los versos, dándoles aire de prosa, quitándoles la medida; otros eran demasiado campanudos, o vocalizaban mal y no se entendía lo que decían; pero había quienes recitaban bien.

A Javier le tocó en clase el hacer la crítica de esta obra de Tirso; aseguró lo que todos dicen. En el drama teológico, el autor trata de demostrar que Dios favorece a aquél que, aunque sea criminal y asesino, conserva la fe; y, en cambio, condena al virtuoso ensoberbecido que supone que por sus pecados no se puede salvar.

Pensando después Javier despacio en la comedia y releyéndola con cuidado, la encontró absurda y mediocre. Las vidas del bandido Enrico y del ermitaño Paulo no tenían realidad y sus ideas eran falsas y esquemáticas. Los versos de la introducción del drama, que recita Paulo y que comienzan: «Dichoso albergue mío», le parecían muy pobres al lado, por ejemplo, de los de Calderón, en la *Vida es sueño* con su «Hipógrifo violento». Luego hallaba en el transcurso de la comedia bastante ripio y bastante vulgaridad.

En conjunto, la idea de la obra se le antojaba mezquina, y el drama, malo.

Se calló sus opiniones por prudencia.

El Seminario tenía un buen orfeón, que luego terminó en la *Schola Cantorum* de la Catedral. A este orfeón pertenecía Javier como uno de los elementos más distinguidos.

El director, organista y músico de talento, solía llevar con frecuencia a Javier a alguna iglesia en donde había un buen órgano, y tocaba fugas de Bach y oratorios de Haendel.

El organista y el discípulo quedaban pasmados de admiración ante la belleza de la música clásica.

Esta devoción constituía para ellos como una masonería, un culto medio secreto del cual no había que hablar excesivamente.

La afición a la música le absorbía a Javier. Los juegos violentos o de habilidad no le seducían.

El patio central del Seminario era un sitio un tanto irregular, de forma aproximada a un triángulo, y tenía en una esquina dos hermosos árboles.

En este patio los estudiantes jugaban y paseaban. Alrededor se extendían galerías encristaladas, y desde ellas se presentaba la torre de la Catedral como si estuviera encima y sonaba la campana María con estruendo.

Había también en el Seminario la Academia de San Pablo. La formaban los mejores estudiantes, los más inteligentes, ingeniosos y ergotistas.

Se perseguía casi siempre al que intentara mostrarse excesivamente original y atrevido, saliéndose de las normas habituales. A veces, en vez de perseguirle se le empujaba para arriba.

A pesar de la vida monótona y aislada, siempre se hablaba de algo irregular ocurrido fuera. Era muy difícil que el ambiente del pueblo no llegara a penetrar en el Seminario.

El estudiante rebelde que guardaba la novela *Los Miserables*, repartida en hojas sueltas y las leía con ansiedad, un día se descolgó con la tesis entre algunos compañeros de que no había Dios, de que Dios era una mentira inventada por los curas de las distintas religiones del mundo.

Este discípulo atrevido y rebelde pasó cerca de dos años interno, con asombro de sus compañeros, que no comprendían cómo no le expulsaban; pero al cabo de cierto tiempo desapareció, y se supo después que en el pueblo de América donde estaba de periodista daba mucho que hacer.

Espíritu místico, verdaderamente cristiano, había poco. Entre los estudiantes privilegiados por su talento se notaban ambiciones de grandeza, pero no de santidad. La base intelectual de todos ellos era mala. Se creían cosas estúpidas como dogmas; se consideraba a Epicuro como a un materialista grosero, como a un señorito que se pasara la vida entre el club, el café y el prostíbulo; a Demócrito, como a un chusco de taberna. Los filósofos más ilustres, como Kant, no habían comprendido lo que comprendía el padre Fernández o el padre Dorronsoro; Darwin había tenido como misión el denigrar y rebajar al hombre por capricho, haciéndole descender del mono.

Esta estupidez de la dignidad del hombre se tomaba como cosa seria.

—Eso de la dignidad y de la nobleza de los orígenes es una tontería —afirmaba el discípulo rebelde, lector de *Los Miserables*.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Se habla de la nobleza de la maternidad. ¿Y de dónde procede la maternidad? De un acto que nos dicen estos hombres que es sucio y repugnante.

En el pueblo se contaba que varios curas y canónigos habían sido víctimas de un timo ingenioso. A alguno de ellos, con fama de interesado y usurero —la avaricia es bastante general entre la gente de sotana—, se le presentaba un tipo en el confesionario y después de muchos circunloquios le decía:

—Yo vivo de un modo que no sé si está permitido por la religión.

—¿Pues qué hace usted?

—Presto a usura. Me dan el sesenta por ciento al mes.

El cura aseguraba que no había ningún mandamiento que prohibiera prestar con interés crecido. Naturalmente, habiendo sido hechos estos mandamientos por judíos, es difícil que haya en ellos nada contra la usura.

Después de asegurar esto y de muchas explicaciones y aclaraciones, el clérigo acababa llevándole al día siguiente al falso pecador y timador auténtico dos mil pesetas, con la esperanza de cobrar todos los meses mil doscientas de rédito. Uno de los jóvenes condiscípulos atrevidos le contó a Javier que una noche, mientras estaba de espectador en una función de fuegos artificiales, se le acercó un canónigo forastero y le dio con el codo. El chico se volvió y el cura entró en conversación con él. «Un joven tan guapo como usted tiene que tener éxito», le dijo. «No sé a qué se refiere usted», le contestó él. «¿Usted cree en el amor?» «¿En el amor divino o en el amor humano?» «En los dos.» «Sí, ¿por qué no?» «Venga usted a mi casa.»

—¿Y fuiste? —le preguntó Javier.

—Sí.

—¿Y qué?

—Me agarró de la mano y me regaló esta sortija; pero no pienso ir ya.

—¿Por qué?

—Porque tiene muy mala fama.

Este muchacho sin duda contó la conversación a varios de sus condiscípulos, y al parecer fue expulsado por sus confidencias.

Javier, durante todo el internado, siguió siendo de los *meritissimus*.

De los seis o siete *meritissimus* de su curso, casi todos fallaron. Uno dejó la carrera, y al cabo de algunos años apareció de militar; otro se hizo abogado y secretario del Ayuntamiento de una ciudad castellana; un tercero, comisionista y comerciante rico; otro, empleado. Sólo dos habían terminado la carrera.

Las vacaciones eran las peligrosas.

En esta época la vigilancia la ejercían los curas de los pueblos, informando al Seminario sobre los alumnos si se confesaban o comulgaban asiduamente, si vestían sotana o rondaban a alguna moza.

El fracaso místico de los *meritissimus* de este año y de otros anteriores y posteriores había inculcado a los directores del Seminario la idea de hacer que el internado fuera constante y a no dejar libres en las vacaciones a los alumnos, alejándoles de las influencias mundanas. Así, tenían a unos colegiados en el Seminario menor de Castillo Elejabeitia y a otros en la playa de Saturrarán.

En el Seminario se aprovechaba el sentimentalismo de la edad, el nacionalismo, el pintar el sacerdocio como algo único, de una nobleza admirable, el decir misa; todo esto lo manejaban muy bien los profesores. A pesar de ello y del internado obligatorio, muchos escolares dejaban la carrera, y había quien acababa en periodista radical.

Uno de los puntos donde se reunían los estudiantes rebeldes y hablaban de las ventajas de abandonar el Seminario para siempre era una pequeña cervecería de la calle de Alí.

En esta cervecería se preparaban casi todas las deserciones. No sólo desertaban los estudiantes; también lo hacían los curas, y hubo uno de éstos, con un cargo importante en la Catedral, que se escapó con doscientas mil pesetas y una buena moza.

Los jesuitas buscaban entre los alumnos muchachos que les sirvieran, pero pocos pasaban a la Compañía de Jesús. Javier no era de los aficionados a las disquisiciones teóricas. Las teorías sobre la predestinación le entretenían y le maravillaban, pero no le convencían. Lo mismo le pasaba con las disputas clásicas acerca de la gracia y de su carácter, que tanto habían apasionado en otro tiempo al mundo católico. No le conmovían. Más bien creía en el libre albedrío que en la gracia, y seguramente él, como muchos de sus condiscípulos, si hubiera sido examinado detenidamente por teólogos sutiles, hubiera resultado un herético.

Las diferencias entre los agustinianos y los tomistas, que a los compañeros aficionados más o menos sinceros a la teología les apasionaban porque daban motivo a discusiones aparatosas a base de silogismos, a él no le interesaban lo más mínimo.

En cambio, leía con interés las vidas de algunos santos y la historia y las teorías de las distintas sectas de los gnósticos, con sus eones de varios nombres y de vario carácter; le parecía todo ello una novela de imaginación. No comprendía bien cómo habían arraigado estas fantasías. A él le parecía que lo primero era tener buen sentido y aplicar las ideas religiosas del cristianismo a la vida.

Los análisis sobre los casos de matrimonio, detallados y sucios, le producían repulsión.

Nunca hubiera leído el libro de Sánchez, *Del matrimonio*, del cual decían algunos seminaristas:

Si quieres saber más que el demonio, lee Sánchez: *Del matrimonio*.

Al terminar sus estudios del Seminario, Javier recibió las órdenes menores y después las mayores.

El canónigo don Pedro le regaló los veinticinco tomos de la *Enciclopedia teológica*, publicada por el abate Migne, y el Diccionario de De Bergier.

La ordenación de subdiácono le emocionó mucho y estuvo en el acto turbado. En la ordenación de presbítero, cuando el obispo le dio el beso de paz y le dijo: *Pax domine sit semper tecum*, y él contestó «Amén», sintió como una gran tranquilidad. Después cantó la primera misa en San Sebastián, en San Vicente. A la ceremonia fueron unos pocos amigos. No quería ostentación.

Javier era, al terminar la carrera, un tanto nacionalista y místico; aficionado a la música, entusiasta de Bach, de Haendel, de Haydn y de Mozart, con cierta afición a la historia y al folklore. Le gustaban las canciones populares y oír a la gente obrera cuando cantaba a coro en las sidrerías y en las tabernas.

Con pocos podía hablar de música; para él Mozart era el ideal; Beethoven, más barroco, más desesperado, le intranquilizaba.

De los maestros preferidos solía decir:

—Las sonatas de Mozart son la perfección absoluta. No hay nada parecido a eso; ¡qué serenidad, qué alegría, qué maravilla! Haendel es la elocuencia; no es un alemán, es un semidiós. De Bach yo no me atrevo a hablar. Bach es maravilloso. Es un espíritu que busca la armonía y la encuentra. Beethoven es como Prometeo: lucha contra el Destino y saca de su corazón unos ritmos y unos acordes desesperados y sobrehumanos. La obra de Bach es un monumento tan grande que se necesita la vida entera para conocerla y apreciarla. Weber, Schumann, son de lo más alemanes, de lo más exuberantes; les sobra la inspiración. Wagner es también de una gran inspiración, pero a veces es un tirano.

Después de ordenarse y de cantar misa, en espera del destino, la tía Micaela llevó a Javier a París y luego a Roma. La tía Paula no quiso ir.

En París le gustó a Javier el río y las iglesias góticas, Nuestra Señora y la Santa Capilla, aunque los interiores, desnudos, sin altares, sin adornos ni cuadros, de estas iglesias, le parecieron tristes.

Visitó el Seminario de San Sulpicio, y conoció a un profesor joven, un abate afectado y remilgado que tenía un gran entusiasmo por Roma y por el arte clásico.

Estuvo con él en el museo del Louvre, y le mostró los cuadros de Poussin y de Ingres como la flor y nata de la pintura. A Javier no le gustaron nada. Le pareció todo ello algo de liceo francés.

A Roma no le tomó tampoco la menor afición. No estaba preparado para comprender lo viejo, y lo relativamente nuevo, como San Pedro o la Capilla Sixtina, le daba una impresión enfática, aparatosa y desagradable.

El paisaje le pareció tétrico y desolado, con sus tumbas y sus acueductos. Ya más lejos de los alrededores de Roma, el campo con sus viñas, sus pinos y sus cipreses era también triste, melancólico.

—Veo que no tengo nada de latino —se dijo.

En Roma se encontró un poco sorprendido con que las costumbres eran más libres que en España. La muchacha de la fonda se metía en su cuarto y le provocaba. Una señora de la aristocracia del hotel se mostró exageradamente amable con el joven curita y quiso conquistarle.

Javier tenía la idea falsa, para él verdadera, de que las mujeres persiguen invariablemente a los hombres. Se desdeña lo fácil. No se le ocurría pensar que si esto hubiera sido así, no hubiera existido la prostitución. La muchacha de la fonda, que entraba en su alcoba por la mañana y le provocaba; aquella señora romana tan favorable, todo le hacía pensar que el mundo era mucho más libre de lo que es en realidad.

Volvieron a España por mar y desembarcaron en Valencia. La luz cruda, la huerta verde, los arrozales llenos de fango no le gustaron tampoco nada.

Después vio por la ventanilla del tren llanuras áridas, montes secos y sin árboles.

—¡Qué tierra! —pensó él con asombro.

Ni París ni Roma dejaron en su cerebro ni el menor recuerdo ni la menor sugestión.

—Pienso más en el prado del caserío de mi abuelo —se dijo riendo—. Sin duda soy un salvaje.

SEGUNDA PARTE

MONLEÓN

La tía Paula y Javier fueron, en Vitoria, a una fonda de la calle del Arca, y por la mañana tomaron el tren. Se metieron en un vagón de segunda. La estación, pequeña, se hallaba en los mismos andenes del ferrocarril de Madrid.

Se colocaron los dos viajeros cerca de la ventanilla del coche. No iba gente. Hacía un día claro. Al partir, Javier y su tía Paula se santiguaron y rezaron.

Se fueron alejando de Vitoria. Apareció la Colegiata amarillenta, con su torre puntiaguda de pizarra azul y el caserío con sus tejados pardo-negrucos. La ciudad se presentaba sobre un fondo de montaña baja, y encima brillaba el cielo con grandes nubes blancas. En el campo aparecían las arboledas verdes de un color fresco y tierno, y los trigales se extendían por las lomas.

El cielo se iba anubarrando cada vez más. Pasaron por delante de pequeñas estaciones desiertas. En una de ellas, en caja convertida en jaula, se veía una gallina presa, que sacaba el cuello por entre dos tablas, y los pollitos libres que picaban alrededor.

—Es una representación de la familia moderna, diría un profesor del Seminario —indicó Javier—, la madre presa y los hijos libres.

Algunos montes, a lo lejos, se veían estriados de nieve. Pasaron por delante de pueblos pequeños con iglesias con espadañas, casas de tejado terrero, con más aspecto de castellanas que de vascas. Las partes despobladas, con campos de tomillo, romero y aliagas, estaban llenas de flores de color variado.

Después entraron en la zona guipuzcoana, entre barrancos profundos, con robledales espesos, maizales y prados verdes.

Llegaron a Monleón y fueron Javier y su tía Paula a parar a una fonda de la plaza. Después el cura marchó a la iglesia a visitar al párroco. Estaba en la sacristía. Se reunieron allí, además del párroco, el organista y los coadjutores.

No era aquella toda la clerecía del pueblo, porque existía un convento de frailes y dos de monjas, y éstos tenían, como el hospital, sus capellanes.

Hablaron largamente los curas. El párroco era un poco pancista y no le gustaba meterse en los asuntos del pueblo. Se llamaba don Patricio. Según algunos, era hombre sin fundamento, como se dice en el país, de muy poca energía, llevado por unos y por otros, sin condición especial alguna y orador muy premioso.

Recorrieron la iglesia, grande y ornamentada; vieron el púlpito con una inscripción recuerdo de un santo que predicó desde él. Subieron también al coro a ver el órgano moderno y entraron en las capillas. Todo le dio a Javier una impresión de riqueza y de suntuosidad.

De los coadjutores de la parroquia, con quienes habló Javier, don Mariano,

hombre duro, seco, afirmativo, violento, parecía tipo de pasiones fuertes, con una gran dureza de espíritu y a quien no emocionaba nada. Era gran aficionado a la caza.

El otro, don Clemente, tenía cara de picador, muy morena. Según decían se le iban los ojos detrás de las mujeres. Hablaba con una voz ronca, fumaba puros y marchaba con un bastón de estoque en la mano, con ademán de militar. Se hablaba de una señora viuda, de quien había sido el confesor, que le dejó parte de su fortuna. El coadjutor, que abandonaba el cargo y le trasladaban y a quien sustituía Javier, tenía un tipo un poco de lego, entre malicioso e insignificante.

El organista, don Martín, era hombre reconcentrado y de aspecto místico. Al parecer, cumplía su misión de sacerdote muy estrictamente.

Estuvieron reunidos en la sacristía de la iglesia. Tenía ésta unos armarios largos para las casullas y demás vestiduras eclesiásticas, y encima de ellos varias imágenes vestidas; en la pared, un Cristo de gran tamaño; una mesa delante de una ventana, un banco antiguo, y sobre la puerta un cuadro borroso. En medio de la sacristía había un brasero de cobre con tarima de madera lustrosa y clavos también de cobre.

Después de hablar del estado del pueblo, el párroco dijo a Javier que, si le parecía, irían a visitar al alcalde. El coadjutor trasladado y un capellán se quedaron.

Salieron de la iglesia y fueron al Ayuntamiento; no estaba el alcalde. Comenzaba a llover de una manera desesperada y se pusieron a pasear los curas por los soportales del Ayuntamiento. Eran cinco; hacían una maniobra estratégica para irse renovando en los puestos, dejando al párroco siempre en medio. De lejos, estas evoluciones de las cinco figuras negras y los cinco sombreros de teja tenían un aire mecánico.

Cuando escampó un poco la lluvia volvieron a los arcos de la iglesia. En los extremos del cobertizo, a un lado y a otro, había un portal gótico sin adorno. En estos arcos paseaba el pueblo los días de lluvia.

El cura joven recién llegado produjo buen efecto en la gente. Se supo en seguida que era el nuevo coadjutor.

Gizon polita da!, dijeron unas viejas en vascuence, frase que literalmente quería decir: «Es un hombre bonito», pero cuya significación es más bien: Es un hombre de aire modoso y amable.

A la hora de comer se acercó Javier a la fonda, donde comió, y por la tarde marcharon tía y sobrino a la estación para la vuelta a Vitoria.

Cuando dejaban la estación, las dos peñas del pueblo brillaban doradas en la cumbre con el sol poniente.

Monleón, pueblo hundido en una valle angosto, presentaba el aire un poco banal y mediocre de casi todas las villas industriales guipuzcoanas. Dos ríos pequeños lo rodeaban: llegaban ambos de barrancos próximos a los límites de la provincia, circunscribían el caserío y se unían en uno solo para internarse en Guipúzcoa.

Los eruditos sabían por qué aquel pueblo guipuzcoano tenía un nombre castellano o francés.

Monleón, completamente industrial y moderno en su casco, ofrecía en los alrededores un tipo de vida agrícola y arcaica. Se hallaba constituido por el núcleo antiguo, por barrios modernos y por caseríos solitarios. Su término municipal, grande, no lo era tanto como el de las villas próximas de Vizcaya y de Álava, esencialmente rurales.

Tenía una iglesia espaciosa y un gran portalón con su tejado en la parte de atrás, donde se podía pasear los días de lluvia; una gran plaza con su Ayuntamiento de fachada barroca; tres o cuatro calles estrechas, de pequeño comercio, un poco tristes y sombrías, y los anchurones producidos por derribos y las avenidas modernas. Al final de las calles viejas se abrían puertas en arco, antiguamente entradas de la muralla.

Cerca del pueblo se levantaba el cerro de Santa Bárbara, con árboles, asiento antiguamente de un poderoso castillo. En este alto solían pasear algunas parejas y rezar los curas sus oraciones.

El castillo, construido, según algunos, por Sancho Abarca, lo mandó derribar Juan II de Castilla, y no se realizó la demolición hasta el tiempo de Enrique IV, y según el historiador local del siglo XVI existían en su tiempo torreones y murallas de la fortaleza.

Monleón tenía una tradición guerrera: había figurado en las luchas de los banderizos vascos, que trataron el pueblo a sangre y a fuego, y una tradición industrial por sus grandes ferrerías y fundiciones.

La tradición de guerras y de luchas se había borrado por completo. La otra persistía, y quedaba un espíritu industrial entre sus accionistas, ingenieros y obreros técnicos venidos de aquí y de allá.

Fuera del pueblo, la única curiosidad la constituía una roca con una gruta donde, según las consejas antiguas, estuvo refugiado un santo.

La población era bulliciosa y alegre. Las muchachas, esbeltas y sonrientes; los hombres, ágiles, aunque entre ellos se destacaban algunos tipos de gordura un poco monstruosa que se dan en los guipuzcoanos de vida muy sedentaria.

Dos días después, Javier marchó nuevamente al pueblo. Iba a buscar casa.

Había echado la vista a una de la entrada, en la avenida principal de la villa. Esta casa, vieja y restaurada hacía tiempo, no era muy grande; estaba libre por los cuatro lados y tenía una disposición agradable e independiente. La fachada daba a la carretera cuando al entrar en el pueblo se transformaba en calle; la parte de atrás, a una huerta, y los dos lados laterales, a callejones estrechos. La huerta, bastante grande, se hallaba contorneada por uno de los ríos del pueblo. Éste no era muy claro y tenía suciedades y obstáculos, pero Javier pensó que él conseguiría limpiar la parte de delante de su casa. Pasando el río por un puente, un camino salía a la carretera por otro puente.

La huerta, hermosa, tenía en medio un camino central terminado en un pabellón pequeño de hierro y de madera pintado de verde, con sus escalones al río. A su lado, un sauce llorón caía como una ligera cascada de ramaje suave sobre las aguas.

Dos grandes magnolios y dos lilos se levantaban cerca de las tapias, en donde no podían quitar el sol. Ciruelos, perales y manzanos se extendían sobre las paredes en espalderas.

La casa, no muy grande y ya vieja, se hallaba cerca de un palacete moderno de un rico de Bilbao, accionista de la fábrica. La cuidaba como guardián un hombre llamado Domingo y su mujer, la Maintoni.

Javier habló con Domingo y se quedó de acuerdo en el pago del alquiler.

Pocos días más tarde se instalaron tía y sobrino y llevaron en un camión muebles. Unos los tenían y otros los compraron en San Sebastián. Fueron la tía Paula y la tía Micaela.

Tomaron una muchacha de un caserío, y la Maintoni se quedó como asistenta, y Domingo, su marido, se encargó de la huerta y de cortar la leña.

La tía Micaela no podía vivir mucho tiempo fuera de San Sebastián, y a la semana dejó Monleón.

La primera parte de la vida en el pueblo fue para Javier agradable. Le gustaban los pequeños trabajos de la casa y de la huerta. Se le pasaban los días con rapidez. Hizo preparativos para el invierno: convirtió la sala, con una hermosa chimenea, en comedor, y en el antiguo comedor mandó instalar la cocina y le abrió una salida a la huerta.

Los dos cuartos quedaban así muy agradables y cómodos para su uso.

En el comedor nuevo, la chimenea antigua solía estar tapada el verano con una mampara de papel con una bola de cristal a cada lado, En el centro, la mampara tenía una litografía iluminada con su letrero: «El Paseo». Encima del mármol había dos

candelabros y una imagen de la Virgen.

La litografía iluminada, de mediados del siglo XIX, era muy romántica. La estampa se hallaba rota y la compuso Javier con cuidado.

En el comedor pensaba emplear fuego de leña porque esto le ilusionaba. Para la cocina usaba carbón de piedra, y cuando empezara el frío pondría una estufa en el primer piso.

Como ayudante para sus trabajos, Javier encontró a un castellano, hombre de recursos, a quien llamaban en el pueblo, en broma, Tintín. Tintín, flaco, con anteojos y bigote corto, parecía un profesor. Había estado en América, tenía mucha idea para todo. Empapelaba, ponía una luz eléctrica, arreglaba una bicicleta, componía un reloj, echaba una media suela a unas botas, blanqueaba, conocía las hierbas y se contentaba con ganar muy poco. Había estado empleado en la fábrica, pero sin duda le cansaba un trabajo siempre igual y prefería las faenas distintas y variadas.

A pesar de que estaba acostumbrado a la vida del pueblo y a su paisaje húmedo y de que había estado en su aldea natal y tenido que volverse por no encontrar trabajo, Tintín conservaba un recuerdo romántico de su tierra y los días de gran calor decía con cierto entusiasmo:

—¡Cómo estarán ahora los campos allá en Valladolid!

—Seguramente secos —le contestaba Javier en broma.

La sala del primer piso Javier la empapeló, con la colaboración de Tintín, de verde y la amuebló con una sillería también verde con dos sillones y un sofá, un velador antiguo, una consola, un arca, varios cuadros y un espejo pequeño con el marco de cristal.

Cerca de esta sala para visitas de cumplido había un cuarto para la ropa y Javier llevó a él un armario de color muy negro de madera de castaño, un armario antiguo del país, sólido y ancho, con unos herrajes complicados en las dos puertas y la cerradura. Pronto su armario se llenó de ropa blanca, que entre las maderas oscuras y brillantes parecía de nieve.

En los estantes, la tía Paula solía poner hermosas manzanas, unas rojizas, otras de corteza áspera, agrias, muy olorosas; en otros cajones dejaba hojas de menta para perfumar la ropa.

El cuarto de Javier, claro y desnudo, parecía una celda: una cama baja y bastante dura, un colgador, cuatro sillas y una mesa grande.

Cerca estaba el cuarto de baño, donde se lavaba.

La alcoba de la tía Paula tenía un testero como un oratorio. Sobre una cómoda con mantel blanco se levantaba una imagen de la Virgen, y en la pared varias estampas de santos y escapularios puestos en marcos. La cama, alta, con varios colchones, un armario de luna, un arca y una máquina de coser constituían el mueblaje.

Por entonces el cura iba por un camino de rosas. Le gustaba dar grandes paseos, visitar los caseríos, recoger canciones del país con su letra y su música.

La tía Paula cuidaba mucho del traje de Javier y hacía que se afeitara todos los días.

Monleón, pueblo alegre y sensual, vivía bien; tenía más de mil obreros empleados en las fábricas; la burguesía gozaba de grandes comodidades; había un hermoso cine cerca de la plaza, casas ricas y lujosas, muchos automóviles, altos empleados e ingenieros con sueldos de ministro.

El núcleo central lo constituían tres calles principales de comercio, algunas callejuelas, la plaza y luego los barrios. La gente artesana era alegre y se oía con frecuencia entre las chicas carcajadas y frases como ésta: «*Ene!* ¡Qué risas tuvimos!»

La vida moderna e industrial del pueblo y la arcaica y campesina de los alrededores estaban vigiladas por aquellos dos gigantes de piedra, las Peñas de Monleón.

El elemento obrero era casi todo él socialista. La religión andaba de capa caída entre la clase trabajadora y seguía muy ritual entre los campesinos y mezclada con supersticiones oscuras. La burguesía alardeaba de muy católica, pero se podía sospechar si en ella todo se reducía a formas. En el país, mientras se hable vasco, habrá siempre la absoluta divergencia entre *la calle* y el campo. En *la calle* reina lo actual, y en el caserío, la prehistoria. No hay rincón en Europa donde el contraste sea tan brusco. No es la Edad Media enfrente de la Moderna, sino la edad del bronce frente a la del cemento y a la del cinematógrafo. Aquélla casi siempre más simpática y más pintoresca.

A Javier le sobraba y le estorbaba un tanto esta vida industrial; hubiese preferido ser cura de un pueblo sólo agricultor, pero quizá el pretenderlo le hubiera dado una fama de extravagante.

No había ido nunca a la fábrica. No le interesaba la industria ni la mecánica.

En cambio, los otros dos coadjutores, don Clemente y don Mariano, eran muy aficionados a visitarla. Don Mariano describía cómo se hacía la sangría de los hornos, como se trabajaba en el pudelaje y se llevaban las barras a pasar por los laminadores entre nubes de chispas.

También se enteraban los dos clérigos de los vagones de hierro que entraban y de los que salían y de la chatarra que iba a los hornos.

Javier no había pretendido jamás ser cura de ciudad, ni aun de pueblo grande, sino cura de aldea; su ideal era vivir en la casa campesina amplia, cómoda y limpia, con su huerta y su jardín; nada de ambiciones ni de querellas; no aspirar, conservar libertad de espíritu y ver cómo pasaban las horas alegres o tristes, hasta el final. *Vulnerant omnes ultima neecat*, como se dice en las leyendas de algunos relojes del país vasco.

El plan de la vida del cura, desde el comienzo de su estancia allí, fue un plan muy

puritano; quería trabajar lo más posible en la iglesia y en la huerta, no tener horas desocupadas, nada de fantasías vanas, dedicarse a la música, no fumar y no hablar, sobre todo, de política; no discutir, no jugar a las cartas, pasear dos o tres horas al día, no comer carne ni beber vino ni alcohol más que estando enfermo y considerándolo como medicina.

Le gustaba la poca comida, pero bien condimentada; tener el cuarto arreglado, cada cosa en su sitio, los cristales limpios, los muebles frotados, los libros colocados en orden; si había un papel en el suelo, lo recogía. No le preocupaba la muerte ni la otra vida. En el invierno, con el buen tiempo, solía hacer largas excursiones.

El primer invierno de estancia allí Javier y su tía Paula tuvieron un tiempo muy hermoso, el sol pálido penetraba oblicuo en las habitaciones. En el campo, las hojas amarillas y rojizas, blancas y negras, abarquilladas y carcomidas, dormían sobre el agua turbia de los senderos encharcados. Otras iban alfombrando la tierra, y los carros de hierba seca y de helecho cantaban por los caminos.

El misticismo de Javier se armonizaba con el campo y el cielo y con la noche llena de estrellas. Le gustaba también ver desde lejos, desde algún monte, su amigo el mar. Tanto como salir de su casa, le agradaba quedarse en ella y acercarse una noche al pabellón de la huerta y oír la canción misteriosa del río próximo.

En la primavera se alejaba más. Veía las peñas desnudas, los barrancos sombríos, los tajos cortados a pico y los vallecitos verdes oscuros con árboles verdes claros. Los caminos del monte estaban llenos de brezos, de digitales y de zarzamoras y los prados cuajados de flores.

Se sentaba en el campo. Cualquier cosa le bastaba para distraerse: las nubes que cruzaban por el cielo, la variedad de hierbas, el tordo que cantaba entre las ramas y el cuco que daba una voz como de chico que juega al escondite. En los arroyos contemplaba las *chipas*, los peces diminutos que trazaban líneas brillantes en el agua; en los charcos, los renacuajos, y en la tierra pedregosa veía las evoluciones sabias de las hormigas, de las arañas y de los abejorros.

Esta época era de grandes trabajos en las huertas. En la suya, en todos los rincones donde la tapia estaba al descubierto, había puesto o mandado poner enredaderas, madre selvas, viña virgen o glicina.

—¡Pero si quita sitio para las alcachofas! —le decía Domingo el hortelano.

—No importa, la cuestión es que esté bonito.

A la tía Paula, aficionada a tomar un poco de sidra en la comida, le gustaba tener una barrica en casa. Como no tenían manzana bastante, compraban jugo sin fermentar y llenaban una bordelesa grande con él para dejarla en la cueva y a la primavera siguiente la comenzaban. También solían hacer una sidra ligera llamada en el país *pitharra*.

Pronto, en la bodega, hubo botellas de buenos vinos y de licores, algunos jamones

y tarros con dulce. Las manzanas se extendían sobre una alfombra de hierba y las calabazas, las judías, las cebollas y patatas se amontonaban en el desván. Al final del invierno y al principio de la primavera la tía Paula hacía acopio de huevos, cuando estaban baratos, y los guardaba en tinajas sumergidos en agua de cal. Después, en el rincón de la huerta, pusieron un gallinero.

La tía Paula se encontraba a gusto en el pueblo. Trabajaba constantemente. Se levantaba temprano y se acostaba tarde. Cosía, planchaba, guisaba, frotaba el suelo: le preocupaba mucho su brillo. En las horas libres, rezaba y leía el periódico sin dejar una letra. Los domingos por la tarde arreglaba la ropa y los armarios e iba después a hablar a un pequeño bazar de la calle del Medio, con una amiga suya, en vascuence. Este bazar de al principio de la calle, en un sótano muy profundo, tenía de todo. La dueña, la Higinia, muy comerciante y con una tendencia marcada a hacerse rica, hablaba de sus negocios.

Al anochecer volvía la tía Paula y solía reunirse con la Maintoni, la mujer de Domingo el hortelano, y recorrían la huerta las dos. Eran éstas todas las distracciones de la tía Paula, y le parecían suficientes. Su vida había sido siempre así, de una gran austeridad.

La hortelana, la Maintoni, la mujer de Domingo, una vasca seca y flaca, conocía a gente de iglesia. Una de sus amistades era la cerora, una viuda de unos sesenta años, que cuidaba oficialmente de la parroquia y extraoficialmente de una bandada de patos. También era del mismo grupo el campanero y su hijo, a quien se le llamaba en el pueblo, no se sabía por qué, Rochil.

El campanero, perturbador de los madrugadores, tenía la costumbre de tocar la oración de la mañana un cuarto de hora o diez minutos antes de hacerse de día, en verano y en invierno. Sin duda, se despertaba temprano y quería que devotos y devotas se levantaran cuando no clareaba aún.

La Maintoni y su marido Domingo fueron pronto como de la casa. La Maintoni lavaba la ropa en el río y la tendía en el borde de la huerta. Las horas libres iba al monte a coger leña y en la primavera y el verano a buscar hongos.

La tía Paula solía alguna que otra vez visitarles en el sótano de la casa próxima, donde vivían. La madre de Domingo, una vieja arrugada, decrepita y sin dientes, se pasaba la vida al lado del fuego en la cocina. La vieja se lamentaba de todo. Ya no se hablaba en vascuence, según ella, en el pueblo; escaseaba la leña, todo era una miseria.

La vieja sabía muchos refranes, sobre la Candelaria, Santa Lucía y el día de San Simón y San Judas. Explicaba la influencia de la luna en las huertas. Según ella, si se sembraba con luna llena las plantas daban mucha hoja y si se sembraba en menguante, más grano. Estas ideas del tiempo de Catón en su *De rústica* todavía se cotizaban.

Para aquella vieja, nacida en Régil, Monleón era un pueblo castellanizado y decadente.

Una de las cosas que explicaba con delectación, porque le parecía de mucha gracia, mostrando las encías sin dientes al reír, era lo que contaban las campanas del pueblo. La de un convento de monjas decía:

Beti miseriya

Beti miseriya.

(Siempre miseria, siempre miseria.)

Las de otro convento de monjas contestaba:

Guk ere bai

guk ere bai.

(Nosotras también, nosotras también.)

La de los frailes replicaba:

Izango da izango

izango izango.

(La tendréis y la tendréis, tendréis y tendréis.)

La parroquia terminaba el diálogo diciendo, por la voz de la campana grande:

Hor konpon

hor konpon

gu ongi gaude

ongi gaude.

(Allí os las arregléis. Allí os las arregléis; nosotros estamos bien, estamos bien.)

Domingo, el hortelano, cuidaba de la huerta de Javier y de la del palacete próximo, en cuyo sótano vivía.

Domingo, a quien llamaban Chomin en vascuence, tenía un cierto aire de senador romano. Probablemente debió de haber sido hombre guapo en su juventud; pero la holganza y la gula le dieron una obesidad y una potencia de vientre extraordinarias. Domingo, tragón y sidrero, se preocupaba mucho de las posadas en las que se daba bien de comer y de los caseríos en donde se abría una barrica de buena sidra.

Como tipo de taberna y de sidrería, le gustaba cantar y sabía muchos zortzikos aprendidos fuera, en otros pueblos de Guipúzcoa y de Navarra; pero ya se consideraba retirado. No encontraba su época digna de embellecerla con sus canciones.

Una vez recitaba con su sonsonete unos versos de Bilintx, el donostiarra, en los cuales pinta a un Domingo Campaña de San Sebastián, que debía de ser muy bruto, montado en un macho, y asegura que el que va arriba es tan mulo como el de abajo, y termina diciendo: *Mando baten gainean bestea, alajaina!* (Sobre un mulo otro mulo, ¡vive Dios!)

Uno de los que le oían pensó que los versos podían aplicarse al mismo Domingo de Monleón y se los recitaron. Al principio le molestaba; pero pronto se olvidaron los

motivos, y si alguno le llamaba Domingo Campaña, era porque creía que se llamaba así.

La mujer, la Maintoni, hablaba el vascuence vertiginosamente y el castellano en una mala jerga complicada aprendida en Bilbao.

Domingo era de Régil y ella de Beizama.

Chomin no pronunciaba una palabra bien; pero le gustaba hablar castellano. Decía *errabiar*, *erremiendo*, *comendante*, *frábica*, *comparanza*, *pamparrón* y otras palabras con la misma exactitud fonética. En vascuence hablaba con cierta gracia socarrona.

Domingo tenía frases. Una de las más desdeñosas de su repertorio era decir de alguien:

—Ése es de raza de *lugarza*.

Lugarza, o *lubarza*, es el grillo topo que se considera insecto que hace mucho daño en las huertas.

Domingo tenía bastantes fobias; una de ellas era la que sentía por Tintín el factótum, fobia correspondida. Tintín decía de él con desprecio y con acento de Valladolid:

—Ése es una mula.

Domingo correspondía al obsequio exclamando:

—¡Tintín, ese maqueto! ¡Bah! Ése no es hombre para mí. Si no fuera tan poca cosa, le *emplastaría* como a *un* serpiente.

Domingo tenía la admiración por las buenas comidas.

—Domingo, ¡eh!, ahora, si trajeran un pollo y unas buenas magras con tomate, ¿qué te parecería? —le decía alguno.

—¡Ah! No *conose* uno esas cosas —contestaba él, y ponía una cara de descontento y de repulsión—. Nosotros siempre habas y *bertsas*. Eso, *pa* los ricos es. Nosotros no sabemos lo que es eso. *Shegundo*, ese maqueto, el otro día bonita idea tuvo: «Hoy, dijo, es día *pueno* para ir al campo con un cordero asado y no volver hasta no dejar nada.» ¡Qué *ocurrencias* tiene más *puenas*! Así dijo, sí.

Otro día hablaba con una vecina, y le decía:

—El domingo pasado me encontré en la carretera con una chica guapa y le acompañé un momento. *Pa* nada, *pa* hablar. Pues mi mujer, la Maintoni, lo supo y me insultó de una manera terrible. Ya ves tú qué *percanses*, ¿eh?, sólo por pasear con una chica guapa.

La Maintoni, que le oía, gritó con una voz chillona:

—Más te valía a ti trabajar un poco más y hablar un poco menos. *Indesente*, más que *indesente*.

—¡Trabajar, trabajar! —murmuró Domingo—. Mejor que trabajar preferiría que me llamaran hijo de p...

Javier, que le oía desde la ventana, no pudo contener la risa.

Domingo siempre estaba hablando de las ventajas de los ricos sobre los pobres. Una vez aseguró que las moscas picaban más a los pobres que a los ricos.

Las conversaciones de Domingo con sus amigos le hacían mucha gracia a Javier, y lo mismo sus definiciones y sus historietas. Hablando del párroco, una vez contó:

—La vieja del caserío Erricoechea se confesó y se comulgó, aunque no estaba grave, porque esto le servía para que le llevaran buenos *erregalos*. La vieja le prometió al párroco una gallina hermosa. «Ya se la enviaré a usted, sí; ya se la enviaré», le dijo.

El párroco, antes de salir de la casa, pidió la gallina y el monaguillo se la llevó, luego; la enferma, al levantarse, contó las gallinas y vio que le faltaba una.

«¿Pero cómo falta una?», preguntó a su nieta. «Usted se la regaló al párroco, abuela.» «¿Y se la llevó?» «Sí.» «Ahí está, pues; tantas veces que se me perdió esa gallina dije que se la llevara el diablo y no se la llevó, y ahora que se la prometí al párroco, en seguida se la ha llevado. ¡Ahí está, pues!»

Una vez discutía Domingo con el sacristán y el panadero. El sacristán explicaba los milagros de Jesucristo y el panadero dijo, al oír el milagro de los panes y de los peces:

—En el milagro de los *peses* ya creo, pero en el de los panes no, porque si no había *serca* un horno no se podía *coser* el pan.

Javier pensaba que aquella gente del pueblo no tenía el menor sentido religioso. Se veía que para el vasco la religión era un conjunto de fórmulas protocolares y nada más. Quitándoles las prácticas no quedaría en ellos nada.

Domingo daba mucha importancia a sus compras.

—Estás hoy muy elegante —le dijo una vez Javier.

—Sí, voy al mercado a comprar dos marranas —contestó él con gran solemnidad.

Javier y Domingo tenían ciertas diferencias de procedimiento y de técnica en cuestiones de la huerta.

Javier, frecuentemente, se acercaba a una escalera que bajaba de la huerta al río y que tenía cerca una piedra para lavar. Desde allí solía tomarse el trabajo de coger un palo y empujar los trapos viejos, las zarzas y los botes de conserva que echaban los vecinos al río y se quedaban amontonados o flotando. Recomendaba a Domingo que no tirara porquerías al agua. Domingo le daba la razón y al día siguiente todos los botes, latas, alpargatas viejas y telas de paraguas que veía los echaba al arroyo.

—¡Qué animal! ¡Qué bárbaro! —solía decir Javier.

Domingo era hombre ocurrente, sabía una canción muy larga de cuando el general carlista Lizárraga entró en el pueblo, en la cual se hablaba de *kañonazuak* (cañonazos) y de un general.

Karlistetako general falsua.

(El general cobarde de los carlistas.)

Cantaba a veces la vida del caballo blanco de Bilintx y la canción del potaje del mismo autor, con mucha gracia, y no perdonaba una estrofa.

Javier estaba muy satisfecho de sus frutales, de sus magnolios y de los lilos que en la primavera parecían acariciar la ventana de su cuarto. Se tomaba sus trabajos. Durante el invierno desinfectaba los frutales para hacer desaparecer el pulgón lanígero de los manzanos y otros parásitos.

La tía Paula pensaba más en la casa que en la huerta. Uno de sus orgullos era que el suelo de las habitaciones de castaño estuvieran muy bien conservado y brillante como un espejo. Ella misma pasaba el cepillo y la bayeta, a pesar de que Javier le decía más o menos en broma:

—Mira, no creo que estés en edad de esos trabajos.

—¡Bah! Todavía estoy fuerte —replicaba ella.

La vida de Javier era poco activa; al principio no manifestó gran interés en confesar y no pidió licencias. El párroco le dijo que hiciera lo que le pareciera; luego, sin motivo alguno, quizá porque advirtió su indiferencia, le indicó que debía prepararse para el confesonario.

Tenía varios libros de confesión, los *Casus conscienciæ*, de Guri, de Bucceroni y del jesuita Villada. También tenía *La llave de oro*, del padre Claret.

En su biblioteca había libros místicos de fray Luis de Granada y del padre Estella, el diccionario regalado por el canónigo de Vitoria y algunas obras de geografía, de historia y de botánica.

Leía con frecuencia la *Introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales, y recomendaba la lectura de este santo partidario de las virtudes prácticas y humildes.

El libro, aunque a veces llega a ser un poco vulgar y ramplón, le parecía ameno, se seguía con interés y no tenía esa oratoria ampulosa y redundante de los grandes predicadores. A Javier le gustaba también la *Leyenda dorada*, de Jacobo Vorágine, y *Las florecillas de San Francisco*. En cambio, no le hacía mucha gracia *La imitación de Cristo*. Con frecuencia releía los versos de fray Luis de León, que muchos sabía de memoria.

En ocasiones, al pasearse en la huerta de noche recitaba:

*Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado
y miro hacia el suelo
de noche rodeado
en sueño y en olvido sepultado...*

El verano, a la hora del anochecer, llegaban algunas personas a la casa y tenía la idea de convivir con el pueblo entero. Después cenaba y salía a tomar el fresco a la ventana de la huerta. Si se fijaba en ello, se oían ruidos raros de la fábrica, el retemblar de las máquinas soplantes, el de las turbinas, distintos golpes de martillos grandes y pequeños y sonidos agrios para dar dentera, de poleas y de sierras. Luego sonaban las horas en el reloj de la iglesia. Se oía también en los momentos de silencio el chapotear de un cubo en el río próximo y alguna rana que en las noches calientes solía croar. Por encima del monte próximo brillaba la Osa Mayor.

En el crepúsculo, sobre el río, al atardecer, las libélulas pasaban rasando el agua, los hidrómetras (los zapateros) se agitaban en la superficie. Las golondrinas solían volar por encima de las huertas y al comenzar la noche cruzaban los murciélagos con su vuelo tortuoso. Las casas negras se iban iluminando con la luz eléctrica y el humo

de las chimeneas subía al cielo. Por las mañanas se oía el canto de los gallos y luego el paso de camiones por la carretera.

Al volver de la iglesia de decir misa se cruzaba Javier con la procesión de obreros que iban a la fábrica.

A veces, por la mañana, pasaba por delante del convento de monjas y entonces oía el *Tantum ergo* en la música del armonio.

En los días lluviosos y tristes de otoño y de invierno la campana de la oración y luego la de la agonía, que con frecuencia sonaba después, al anochecer, eran como el latido del corazón melancólico del pueblo en medio de la oscuridad y de la lluvia.

La oración del alba era alegre con el día claro, y como señal de vida. Poco después comenzaban a cantar los pájaros. No era, en cambio, muy alegre, en los días nebulosos.

Javier ponía gran cuidado en cumplir su misión de sacerdote de la manera más evangélica posible. Acudía en seguida a casa de cualquiera que le llamara, fuese quien fuese, se tratara de un caso de enfermedad o de desgracia de otra índole. Intentaba consolar, y si no lo conseguía, se esforzaba en poner todos los medios a su alcance.

Desgraciadamente, veía que la mayoría de las veces la empresa no sólo era difícil, sino que era imposible.

El hombre de espíritu fuerte, lo mismo si es religioso que ateo, se tranquiliza pronto, pero el de ánimo débil está siempre inquieto.

El poco valor de las ideas lo comprobaba en un viejo enfermo religioso y devoto que se había confesado y comulgado en trance de muerte.

—¿Por qué temer? —le decía el cura—. Su vida ha sido ejemplar; le espera la gloria.

—Sí; pero no tengo la paz del alma —replicaba él.

Lo que traducido al lenguaje corriente quería decir: Tengo miedo.

La tía Paula era, indudablemente, más devota que su sobrino. Oía todos los días misa, se confesaba los sábados y parte del tiempo libre rezaba el rosario y recitaba novenas. Tenía en su cuarto una porción de libritos impresos en San Sebastián y en Tolosa a principios del siglo XIX.

Javier no había mirado estos libritos con atención, aunque algunos los encontraba muy bien, por sus poesías. Uno de éstos era el *Responsorio de San Antonio de Padua*:

*Si buscas milagros, mira
muerte y error desterrados,
miseria y demonio huidos,
leprosos y enfermos sanos.
El mar sosiega su ira;
redúcense encarcelados
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.*

Este *responsorio* lo encontró en latín, en la canción atribuida a San Buenaventura en loor de San Antonio:

*Si quæris miracula
Mors, error, calamitas
Dæmon, lepra, fugiunt
Aegri surgunt sani.*

No todas las poesías de las novenas tenían el carácter poético de este *responsorio*, pues algunas parecían más bien cómicas que otra cosa, como aquellas dedicadas a San Roque:

*Pues médico por el cielo
señalado sois, San Roque,
el enfermo que os invoque
tendrá seguro consuelo.*

La tía Paula ponía en su cuarto, una vez al mes, la imagen de una Virgen a la que trasladaban de una casa a otra, a la que alumbraba con unas mariposas encendidas que flotaban en una capa de aceite sobre el agua en un vaso.

La tía Paula tenía un pesimismo especial, lo que no le impedía muchas veces mostrarse animada y hasta alegre. Parecía que las calamidades le excitaban. Al poco tiempo de comenzar el verano decía a su sobrino:

—Ya empiezan a acortar los días, ya vamos cara al invierno y a los días tristes.

—¡Pero si casi no ha comenzado aún el verano! —exclamaba él.

Las malas cosechas, los pedriscos, las tormentas, las enfermedades, parecían animarle y hacerle hablar.

A los dos años de estancia de Javier allí apareció en el pueblo un muchacho de buen aspecto, de barba rubia y anteojos. Era el doctor Basterreche.

Este médico joven, a quien conoció el cura en San Sebastián en una gira nacionalista, ejercía en una aldea próxima. Poco después, le dieron una de las titulares de Monleón.

El doctor Basterreche había estado algunos años en Alemania. Se manifestó como hombre de poca voluntad, un tanto desidioso y versátil. Era buen médico, inteligente, de cabeza clara, capaz de estudiar algo bien; pero se descuidaba muchas veces y no hacía caso de los enfermos, por lo menos se mostraba muy desigual en su trato con ellos y a algunos les decía: «Si no tiene usted nada, ¿para qué le voy a visitar?»

El doctor apareció oficialmente como regionalista y amigo de los curas; pero luego en la conversación se mostraba muy escéptico y de ideas revolucionarias. El doctor recetaba de una manera que parecía un poco bárbara, que a veces alarmaba al farmacéutico que le decía:

—¿No es mucha dosis, Basterreche? ¿No se ha equivocado usted?

—No, no; es así.

Los otros médicos decían:

—En Alemania tratan a la gente como a los caballos; sin duda, son hombres más corpulentos y más bárbaros; pero en España no se pueden emplear estas dosis brutales.

Javier y el médico se hablaban de tú. El médico, José María Basterreche, a los pocos meses de instalarse en Monleón, se casó con la hija de un fabricante rico de Bilbao.

El matrimonio lo prepararon los curas. Él se dejó llevar.

Antes de casarse, Javier, que le tenía afecto porque era un tipo parecido a él, le preguntó varias veces:

—¿Pero tú estás verdaderamente enamorado de esa mujer?

El doctor Basterreche se encogió de hombros.

—Ella, según dicen, es muy entonada y muy orgullosa.

—¡Bah, ya cambiará!

El elemento clerical influyó en la boda del doctor Basterreche, y en el tiempo en que estuvo en relaciones con la hija del fabricante rico se reportó un poco y dejó de mostrarse revolucionario.

Todos sus amigos le decían al doctor:

—Hombre. No te cases con ésa. Te vas a arrepentir.

Pensaban que por su debilidad de carácter iba a dar un paso en falso.

La muchacha que se casó con el doctor Basterreche era una mujer guapa y vistosa.

Demostró que no tenía las más elementales ideas de buen sentido y se manifestó de una perfecta vanidad y de una estupidez casi tan perfecta.

El padre de la chica era un fantasmón; quería ante todo figurar, tener un título para su hijo mayor. Visitaba al rey en Madrid y en Bilbao. El papá era tan orgulloso como su hija y casi tan poco inteligente. Al casarse su hija indicó al joven matrimonio que pasara un año en el pueblo y después fuera a instalarse a Bilbao. Él daría una pensión a su hija de cinco mil duros al año.

Arreglaron la casa y desde los primeros días el doctor Basterreche y su mujer comenzaron a reñir.

Ella no tenía la menor discreción; reprochaba a su marido su pobreza.

—Con ese sueldo miserable que tienes —le decía— no podrías ni comer ni vivir.

—Pues hija, he vivido hasta ahora —contestaba él.

A pesar de la natural debilidad de carácter del médico, no pudo resistir el orgullo y la estupidez de su mujer, y acabó riñendo con ella de una manera violenta: no quedaba posibilidad de arreglo. El doctor se quedó en el pueblo y ella se marchó a Bilbao.

A consecuencia del fracaso, Basterreche se manifestó decididamente revolucionario y anticlerical, y se afeitó las barbas sin duda para parecer otro hombre.

Desde entonces el médico hablaba muy mal de la burguesía.

—Habría que acabar con esa gente —decía—. Es muy mezquina y muy ruin.

Javier no tenía ningún gran interés en confesar, y el párroco tampoco; pero éste, sin duda, al ver su indiferencia, le dijo que debía pedir las licencias para ello y aligerar de trabajo a los demás.

Le pareció a Javier que el párroco obraba con hipocresía. Esta hipocresía deliberada, forzada, en personas naturalmente sencillas, llega muy lejos. Las gentes, por instinto cautelosas y maquiavélicas, tienen una capa de mentira y de perfidia espontánea y a veces prescinden de ella; pero los otros, los que se la han fabricado conscientemente y con método durante mucho tiempo, no prescinden nunca.

Los primeros años de estancia de Javier en Monleón cumplió sus deberes y fue mirado con ligera simpatía por unos y con cierta indiferencia por otros. No le gustaba confesar y rehuía esta obligación penosa; pero de pronto se encontró con que la mayoría de las mujeres del pueblo aparecieron en su confesonario; primero, las Hijas de María; luego, las demás. ¡Qué de cosas terribles llegaron a sus oídos! Adulterios, sensualidad, perversiones.

Javier no podía decir como un penitenciarario a quien otro canónigo le preguntaba cuando salía de confesar:

—¿Qué tal?

—Aburrido. He estado toda la tarde en el confesonario y no me han contado un pecado decente.

A Javier le contaban pecados decentes e indecentes.

Una muchacha le aseguró que había pecado repetidas veces con un hombre.

—Se debe usted casar con él —le dijo Javier.

—No puede ser.

—¿Por qué no puede ser? ¿Es que está ya casado?

—No.

—¿Pues qué le pasa? ¿Es muy viejo o muy joven, o tiene una posición muy alta?

—No. Es que ese hombre es don Clemente, el cura.

Javier se quedó sorprendido sin saber qué decir.

Desde entonces puso gran cuidado en no hacer preguntas excesivas.

Instintivamente le producía mala impresión el conocer estos desórdenes y aberraciones. ¿Pero es que un pueblo era así?, se preguntaba. ¡Quién lo podía suponer! Él había creído cándidamente que sólo en las ciudades se daban tales torpezas y que eran consecuencia de la licencia de las costumbres, de la vida muelle, de las lecturas perniciosas, de las diversiones exageradas; es decir, de una imaginación excitada hacia la sensualidad. Pero ¿cómo estos desórdenes se producían en pueblos al parecer morales y religiosos? Le hubiera gustado, en ocasiones,

consultar con algún compañero; pero como los otros desconfiaban de él, él desconfió de ellos. Era el primer síntoma de cautela clerical.

A Javier se le consideró como un confesor de manga ancha. No recargaba las tintas. No hablaba mucho del infierno. Javier pensaba poco en el cielo y en el infierno. No sentía un cristianismo trágico de dolores, de lamentos y de gritos. Por otra parte, comprendía que la miseria, el mal olor, la deformidad moral, le producían molestia y repugnancia. Era capaz de preocuparse y de atender a un enfermo pobre; pero a un enfermo repulsivo no. En él influían mucho las simpatías.

El hombre del país, sobre todo si tenía un tipo agradable y noble, podía estar seguro de ser atendido por el cura con afecto. Ello era más dudoso si se trataba de un forastero de mal aspecto y de malas trazas. El forastero desarrapado y cínico le producía cierta repulsión. La ocultaba, pero la sentía.

Javier no trataba nunca de insistir en el confesonario; oía y nada más, y quitaba con habilidad el aire dramático a las declaraciones de los penitentes.

Muchas veces pensaba:

—Es desagradable convertirnos a los curas en colectores de las inmundicias de todos.

Los psicoanalistas, según le decía el doctor Basterreche, que han removido ideas viejas y poco originales, elogian la práctica de la confesión, equiparándola a la *katharsis* griega, que en sentido espiritual quiere decir purificación, alivio del alma por la satisfacción de una necesidad moral.

Muy bien podía suceder que esta *katharsis* fuera beneficiosa para los penitentes, pensaba Javier; pero seguramente no lo era para los confesores, a quienes se inoculaban toda clase de virus y de fermentos morbosos.

Don Mariano, uno de los coadjutores, le sondeó un tanto para ver si Javier hablaba de las confesiones; pero Javier estaba dispuesto a no decir nada y a que no se transparentara el secreto del confesonario.

Entre la clase adinerada había un gran número de mujeres llenas de escrúpulos. Era cosa molesta, impertinente. Parecían solazarse con pequeñas chinchorrerías y le sometían a Javier al suplicio de estar oyendo tonterías o suciedades. Estas mujeres evidentemente no se arrepentían; al revés, se refocilaban con sus pensamientos eróticos, y el ir a contárselos a un hombre en la sombra de una garita oscura les servía de exultación más que de apaciguamiento. Muchas convertían el confesonario en algo como una clínica donde exhibían sus inclinaciones morbosas y sus ideas pornográficas. Algunas habían leído a escondidas libros de medicina.

Los consejos y hasta las órdenes de Javier para ordenar la vida a sus penitentes no los atendían. Era inútil hacerlos.

En los matrimonios obreros existían también desórdenes, pero menores; no había la delectación y estaban impulsados por la inconsciencia y por la miseria.

Entre las mujeres muchas vivían en una ansiedad erótica disimulada. En el confesonario se desnudaban espiritualmente ante el cura, quien se encontraba sorprendido ante su erotismo, de proporciones anómalas. Le hacían preguntas que al hombre más depravado y a la mujer más perdida le hubieran producido desazón. Algunas veces eran muchachas jóvenes; otras, mujeres de más de treinta años, o viudas. Le exponían proyectos absurdos. Todo esto, al parecer, giraba alrededor de períodos lunares. A veces parecía que alguna iba a estallar dando origen a alguna barbaridad o a algún escándalo. Javier no sabía qué consejo dar. «¿No era mejor ir al médico?», les decía. Pero las mujeres no tenían tanta confianza en el médico como en el cura. Se agitaban entre la idea de la honra y del pecado.

Los hombres, en general, daban menos importancia a la cuestión erótica, aunque había algunos casos de hombres escrupulosos y pesados. Un viudo hipócrita le fastidió durante mucho tiempo; tenía que casarse, según él, para no pecar, y esta razón le hacía buscar una mujer con buen dote. En ocasiones venían a consultarle sobre su desacuerdo con sus mujeres, porque éstas eran de naturaleza fría; otras, eran las mujeres las que se quejaban por la misma causa de sus maridos.

—¿Qué se hace con esa gente? —preguntaba Javier al doctor Basterreche exponiéndole el caso.

—Envíales al veterinario —decía Basterreche en broma—. Luego añadía: —Hay muchos de estos buenos burgueses a quienes no hay que tratar como a personas sino como al ganado.

Algo olía a podrido en el pueblo; pero no era el olor a podrido natural, sino la pestilencia mezclada con el olor del incienso y de los polvos de arroz.

Javier daba estos consejos a las devotas, recogidos de los libros de devoción y

sobre todo de San Francisco de Sales, consejos que no tenían gran cosa de original.

Hay que huir de la melancolía; la melancolía es mala y perversa.

No hay que fomentar la inquietud ni la tristeza, sino, por el contrario, ahuyentarla.

Si entra la melancolía, hay que buscar distracciones y recreos, hablando, paseando o cantando. No hay que insistir en los motivos tristes y deprimentes. No hay que pretender hacer una confesión perfecta, porque ésta es imposible.

Si se os han olvidado algunas acciones que consideráis pecaminosas, no os inquietéis por ello, el propósito basta.

Tampoco es conveniente el desesperarse por las imperfecciones propias. La desesperación es muy mala escuela, hay que sufrir, no sólo los defectos ajenos, sino también los propios, lo que es más difícil aún.

No hay crisol que pueda cambiar en oro todos los metales; no se puede pretender esto.

Hecha una confesión con deseo de enmienda, hay que quedar con el espíritu tranquilo y sin volver a ella.

El temor del pecado deja de ser saludable cuando se convierte en excesivo; no hay que confesar las intenciones, sino los hechos consentidos por la conciencia y realizados por la voluntad.

No hay que vivir en el ocio: es esencial tener una ocupación.

No hay que leer libros ascéticos, a no ser que el confesor los recomiende.

El escrúpulo no es una virtud, es un defecto. Cierto es que el escrupuloso no supone que sus escrúpulos sean vanos temores, sino verdades de importancia; pero si confía en su confesor, que mira la cuestión con más serenidad que él, y éste le dice que son preocupaciones vanas, debe creerlo así.

El remedio para las personas escrupulosas es una entera y generosa obediencia.

A pesar de oír sus consejos, no los seguían.

Javier compensaba la impresión desagradable del confesonario dando grandes paseos por los alrededores del pueblo.

No le gustaba nada andar al sol y salía siempre al caer de la tarde.

—Eres como los murciélagos —le decía el doctor Basterreche—, del género *vespertilio*.

—A mí me agrada contemplar el campo, sus líneas y sus colores; con el sol fuerte no se ve.

—Puede ser, pero hay que tomar el sol alguna vez. El sol también es necesario. No es una pedantería inútil.

En el pequeño auto de Basterreche iban los dos de excursión. Vieron de cerca la peña desnuda de Amboto y las cuevas intrincadas del Gorbea.

Esta parte del nudo que une las tres provincias vascas es grandiosa, con rocas ingentes, aisladas, contrafuertes desnudos, bosques espesos y tajos cortados a pico.

Tanto la peña de Udala como la de Amboto y los montes de Gorbea tienen una silueta atrevida y airosa. Javier llevaba siempre intenciones folklóricas en sus correrías.

Era muy difícil cazar cuentos y relaciones antiguas. A los campesinos se les figuraba denigrante pensar que en su rincón se hubiera creído en brujas o en espíritus. Otros decían:

—Sí, algo de eso he oído yo contar a mi abuelo o a mi abuela, pero no lo recuerdo bien.

Las canciones populares iban desapareciendo rápidamente, y los jóvenes y las muchachas cantaban canciones de cine y apestosos tangos argentinos.

La curiosidad por las supersticiones populares del país le hizo recoger al cura datos acerca de los pequeños personajes mitológicos del campo, en los cuales todavía se creía vagamente en los caseríos. El comprobar la presencia de los *intxisua*, de los *ireltxos*, de *Prakagorri* o de *Gabeko* le hacían mucha gracia.

Para los otros curas no era un motivo de risa sino de abominación. A Javier le gustaba visitar los caseríos y hablar con los campesinos para recoger canciones y leyendas. También iba a ver a los enfermos. Uno que visitó, viejo, raro y abandonado, vivía con una sobrina viuda en un caserío solitario y lejano. Era hombre de unos setenta años, tipo fantástico, del que se hizo muy amigo. Se llamaba Martín, y de apodo Shagua (ratón). También le decían Martincho.

Martín Shagua gastaba melenas blancas, vestía muy andrajosos y dormía en una cama de hierba seca.

Tenía los ojos azules, la expresión maliciosa y alucinada, la voz insinuante de

viejo, no sabía una palabra de castellano.

—¿Por qué te llaman Shagua? —le preguntó Javier.

—Primero le llamaban a un hermano mío, que era mayor que yo y que era muy poca cosa; luego me han llamado a mí.

—¿No te importa?

—No, nada.

Martín Shagua vivía muy lejos, en un caserío dentro de un barranco oscuro y estrecho. Al comienzo del verano el caserío solía estar entre cerezos plagados de fruta. Martín tenía varias colmenas en fila.

Shagua no sabía leer ni escribir. Era una mentalidad primitiva. Cuando el cura iba a visitarle le llevaba una cajetilla de cigarros y hablaban.

—¿Ya has estudiado la doctrina? —le preguntó una vez Javier.

—Poco, no fui de chico a la escuela. No he aprendido a leer.

—¿Ya sabes quién es Jesucristo?

—Sí, el que está en el cielo. Como el sol. Sí, ya he oído hablar de él.

—¿Y la Virgen María?

—También está en el cielo, como la luna.

—¿Sabes rezar?

—Poco.

—¿Sabes los mandamientos?

—No recuerdo.

—¿Tú crees que se puede matar a un hombre?

—¡A un hombre, no! Ni tampoco a un animal.

—¿No matáis a los animales para comer?

—Yo no.

—¿Pues de qué vivís?

—De la leche, de potaje, de huevos y de pan.

—¿Y quién da todo eso?

—La tierra.

—¿Y nadie más?

—Y las semillas.

—¿No coméis carne?

—Yo no, nunca.

—¿Y por qué no se puede matar a los animales?

—Porque a mí me parece que todo lo que vive tiene que ser respetado. Los animales son como nosotros;

—¿Pero entonces hablarían?

—Ya hablan a veces.

—¿Tú les has oído?

—Sí.

—¿Qué dicen?

—Se quejan cuando les hacen daño. También hablan los árboles y las plantas, cuando las mueve el viento, y se lamentan si se les rompe las ramas. Yo a veces los entiendo. Si corto un árbol con el hacha, le pido perdón.

—¿Tú crees que los animales, después de muertos, resucitan y vuelven a vivir?

—Yo no.

—¿Y los hombres?

—Los hombres tampoco. Se mueren y los llevan al cementerio.

—Y del cementerio, ¿adónde van?

—A la tierra.

—¿Para siempre?

—Yo creo que sí. A no ser que una tormenta lleve trozos de huesos al río.

—Y si resucitásemos, Martín, ¿tú te alegrarías?

—¿Y tú?

—Yo sí.

—Entonces yo podría alegrarme también.

Era como decir: Tú, que sabes más que yo, te permites esa fantasía, pues yo también me la puedo permitir.

Martín Shagua tenía ideas extrañas: creía que los caseríos estaban demasiado próximos el uno del otro y que siempre sería conveniente que hubiese por lo menos una legua de distancia entre ellos.

Martín era algo creyente en el totemismo, porque, de oírse llamar ratón, pensaba que tenía algo de este roedor. Refería varios casos de fraternidad animal.

—Una vez —contó— me encontré con un tejón (*azkonarrua*) en medio del monte y fuimos los dos marchando en muy buena armonía, y antes de dejarle se despidió de mí saludándome muy cariñosamente.

Otra vez, en el campo, había visto a un cuco muy hermoso sobre unas matas; entonces cogió una piedra, se la tiró y le dio, e inmediatamente se le presentó la sombra de un hombre, erguida, con la señal de la pedrada en la cabeza, y le dijo:

—¡Te arrepentirás de lo que has hecho, ratón!; y él, de sentimiento, estuvo inquieto unos días.

Martín Shagua era también buscador de tesoros; tenía un aparato fantástico inventado por él, con un nivel y una brújula que llamaba *armona* (imán) y lo que marcaba la brújula lo señalaba con una cruz en el campo. Después cavaba allí. Según él, se habían encontrado tesoros por aquellos barrancos y en cuevas entre dos piedras.

Shagua hablaba también de las lamias. Hacía ya mucho tiempo, según contaba, un pastorcito de un caserío próximo, que iba al monte con sus ovejas, vio en una campa verde a una lamia rubia y sonrosada, con una hermosa mata de cabellos destrenzados,

montada en un carnero. Hablaron los dos, se enamoraron y decidieron casarse. El pastorcito, al volver del monte, contó el encuentro a su madre y ésta, más suspicaz, le dijo:

—Antes de comprometerte, mira cómo esa mujer tiene los pies. No vaya a ser una lamia.

El pastorcito, al día siguiente, subió a la campa y vio a la muchacha sentada sobre el carnero, como la vez anterior. Se estaba peinando con un peine de oro.

—Vamos a correr por estos prados —le dijo él.

—Yo te seguiré montada en mi carnero.

Entonces el pastor, desconfiado, levantó con el palo el extremo de la falda de la muchacha y vio que tenía el pie como los gansos, con membranas entre los dedos.

El pastor, entristecido, volvió a su casa y murió de pena. Cuando se verificó su entierro, la lamia fue en el cortejo hasta la iglesia, y al llegar a la puerta, se escapó y ya no se la vio.

—¿Pero tú crees eso? —le preguntó Javier.

—¿Por qué no? Otras cosas tan difíciles de creer se cuentan y se creen.

En conversaciones posteriores Javier pudo notar que Shagua no creía muy firmemente en aquello. Lo consideraba como una literatura, como una mitología divertida. Apretándole mucho reconocía que no había más que fuerzas de la naturaleza; la vida de los animales y la vida del hombre le parecía idéntica; la de los animales, más justa y honrada, y la de los hombres, más loca y caprichosa.

—¿No vas alguna vez al pueblo? —le preguntó Javier.

—No, ya no.

—¿No te gusta?

—Nada.

—¿Has visto el tren?

—Sí.

—¿Y qué te parece?

—Una cosa triste, muy negra y muy fea.

—¿No quisieras ir dentro?

—¿Adonde?

—A otros pueblos.

—No, no; de ninguna manera. No quiero salir de aquí, ¿para qué?

—¿Es verdad que andas buscando tesoros?

—Sí.

—¿Crees que habrá oro en el monte?

—Así lo creo.

—¿Pero cómo se va a saber dónde está?

—¡Ah! Ésa es la cuestión. Yo a veces sueño que el oro está aquí o allá, en la boca

de una cueva o al pie de un árbol y voy luego con la azada al sitio a remover la tierra.

—¿Y no encuentras nada?

—No, por ahora no.

—¿Y si encontraras el oro, qué harías con él?

—Se lo daría a los hijos de mi sobrina, porque yo soy ya viejo y no necesito nada.

—¿Los quieres?

—Sí, y a los demás chicos también.

—¿Te confiesas alguna vez en la iglesia?

—Yo no. ¿Para qué? Yo no tengo importancia para eso.

—Tú tienes tanta importancia como otro hombre cualquiera.

—No; hay otros hombres más sabios que yo. Además, el que me conoce ya sabe lo que hago. A veces bebo un poco de vino y fumo si me traen cigarros, como me has traído tú. Yo creo que con esto no hago daño a nadie.

—Si hicieras con eso daño a alguno, ¿lo seguirías haciendo?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no se debe hacer daño a nadie.

Javier se marchó preocupado con la conversación con Shagua. Aquel hombre no tenía ninguna religión y era un bendito. ¡Qué contraste con algunos de los que se confesaban con él, tan llenos de malos instintos y tan conocedores de las máximas religiosas!

El caso le hizo reflexionar. ¿Es que las ideas no modificarían los instintos? ¿Cómo este pobre viejo ignorante, de una incredulidad tan completa, podía tener conceptos de moral y de amor al prójimo, sin ninguna teoría religiosa?

La cuestión no le preocupó mucho por el momento, pero más tarde la recordó repetidas veces.

Pronto Javier se acostumbró a la vida del pueblo. En Monleón se le consideraba como un cura rico y favorecido por gente de influencia de la capital.

A pesar de vivir en el campo, se iba poniendo pálido y se le caía el pelo.

—Son efectos de la castidad —decía el doctor Basterreche observándole.

Sin el confesonario hubiera podido vivir tranquilo, castamente, pero el confesonario le excitaba y le irritaba.

No se miraba nunca al espejo, pero cuando alguna vez se encontraba distraídamente con su imagen veía que iba tomando un aire sombrío.

Javier no quería olvidar sus conocimientos y seguía leyendo sus libros de historia y de geografía y por obligación el breviario. Había abandonado la lectura de los autores latinos.

—No leas eso —le decía Basterreche—, todos son lugares comunes.

No tenía amistades con los demás curas del pueblo. Se desligaba de ellos. El párroco vivía aparte, con otras relaciones. Don Clemente y don Mariano no mostraban simpatía por él.

Don Clemente solía decir:

—A mí me atraen las mujeres, y cuando veo tantas chicas y chicos reunidos, no crea usted que no me hacen efecto.

¡Los chicos! —pensó Javier con horror—. ¡Qué declaración freudiana!

Al principio le invitaron a tomar parte en sus partidas de tresillo, pero a Javier no le gustaba pasarse horas enteras jugando a las cartas y ver a sus compañeros que por dos reales llegaban a insultarse; así que dejó pronto estas tertulias.

Paseaba en la huerta y hacía también alguna que otra obra de carpintero en la bodega. Estaba tan mal mirado que los curas se dedicasen a trabajos materiales, como serrar o cavar, sin duda para guardar la dignidad de su estado, que Javier se ocultaba para que no le viesen.

Los otros curas, excepto don Martín, iban acentuando su antipatía por él. No era aficionado a jugar al tresillo, ni a fumar ni a murmurar, le gustaba cuidar de las flores y de los frutales, trabajar y tocar el piano.

Había varias tertulias en el pueblo, la de los accionistas de la fábrica, la de los republicanos y la de los socialistas. También se reunían algunos en el café de la plaza y otros en la botica.

Se estaban constituyendo un gran número de partidos; carlista, integrista, monárquico, conservador, liberal, nacionalista clerical, nacionalista de la izquierda, republicano, federal, socialista, comunista, y había algunos anarquistas. Siempre se andaba a vueltas con las derechas y las izquierdas. Basterreche decía que esto

empezaba a ser una mixtificación.

Javier creía que estaba bien el acercarse a la casa pobre de un obrero, en un momento grave de una desgracia, pero el querer convivir con ellos mano a mano le parecía por el momento una hipocresía.

Una señora vieja y rica, doña Andrea, conocida del doctor Basterreche, y que había vivido en Madrid, llamaba a Javier y le consultaba y le daba también a veces buenos consejos.

Esta señora vivía en una villa con un hermoso jardín y tenía la casa puesta con mucha elegancia y comodidad.

El doctor Basterreche solía acudir a la tertulia y a veces discutía un poco aparatosamente con Javier. Hablaban de religión. El doctor se iba mostrando no ya anticlerical, sino anticatólico y antijudío. Doña Andrea no se escandalizaba.

Basterreche llevaba en el reloj una pequeña cruz esvástica que, según decía, le había regalado en Berlín una chica alemana que iba como alumna al mismo hospital que él y que era antisemita.

Javier sacaba a relucir con frecuencia los Salmos de la Biblia, que le parecían de una gran belleza.

—Yo no los conozco —decía el doctor—, pero creo que de los judíos no puede venir nada bueno.

Javier protestaba porque no creía justo que se persiguiese a los judíos, a pesar de ser para los cristianos una raza deicida.

Basterreche no se expresaba sólo como antisemita, sino como anticristiano.

—No puedes hablar así —le dijo una vez Javier—; la vida de Jesucristo es una cosa seria.

—Según.

—¿Cómo según?

—Sí, porque hay sabios investigadores que creen que no ha existido.

—Eso es una tontería.

—No debe de ser tan tontería. Yo he oído hablar a estudiantes en Alemania, a gente enterada y discutir si la vida de Cristo es un mito o una realidad.

Javier se encogió de hombros.

Javier a veces volvía a su casa emocionado, porque había asistido a un moribundo o recibido una confesión terrible.

La tía Paula conocía en seguida su desfallecimiento y le ofrecía una taza de té con un poco de ron, para que se entonara.

La tía Paula le estudiaba con cuidado y se daba cuenta de su alza y de su baja fisiológica.

A casa de doña Andrea solía ir rara vez don Martín, el organista y capellán del convento de monjas. Este don Martín, hombre distinguido, frío, místico, mundano y

al mismo tiempo piadoso, tenía unos ojos grises, una cara macilenta, expresión de indecisión y de vaguedad. Parecía estar siempre en las nubes. Vivía con una hermana que le cuidaba mucho y llevaba siempre unas sotanas de seda muy pulcras. Era curioso cómo la raza daba tipos tan diferentes como don Mariano y él. El uno con una personalidad tan dura y tan categórica, el otro tan vago como si no tuviera materia ni peso.

Don Martín no era hombre para efusiones amistosas. No sentía ambición, ni sensualidad, ni envidia, ni rivalidad con nadie. Era como un picacho desnudo, cubierto de nieve, en donde no pudiera nacer nada. No comprendía el mundo ni las pasiones de la gente. Para él todo ello debía de constituir caprichos sin sentido.

Una vez discutían de política con don Martín dos personajes del pueblo y estaban ya muy enfadados. Uno de ellos le preguntó al cura:

—¿Y usted, qué dice?

—Yo digo misa por las mañanas —contestó él distraído.

Javier predicaba en castellano y en vascuence. Tendía a hablar en sus sermones de la moral corriente, nada de teología ni de metafísica, materias sin interés para su público; nada de latín. Cuando subía al púlpito tenía la costumbre, como los demás oradores, de besar uno de los peldaños de la escalera, como homenaje al Santo elocuente que predicó allá.

Entre los curas no había ningún buen predicador. El párroco era farragoso y chapucero; don Mariano, punzante e incisivo, cultivaba la nota áspera; hablaba con voz estridente y agria de la sensualidad, de los peligros para el alma, de los periódicos, de las conversaciones libres, de los bailes, las tabernas, los trajes elegantes y las mangas descotadas, según él indecentes. Tenía la obsesión erótica. Pintaba como posible un estado de perfección absolutamente utópico. No hablaba nunca de la avaricia, ni del egoísmo, ni de la envidia, ni de la gula, como si éstos no fueran vicios que debiera reprimir el cristiano.

El doctor Basterreche satirizaba al párroco, y le parodiaba y la caricaturizaba, imitándole uno de sus sermones. «Adán y Eva vivían muy *pien* en el Paraíso. *Entonses el serpiente* le dijo a Adán: Si comes de esta *mantsana*, lo mismo que Dios serás. Y Adán comió de la *mantsana* y se perdió. De aquí viene el pecado original y la ruina de los hombres».

El párroco no quería salir de explicaciones tan infantiles. Don Clemente predicaba poco, y cuando lo hacía definía el tiempo, el espacio, la causa, con definiciones de Seminario que al médico le parecían ridículas y a Javier, por entonces, comenzaban a sorprenderle.

Don Clemente era de esos hombres que habían estudiado las asignaturas bien, hombres de un solo libro, de los que se decía en el Seminario una frase de santo Tomás de Aquino:

Timeo hominem unius libri (temo al hombre de un solo libro).

En estos curas la intolerancia, el dogmatismo, era mucho mayor que en los profesores del Seminario; cada uno se creía un islote de ciencia y de buen juicio, en medio de un mar de insensatez.

Había espiritistas en el pueblo, y se discutía sobre sus teorías y sus hechos fantásticos y sin ningún valor científico. Don Clemente había dicho *ex cathedra*:

—La Iglesia quiere saber si esos fenómenos son obra de Dios u obra del diablo. Si son de Dios, son milagrosos, y si son del diablo, maravillosos.

Ahora, cómo la Iglesia iba a resolver este arduo problema, no lo explicaba él.

—Todas esas cosas son estupideces —decía Basterreche.

Cuando Javier le reprochaba al médico su materialismo, éste replicaba:

—No es la filosofía atea y materialista la que ataca y roe el catolicismo; de ésa no hay en España, ni de la otra tampoco. Es la vida, es el teatro, es el cine, los trajes de las mujeres, las costumbres, el deseo de gozar; esto penetra como una inundación en las ciudades y después en los pueblos y en las aldeas.

Las conversaciones y la actitud de don Mariano y Javier hicieron que naciera una rivalidad entre ellos. Don Clemente se zafaba de la cuestión.

Don Mariano, al parecer, hablaba mal de su compañero, y le acusaba de ser un epicúreo aficionado a la buena vida y a la música.

Javier se lamentaba.

—Evitar con una conducta pura la murmuración. Esto es imposible. Tendríamos que tener todos un espíritu de justicia que no podemos tener —decía Basterreche.

—¿Por qué no?

—Porque no lo tenemos. Estamos saturados de antipatías, de odios inmotivados. La gente que mira al prójimo sin caridad, y eso nos pasa a la mayoría, no puede tener justicia. Después de todo, bien está que no se desprecie la opinión ajena; pero la base de la virtud es la conciencia.

Como don Mariano se mostraba muy agresivo, el doctor Basterreche, que no tenía la menor simpatía por él, solía decir:

—Hay hombres duros para los demás y muy blandos para sí mismos. Estando de interno en una clínica, se nos presentó un sargento de la Guardia civil, de fama de severo y de enérgico. Había que sacarle un par de centímetros cúbicos de sangre para el análisis. Total, nada. Al pincharle con la lanceta se nos desmayó. En cambio, hemos visto mujercitas pálidas y finas resistir unos dolores horribles.

En Cuaresma hubo unas misiones de unos frailes. Se las echaban de superiores. Miraban con desdén al clero del pueblo. Pronunciaron unos sermones tremebundos. Hacían mucho efecto y aterrorizaban a las mujeres, las cuales se creían ya sujetas por las garras del diablo.

A Javier estos sermones le produjeron mala impresión. Oyó hablar constantemente del agujero del infierno, de gentes malditas por sus pecados, de condenados a las llamas eternas y a las mayores atrocidades. Las mujeres lloraban; muchas se pusieron enfermas.

Los frailes hablaban también contra los filósofos y los ateos, y empleaban una palabrería violenta tomada de las epístolas de san Pablo. Citaban a cada paso al impío Voltaire, a quien seguramente nadie había leído en el pueblo.

Dios, el semítico Jehová, era, según ellos, un señor implacable. Todo lo que le rodeaba a una persona estaba lleno de peligros: la música, el baile, el traje, las mujeres, los amigos, los teatros, los cafés, y no había que decir nada de los libros. En todo ello andaba el rabudo Satanás, con sus uñas, porque su ideal era meternos a todos en el agujero del infierno.

Uno de aquellos misioneros, predicador elocuente, habló de los beneficios de Dios.

—Pronto —dijo con fervor lírico— madurarán los trigos, y cuando en julio y en agosto llevéis las doradas mieses a vuestras eras y comencéis a trillar, y recojáis el grano, tendréis que prorrumpir en alabanzas al Señor por los beneficios que os ha proporcionado.

A la gente le pareció aquello bien, pero el médico dijo irónicamente:

—No sé cómo no habiendo trigo en Monleón ni eras vamos a dar gracias a Dios al pensar en las doradas mieses que llevaremos a las eras. Se podrá pensar que este buen señor no se refiere al trigo, sino al maíz; pero el maíz no se recoge en el verano, sino en el otoño, y no se lleva a las eras.

Javier pidió el libro del padre Isla, el *Fray Gerundio*, para saber hasta dónde llegaba el sentido barroco y rococó de las predicaciones frailunas.

Allí leyó que un fraile, predicando un día el misterio de la Trinidad, comenzó su sermón diciendo: «Niego que Dios sea uno en esencia y trino en potencia» y cuando tenía a los oyentes asombrados y escandalizados por esta proposición impía, añadió: «Eso dicen los arrianos, maniqueos y otros herejes, pero yo lo pruebo contra ellos con la Escritura, con los Concilios y con los padres de la Iglesia».

En el mismo libro cómico, en otro sermón de la Encarnación, había dicho el predicador: «¡A la salud de ustedes, caballeros!», y como todo el auditorio se riese a carcajada tendida, prosiguió diciendo: «No hay que reírse, porque a la salud de ustedes, de la mía y de la de todos bajó del cielo Jesucristo y encarnó en las entrañas de María».

Los frailes misioneros estaban a la altura de los antiguos Gerundios, extravagantes y barrocos.

Javier no era un espíritu teológico ni retórico; no le gustaba la elocuencia y quizá interiormente la despreciaba. De los poetas latinos, entendía mejor que a los otros a Ovidio, y de los españoles, a fray Luis de León. Tendía un poco al misticismo, pero tampoco exageradamente. El doctor Basterreche decía de él: «Yo dudo que Javier sea un verdadero católico. No quiere aspirar a altos cargos; no creo que pueda ser un buen cura de pueblo; yo le digo que lo deje, o que entre en la Compañía de Jesús, y allí se podría dedicar a hacer estudios musicales».

Para sus compañeros, aquellos clérigos educados en ideas de megalomanía, que pensaban en victorias imperiales de la Iglesia y en discursos ciceronianos, el espíritu de Javier Olaran les parecía despreciable. No ansiaba el triunfo, no se desarrollaba en él la emulación. No le gustaba lo colosal. Una iglesia pequeña, un altar pobre, le parecía mejor que una gran iglesia y un altar dorado y complicado.

Un sermón sencillo, en que se hablara de hechos corrientes de la vida y en el cual se exhortara a practicar las virtudes modestas, le gustaba más que un discurso grandilocuente y ciceroniano con muchas metáforas y contrastes.

En la oratoria no comprendía el arte. Para él, el arte estaba principalmente en la música.

Su deseo iba siendo que le nombraran cura párroco de un pueblo de Guipúzcoa donde se hablara el vascuence y estuviera solo.

Pasado algún tiempo, y cuando la pretensión no pareciera una extravagancia, pensaba trabajar en conseguir esto.

Basterreche tomó la costumbre de ir con mucha frecuencia a casa de Javier. A pesar de que éste creía influir en él, tanto influía el cura en el médico como el médico en el cura.

Por intermedio de doña Andrea, le llamaron a Javier a casa de un accionista de la fábrica, hombre rico, don Juan. Una de las hijas de este señor se encontraba enferma. Don Juan, pariente de la mujer del doctor Basterreche, se mostraba enemigo del médico. La señora de la casa se manifestaba muy severa, sobre todo severa para la servidumbre y para las criadas: no las permitía que fueran acompañadas por ningún hombre o que bailaran en la plaza.

La chica hija del accionista era una muchacha consentida, histérica, erótica con tendencias al safismo. Sin duda en el colegio había adquirido estas inclinaciones o eran en ella constitucionales.

Esta muchacha, siempre muy mimada, no se preocupaba más que de sí misma y de la salvación de su alma. Tenía muchos escrúpulos.

Javier le dijo que no debía confesarse y comulgarse tan frecuentemente; que debía hacer una vida más activa y, al mismo tiempo, pensar más en los demás y no sólo en sí misma. Le convenía también casarse pronto.

La hermana de esta chica, sin saber por qué, estaba un poco despreciada y parecía la cenicienta de la casa.

—En todas las familias hay alguien a quien sacrifican —dijo Javier a doña Andrea—; una chica que hace de cenicienta, mientras a otras les toca el papel de princesas. La cenicienta ejecuta los trabajos desagradables: cepilla las botas, guisa en la cocina y se queda en casa.

Don Juan, el padre de las dos muchachas, al saberlo encontró mal que el cura protestase de esta distribución espontánea de los papeles en la vida corriente.

—Puede haber quienes sirvan sólo para puchero de barro y otros para búcaro —dijo con cierto mal humor y cierta inteligencia.

—Sí, tiene razón —contestó el cura cuando se lo dijeron—; pero no es lo cristiano.

En casa de doña Andrea, Javier se hizo amigo del médico viejo, don Evaristo, hombre aficionado a comer y a beber bien, tipo rojo, con una nariz carmesí. El hombre estaba casado con una americana bastante rica, y se burlaba de ella y de sus aficiones a la poesía y a las ideas románticas. El médico era muy inclinado a contar cuentos verdes. No creía gran cosa en la medicina; no tenía más que nociones prácticas de su oficio.

Otro tipo también curioso, contertulio de doña Andrea, que fue durante algún tiempo empleado en la fábrica, era un señor aficionado a escribir, que firmaba en un periódico de la capital con el seudónimo de Román de Udala. Este señor, serio, rechoncho, con una cabeza de puño de bastón, llevaba un sombrero hongo de hacía quince o veinte años, cuello de pajarita, corbata de plastrón de colores, y los días de gala un chaquet completamente ridículo. Román de Udala era un insaciable campeón de la literatura, hombre que veía todo de una manera sincretista.

El doctor Basterreche se burlaba de él y conservaba sus artículos. Según aseguraba, servirían con el tiempo para un psiquiatra.

Ramón de Udala era un espíritu retorcido y barroco. Quizá si hubiera tenido más cultura hubiese producido la admiración de las gentes como estilista. Le gustaba hablar de las ovaciones discretas, de las exaltaciones tranquilas y de los aplausos silenciosos.

También entraban en su repertorio las comparaciones de cosas bastante heterogéneas. Los barómetros y la producción del hierro han subido —escribía—. Los termómetros y los precios en el mercado de vacas han bajado.

Al final de una crónica sobre los Carnavales, Román había dicho elocuentemente, siempre con su manera sincrética: «Abandonemos, pues, al acaso las poltronas burocráticas, donde nos encanijamos hoy como ayer; disfrutemos de la alegría carnavalesca con honestidad y medida, como buenos cristianos, y lancémonos sin rebozo a gozar de las fiestas exorbitantes de la vida disfrazada.»

Al hablar de una inundación decía: «Las madres de nuestros ríos han salido de su cauce, y como leonas heridas, en su furia cruel y devastadora, han arrasado algunas pequeñas y bonitas huertas de la localidad.»

Otros recortes guardaba el médico de don Román.

Sobre la cosecha de sidra había escrito una observación luminosa: «Este año la cosecha de manzana se presenta inmejorable, y si Dios nos protege y tenemos la suerte de que en las comarcas próximas no sea abundante, puede que la podamos vender mejor que el año pasado, en el cual no hubo transacciones comerciales por no haber ni muestra en nuestros campos de este sabrosísimo fruto.»

Sobre el tiempo aseguraba una vez: «El tiempo, durante el pasado marzo, ha sido verdaderamente delicioso y primaveral, si se exceptúan algunas semanas de nieve, borrasca y granizo, que nos han impedido salir de casa, y de algunas nieblas secas que han humedecido demasiado los campos.»

Al dar una noticia triste había dicho: «Nuestro querido amigo el veterano deportista Eusebio Salsamendi (*Eushebio*), que siempre se distinguió por su brío y su

salud de hierro, ha muerto prematuramente a la edad de setenta y nueve años de una afección crónica.»

Otra de sus obras maestras era la reseña del suicidio de un empleado que se jugó el dinero de la caja. Decía Román de Udala que el suicida, hombre caballeroso, no había podido sobrevivir a su desesperado acto final, y que los hijos, al verlo colgado de una cuerda, habían prorrumpido en esta frase: «*Ecce homo!*»

Entre las notas de sociedad había ésta, que guardaba el médico: «Se ha verificado el enlace matrimonial de la bella señorita María Peruchena, hija del posadero Antón, del mismo apellido, con el joven don Nicasio Zacarrondo, empleado en el matadero de cerdos. La aristocrática pareja salió para San Sebastián, donde pasarán la luna de miel.»

De política decía: «Sería deseable que la política que desune al pueblo desapareciera y que todos se afiliaran a las sanas tendencias del partido conservador, necesarias para la prosperidad del país.»

Otra de sus magníficas observaciones era ésta:

«El conflicto difícil y espinoso de una de nuestras fábricas se encuentra hoy, indudablemente, mucho más cerca de ser resuelto que hace cuatro o cinco meses.»

A Román de Udala, Domingo el hortelano le llamaba Julio Verne. No se comprendía bien de dónde había sacado esta semejanza.

Román de Udala tenía como contrincante a un maestro de escuela que escribía en el periódico liberal de la ciudad y se firmaba Currinche.

Todavía entre ambos aparecía otro corresponsal nacionalista, agrio y de mal humor, el cual se metía con los dos en sus artículos, que titulaba *Tropiesitos* y que firmaba *Beti bezela* (Como siempre).

Como parte de la aristocracia parecía inclinarse a Javier, éste conoció a la mayoría de las personas importantes del pueblo.

Uno de ellos, hombre de alguna fortuna y con un cargo de consejero en la fábrica, comenzó a confesarse con él. Este señor, don León, carlista y reaccionario, se estaba arruinando con una corista en Bilbao. Andaba vendiéndolo todo y haciendo que en la familia cada cual marchara de mala manera, La hija pequeña se iba a casar con un empleado humilde; el hijo trataba a su padre con desprecio, y la hija mayor, de poca suerte en sus amores, quería ir de monja a un convento, a pesar de las recomendaciones de Javier, que trataba de convencerla de que no tomara una resolución así por despecho.

Otro de los individuos que se presentó en el confesonario de Javier fue don Juan, el padre de la muchacha histérica y pariente de la mujer del doctor Basterreche.

Este señor alardeaba de aristócrata, vestía muy elegantemente y se hacía la ropa en Madrid y a veces en Londres.

Don Juan, bizcaitarra rabioso, tenía un vasquismo especial: no era vasco y no sabía hablar vascuence. Su vasquismo procedía, sin duda, de considerar el país muy religioso y muy moral.

Aquel señor se le reveló a Javier en el confesonario como un sádico.

Según Basterreche, que le profesaba un odio acendrado, el hombre hacía chanchullos, perseguía a los chicos y luego marchaba en las procesiones con un aire hipócrita.

Javier estaba bastante más enterado de la manera de ser de aquel hombre que el doctor Basterreche. En la confesión le había dicho que era un invertido. Tras de muchos años de casado y de tener varios hijos, comprendía que las mujeres no le atraían, y le atraían, en cambio, los jóvenes del mismo sexo. ¿Qué iba a hacer? Esta pregunta se la dirigió a Javier como si tuviera la culpa de sus anomalías. Para aquel hombre sus instintos anormales eran respetabilísimos. ¿Qué podía hacer? ¿Qué consejo le daba? Javier no supo qué aconsejarle. Por otro lado, ¡qué confianza más completa significaban aquellas confesiones! ¡Qué seguridad en que él, como cura, no podría jamás denunciarle o desacreditarle! Tanta confianza, en parte, era ofensiva.

¡Qué diferencia entre esta seguridad petulante y olímpica con el pobre Shagua, que se consideraba sin importancia en el mundo!

Con la práctica del confesonario las obsesiones sexuales atormentaban a Javier. Una inflexión de voz, una frase de una mujer, le hacían el efecto de un aguijón. No podía pensar que estas obsesiones eróticas tuvieran ventaja para nadie, y creía que eran inútiles y perjudiciales, porque en vez de purificar su espíritu lo envilecían sin

objeto.

Muchas veces las preocupaciones le quitaban el sueño. Se iba haciendo psicólogo.

Analizaba sus sensaciones con una sutilidad y una sagacidad que nunca había poseído.

Preguntó a Basterreche qué podía recomendar a los enfermos erotómanos. Basterreche le dijo que no había nada muy eficaz; quizá servía el bromuro de alcanfor. Javier lo comenzó a tomar. Además empleaba el baño frío por la mañana, ayunaba y andaba mucho. Así iba enflaqueciendo.

Había en el pueblo un empleado de la fábrica, teósofo, que había leído libritos un poco ridículos sobre ocultismo y filosofía india y creía en una porción de tonterías. Hablaba constantemente de planos astrales.

El teósofo había hecho un poema simbólico muy malo, en donde los personajes eran nombres griegos de los *eones*, sacados sin duda de algún diccionario enciclopédico.

El teósofo probablemente creía ser el único que estaba enterado de estas cosas, y en su poema, de una mediocridad absoluta, había el diálogo de la *Eunoia* (Pensamiento de Dios), la *Enthymesis* (Meditación), la discusión entre la *Dynamis* (la Fuerza) y la *Dikaiosine* (la Justicia), y la descripción del *Pleroma* o seno de Dios.

Había también monólogos del *Demiurgo* y divagaciones sobre la restauración o palingenesis final.

A Javier le llevó el poema para que lo examinara y viera si era condenable.

—Eso es literatura —le contestó Javier—, no tiene importancia.

Cuando se lo contó a Basterreche, éste dijo:

—Esas gentes ilusas nos suelen citar una frase del Hamlet que dice, poco más o menos: «Hay sobre la tierra y en el cielo muchas más cosas que las que vuestra filosofía ve en sus sueños». Claro que las habrá, pero no las que imagina la tontería de los espiritistas y de los teósofos, sino otras que no las sabe nadie, y que es lo mismo que si no las hubiera mientras no se conozcan.

Javier y la tía Paula pasaban casi todos los veranos una temporada en San Sebastián. Esta vez, después de un corto veraneo, Javier marchó a un pueblo de la montaña, limítrofe con Navarra, donde vivía un compañero y amigo que le invitó a quedarse unos días con él. El amigo era de los estudiantes poco aplicados del Seminario y vivía muy satisfecho en el pueblo, de una manera quieta y tranquila.

La aldea de la montaña, de pocas casas, era patriarcal. Cerca del pueblo guipuzcoano había otro navarro, también muy pequeño, en un sitio recóndito y frondoso. Los curas de las aldeas próximas se pasaban parte del día jugando a la pelota, a largo, con guantes de cuero. Uno de ellos era más pescador que pelotari y solía coger tantas truchas que las regalaba a los amigos.

De éste le contaron a Javier varias anécdotas cómicas que revelaban su ingenuidad y su rudeza.

Dos o tres años antes había ido por primera vez a un pueblo pequeño de la ribera de Navarra, de gente agresiva. Al comenzar su sermón vio a varios mozos que se reían de él descaradamente en sus barbas. Al salir de la iglesia se encontró a los mismos mozos, que le miraban con sorna.

—Los que se ríen en la iglesia no se atreven a reírse fuera —les dijo.

—Aquí y allá —le contestó uno.

El cura se remangó los manteos, empezó a trompadas e hizo correr a todos.

Se contaba también que en otro pueblo había tenido graves cuestiones. Había muerto un anticlerical y la familia decidió hacerle, contra viento y marea, un entierro religioso, a pesar de la protesta de los socialistas y sindicalistas, que querían que se hiciera un entierro civil.

El cura, que era hombre bravo, celebró el entierro religioso, pero los enemigos le prepararon una silba y una pedrea en la procesión del Corpus que estaba próxima.

El cura, que iba bajo el palio, al notar la refriega que se iniciaba, le dijo a un compañero:

—Tú ten cuidado de la hostia, que de las otras me encargo yo.

En el pueblecito de la montaña donde estaba y era muy querido preparó un sermón con muchos datos y muchos latines en honor del santo patrono.

Llegó el día y al subir al púlpito notó que en la iglesia no había más que cuatro viejas, y entonces dijo:

—Veo que aquí no hay más que unas cuantas abuelas que se van a aburrir con mi sermón y sus latines. Así que lo mejor es que os cuente unas historias y que recemos unos padrenuestros y unas avemarías.

Otro año, en la misma fiesta del santo, los compañeros, que esperaban la comida,

le recomendaron que hiciera un sermón corto. El cura subió al púlpito y dijo, después de un breve exordio:

—El año pasado os hablé, con todos los detalles posibles, de los prodigios, las virtudes y los grandes méritos de nuestro santo patrono. Como desde el año pasado a éste no sé que haya hecho ningún nuevo milagro, no tengo nada que añadir a lo que dije.

Y se persignó y bajó del púlpito.

Se rieron de estas cosas...

El amigo de Javier le invitó a ir a una gira a un alto en la punta de un monte. Fueron allí varios curas de los contornos y comieron alegremente y cantaron a coro canciones vascongadas. Días después un amigo del cura le llevó a Javier en automóvil a Alsasua, donde tomó el tren para Vitoria. En el tren se encontró con un médico de un pueblo alavés que le habló de la mujer ayunadora de Montecillo, cerca de Espinosa de los Monteros, y del problema que preocupaba a los curas de si esta mujer podía comulgar o no.

Según dijo el médico, la ayunadora pesaba veintisiete kilos y tenía la sangre rica en glóbulos rojos. Él suponía si estarían en su cuerpo ya atrofiados el estómago y el tubo digestivo, pero no hubiera afirmado si aquella mujer vivía realmente sin comer o si se alimentaba de una manera subrepticia.

Se ha dado muchas veces el caso de personas que aseguraban que vivían sin comer, pero siempre ha resultado mixtificado.

Según el médico, entre los curas del pueblo y otro que había llegado enviado por el obispo de Burgos se había entablado una discusión bizantina sobre si la mujer podía comulgar o no, y como en el caso de administrarle la hostia consagrada si la devolvía era necesario un sinfín de ceremonias y de trámites, a lo último se habían decidido a darle de prueba una forma sin consagrar, que la pasó sin dificultad.

Estuvo Javier un momento en Vitoria, y al tomar el tren para Monleón se encontró con un joven elegante, amable, que habló largo rato con él.

El joven era de la policía. Se puso a dar noticias del pueblo industrial en donde estaba de agente. Contó varias historias, y refiriéndose a un cura, uno de los amigos de Javier del Seminario, dijo que tenía un proceso por corruptor de menores.

—Eso tiene que ser una falsedad —dijo Javier.

—No —replicó el policía—; él mismo ha aceptado los cargos y ha conseguido que se eche tierra al asunto.

Javier se quedó helado. ¿Sería verdad lo que decía el policía? ¿No sería una calumnia?

Recordó que se dijo lo mismo de un compañero que, al parecer, era un bendito y que había ido a vivir con su madre a un pueblo. Se aseguró que corrompía a los niños y se le trasladó a una aldea lejana.

El agente, que no tenía mucha discreción, contó después que, durante la Monarquía, cuando viajaba en el tren detuvieron una vez a un cura. El hombre vivía en Burgos y tenía una querida en Vitoria. Entraba en el tren con sotana y con un maletín de viaje. Al poco tiempo se metía en el retrete, se mudaba el traje, lo guardaba en el maletín, salía vestido de paisano y se marchaba a otro vagón. Una de las veces un compañero de la policía de los que quieren hacer servicios a todo trance vio la faena y se emperró en que allí había algún misterio y detuvo al cura, le pidió los papeles y le dio un disgustazo terrible. Se telefoneó a Burgos y se enteró de lo ocurrido todo el clero.

Estas historias soliviantaron a Javier y le dieron muy mala impresión.

Le preocuparon durante algún tiempo los cuentos del policía y se esforzó en olvidarlos y los llegó a olvidar.

Poco después de volver a Monleón supo que unos profesores vascos estaban haciendo excavaciones con un fin antropológico en un monte próximo. Fue por curiosidad a visitarles y a ver una cueva habitada en épocas prehistóricas por el hombre.

En la boca de la cueva se encontró Javier con los profesores y con otros señores, la mayoría, curiosos. Entre ellos había un cura de pueblo. Unos campesinos recogían tierra, la pasaban por un cedazo y separaban objetos que examinaba uno de los técnicos.

—¿Esta cueva, cuánto tiempo hará que estuvo habitada? —preguntó uno de los curiosos.

—Yo supongo —dijo el profesor—, que hará quince o veinte mil años.

Al oírlo uno de los señores, dijo irritado:

—Le advierto a usted que está usted hablando en contra de los datos de la Biblia.

El profesor no hizo mucho caso y siguió explicando sus hallazgos.

Entonces, el cura del pueblo próximo, que sin duda creía que la antropología era un capricho, dijo, cándidamente, con la intención de dar la clave del asunto.

—¿Sabe usted? Estas cosas no son antiguas; son de los gitanos que vivían aquí en tiempo de la guerra carlista. Todos esos pucheros, esos punzones y esa especie de cuchillos los harían ellos hace sesenta años para venderlos y ganarse la vida.

Al volver Javier y la tía Paula al pueblo después de las vacaciones entró en la casa a servir una sobrina-nieta de Shagua.

La Eustaqui no tenía más de catorce o quince años. Era una chica muy trabajadora, muy humilde y muy fina, de las que no se atrevían a asomarse a la plaza.

La Eustaqui había estado en una taberna de Monleón, y a pesar de que era pequeña, la perseguían los hombres. Por eso la tía Paula había querido llevarla a casa. Javier, al principio, se resistió. La chica era bonita y no quería tenerla cerca.

Pensaba que sería motivo de murmuración; pero, por otra parte, le daba pena dejarla abandonada entre borrachos y gente brutal y sin escrúpulos.

La Eustaqui tenía unos ojos castaños claros muy inocentes y muy alegres, el pelo rubio oscuro y la boca un poco abierta que mostraba unos dientes blancos y fuertes. Había entrado en la casa como un gato vagabundo y no quería salir de ella de ningún modo.

Era de una ingenuidad tan infantil en su conversación y en sus actos que sorprendía. Siempre estaba dispuesta a hacer un recado, a subir y a bajar y a ir y a venir si le mandaban algo.

La tía Paula le tomó pronto cariño y Javier también.

Los milagros de Ezquioga llamaron la atención de todo el país vasco, y en Monleón, como en los demás pueblos y aldeas, se organizaron comitivas para ir a la campa que comenzaba a ser célebre en los contornos. El elemento clerical no parecía muy dispuesto a aceptar aquellos prodigios. Javier fue también porque le impulsaron a ello y vio a un fraile, que, vestido de paisano, andaba con una señora, hablar desdeñosamente de las apariciones. Tiempo después, un jesuita estuvo en Ezquioga con una máquina fotográfica, con la intención, sin duda, de comprobar gráficamente los milagros, cosa que a Javier le pareció de una ridícula petulancia. Se habló mucho del caso de Ezquioga entre el doctor Basterreche, Javier y una maestra nueva, Saturnina Ezcurra, muchacha inteligente y decidida a quien llamaban en confianza la Satur.

Satur Ezcurra, una chica navarra que había estudiado en Pamplona, era morena, con los ojos negros, de perfil aguileño y el mentón acentuado. Se mostraba inteligente, decidida, muy buena maestra, muy aficionada a su trabajo y a leer. Había hecho la carrera con el número uno, era muy religiosa y comenzó a confesarse con Javier. Se hizo también amiga del doctor Basterreche, que le dejó algunos libros de psicología y de patología infantil.

Basterreche y Javier estaban, en parte, de acuerdo en lo tocante a los milagros de Ezquioga.

—El padre jesuita, según ha dicho en una conferencia de San Sebastián —afirmó Basterreche—, se ha presentado en la campa del pueblo guipuzcoano de las apariciones con una máquina fotográfica. No ha podido impresionar en sus placas nada milagroso ni sobrenatural, lo que demuestra, según él, que los milagros de Ezquioga son falsos. Al público le ha parecido esto un hallazgo, al decir de los periódicos, y ha aplaudido al conferenciante con entusiasmo. Yo no comprendo cómo la gente puede ser tan fácil de convencer con argumentos superficiales y sofísticos.

—¿Por qué dices esto? —preguntó Javier.

—Si hubiera cuarenta, cincuenta milagros fotografiados, cronometrados y registrados, los de Ezquioga podrían considerarse como milagros indocumentados e incluseros —repuso el doctor—; pero como no los hay, ni siquiera uno, los de Ezquioga son de la misma clase y del mismo carácter que los demás. Si en otra parte se hubieran impresionado placas o fotografías de hechos sobrenaturales, habría que pensar que éstos se hallaban trucados o que eran naturales.

—¡Qué absolutismo el tuyo!

—No, es que hay que tener una mentalidad muy extraña para pensar que un espíritu, no en el sentido griego, sino en el sentido supernatural, pueda ser algo más

que una palabra. También hay que tener una idea de mandingo o de hotentote para creer que ese espíritu va a impresionar una placa de gelatino-bromuro. Si nos dicen que en la naturaleza todo está cerca del milagro o que todo es milagro, el brote de una semilla como la órbita del Sol o de Sirio, estamos dispuestos a aceptarlo; pero que dentro de esa naturaleza haya fantasías antinaturales y que esas fantasías se puedan recoger en una placa de gelatina, no lo creemos.

—Yo no puedo opinar sobre eso.

—¿Entonces, tú crees en esas estupideces del espiritismo?

—No.

—En el caso de Ezquioga, como en el de Limpias o como en el de Lourdes, no hay más que creer o no creer. El irse con una máquina fotográfica para comprobar si hay un milagro o no es una maniobra tan burda y tan estúpida que no puede hacer efecto más que en gente muy torpe y de inteligencia muy rudimentaria. Si un anticlerical o un protestante fuera a Lourdes con un aparato fotográfico para ver si allí hay o no hechos sobrenaturales y mostrara placas sin indicio ninguno de acción sobrenatural todos vosotros le tacharíais, y con razón, de tener una mentalidad simplista.

Javier reconoció en su fuero interno que el médico tenía razón.

—En muchas cosas estoy de acuerdo contigo. En lo que no estoy es en tu materialismo.

—Porque no tenéis una noción clara de lo que es el materialismo —replicó Basterreche—; el materialismo no es un sistema filosófico, es una disciplina de laboratorio.

—Pero algún concepto, alguna definición de la vida tiene que tener.

—No. Claudio Bernard ha dicho, con razón, que es ilusorio y quimérico y contrario al espíritu mismo de la ciencia el buscar una definición absoluta de la vida.

—Bueno; no habrá definición, pero habrá explicación.

—Hay cuerpos capaces de organizarse, de formar combinaciones, sistemas de fuerzas, binarios, ternarios y cuaternarios. ¿Cómo lo hacen? Ahí están el químico y el biólogo para investigar los hechos, relacionarlos unos con otros e inventar hipótesis. ¿El porqué inicial de estos fenómenos? Por ahora no se puede saber. Quizá no se sepa nunca. Ahí acaba la ciencia y comienza la metafísica o la mística. La ciencia no puede hablar de principios ni de intenciones primeras. Eso del principio, del verbo o del logos se queda para la filosofía y para la religión.

—¿Y la vida?

—Yo sospecho, sospecho nada más, que la diferencia entre la materia viva y la materia inerte no está en un principio especial que se añade a la materia, sino en la estructura de las moléculas.

—¿Entonces tú crees que se llegará a hacer algo vivo en los laboratorios?

—En nuestro tiempo, supongo que no, pero no me parece una cosa absolutamente imposible.

Poco después se siguió hablando del mismo jesuita de las fotografías de Ezquioga, porque éste había dado una conferencia acerca del erotismo y de la vida sexual. El doctor Basterreche discutía esta cuestión con Javier y con Satur Ezcurra.

—Creo que esta obsesión del erotismo que domina sobre todos los países católicos, no se hubiera producido sin la represión exagerada —dijo el doctor—. La vida sexual hubiera ocupado su parte sin la ansiedad que produce ahora.

Javier tendía a creer que éstas eran imperfecciones de la naturaleza humana.

—No; no son imperfecciones de la naturaleza humana —replicó el médico—; es la naturaleza humana que es así. Por eso le sigue al hombre a todas partes, y seguramente en el Seminario mismo habría erotismo y vicios solitarios y quizá homosexualismo.

—No sé —dijo Javier— si había vicios solitarios o no, pero te juro que no había homosexualismo. Se comía poco; los jóvenes, entre ayunos y abstinencias, eran feos, mal alimentados y rudos. ¿Qué erotismo se iba a tener allá comiendo mal, bacalao a todo pasto, en sitio frío, pobre y triste? Allí no se pensaba más que en comer, ésta era la gran ilusión. Si había algún vicio, era la gula.

Ya comprendía Javier que su argumento era materialista y de poco valor religioso, pero para convencer a su contrincante no encontraba otro.

—Sin embargo —dijo el doctor—, en otros Seminarios suele haber amistades estrechas de jóvenes que se llaman en broma tíos y sobrinos.

—Allí no las había. Lo creas o no lo creas, la moral era austera.

A Javier le molestaba la idea mala de Basterreche. Por otra parte, había algo de cierto en ella. Los chicos buscaban en el diccionario el significado de las palabras eróticas, y a los jóvenes no se les permitía el uso de este libro. A algunos alumnos les habían expulsado por faltas a la pureza. ¿Qué se escondía bajo esta palabra vaga? No lo sabía.

—El que yo crea que en los Seminarios, como en los cuarteles y en los presidios, como en todas las agrupaciones de hombres solos, haya manifestaciones eróticas desviadas no quita para que yo os considere a los curas como gente de gran valor —dijo Basterreche.

—¡Muchas gracias!

—No es broma. Formáis una milicia admirable. Claro que hay viciosos y perdidos...

—¿Tú crees?

—Es evidente. Yo he estado algún tiempo en una clínica de una capital de provincias y he asistido a curas enfermos de enfermedades secretas.

—Sería algún caso raro...

—No digo que fuera corriente. En general creo que formáis una milicia admirable. ¿Cuándo tendrá el Estado un ejército como tiene la Iglesia en vosotros? Nunca. Entre vosotros cada soldado es al mismo tiempo un general que manda, trabaja y se sacrifica generosamente por la causa común. En cambio, el Estado Mayor vale poco. Obispos, arzobispos y cardenales son ramplones, mediocres con alguna rara excepción. ¡Lástima que trabajéis por una causa que ya no tiene porvenir!

—¿A ver con qué se la sustituye?

—Eso puede ser verdad. Por ahora no se ve sustitutivo, pero ello no quita para que vuestra comunidad vaya también para abajo y que vuestros superiores sean ramplones. Esa circular de vuestro obispo sobre la modestia de los vestidos es de lo más mezquino y ratonero que se puede escribir.

Las opiniones del jesuita en sus conferencias se discutieron entre Basterreche, Javier y la Satur.

—El jesuita habla de lo que debe ser el hombre cristiano y confunde habitualmente lo que es con lo que debe ser —dijo Basterreche—. El orador republicano o socialista, pedante acreditado, hace lo mismo y mezcla la realidad y la teoría o, mejor dicho, falsifica la realidad con la teoría. Dos afirmaciones ha hecho el jesuita que vale la pena de examinar: una, la de que el hombre puede y debe ser casto antes del matrimonio; la otra, que debe elegir sabiamente la mujer que ha de ser la compañera perpetua de su vida, Doña Perpetua, como dicen algunos maridos burlones.

—¿Y por qué no? Vamos a ver.

—Con relación a este último punto del matrimonio, los jesuitas y casi todos los católicos se dirigen solamente al hombre, como si la mujer fuera todavía un medio ser, materia conquistable que es sólo objeto de elección y no sujeto que elige. Es la teoría judaica. Así, en los Mandamientos se dice: «No desearás la mujer de tu prójimo». No se dice: «No desearás el marido de tu prójima». Para el judío, la mujer no es nada. Antes no sabemos lo que ocurría. Hoy, muchas veces, elige el hombre; otras, elige la mujer.

—Sí, es evidente —dijo la maestra.

—El padre jesuita afirma que el hombre joven puede ser casto y que en ello no hay ninguna imposibilidad y defiende su tesis con opiniones de médicos modernos actuales.

—Yo lo creo también así.

—Respecto a este punto, y en el terreno de los hechos, es difícil tener una opinión que valga, una opinión fundada en datos objetivos. Lo que diga el señor Tal o el profesor Cual para mí no vale nada. Hay una cantidad tan grande de mentira, de hipocresía, en el lado místico y clerical, y tal suma de vanidad y de jactancia en el lado libertino, que es imposible llegar a una conclusión, si no definitiva, aproximada. Si se cree a unos, su juventud ha sido un campo puro y oreado. Si se cree a otros, ha sido la suya el Paraíso de Mahoma. Tan falsa tiene que ser una cosa como otra, tan inventadas las aventuras de los unos como la pulcritud de los otros. Todo mala literatura.

—Es usted muy escéptico, doctor —dijo Satur.

—No; juzgo por lo que he visto y por lo que veo. No tenemos los rayos X que nos puedan indicar con exactitud hasta dónde llega la pureza de los unos y la realidad de las conquistas eróticas de los otros. No se puede hacer tampoco, al menos por ahora,

un reportaje claro con datos de estas cuestiones. Pero, en fin, aunque sin hechos experimentales y comprobados, supongamos que sí, que es posible la castidad completa del hombre joven. Tendremos que reconocer al mismo tiempo que esta posibilidad se puede dar sólo en circunstancias muy raras, muy poco generales.

—¿Por qué? Veámoslo, razones —dijo Javier.

—Cualquiera que observe con un poco de atención la vida corriente, ha de notar que la moral de la casa, de la familia, es más austera que la de la calle. Esto no quiere decir que no haya excepciones. La calle de la ciudad, y más de la gran ciudad, está dominada por el erotismo, hoy y probablemente siempre.

—¿Crees tú?

—Así me parece. La calle es más libre, más excitante que el hogar para la sensualidad. Un hombre, un padre de familia, puede llegar a organizar su casa de una manera limpia y austera, puede tener un cuidado exquisito en no referirse a nada escabroso, en suprimir en los demás todo lo que sea alusión erótica y pornográfica, y esto lo puede hacer de una manera que no resulte un dómine pedantesco, sino una persona amable y sencilla. Su mujer cabe que le secunde y que le ayude. Esta pareja domina su casa por su tacto y por su ejemplo; pero la calle, ¿cómo la domina? Si el hombre es de clase humilde, su hijo irá al taller; si es de posición mediana, el hijo irá al colegio y luego al Instituto. Aprendiz o estudiante, el muchacho tendrá horas de inactividad, la gran impulsora de lo erótico; tendrá amigos, compañeros, unos cordiales, otros malintencionados y cínicos. Leerá libros pornográficos, o por lo menos se los mostrarán; irá al teatro y al cine y se impregnará del ambiente callejero.

—Sí, es cierto —asintió la maestra.

—En este caso, toda la antisepsia familiar, todo el cuidado del padre y de la madre se puede venir abajo. La calle vence a la casa y el joven apacible se convierte a veces en un animal rijoso como un mono, cuando no se lanza al homosexualismo. Esto que llaman *libido* Freud y compañía, como si fuera un gran hallazgo, es un producto cerebral del instinto y del contagio del ambiente. El instinto no excitado en un hombre joven, que trabaje mucho, puede llegar a permanecer tranquilo; con la excitación callejera y con la inactividad se desata y se desborda. Ahora, ¿cómo ese padre de familia modelo puede conseguir que esa excitación del ambiente de la calle, esa infección popular no prenda en su hijo? Yo no veo la manera, no hay vacuna eficaz para ello; la reflexión, las consideraciones, no valen nada, no he visto nunca que hayan hecho efecto.

—No se pueden hacer afirmaciones tan absolutas —advirtió Javier.

—Yo no lo digo esto por teoría, sino porque lo he comprobado repetidas veces. Es muy frecuente el caso de un joven que de pronto, por la excitación erótica, cambia. Si es estudiante, deja de estudiar; anda siempre por los cafés y se muestra holgazán, excitado, mentiroso y bebedor. Muchos se hacen maleantes, sacan de su casa objetos

y los empuñan y roban a los padres. Esto, en algunos, dura una temporada; en otros, toda la vida.

—En las mujeres no ocurre eso con frecuencia, sino muy rara vez —dijo la Satur.

—No sé; no conozco bien la vida de las mujeres más que por sus enfermedades y como médico; en los muchachos, sí; ocurre esto. Únicamente un hombre de gran fortuna y de gran talento, si tuviera la preocupación de apartar a sus hijos de las infecciones libidinosas de la calle, podría conseguirlo siempre que sus hijos respondieran. ¡Pero qué de precauciones no tendría que tomar este hombre para conseguir su objeto! Nada de lecturas, nada de teatro, nada de cine, nada de revistas ilustradas, nada de amigos ni de amigas, nada de paseos en las calles, nada de visitar museos ni de acudir a playas de moda. Después, ese padre aséptico para sus hijos tendría que sustituir todo esto por algo, cosa bien difícil; acostumbrar a sus vástagos a una alimentación escasa, sin alcohol y sin excitantes y someterlos a un deporte continuo y a una actividad enérgica. Todo esto quizá diera resultado durante cuatro o cinco años de vigilancia; luego ya no serviría de nada, y los hijos, al dejar la férula de su padre, irían por su camino natural sin que nadie les pudiera atajar.

—Me produce tristeza oír hablar así —dijo Javier.

—No lo hago por molestarte. Es una convicción basada en observaciones. La juventud casta que el padre jesuita da como posible a base sólo de la voluntad del buen católico y del rezo de padrenuestros es pura fantasía, está a la altura de abrir las ostras por la persuasión. Otro de los muchos puntos tratados por el padre jesuita, y cuya solución me parece completamente teórica e ilusoria, es la de la elección sabia de la mujer para el matrimonio. Aquí también, entre jesuitas y frailes, herederos de la moral judía, el hombre elige, la mujer no cuenta, cosa falsa porque en muchos casos es la mujer la que elige y en otros, aunque el hombre elija, la mujer no acepta.

—Es muy cierto —dijo Satur.

—La eficacia del estudio que pueda hacer el hombre de la futura cónyuge es también fantasía. No hay estudio ni observación que valga. Una mujer joven y guapa instintivamente parece a los hombres buena, simpática y amable. Un mozo guapo hace un efecto parecido en las mujeres. Cuando el hombre y la mujer sienten una inclinación marcada el uno por el otro se acaba el discernimiento. Ya uno y otro tienen la imposibilidad de verse tal como son.

—También es verdad —dijo la maestra, que tenía debilidad por el médico.

—El instinto adorna imaginativamente lo que desea. De ahí vienen luego las desilusiones. Además, el instinto impulsa a fingir durante el noviazgo y aun en el *flirt*. El roñoso se muestra espléndido; el agrio, amable; la coqueta, fiel, y la vanidosa, modesta. Hasta en los animales se da un fenómeno de índole semejante en la época de celo. Fiarse para elegir marido o mujer en las apariencias, en la fama, en las palabras, es tan expuesto a engañarse como ir con los ojos cerrados. Lo mismo ocurre

con esas pequeñeces, a las que curas y frailes dais tanta importancia: si una mujer se pinta o viste exageradamente, o es un poco coqueta, o fuma alguna vez un cigarrillo. Eso no es indicio de nada.

—Nos quieres echar abajo todo. No tanto.

—La mayoría de las veces, las mujeres tienen como una segunda personalidad después de casarse. Cambian con el matrimonio mucho más que el hombre, moral y físicamente. Así, hemos visto muchachitas delgadas y finas convertirse a los seis o siete años de casadas en unas matronas anchas como toneles, y, en cambio, unas chicas redonditas y de aire linfático de solteras, hacerse flacas, esqueléticas y ganchudas. Es el metabolismo. Moralmente les pasa algo parecido, y hay niña monjil y pudibunda que después de casada habla con una libertad casi cínica, y otra que de soltera se comía los santos, que luego se muestra anticlerical. Se ve también con frecuencia a la coqueta que se pintaba los labios y la cara y andaba por la calle pindongueando y mirando al uno y al otro, convertida en una madre de familia huraña que no quiere salir de casa ni dejar un momento solos a sus hijos. Tanto las reglas para la castidad del hombre, como para la elección de la mujer que ha dado el jesuita, son puro aparato y rutina tradicional.

—Entonces, ¿cuál es tu idea? —preguntó Javier.

—Para mí todo lo que no esté basado en la verdad no tiene valor. Glorificar la tendencia erótica me parece una estupidez; ahora, soñar con un ascetismo falso y forzado es también estúpido.

—Pero, ¿en dónde está, según tú, la buena moral?

—Por ahora, en ninguna parte.

—Creí que me ibas a defender la teoría de que estaba en los herejes, en los separados de la Iglesia.

—Sí; en ellos hay menos desórdenes eróticos que entre las personas religiosas.

—No comprendo por qué.

—Yo creo que tiene su razón de ser. El hombre insociable, el que no está dentro de la comunidad religiosa, tiene que vivir en un estado de hostilidad con el medio; en cambio, el creyente no. El uno se ve observado, vigilado; el otro no. La caída del uno es una irrisión, la del otro es un percance ocurrido a un hermano y se tiene interés en no denunciarlo ni en ponerlo en evidencia.

—¿Tú crees, naturalmente, siguiendo tus teorías, que los incrédulos valen más desde un punto de vista ético que los católicos?

—En general supongo que sí, quitándoos a los curas, que sé que sois gente de mucho valer. Casi siempre la falta para la conciencia del incrédulo es mucho más grave que para el creyente.

—¿Por qué?

—Lo que para el creyente es un pecado para el incrédulo es una vergüenza. Un

pecado parece más grave que una vergüenza, pero en la práctica no lo es. El pecado se limpia con la confesión, la vergüenza queda siempre para el que cree que no hay remisión posible en estos casos.

—¿Tú supones superior la moral de los estoicos a la moral del cristiano?

—Creo que sí; la moral del estoico me parece más pura, porque no busca la recompensa.

—Pero el estoico obra por orgullo.

—Y el cristiano corriente obra por interés.

Unos años después de terminada la Guerra europea se prepararon en el pueblo dos expediciones para Lourdes, una de hombres y otra de mujeres. Para esta última pensaron en don Mariano, pero luego se decidió que al frente fuera Javier Olan. Marchó la grey mística en dos autobuses.

Al llegar a la ciudad de la Bernardetta a Javier se le desbandó el rebaño y se quedó solo. Iba de aquí para allá cuando encontró a un antiguo discípulo suyo del Instituto, Miguel Landa, hijo de un ingeniero rico de San Sebastián. Este Miguel había gastado gran parte de su fortuna en varias locuras extravagantes y en manifiestas tonterías. Ya medio arruinado, intentó varias cosas; fue empresario, actor de cine y por entonces corresponsal de un periódico de Nueva York. Landa andaba por Lourdes en compañía de un amigo suyo, diplomático de la Embajada española de París.

Landa y el diplomático estaban en el mismo hotel en Biarritz, y por curiosidad y para pasar el tiempo habían ido juntos en un autocar a Lourdes.

Los dos, con Javier, dieron una vuelta por el pueblo hasta aparecer en la gran Avenida de la Basílica con sus portadas de estilo románico de confitería.

Al llegar aquí se les unió un viajero, un señor inglés, alto y de pelo blanco, acompañado de su señora y de una muchachita muy atractiva y gentil, compañeros del autocar.

Landa, al encontrarse con el inglés, le saludó y le presentó al cura. La muchachita estuvo hablando con Javier.

Era la muchacha una rubita con ojos azules brillantes y cara sonrosada y dorada por el sol. Estaba estudiando en Cambridge. No tenía el aspecto mojigato de una señorita ni el atrevimiento de algunas estudiantes y jóvenes modernistas. Era sencilla, amable y con cierto aire audaz del que no abusaba. Tenía el cuerpo flexible y el cuello de un color de nácar. Era irlandesa.

Landa, el diplomático y el señor inglés sintieron exacerbado su sentido crítico ante la Basílica con sus letreros prácticos: «Tened cuidado con el portamonedas». «Vigilad a los rateros.» «Desconfiad de los *pickpockets*.»

—Los franceses todo lo convierten en motivo de comercio —dijo Javier.

—Aquí lo aprenderán de los judíos —repuso el diplomático.

—¡Bah! No necesitan los franceses la enseñanza de los judíos para ser interesados —replicó Landa.

—Veo que los españoles no tienen mucha simpatía por sus vecinos —indicó el inglés.

—Ellos tampoco tienen simpatía por nosotros —replicó Landa—. La verdad es

que los meridionales de Europa hablan mucho de su fraternidad, pero es lo cierto que todos tienen más estimación por la gente del Norte que por sus vecinos.

—En el Norte pasa lo mismo —repuso el inglés—. Es natural. Los semejantes conocen mejor sus defectos respectivos.

Se habló de los milagros de Lourdes.

La bella irlandesa preguntó a Javier:

—¿Ha venido usted de turista?

—No; he venido con unas feligresas del pueblo donde vivo.

—¿Y dónde están?

—Se han desparramado por aquí.

—¿Tienen fe?

—Sí.

—¿Y usted?

—Yo también. ¿Este señor es el padre de usted?

—No; es mi tío, hermano de mi madre, y ésta es su señora.

Pasaron por una de las paredes laterales de la Basílica, enfrente de la célebre gruta. A un lado de ésta se veía una imagen poco artística de la Virgen y dentro, y alrededor del arco de entrada, una serie de muletas colgando. En el gran ámbito brillaban cientos de velas encendidas. En el mismo muro de la gruta se abrían otras cuevas para los enfermos y la piscina.

A pocos pasos, en un raso de piedras, rezaban varias personas. Entre ellas dos mujeres, de negro, ya viejas, feas, con aire de provincianas, con un sombrero ridículo en la cabeza. Permanecían arrodilladas con los brazos extendidos en cruz. Venían, sin duda, con un enfermo que llegó poco después en un automóvil de sanidad. Abrieron la portezuela de éste y sacaron al enfermo en una camilla. El enfermo tenía cara de moribundo. Le tomaron en unas parihuelas y fue rodeado por un cura cubierto con sobrepelliz y varios hombres hasta la entrada de la gruta.

El enfermo se puso a rezar en francés, con una voz apagada. Las dos mujeres de la familia se tendieron en el suelo y lo besaron fervorosamente.

Javier se retiró del grupo de los turistas y rezó también con devoción.

Un momento después le dieron agua al enfermo, pero no la podía pasar y se le derramaba por la mejilla.

Después de los rezos sacaron al enfermo de la gruta. La hermana o mujer le puso un paño en los ojos para que no le diera la luz del sol y le llevaron en la camilla a volver a meterle en el automóvil.

—Es terrible y siniestra esta explotación de la enfermedad y de la superstición —dijo el viejo inglés.

—Sin embargo, quizá sea un consuelo para el enfermo —repuso Landa.

—Toda esa gran cantidad de comercio, de cruces, de medallas, de rosarios y de

estampas, la mayoría está hecha por judíos —dijo el diplomático.

—Vendieron a Cristo vivo; ahora venden a Cristo y a su Madre muertos. Ellos dirán que tienen derecho, porque son de su raza —añadió el señor inglés con ironía.

—Ahora ¿qué se cree entre los sabios? —preguntó el diplomático con cierta inoportunidad—. ¿Se acentúa la idea de que Cristo fue un personaje real o un mito?

—¡Ah! Eso depende mucho de la especialidad —contestó el inglés—. Los historiadores tienden a considerarlo como ser real; los mitólogos, en cambio, van siempre a mirarlo como un mito solar. Científicamente la cuestión no se resolverá nunca.

—Esta esperanza en el milagro es muy humana; pero explotada de esta manera cínica, resulta repugnante —indicó Landa.

—Esto es curioso y divertido —observó la señora.

—A mi mujer todo lo más bárbaro le parece interesante y divertido —dijo el señor inglés—. Le entretiene un espectáculo como éste, y en España le han gustado las corridas de toros.

Landa, el diplomático y el señor inglés, con su mujer, tenían curiosidad y husmearon por todas partes. La irlandesa hablaba con Javier.

—La verdad es que las palabras que le dice la Virgen a la Bernardetta son vulgares y sin grandeza —dijo Landa.

—Además, no tienen ningún sentido divino ni humano —añadió el señor inglés—. Eso es un disparate. ¿Cómo la Virgen va a decir: «Yo soy la Inmaculada Concepción»? Esto es un completo absurdo dentro del catolicismo. Es antilógico que una aparición tome el nombre de un acto. Es como si Julio César apareciera y dijera: «Yo soy la batalla de Farsalia», o como si la sombra de Cristóbal Colón, para darse a conocer, dijese: «Yo soy la conquista de América».

—¿Entiende usted lo que dicen? —le preguntó la irlandesa a Javier.

—Sí.

—No les haga usted caso.

Cuando concluyeron de curiosear por los alrededores de la Basílica decidieron ir a almorzar a un hotel.

—Venga usted con nosotros —le dijo la bella irlandesa a Javier.

—No, muchas gracias; tengo que ir con mis feligresas.

—¿Y dónde están? Las quisiera ver.

Javier llevó a la bella ante el grupo de muchachas que habían venido del pueblo con él.

—Algunas son bonitas —dijo la irlandesa—, y la mayoría tienen ojos muy expresivos.

Al despedirse la estudiante le dijo:

—De todas maneras, yo quiero verle a usted otra vez.

Javier dio las señas de su casa en San Sebastián y en Monleón. Al saber su apellido, Olanan, ella le preguntó si era de origen irlandés.

—No; es un apellido vasco, que quiere decir *ferrería del valle o ribera del valle*.

—Pues en Irlanda tomarían su apellido por irlandés. Allí se considera que los nombres que comienzan por O y por Mac descienden de los milesianos que, con un rey de España llamado Milesio, conquistaron Irlanda hace treinta siglos y fueron grandes marinos y guerreros.

El señor inglés le dijo a Javier que le mandaría un libro que había escrito hacía tiempo sobre el Renacimiento italiano y que acababa de publicarse en francés.

Javier volvió en el autobús a Monleón con sus feligresas pensando en lo que había oído a aquella gente y sobre todo en la pregunta absurda del diplomático acerca de si la vida de Jesús era una realidad o un mito. Le parecía una prueba del carácter superficial de los hombres de mundo.

La muchacha irlandesa y su tía se presentaron en un magnífico automóvil una semana después en casa de Javier, en Monleón. Deseaban que el cura les acompañara a hacer algunas excursiones por los alrededores.

La irlandesa, sobre todo, quería ver dónde y cómo vivía Javier.

Estuvieron tía y sobrina en Monleón, merendaron allí y dijeron que iban a Vitoria, donde se instalarían en un hotel por unos días.

Javier tocó en el piano varias melodías vascas, y después, la muchacha, Mary de nombre, varias canciones inglesas.

Mary no sabía canciones de Irlanda, pero sí otras del país de Gales y de la isla de Man.

Algunas canciones vascas y galesas eran tan parecidas, que no sólo tenían aire de familia, sino que a muchas se las hubiera tomado por la misma con variaciones de una región o de una comarca.

—Yo supongo —dijo Javier— que muchas de estas canciones de Europa tienen un origen común; vinieron por oleadas algunas con el canto gregoriano y se adaptaron a los distintos ambientes. También habrá influido en el parecido de las canciones primitivas el instrumento: el pito, la flauta, el tamboril.

—Sí; es posible.

Mary quería que Javier les acompañara a ver los distintos pueblos de la provincia de Álava.

—¿Quiere usted que vengamos a buscarle dentro de unos días?

—Bueno.

Llegaron al fin de semana. Marcharon rápidamente de Monleón a Vitoria y luego hacia el Sur, por el condado de Treviño. El tiempo estaba nuboso, pero al llegar al alto de la cordillera de Cantabria, al Balcón de la Rioja, vieron toda la hondonada del Ebro inundada de sol con un tono rojizo y ardiente.

Estuvieron después en Laguardia, que gustó mucho a las dos señoras, por ser una pequeña ciudad rodeada de murallas, bien cuidada, con las calles asfaltadas, dos iglesias góticas y aire antiguo y en algunos rincones medieval. La torre de Santa María, aislada, que forma parte del castillo y la iglesia con sus detalles románicos y góticos interesó mucho a la irlandesa. Hablaron con un cura joven y le convidaron a tomar chocolate en una fonda de extramuros. El cura les contó algunas historias del pueblo y recitó una poesía alusiva:

*Don Sancho, en la noble sierra,
fundó Laguardia brillante*

*y en ella un arco triunfante
con llaves con que abre y cierra,
y un castillo militante.*

Pasaron también por Haro. Era día de mercado y el aire clásico español de la ciudad les pareció muy bien a las damas.

Contemplaron los tres o cuatro palacios de piedra de color ocre.

Las sartas de guindillas en las tiendas, las jáquimas y aparejos de caballerías, con su forma primitiva y un poco bárbara les encantaron.

—Veo que a usted no le produce gran entusiasmo este país —le dijo la irlandesa a Javier.

—A mí no me gusta excesivamente el sol fuerte.

—Irlanda le gustaría a usted.

—Sí; debe de ser un país agradable, muy verde.

—Y muy oscuro. Los lagos de Killarney son los más bonitos, los que llaman más la atención. ¡Pero hay tanto turista!

Las tierras de la Rioja, de colores fuertes, amarillos y rojos; el Ebro en las conchas de Haro, los árboles con el primer verdor de la primavera y el sol brillante les gustaba más a las dos señoras que la tierra francesa uniformemente verde.

En uno de aquellos pueblos de la Rioja les mostraron un hermoso palacio de piedra y les dijo un hombre que se había vendido en quinientas pesetas.

—No ha sido en quinientas, sino en dos mil quinientas —advirtió otro.

—¿Cuántas libras esterlinas? —preguntó la señora.

—No llegarán a cincuenta.

—¿Quiere usted que le regalemos un palacio de éstos, señor cura?

—No, no —contestó riendo Javier—; ¿para qué „ quiero yo una casa así?

Comieron en Miranda de Ebro y fueron luego a Berberana.

Estuvieron en Valpuesta, aldea muy pequeña inmediata a Berberana, donde había existido la sede primitiva del Condado de Castilla, desde el siglo IX al XI, hasta que la trasladaron a Burgos.

Javier preguntó a un joven si se podía ver la iglesia. El joven, que era el médico, contestó que no estaría abierta, pero que si querían esperar se llamaría al sacristán.

—No creo que estas señoras tengan bastante interés para ello.

El médico se les reunió. Afirmó que algunos eruditos encontraban en la historia de Valpuesta elementos parecidos a la leyenda de Parsifal del ciclo de los Caballeros de la Tabla Redonda. Cerca estaba la sierra Salvada (el monte Salvado) y el pueblo de Críales (el Grial). La misma vida del obispo Juan de Oca y del rey Alfonso el Casto podían haber influido en la creación de la leyenda.

El médico les llevó delante de la iglesia de Santa María. Allí les explicó la historia de la fundación del pueblo.

El obispo Juan de Oca, el año 804, por indicación de Alfonso II el Casto, llegó al país y, reunido con unos compañeros, se apoderó de un valle llamado *Vallis Composita* y más tarde *Vallis Posita* y en el valle de una iglesia abandonada bajo la advocación de Santa María. Después, avanzando hacia el norte de la Península, tomó posesión de más iglesias y mandó construir un monasterio.

—La influencia de Valpueda —siguió diciendo el médico— no llegaba más que al sur de las provincias vascas, y en 1086 fue absorbida por Burgos. La iglesia de Santa María de Valpueda sirvió de sede, tuvo privilegios, que le concedió Alfonso el Casto, y terminó dividiendo su diócesis entre Burgos y Nájera. Unos años antes, en el siglo x, se había fundado el obispado de Álava con la sede en Armentia, sin duda con el objeto de organizar la conversión de los vascos.

—¿Usted cree que en ese tiempo nosotros no seríamos cristianos? —preguntó Javier.

—Parece seguro; eran ustedes todavía completamente paganos.

Vieron la iglesia, que tenía trozos románicos, góticos y modernos. Al anochecer volvieron a Vitoria.

Al día siguiente tomaron un itinerario que se lo elogiaron en el hotel como curioso.

Fueron por Nanclares y por Sobrón a Medina de Pomar, donde comieron, vieron sus torres y un monasterio derruido. Les dijeron que en el monasterio estaba enterrado el canciller Pedro López de Ayala.

Luego vieron Puentevedey, con un túnel o puente natural abierto en la roca. Por debajo del túnel el río Nela y encima las casas del pueblo y la iglesia.

En el fondo se destacaba un monte como una muralla.

Pasaron por una aldea llamada Escaño. Cerca de la iglesia, sobre la tapia del viejo cementerio con dos cipreses negros, había un reloj de sol, con una fecha: 1784, y debajo escrito «Ave María Purísima» y estos versos en latín:

*Si in momenti ora
clama semper et ora
ora Deus sine mora.*

—Si en el momento final clamas siempre y oras, reza a Dios sin demora —tradujo la irlandesa.

—Veo que traduce usted el latín —le dijo Javier.

—No muy bien.

Encontraron una chiquilla y le preguntó Javier.

—Esta iglesia será muy vieja, ¿verdad?

—Sí; es una iglesia románica del siglo XII.

—¿Y cómo sabes tú eso, niña?

—Porque nos lo ha dicho la maestra.

—¿Y dónde está la maestra?

—Está enferma.

—¿Qué tiene?

—Vómitos de sangre.

—¡Pobrecilla!

—Si pudiéramos saludarle y hablarle —dijo Mary.

—Yo iría con gusto —repuso Javier—; pero ¿y si es una persona impresionable, que le intranquiliza nuestra visita?

—Tiene usted razón.

Se acercaron a Frías. Hacía un viento desagradable, que llevaba polvo, papeles y paja. La señora no quiso bajar. Mary y Javier marcharon hacia el alto del pueblo. La irlandesa se tapaba los ojos con la mano.

Vieron el castillo con su torreón sobre la peña excavada y horadada, que daba la impresión de que el mejor día se podía venir abajo. Entraron en los sótanos, convertidos en almacenes de vinos, con pellejos y barricas. Subieron después a la plaza, en donde hacía un viento terrible. El campo verde, desde arriba, parecía fértil. El puente antiguo, gótico, de Frías, con su torreón en medio, recordó a la irlandesa el de Moncada de Orthez.

Después, al volver, vieron en Fontecha dos torres cuadradas, una del conde de Orgaz y otra del Infantado.

Volvieron a Vitoria y al día siguiente por la mañana siguieron en sus paseos. La muchacha irlandesa dijo que su tía estaba cansada y prefería quedarse en el hotel. Les acompañaría una vieja señorita de compañía que no sabía francés. Javier decidió ir en el pescante con el *chauffeur* por precaución.

Llevaba un mapa para no alejarse demasiado.

Estuvieron en las conchas de Haro, a orillas del Ebro, donde hay un espacio de tres a cuatro kilómetros con dos postes que dice cada uno de ellos: «Legua del Rey». Esta Legua del Rey, según les indicó un peón caminero, estaba reservada para los caballos de José Bonaparte cuando fue rey de España.

Al volver a Vitoria, alguna vez se pararon delante de un cementerio de pueblo, con dos cipreses mustios y polvorientos, pobre, abandonado, sin una flor ni una lápida de piedra, entregado a los matorrales, parásitos de color gris. La aldea, inundada de sol, se veía desierta. Javier se persignaba y rezaba por estos muertos humildes.

Al día siguiente Mary dijo que quería ver los alrededores del pueblo.

Después de comer marcharon primero a Mendoza. Estuvieron contemplando la aldea con su torreón gótico, cuadrado, lleno de hiedras que tapaban las paredes y las ventanas. Alrededor tenía su antigua muralla y más exteriormente sus fosos convertidos en prados. Los recorrieron. Apareció un charlatán campesino y después de decirles que de allí habían salido los Mendoza, familia que él consideraba muy ilustre en la historia, aunque no sabía lo que habían hecho, les preguntó si no habían visto los Tebeos de Mártioda.

—¿Qué son esos Tebeos? No he oído hablar de ellos —dijo Javier.

—Pues son una calaveras con una especie de careta de tela y alrededor un círculo como suelen tener los santos.

—Vamos a ver esos Tebeos —indicó la irlandesa.

—Vamos.

Pasaron cerca del río de Mendoza, que se llama el Laña. El pueblo, Mártioda, de muy pocas casas, estaba cerca y fueron subiendo a campo traviesa con el automóvil hasta él.

En la parte alta de un cerro, no muy lejos de la iglesia, se levantaba una torre cuadrada y antigua, a la cual habían añadido hacía tiempo una construcción para vivienda. Alrededor de ésta corría una tapia con una puerta de madera un tanto desvencijada.

Llamó Javier con el aldabón y apareció una muchacha morena, muy guapa.

—Quisiéramos ver los Tebeos que hay en la iglesia —le dijo Javier.

—Pues ahora le avisaré a mi tío.

Salió poco después el cura con unas llaves en la mano y saludó muy amablemente a Javier, a la irlandesa y a la señora de compañía.

La iglesia del pueblo era gótica, con el techo con unas nervaduras terminadas en claves. Pasaron la iglesia y entraron en la capilla. Había enfrente de la puerta una ventana; a un lado un armario con cajones y al otro un altar con relicarios con piedras y cruces. Sobre el armario de sacristía para guardar las vestiduras se veía un estante único con un cristal y dentro doce calaveras tapadas en parte por antifaces de tela con las iniciales: J. H. S. en unos, y en otros M. R. A. Estos cráneos tenían alrededor nimbos de paño bordado.

Mary, la irlandesa, preguntó si no se podían ver las calaveras y el cura sacó dos del estante.

Mary las llevó a la ventana y las estuvo contemplando.

—Qué pequeñas —dijo.

La vieja señora de compañía hizo signos de repugnancia.

En el altar de los relicarios había unas calaveras que parecían de niños escrofulosos, con las frentes abultadas.

—Y estos Tebeos, ¿qué son? —preguntó Javier al cura.

—Según la tradición, son unos mártires de una legión tebana que fue sacrificada, y estas calaveras dicen que las trajeron de Barcelona.

—¿Así que pertenecían a la Legión Tebana? —preguntó Mary.

—Sí, ¿tiene usted algunos datos sobre ella? —preguntó Javier algo extrañado.

—Sí; hemos estudiado ese asunto en Cambridge. Los mártires de la Legión Tebana fueron hechos por el emperador Maximiano en el Valais. La Legión Tebana se había formado en la Tebaida, en el Alto Egipto, en el siglo III, y se hallaba constituida por cristianos. La Legión iba en el grueso de las tropas del emperador Maximiano Hércules. Este emperador había enviado su ejército contra las Galias, y el año 286 iba a combatir a los bagaudes, quienes eran restos del partido de Carin y vivían en los alrededores de Lutecia. Estaba la Legión en Agaune, hoy Saint-Maurice, en el Bajo Valais, cuando el emperador mandó que sus soldados emplearan su tiempo de vacaciones en sacrificar a los dioses. Los de la Legión Tebana, como cristianos, se negaron, excitados por sus jefes, Mauricio, Cándido y Exuperio. El emperador mandó diezmarlos en castigo de su desobediencia, y como no se rendían, los diezmó de nuevo y acabó mandando que los acuchillaran a todos. La primera relación de este hecho es la *Passio Agaunensium martyrum*, que se cree que es de San Euquerio, obispo de Lyon del siglo V. Este asunto fue el que dio motivo a un extraño cuadro del Greco, *El Martirio de San Mauricio y de sus soldados*, que está en la salas capitulares de El Escorial. Algunos aseguran que esta historia de la Legión Tebana es una fábula.

—Sin embargo, aquí están los cráneos —dijo el cura.

—Saint-Maurice, en el Valais, está a poca distancia del emplazamiento que ocupaba antes la ciudad Agaunum o Tarnada —siguió diciendo Mary—, ciudad donde los romanos tenían la costumbre de transportar a sus muertos para darles sepultura. El nombre está dedicado a San Mauricio, por haber rehusado abjurar el cristianismo con los seis mil hombres de la Legión Tebana que mandaba. Algunos dicen que el suceso ocurrió el año 286, otros que el 302. Se cuenta que una gran parte de los cuerpos de los santos mártires fue echada al Ródano, y que muchas ciudades situadas a orillas del río recogieron sus reliquias. Así, Vienne cree poseer la cabeza de San Mauricio en la iglesia de los Santos Macabeos. Cuando la persecución cesó, se edificó una iglesia en honor de los tebanos en la plaza donde habían sido muertos, y más tarde, San Segismundo, rey de Borgoña, fundó el célebre monasterio de Agaune que llevó después el nombre de San Mauricio: Saint-Maurice d'Agaune. El Breviario de Tours cuenta que San Martín, al volver de Roma, se detuvo en el lugar del martirio de San Mauricio y de sus compañeros, y que habiendo pedido a Dios encontrar

algunas reliquias de éstos, apareció en seguida sobre la hierba un rocío de sangre, con el cual llenó tres redomas. Dejó una en su metrópoli de Tours, hoy San Graciano, que dedicó a los mártires tebanos; envió la segunda a la Catedral de Angers, y legó la tercera a la iglesia de Candes, donde murió. La tradición de este milagro está consagrada por una fiesta solemne que se celebra el 12 de mayo en la diócesis de Tours.

Algunos teólogos protestantes, entre otros Du Bordieu, Hottinger, Burnet y Mosheim han negado la exactitud de esta tradición, y otros han creído ver en el martirio de los tebanos el castigo de un movimiento sedicioso.

El relato del martirio de la Legión, de San Euquerio, fue publicado en las *Acta Sincera Martyrum* en 1689. El benedictino Dom Joseph de Lisie escribió en Nancy en el siglo XVIII, una defensa de la verdad del martirio de la Legión Tebana, y dos escritores alemanes modernos, Hirschmann y Bag, han tratado de nuevo el asunto.

Javier felicitó a la irlandesa por conocer esta historia, que él, con más motivo, no conocía.

Ella se ruborizó y dijo que era una casualidad explicable, porque la había oído en aquel curso y aún la recordaba.

Después de la estancia en Mártioda volvieron a Vitoria. Mary quería ver de nuevo el Balcón de la Rioja.

A la vuelta se desviaron y estuvieron en el Condado de Treviño, donde vieron a un pastor que llevaba el capisayo antiguo que usaban los vascos en otro tiempo.

Treviño, pequeña comarca de la provincia de Burgos, en medio de Álava, tiene algunas aldeas, un balneario y en la capital, si se puede llamar así, del condado, un puente con una torre. Todo el país debió de ser muy devastado en la primera y en la segunda guerras civiles.

En la pequeña comarca se habla mucho de la ermita de San Fromerio. Allí cerca, en la última guerra, hubo un encuentro entre liberales y carlistas, terminado con una carga de caballería dada por un coronel liberal que destrozó al enemigo.

A la vuelta, al caer de la tarde, la irlandesa, Javier y la señora de compañía se detuvieron en Armentia. Vieron, en el atrio de la iglesia, los relieves románicos empotrados en la pared.

Al ir a ver el ábside saludaron al cura, que trabajaba en la huerta. Era todo un tipo, rojo por el aire y el sol, grueso, vestido con sotana raída y gorro negro.

Este señor, sonriente, de buen humor, se burlaba un tanto de los arqueólogos.

—Ya ven ustedes —dijo— este relieve del hombre a caballo. Para todos nosotros era Santiago. Vino aquí un sabio catedrático y dijo: «No; es el Redentor», y no hace mucho apareció un profesor de Barcelona y nos aseguró terminantemente que era Constantino.

El cura se reía a carcajadas de las interpretaciones de los arqueólogos y se ponía

de color carmesí al reírse.

Luego dijo que Armentia había tenido en otro tiempo dieciocho mil habitantes cuando fue la diócesis del obispado de Álava.

—¿Y cómo se explica que no queden casas viejas? —preguntó Javier.

—Es que la época es muy lejana y las casas serían de madera y de tierra y se quemarían y se hundirían.

El cura les invitó a tomar algo.

—Qué señor más simpático —dijo la irlandesa.

Estuvieron paseando por delante de la Basílica con él hasta que se hizo de noche.

Al volver hacia Vitoria, en el auto, Mary y la señora de compañía le dijeron a Javier que hacía frío y que entrara dentro del coche. Él se sentó entre las dos señoras. De pronto la bella irlandesa puso su mano sobre la mano de Javier. Éste creyó que era un acto involuntario y sin malicia. Después ella tomó la mano del cura, la levantó despacio y la besó. Javier se puso rojo y después pálido. Afortunadamente para él, estaba ya oscuro.

—¿Qué tiene usted? —le preguntó ella.

—Me mareo un poco —dijo él.

No era la impresión de erotismo bajo, de pornografía, que sintió muchas veces en el confesonario y que por lo mismo era más fácil de vencer. Esta muchacha se sentía atraída a él como él a ella.

Cuando llegó a Vitoria y entró en su cuarto no pudo dormir.

—Para mí es un dolor —repitió varias veces—, pero yo no puedo ser más que cura.

Al día siguiente se despidió de Mary con indiferencia afectada.

Él trataba de considerar que en la vida la alegría o la tristeza se podían mirar con serenidad.

Releyó en la *Leyenda Dorada* los esfuerzos de los ascetas cristianos para dominar sus deseos.

Al cabo de algún tiempo, la irlandesa le escribió a Monleón. Ella no era rica y pensaba dedicarse a la enseñanza. Después siguió escribiéndole y se estableció una correspondencia entre los dos.

Una de las veces le pidió que le enviara una canción en vasco; él le mandó la primera estrofa de una poesía de Bilintx, llamada *Juramento*, que era casi una declaración de amor.

Después de pensar en ello comprendió que se había dejado arrastrar de una manera inconsciente.

Por las cartas que le enviaba ella a Javier se veía que era una mujercita demasiado sensible. Vibraba con las ideas; no se acomodaba a la vida instintiva, un poco vulgar y brutal.

Desde aquella época se escribían con frecuencia.

Ella tenía sus luchas por vivir, porque quería ser independiente y se consideraba desgraciada.

Después de esta excursión, Javier hizo un viaje a Aralar.

Fue en autobús, en romería, con unos jóvenes nacionalistas al santuario de San Miguel de Excelsis.

Salieron un sábado después de comer, marcharon a Ataun y de Ataun a Echarri-Aranaz. Entonaron durante el camino canciones vascas, la marcha de *Santa Águeda* y la de *San Ignacio*. El *Gernikako Arbola* de Iparraguirre estaba proscrito entre los nacionalistas, quizá por su sabor un poco liberal.

El autobús subió por una carretera empinada hasta un puesto de miqueletes y se detuvo allá.

Aquí comenzaba la primera jornada, bastante penosa. Era necesario subir quinientos o seiscientos metros de altura; descansar y escalar luego otros tantos.

Había sendas que pasaban al borde del precipicio y otras que se perdían entre bosques de hayas, de robles y de castaños. Se detuvieron en un raso del monte. Javier disfrutó de aquel silencio sólo turbado por el rumor de alguna esquila. Luego de descansar, merendaron y entonaron esa canción del Ave María que se suele oír en el sur de Francia y que tiene como estribillo vasco.

*Miguel, Miguel, Miguel guria
gorde, gorde, Euskal Herria.*

(Miguel, Miguel, nuestro Miguel, guarda el País Vasco.)

Al atardecer se veían hermosas perspectivas. La niebla y el sol jugaban al escondite. La niebla cubría peñascos y bosques, pero a veces una ráfaga de viento la barría y salía el sol y aparecía el cielo azul. La segunda jornada era un poco más dura y penosa. La caravana se puso en marcha.

La sangre golpeaba en las arterias, el aire venía en ráfagas frías y avanzaban los cendales de bruma por las cumbres.

El santuario se mostraba en una suave pendiente. Tenía pocos árboles alrededor. Por fuera no ofrecía el menor interés. Era un edificio ancho, de piedra, formado por dos cuerpos, con los tejados nuevos y rojos.

Los romeros cantaron de nuevo la marcha de *Santa Águeda* golpeando con los garrotes en el suelo.

El santuario no estaba en la parte más alta de la montaña. Hacia el Norte, hacia el lado de Guipúzcoa, se erguían nuevas cumbres y peñascos, en aquella hora del anochecer, invadidos por masas de nubes que iban bajando rápidamente hacia el valle.

Volvieron a cantar su canción de: *Miguel, Miguel, Miguel guria*, y un poco

sudorosos y jadeantes y sin detenerse entraron en la hospedería.

De la hospedería pasaron a la cocina a calentarse. En la chimenea, de gran campana, se instalaron al lado del fuego. Había varios hornillos con marmitas en donde se preparaban cenas para los viajeros.

De las paredes colgaban vasijas y cacharros limpios y relucientes.

Comieron todos y después de rezar se fueron a la cama.

Por la mañana Javier se despertó con unas voces un poco ridículas que cantaban el rosario de la aurora, lo que le dio una impresión de convento de monjas:

*Despertad, mortales
hijos de María;
ya brilla la aurora
anunciando el día.*

Javier se levantó. Se oía el ruido de una bomba y se notaba un olor penetrante de gasolina. Había viajeros ya desayunando. Algunos esperaban que se abriera la capilla para ver el célebre retablo de esmalte considerado como una joya de gran valor. Entre ellos estaba un cura joven navarro.

En el grupo de los madrugadores, uno dijo que en la capilla solía haber dos mastines para la vigilancia y que era peligroso intentar entrar sin gente de la casa.

Ésta, modernamente restaurada, le pareció a Javier mezquina y fea. Como obra de arquitectura románica no tenía gran interés.

—Antes la capilla tenía el aire vetusto de sus piedras —dijo el cura joven—, pero un obispo guipuzcoano mandó picarlas y abrir una ventana, con lo que ha perdido el carácter sombrío que tenía sin ganar nada en cambio.

—¿Así que este obispo nuestro no sabía lo que se hacía? —preguntó Javier.

—No; es un soberbio, y en Pamplona no recogió más que odios. Uno de los canónigos decía del obispo paisano de usted: «Me voy a condenar, porque estoy deseando que se muera».

—¿Así que han tenido ustedes mala suerte con los obispos en Navarra?

—Muy mala. Antes tuvimos un fraile castellano que sentía tal desdén por las riquezas arqueológicas de la diócesis, que dejaba que un dentista francés y anticuario comprara verdaderas joyas por unas cuantas pesetas para venderlas en el extranjero.

Miraron en la capilla unas puertas pesadas de madera y vieron el famoso retablo de esmalte.

Después Javier y el cura navarro salieron al monte.

El lugar era magnífico. Hacia el Sur, hacia el lado de Navarra, se veían los pueblos de la Barranca y de la Burunda como desde un globo, esparcidos por un valle tras del cual se alzaba una sierra azulada de pesada silueta. Aquella sierra se iba complicando y cambiando de forma y se perdía en el horizonte dejando al descubierto las tierras llanas de Álava iluminadas por el sol.

Mirando hacia abajo, hacia la misma falda del Aralar, aparecían las casas y tejados de un pueblo, con sus huertas y prados. Los bosques se extendían por la pendiente oblicua del monte y ofrecían un color muy sombrío en los barrancos y un verde más claro en las praderas. Un camino iba reptando como una serpiente por entre las rocas y los peñascales desapareciendo entre los grupos de árboles y volviendo a aparecer después.

El cura navarro había llegado por Madoz, por donde, según él, el camino era más suave y menos fatigoso, las cuestas menos empinadas y los paisajes más reducidos, pero más agradables. Se pasaba por hermosos prados de una hierba fina de color verde. En aquellos prados, formando grupos como bosquetes de jardín, se alzaban grandes hayas de tronco derecho y copa magnífica.

El cura joven era entusiasta de la prehistoria y habló de que el monte Aralar debió de ser en otra época un monte sagrado de los vascos a juzgar por el número de dólmenes que en él se encuentran. Se refirió también a lo que podía significar la leyenda del dragón que apareció a don Teodosio de Goñi y la aparición del arcángel San Miguel. Sería quizá la lucha del día con la noche, del bien y del mal o quizá el combate de Perseo con una de las Gorgonas.

Javier quedó un tanto extrañado de que hasta en los curas prendiera la manía de las explicaciones naturalistas y simbólicas. ¿No era más sencillo pensar que se había tratado de don Teodosio, de un dragón y de un arcángel? De ponerse a dudar de esta tradición se podía dudar de todas.

Estuvieron los dos curas tendidos en la hierba contemplando el paisaje.

Por la tarde se preparó la vuelta; los jóvenes nacionalistas de Monleón entonaron sus canciones y se fue bajando del monte.

Cuando se supo la proclamación de la República en Madrid hubo una gran sorpresa en el pueblo. Todo el mundo pensaba que la Monarquía se defendería a cañonazos y a tiros y se decidió esperar. Los acontecimientos se precipitaban, el rey huía, las ciudades aceptaban el cambio de régimen. Entonces se proclamó el nuevo Gobierno desde el Ayuntamiento.

¿Qué iba a ser la República?

La estupefacción y la sorpresa impulsó a permanecer tranquilos a los conservadores; luego la quema de los conventos de Madrid los irritó y les hizo reaccionar.

Los socialistas y republicanos eran, según ellos, unos ladrones; había socialistas con catorce sueldos; republicanos, antes muertos de hambre, que vivían en palacios con criados de casaca y calzón corto.

Javier no se significó en nada.

Tanto hablar de derechas y de izquierdas, y de querer catalogar a todo el mundo en uno de los dos grupos, le iba fastidiando.

—Yo no soy ni de la derecha ni de la izquierda —aseguraba—. No tengo nada que ver con eso.

A la mayoría le parecía mal una afirmación semejante. Un cura tenía que estar en la derecha. Pero ¿no eran los cristianos partidarios de los pobres de dinero y de los pobres de espíritu?

En las elecciones, Javier no votó. El advenimiento de la República produjo una gran agitación obrera. Existía ya en Monleón una Casa del Pueblo perezosa y lánguida. Estaba instalada en un caserón antiguo solariego, de piedra, en una calle estrecha. Al inaugurarse el nuevo régimen, el centro obrero comenzó a hacerse más activo. Los directores eran aparejadores, algún otro maestro y algún médico. Había varias oficinas y una biblioteca.

Para atraer a la gente joven indiferente idearon los directivos construir un juego de pelota cerca de la Casa del Pueblo y lo terminaron rápidamente. Todos cotizaron y colaboraron en la empresa.

Llegaban por entonces con frecuencia oradores socialistas de Bilbao y de un pueblo industrial próximo. Al comienzo, los republicanos tibios que proclamaron la República y pusieron la bandera tricolor en el Ayuntamiento, no se mostraron muy activos. Consideraban, sin duda, que la República debía ser igual que la Monarquía, con la única diferencia de que en vez de haber un rey, debía haber un presidente al frente del Estado.

Al principio, los conservadores y los tradicionalistas se creyeron vencidos para

siempre. La quema de los conventos les animó. Cuando vino la supresión de los crucifijos en las escuelas, en el asilo y en el hospital y el derribo en el cementerio de la tapia que separaba los muertos católicos de los increyentes, y la supresión de las procesiones del Corpus y de Semana Santa por el camino de siempre, vieron que contaban todavía con la mayoría del pueblo, por lo menos de toda la gente pudiente y adinerada. Las disposiciones del Gobierno se realizaron a medias. Se dejaron durante algún tiempo en el cementerio las piedras de la tapia separadora de católicos y no católicos, se quedaron los crucifijos en algunos cuartos del hospital y del asilo y las procesiones cambiaron de itinerario. La afirmación absurda de que España ya no era católica produjo cólera y sorpresa.

El doctor Basterreche era de los directores de la Casa del Pueblo, si no el jefe de los socialistas, el inspirador. Por su influencia se daban mítines y conferencias, venía gente de fuera, se constituyó el Círculo Socialista y se decidió formar una biblioteca circulante.

Basterreche iba con frecuencia a ver a Javier y le explicaba sus proyectos; muchas veces al cura no le parecían completamente mal.

Basterreche hizo que el bibliotecario enviara libros a Javier, con la intención aparente de consultarle acerca de su lectura, pero principalmente con la idea de catequizarle.

Javier leyó las *Aventuras de Pickwick*, de Dickens; *Guerra y Paz*, de Tolstoi; *Los miserables*, de Víctor Hugo; la *Historia de la Revolución*, de Carlyle. Basterreche conocía a Javier y solía escoger bien las lecturas para él.

—Es un romántico, un idealista y se le conquistará y nos ayudará. No hay que comprometerle, pero conviene tenerle de nuestro lado.

El cura leía con gusto los libros. No veía que en general fueran contra el dogma.

Al principio, tales lecturas le hicieron algún efecto, sobre todo las frases apasionadas de Víctor Hugo; pero pronto notó que en todo ello había mucha retórica y mucho truco. El obispo monseñor Bienvenido, de *Los miserables*, era un obispo evangélico de melodrama, de los que dicen sus frases mirando al público. El obispo cambia su palacio por un pequeño hospital próximo y se va a vivir a este último. La administración francesa, un poco china y protocolar, no hubiera permitido tales fantasías individuales y cambios de domicilio arbitrarios. Los demás personajes de la novela, Mario, Javert, etc., le parecieron de cartón piedra.

Javier no encontraba del todo mal las tendencias de los socialistas. Éstos se reunían en la Casa del Pueblo y en el Círculo del partido y se esforzaban en influir en su gente y en inculcarles el gusto de la lectura.

Desde la huerta de Javier se oían las discusiones turbulentas de los afiliados, terminadas casi siempre por la Internacional, cantada a coro de una manera agresiva y con poco arte. Al cura, la canción, como música, le parecía vulgar y mediocre.

Como la Casa del Pueblo estaba próxima a la de Javier, muchas veces, fueron a visitarle obreros y a conversar con él. Alguno de ellos le decía con suficiencia pedantesca: «Usted es de los nuestros».

El odio de los obreros eran los accionistas de la fábrica.

Creían que perjudicaban a los trabajadores dando sueldos excesivos a altos empleados e ingenieros.

Según decían, muchos de estos técnicos y burócratas tenían sueldos de ocho o diez mil duros por no hacer nada y trataban a los obreros como señores feudales. Eran los aristócratas modernos.

En el pueblo, el socialismo tomaba un carácter de rivalidad con los accionistas por cuestiones económicas.

A uno de ellos se le reprochaba que había dicho: «A los obreros de Monleón no los mataremos con los fusiles, sino por el hambre».

Afirmaban también que aquel señor protegía a todos los clericales y dejaba sin trabajo a los socialistas. Muchos hombres inútiles tenían buenos sueldos y, en cambio, otros mejores no ganaban nada.

En las conversaciones que sostuvo Javier con los obreros vio que éstos tenían un espíritu injusto y agresivo.

Se quejaban de los patronos, los consideraban como mandones y déspotas. Según ellos, tenían un espíritu feudal. Creían que eran ellos los que daban graciosamente la ganancia.

Pero si esto era cierto, lo mismo les pasaba a los socialistas, que creían que ingenieros, directores, técnicos, eran siempre parásitos explotadores y que no hacían nada útil. Terminaban en la idea falsa de que el arquitecto no trabaja y el albañil sí.

Javier pensó un momento en influir para que el encono se dulcificara. La lucha del capital y del trabajo era allí una cuestión puramente teórica. El capital, en la mayoría de los casos, no era capital sólo, sino capital mixto de inteligencia y de espíritu de empresa. El trabajo no era siempre trabajo, porque muchas veces era una posición privilegiada entre los obreros.

Si se pudiera suprimir el intermediario sería una gran cosa —pensaba Javier—, porque el intermediario es el que gana, el que explota. ¿Pero, cómo se suprime el intermediario? No se ve la manera. Al revés, en un país comunista como Rusia, aumenta, y todos son agentes, delegados y comisarios. El problema podría quizá resolverse con tiempo, aunque no de una manera definitiva. Mientras tanto, ¿por qué tomar aquella actitud trágica y desesperada que tomaban los obreros? Los campesinos no vivían mejor. Había que ir evolucionando.

Los socialistas le oían y sonreían. Alguno le llegaba a decir:

—Sí; pero usted tiene una casa mejor que la mía y un piano.

—Así que si cambio de casa y el piano se desafina ya soy un proletario. Qué estupidez. Además que habrá unos que tengan la casa mejor que usted y otros peor.

—Nosotros queremos que todas las casas sean iguales.

El cura se encogió de hombros.

Javier quería convencerles de que su obra justiciera podían hacerla con un espíritu de amor más que de odio sin olvidar las máximas de Cristo. Los socialistas replicaban.

—En veinte siglos la religión no ha conseguido nada y por tanto hay que abandonarla.

Pronto comprendió Javier que no podría colaborar con los socialistas; tomaban una actitud exclusivista, anticlerical y anticristiana y rompió sus relaciones con ellos.

Se lo dijo a Basterreche.

—Sí —dijo éste—; nos desbordan los extremistas y no hay manera de sostenerlos en un término medio. Son muy brutos y más que nada por pedantería.

Como no era fácil en aquella ocasión conservarse completamente independiente, Javier se inclinó hacia los nacionalistas. Basterreche, antiguo simpatizador de estas ideas, se mostraba por entonces hostil.

—El credo de los nacionalistas «Nosotros para Euskadi y Euskadi para Dios» es pura teocracia. No hay en ello ninguna novedad. Es el Paraguay jesuítico. Estos nacionalistas tienen la pretensión, sin duda, de crear una cultura vasca original. ¿A base de qué? Porque si esta cultura tiene que ser a base de catolicismo y latinismo, no podrá ser muy original, no se diferenciará mucho de la cultura de los demás pueblos de España.

—Pero algo se puede hacer a base del vascuence —le dijo Javier.

—Nada. No se puede hacer nada —aseguró Basterreche—. Sólo un hombre de genio podría hacer algo. En un idioma donde no haya palabras autóctonas ni para Dios ni para el alma, ni para el espíritu, ni para el cielo, ni para el infierno, ni para el purgatorio, ni santos, ni Trinidad, ni castigo, ni religión, ni ángeles, es un absurdo querer sostener una tradición católica vasca. Todas las ideas generales que se puedan expresar en vascuence son traducciones y adaptaciones del latín. Es bastante característico que entre nosotros no haya palabras para expresar ideas religiosas ni tampoco para decir leyes, sociedad o rey, lo cual demuestra que nuestros antepasados han vivido en plena anarquía.

—¿Y a ti no te gustaría restaurar esa anarquía? —preguntó en tono de broma Javier.

—Eso sí. Si se pudiera sacar a flote todas nuestras creencias, nuestras supersticiones y nuestras costumbres, sería entonces nacionalista. Paganismo, individualismo y anarquía dentro del orden. Sería magnífico. Lo único que aceptaría como internacional sería la ciencia.

—En lo demás, cada uno en su rincón.

—Sí; yo creo que cada raza y cada subraza tiene su valor zoológico y espiritual, aunque éste no se conozca bien.

—Mejor se podrá decir no que tiene ese valor, sino que lo ha tenido.

—Sí, es verdad. Lo antipático es que en estas épocas de nacionalismo hay gran prurito de dar patentes y de hacer definiciones y purificaciones. El vasco tiene que ser católico, el vasco tiene que ser tradicionalista, el vasco ha de ser partidario de los procedimientos mecánicos nuevos y de la ideología política y religiosa vieja. Lo mismo se puede afirmar las tesis opuestas. No hay tradición unilateral en el país. No la hay en ninguno. Un vasco dentro de su tradición puede serlo todo: monárquico, absolutista, católico, librepensador, conservador, republicano, comunista, o anarquista. Si tiene este capricho y es pintor, puede ser hasta cubista. Nuestras secreciones internas, si poseen algún carácter específico, que es cosa dudosa, no nos exigen entregarnos a un dogma determinado ni afiliarnos a un partido especial. No,

seguramente; los vascongados no han venido al mundo con la hoz y el martillo, ni con los tres puntos masónicos grabados en el pecho, pero tampoco con el sagrado corazón de Jesús ni con la efigie de Don Carlos impresa en la epidermis. Podemos, pues, pertenecer a una fracción o a otra, a un partido o a su contrario con la misma dosis de vasquismo interior y exterior o no pertenecer a ninguno.

Javier, Basterreche y a veces Satur, la maestra, pasaban la tarde tocando el piano y cantando.

Basterreche tenía la preocupación de los orígenes de la música popular y hubiese querido apartar de ella todo lo exótico, lo influido por elementos extraños, y dejar sólo lo típico del país.

A veces decía haciendo un gesto:

—Este final es malo. Sabe a melodía de pacotilla.

En cambio, otras veces exclamaba:

—¡Qué bien está esto! Podría ser de Haydn.

Y se embebía en la música con fruición.

Por entonces comenzó entre los socialistas una campaña sobre una vieja cuestión del hospital. El dinero de una manda antigua había desaparecido desde hacía largo tiempo. ¿Qué había sido de él? Se ignoraba. Los socialistas querían aclarar el asunto más que nada por dar en la cabeza a los conservadores y a los clericales. Durante mucho tiempo los socialistas tuvieron con respecto a aquella cuestión una actitud discreta, pero después se ensoberbecieron y comenzaron a emplear palabras gruesas.

Los curas demostraron que no habían tomado parte alguna en la filtración de aquel dinero y durante largo tiempo ellos y los concejales socialistas vivieron en paz. En esto apareció un indiano con ínfulas de radical, pero que quería mandar sobre todo y por encima de todo. Era un tipo de americano del norte, con los dientes de oro, cara larga y gangoso en el hablar. Este hombre excitó por vanidad a los socialistas e inmediatamente se vio que se organizaban con energía los clericales bajo el manto del nacionalismo. Los nacionalistas abarcaban dos sectores importantes del pueblo: los accionistas de la fábrica y los ricos con algunos de sus empleados importantes y luego gente pobre que se consideraba desbancada por el elemento forastero.

Ésta se reunía en una taberna del pueblo viejo, la taberna de Pocholo.

Pocholo se pasaba el día borracho y al anochecer se acostaba. Su mujer, la Juana Mari, le dejaba hacer esta vida sin preocuparse de ello.

Los nacionalistas ricos fundaron un Círculo y después, imitando a los socialistas, decidieron construir un frontón al lado.

Entre los socialistas, que nunca se mostraron hasta entonces muy radicales en el pueblo, aparecieron varios obreros venidos de Asturias y de Santander; uno de ellos, a quien llamaban el Montañés, y el otro, el Estudiante, y dieron a las campañas obreras un aire agresivo.

El Estudiante, afiliado al partido comunista, era un antiguo estudiante de cura, cínico, aventurero y sobre todo anticlerical. Tenía la saña y la malevolencia y la pedantería del seminarista y del comunista. Se comprendía que buscaba principalmente un éxito. Javier en la calle le vio y le desagradó desde el primer día. Era pequeño, moreno, satisfecho, con el pelo rizado, sin nada en la cabeza, con una cara de garbanzo; andaba siempre con papeles y periódicos en la mano.

El otro, el Montañés, tipo cazarro y hábil, era de esos hombres que se hacen dueños de un pueblo. Fue nombrado por el partido para establecer una Cooperativa obrera.

Según se dijo al cabo del tiempo, en las cuentas de la Cooperativa no había ninguna claridad, pero aun así el Montañés siguió no sólo en la dirección, sino que le nombraron concejal. En el Ayuntamiento mandaba y hacía él casi todas las contrataciones.

Este Montañés estuvo a punto de que le nombraran diputado en las Cortes Constituyentes.

Con dinero propio o con dinero ajeno mandó construir una casa de muchos pisos y con muchas ventanas.

En el piso bajo un gran letrero decía: «Cooperativa Obrera»; a un lado y a otro de la puerta se levantaba una bomba de gasolina. La Cooperativa era al mismo tiempo taberna.

Al comenzar el mando del partido exaltado en las cuestiones obreras, el doctor Basterreche se fue zafando de los asuntos del partido socialista.

Muy a menudo el médico estaba fuera. Por lo que se supo después, hizo oposiciones en Bilbao a una plaza de médico de casa de socorro y a otra del hospital y las ganó las dos. Los amigos le felicitaron. Los socialistas comenzaron a hablar mal del médico, a quien atribuían una versatilidad grande en sus ideas. Los católicos y tradicionalistas ponían también al doctor por los suelos.

—Esta gente católica, ¡qué mala es! —decía Basterreche.

Antes de tomar posesión de su cargo el doctor iba a ir una temporada a Alemania a perfeccionarse en algunos puntos de su profesión.

A Javier le dijo que había roto sus relaciones con los socialistas.

—Son tan egoístas y tan bestias como los demás, pero son mucho más pedantes y tienen una idea ridícula de sí mismos. Creen en estas mixtificaciones del socialismo y de la democracia como los católicos en la Virgen.

—No te entiendo.

—Mi pensamiento será bueno o malo, pero no creo que tenga nada de oscuro ni de comprensión difícil. Yo pienso que la cultura científica y espiritual del mundo ni está terminada, ni está propagada. Tomarla como definitiva y pretender crear un sistema cerrado, dogmático e inmutable e imponerlo a los demás, es hacer en pequeño, en malo y en frío, lo que hicieron los cristianos en grande y en ardiente. Yo creo que no se debe cerrar nada, sino dejar todas las puertas abiertas al aire. En fin, no me parece que mi pensamiento sea tan oscuro y tan sibilino para que no se comprenda.

—Es decir, ¿que eres un oportunista?

—Eso es; un oportunista, o si se quiere mejor, un relativista. Los curas creéis que vuestro Santo Tomás ha definido todo: el tiempo, el espacio, la causa, Dios, los milagros. Los comunistas creen que Karl Marx ya ha dado la norma de la vida. Entre el buey silencioso de Sicilia y el judío barbudo de Treves está todo el saber humano. Eso es lo que no creemos nosotros.

—Eso es lo que se llama el agnosticismo.

—Sí, es posible. En las opiniones todo responde a un concepto inicial. Si se supone que la vida y la historia, como lo creen los socialistas y los judíos, está regida

por la economía se encuentra la economía en cualquier acontecimiento. Se puede defender que las reglas de las religiones no son más que principios económicos. La religión sería una economía basada en dogmas aparentemente no económicos. Si se quisiera se verían las máximas del decálogo como económicas. No hay ninguna sentencia en las religiones que preconice el despilfarro. Quizá la única sería la máxima cristiana por excelencia: «Ama a tu prójimo como a ti mismo». Éste sería el gran despilfarro; pero es un despilfarro tan raro que casi se puede decir que no se da. Si en vez de buscar la economía en la historia se busca la religión, el mito, el placer, se los encuentra también.

—Eso quiere decir que eres un escéptico.

—A medias nada más.

—Pero en esta cuestión práctica, inmediata, de los socialistas, que se creen explotados, ¿tú qué crees?

—Yo creo que no se puede vivir sin explotar y sin ser explotado. Es cosa imposible. En la vida hay que explotar o hay que ser explotado.

—No veo por qué.

—No hay manera de vivir sin hacer daño a alguien. Aun el asceta más asceta y el santo más santo, sólo viviendo hacen daño a alguien.

—¡Qué paradojas!

—Yo así lo veo. Para muchos, el explotado es un ser antipático; para otros, en cambio, es lo contrario. Para mí, en general, el pobre es un motivo de simpatía.

—Para mí también, pero confieso que no siempre.

—Pues para la generalidad no lo es. Cuando pienso en esta condición mía no creas tú que me elogio por completo. Si pensara: «este hombre es rico, es feliz, y por eso me es simpático», me despreciaría. Pensando: «es pobre, es desgraciado y por eso me es simpático», no me aprecio tampoco. Yo intento ver los dos lados de la cuestión. Ahora, estos socialistas son fanáticos y no quieren términos medios, sino soluciones a rajatabla o lo que ellos llaman soluciones. Son ergotistas, como si estuvieran educados en un Seminario, y tienen la superstición de una lógica primaria, como si eso valiera algo para la vida. De ahí esa ridícula creencia en la polémica, cuando la polémica no es nada.

—¿Tú crees que no?

—Nada. La polémica y la discusión pueden tener algún valor cuando se trata de dos personas que tienen los mismos principios, la misma técnica y el mismo objeto; pero cuando no hay comunidad ni en principios, ni en procedimiento, ni en fines, toda discusión es inútil. Cien años podrían estar discutiendo un cristiano, un budista y un mahometano y no llegarían a ponerse de acuerdo en nada.

—¿Así que abandonas al rebaño?

—No ha sido nunca rebaño mío. Pueden cornear contra las tablas de su pesebre.

—Antes no te veía muy de acuerdo con sus ideas, pero al menos tenías simpatía por ellos.

—Pues ahora no la tengo. Me molesta que no tengan espíritu de obreros ni de trabajadores. A uno de nuestros políticos importantes le reprochan el gastar botas y no zapatos. Le llaman el Botas. Es un reproche que le podían hacer lo mismo las cupletistas, las cocineras y los mozos de café. Estos obreros son como señoritos. Allá en Bilbao hay hortera que gana cincuenta duros al mes y compra zapatos de quince para lucirse en la calle del Correo y que le tomen por un marqués. Lo mismo pasa en Madrid y en Barcelona. En cambio, en Alemania y en Francia hay profesores ilustres que usan botas toscas de soldado, que compran a bajo precio en los bazares. Aquí eso es imposible, la gente es demasiado petulante. Yo conozco a los obreros y sé lo que son, todos muy finos: el uno no puede comer cocido, al otro no le gusta el café de casa, el de más allá manda despóticamente en la familia. Son archiburgueses. Si éstos tuvieran que vivir con una disciplina dura, se desesperarían.

Las variaciones de criterio de Basterreche le producían mucha sorpresa a Javier.

—Este sentimentalismo de las masas, que lleva envuelto un deseo de tiranía y de mando, es en esta época comunista el mismo que en la época cristiana —afirmó el doctor—. No se quieren superioridades, no ya exteriores, ni aun interiores. Hay una cierta delectación en la bajeza y en la animalidad comunes. Un hombre puede sentirse diferente a los otros, puede no querer contemplar las lacras de los demás ni mostrar las suyas. Esto no se acepta. Se quiere la promiscuidad más fea y más triste. Y es que el comunismo y el cristianismo tienen los dos la misma raíz judía y rencorosa.

—Pero eso que dices, pugna con tus deseos de claridad y de crítica —le dijo Javier.

—No. Yo encuentro muy justa y necesaria la tendencia de aclararlo todo, de ver en lo que es sin mentiras y sin disfraces; pero para la vida social me parece muy bien el evitar el alarde, la nota miserable y sucia. El que existan libros de medicina en que están catalogadas muchas porquerías del hombre y de la mujer no obliga a hacer exhibición de ellas. Al revés, hay que ocultarlas, y si se quiere, disimularlas con una sonrisa. En este sentido el siglo XVIII debía de ser perfecto.

—No te creía tan cortesano.

—Llámame como quieras. Yo soy un hombre que tiene un fondo de admiración por el sentido popular y demagógico y al mismo tiempo por la cultura de formas; no lo tengo, en cambio, por la tendencia democrática y republicana. Aunque parezca una paradoja, el pueblo español actual no tiene instinto popular como lo tuvo en la guerra de la Independencia y en la primera guerra carlista. El pueblo nuestro de hoy siente amor por los profesores, por los ateneístas. No tiene gracia. Creo que estamos intoxicados por el doctrinarismo y la pedantería.

—Pero eso solo no nos puede separar a nosotros de la masa.

—Yo creo que sí; no son las ideas lo que nos separa. A nosotros, ¿qué nos puede importar que desaparezca la propiedad? Nada. No la tenemos. Lo que no podemos aceptar es que cualquier pedante, porque se llame socialista o comunista, nos quiera mandar y tratarnos como a los conejos de Indias en los laboratorios.

—Así, que no son las ideas las que te alarman a ti, sino lo gente que las piensa poner en práctica.

—Ah, claro. Pensar que estas gentes tienen ese sentido de equidad y de justicia de que alardean, es una quimera. Son iguales que los demás españoles, con el mismo espíritu de vanidad y de chulería: «Ahora, que se quiten éstos para que entremos nosotros». No ven que detrás vienen otros más miserables que ellos. Muchos tienen ese espíritu de venganza disfrazado de sentimiento de justicia que les impulsa a desear el mal gratuito a sus enemigos. Practicarían con gusto lo que los realistas españoles y católicos del año 1823 llamaban la persecución por amor.

Basterreche suponía posible, si llegaba a dominar una tendencia comunista, una era de persecuciones parecida a la que las hordas cristianas practicaron inmediatamente que tuvieron fuerza, destruyendo las maravillas del paganismo y asesinando a Hypatia.

El cambio de Gobierno produjo en la gente un cierto trastorno en ideas y en costumbres. Javier pudo notarlo, sobre todo en el confesonario. Una vez, una muchacha, sobrina de Domingo el hortelano, fue a confesarse con él. Había estado de criada en una fonda del pueblo y se marchó de ella por la avaricia de sus padres; la chica se escapó a San Sebastián.

Estaba allí con una familia bien tratada, y considerada; los padres no la dejaban en paz, intentaban constantemente sacarle dinero. Un día la hermana, también sirvienta, se le presentó en la casa y le dijo:

—Estamos haciendo el tonto. Yo sé un sitio donde podríamos ir y donde nos vestirían y darían de comer y viviríamos hechas unas princesas.

—Pues vamos.

Fueron las dos muchachas a una casa de trato, las explotó una mujer y a los tres meses esta muchacha quedó embarazada.

La dueña, que a pesar de su negocio sucio era mujer de buen corazón, la tuvo en su casa, y para dar a luz marchó a la Maternidad. Tuvo un mal parto y después fiebres. Al curarse, a la chica se le desarrolló un gran sentido maternal; quiso saber el nombre de su hijo y verlo, cosa prohibida en aquel establecimiento. Sufrió mucho, y cuando pudo enterarse, su hijo había muerto. Entonces volvió al pueblo y estaba trabajando en el caserío de sus padres.

La muchacha contó en el confesonario esta lamentable historia a medias en vascuence y en castellano, confundiendo, tartamudeando y suspirando.

Cuando terminó, Javier le dio la absolución porque vio en ella más inconsciencia e ignorancia que vicio.

La muchacha, al oírlo, comenzó a llorar.

—Vete a casa —le dijo Javier—. Estás perdonada.

Ella se levantó, se echó la mantilla por encima de la cara y salió corriendo.

Las pasiones se hallaban exaltadas en el pueblo.

Don Juan, su penitente rico, dio un gran escándalo con un muchacho: estuvo a punto de ser denunciado y pudo liquidar el asunto dando dinero. Se dedicaba, por entonces, a ir en las procesiones y en los viáticos con un cirio en la mano y a mirar provocativamente a todo el mundo.

El otro señor viejo, don León, a quien se le tenía por un fatuo, seguía arruinándose con su corista.

Basterreche conoció a ésta en Bilbao y la habló.

Ella despreciaba profundamente al viejo don León y le odiaba, así como a su mujer y a sus hijas, a quienes no conocía. La muchacha había andado con aquel señor

a puntapiés y le parecía un viejo repugnante y un cerdo.

—Yo me iré con el que me dé más —le dijo al doctor—, aunque, naturalmente, me gustan más los jóvenes que los viejos, pero todavía le tengo que dar muchos disgustos a ese tío asqueroso e hipócrita.

Otro de los escándalos del pueblo lo dio un hombre todavía joven, casado con una mujer amable, más vieja que él. Este señor, forastero, llamado por algunos Fernandito y por otros don Fernando, se lanzó a tener una querida en la capital y luego comenzó a escribir sus amores en un diario. La querida no era tampoco una mujer joven ni mucho menos, sino ya vieja y corrida. La mujer legítima encontró aquel diario y lo leyó, y se enfureció y pidió la separación.

Los maliciosos sospechaban si Fernandito o don Fernando habría dejado a propósito el diario para que lo sorprendieran. Por si acaso, el marido esperó a que su mujer heredara y que a él le tocara la mitad de los bienes gananciales.

Había también en el pueblo jovencitos de la burguesía que se revelaban como pequeños superhombres, despreciaban a la familia, se burlaban de sus padres, querían tratar a las chicas como a terreno conquistado y se las echaban de comunistas.

Esta gente moza quería creer que en Rusia se había inventado un nuevo mundo; y que todos los lugares comunes revolucionarios viejos eran descubrimientos. La tropa de judíos mesiánicos, gesticulantes como monos, de que se tenía noticia, les parecía lo más exquisito de la humanidad.

Entre la clase obrera existía un tipo parecido, el joven insolente que le gustaba llamar la atención por alguna impertinencia o alguna estupidez. A éste le empezaban a llamar por todo el Norte gamberro.

Tanto un tipo como el otro llegaban a tener simpatías en el ambiente.

Había forasteros que hablaban, medio en serio, medio en broma, del reparto de mujeres, porque esta idea musulmana y semítica de la mujer como un animal que se puede repartir existe aún entre los españoles, sobre todo entre los del Mediodía.

Se daban también algunas muchachas de las que, según la frase puesta en uso hace treinta años, querían vivir su vida. Esto, en general, traducido al lenguaje corriente, quiere decir: «Que me dejen a mí vivir como me gusta y que los demás no sólo no se opongan, sino que me ayuden a que yo pueda hacer lo que me dé la gana».

Javier estaba asombrado.

—¿Estos pueblos habrán sido siempre así? —se preguntaba.

Por todas partes brotaban las intrigas, la avaricia, la usura, la lubricidad y la falta de sentido social.

Javier decidió aislarse, volver a su vida solitaria y romper toda clase de relaciones con la gente y también con nacionalistas y socialistas.

Llevaba algún tiempo de muchacha en la casa la Eustaqui, la *neskatilla* del caserío de Martín Shagua.

Al principio la dedicaban sólo a los recados y atendía un poco a la cocina; después se reveló como una buena cocinera, y ella hacía la comida, aunque con la alta dirección de la tía Paula.

Domingo le cantaba:

Nere maite polita

Nola zera bizi?

Zortzi egun honetan

Ez zaitut ikusi.

(Mi bonita querida, ¿cómo vives? En estos ocho días últimos no te he visto.)

La chica se reía.

La Eustaqui adivinaba los deseos del cura. Le llevaba las zapatillas cuando venía. A veces le quitó los zapatos cuando llegó muy cansado y mojado; pero Javier no quería estos servicios, porque le parecía que la rebajaba con eso.

Le preocupaba mucho la Eustaqui. Hablaba con ella con demasiada delectación. En su cabeza se iba formando una imagen confusa en que se mezclaban Mary la irlandesa y la Eustaqui como si fueran la misma persona.

La llegada de Pepita al pueblo alegró mucho la casa de Javier. Pepita entraba y salía, tenía muchas amistades y en todas partes la acogían con gusto.

El doctor Basterreche las llevaba a ella y alguna amiga en su automóvil a los pueblos de alrededor. Pepita se encontraba muy a su placer; tenía amistades con las muchachas principales de Monleón. Se la consideraba guapa, elegante y más que nada simpática.

Pepita mostraba siempre mucho cariño por Javier. Le había mimado a ella cuando era niña; tenía por él un afecto mixto, como de hija por un padre joven.

En las enfermedades de su infancia siempre había encontrado en la cabecera de la cama a su hermano Javier, que le sonreía y le cogía en brazos.

Quizá influyó también en su cariño el espíritu de contradicción, el que su madre le hubiese querido apartar de Javier. Pepita tenía mucha claridad de juicio, muy buen sentido y cierta intuición para juzgar a las personas.

Pepita y la Eustaqui hablaban con mucha frecuencia de Javier y se comunicaban su respectivo entusiasmo.

La entrada de Pepita en la casa fue un rayo de sol en una habitación mustia y triste, alegró a su hermano y a su tía, aunque ésta siempre guardaba la sospecha de

que Pepita no correspondía a su cariño.

Algunas amigas de Pepita coqueteaban con Javier, quien no tomaba en serio sus coqueteos. El cura seguía trabajando, tocando a Bach y a Haydn en el piano y cuidando de su huerta. Se mostraba un poco preocupado y sombrío.

Una de las cosas inadvertidas y no comentadas en el pueblo fue que el doctor Basterreche consiguió el divorcio en Bilbao. Como el médico se encontraba en aquella época en una situación de dimitido, nadie hizo mucho caso de él.

No se supo tampoco que Pepita y el doctor Basterreche tuvieran amores, y sólo meses después estos amores se dieron a conocer.

En esta época, Javier pronunció un sermón que se consideró un tanto bizcaitarra.

Aseguró que las personas de arraigo del país debían influir en la vida del pueblo. El hombre del caserío, al salir de su rincón, adquiría todos los defectos del ciudadano y ninguna de sus cualidades. Por otra parte, el obrero venido de fuera, el forastero, se mostraba casi siempre extremista, insolente y desvergonzado. Era necesario que las personas del país que tuvieran preocupación por él reaccionaran contra estas malas tendencias que si triunfaban iban a contribuir a corromper las costumbres y a dar a los campesinos una ideología agresiva y odiosa.

Se dijo que el sermón había disgustado.

—¿Por qué le ha parecido mal mi discurso al obispo? —preguntó al párroco.

—Le han dicho que una de las citas del Evangelio no era exacta y que debía haberla dicho en latín y no traducirla al vascuence.

El párroco después añadió:

—El secretario del obispo ha escrito que el Papa ha indicado al Nuncio los muchos males e inconvenientes que tiene para la Iglesia el que los sacerdotes intervengan en la política nacionalista, y a usted se le tilda de esto.

Javier contestó que no era cierto.

—Yo no soy más que vasco.

Afirmó después que si esto era algo penable y anticatólico, que lo declararan francamente, sin andarse con oscuridades.

No comprendía por qué un castellano, un andaluz o un aragonés podían manifestar su amor por su país y por las costumbres de su región y un vasco no.

En las elecciones la pedantería socialista se intensificó y fue en aumento. Se empleaban los tópicos clásicos de la secta. Todo el que no era socialista estaba vendido. Se hablaba del revolucionario Jesús. Se decían una porción de tonterías y de lugares comunes con éxito. Durante el verano sorprendió a Javier la carnavalada de los Municipios vascos, al parecer dirigida por los políticos de Madrid y de Barcelona. Pensó si habría algo de serio en esto o si no pasaría de ser aparato escénico. Se hablaba mucho de política entre conservadores y socialistas. A Javier le habían ido aislando los unos y los otros. Pasaba los días bastante solo, en casa, trabajando en la huerta y paseándose por ella de noche, a la luz de la luna.

Pepita estaba de vuelta en San Sebastián.

Un día de otoño por la mañana, al despertarse, supo Javier que había movimiento subversivo en el pueblo.

—¿Qué ocurre? —preguntó a un vecino de la huerta próxima.

—Dicen que hay revolución.

—¿En dónde?

—Aquí.

—¿Quiénes se han sublevado?

—Los de la Casa del Pueblo.

—¡Bah! Eso no será gran cosa.

La algarada duró desde las cuatro o cinco de la mañana hasta las ocho de la noche.

Unos pocos de los dirigentes sabían que en otros pueblos de España se preparaba la revolución. Éstos, la noche anterior, siguieron a las parejas de la Guardia civil que se retiraban, las vieron entrar en el cuartel y entonces llamaron a los afiliados y, reunidos en gran número en la Casa del Pueblo, comenzaron a recoger armas y a dar órdenes. Los miqueletes no ofrecieron resistencia alguna a los designios de los sublevados. Lo mismo hubieran hecho si se hubiese tratado de carlistas.

Cuando se les reprochó esto, contestó uno de ellos:

—¿Qué íbamos a *haser*, pues? Amigos eran. Con ellos jugábamos a la brisca y así.

Su explicación era, quizá, bastante más seria y humana que la de los que hablaban de la revolución social o de la defensa de la autoridad. De la fuerza pública, los únicos que resistieron a las intimidaciones de los sublevados fue la Guardia civil. La gente se asustó, dejó hacer, y los directores del movimiento consideraron que debían detener como rehenes a los conservadores y a la gente directiva de las fábricas.

Llevaron a los rehenes a la Casa del Pueblo y al frontón próximo. Su idea era

impedirles que influyeran en los obreros.

Algunos insurrectos consideraban mejor llevar a los rehenes presos a un pueblo cercano sublevado, a quien consideraban más revolucionario y más decidido.

En la Casa del Pueblo, abajo, había una especie de taberna; arriba, el sitio de las reuniones. Del portal subía una escalera y ésta tenía comunicación con el juego de pelota. Al parecer, en la secretaría de la Casa estaban detenidos por la mañana los principales accionistas e ingenieros y en el frontón los empleados de menos importancia. Los directores del movimiento eran socialistas, algunos vascos, otros forasteros. A uno de los vascos, hombre complaciente, le dijeron:

—Oye, se va a celebrar un entierro religioso por la mañana, y quieren permiso para ello.

—Que lo hagan; pueden ir también los hombres que suelen llevar los ataúdes hasta el cementerio.

También le advirtieron:

—Las monjas de uno de los conventos piden pan para desayunar.

—Bueno, que se les lleve.

El ingeniero de uno de los talleres aseguró que no se podían apagar los hornos de presión, porque esto obligaría a suspender el trabajo durante mucho tiempo, y entonces el jefe vasco ordenó a los obreros que vigilaran aquellos hornos.

Un comerciante de San Sebastián llegó al pueblo en automóvil en el momento álgido del movimiento revolucionario. Le detuvieron, le quitaron el automóvil y el dinero.

—¡Pero yo tengo que almorzar! —dijo él.

—Bueno, vaya usted a ese restaurante de la entrada del pueblo y que le den de comer.

Después de comer, naturalmente sin pagar, porque estaban en pleno comunismo y se había abolido el dinero, el comerciante se presentó ante los jefes revolucionarios y les dijo que si se lo permitían tenía que seguir su camino.

—Está bien —le dijeron los revolucionarios—; puede usted seguir, y como es posible que en alguna parte no hayan proclamado aún el comunismo, tome usted su dinero, que quizá todavía le pueda servir.

Javier, al tener noticias de lo ocurrido, pasó unas horas de gran inquietud. No dejaban salir a la calle. Sabían que en la Casa del Pueblo y en el juego de pelota contiguo a ella estaban presos muchos de los hombres principales de Monleón. Se oían a lo lejos algunos tiros. No se veía un alma por ningún lado.

Domingo, el hortelano, pretendió pasar por las huertas, acercarse al frontón de la Casa de Pueblo y husmear allí; pero uno de los obreros que vigilaba le dijo que se marchara porque si no dispararía contra él.

En la casa de al lado, donde vivía Domingo, había un aparato de radio. Javier le

indicó que lo pusiera en marcha y se pudieron enterar de lo ocurrido en varias partes y de que se daba como dominada la revolución en España.

A media tarde la Maintoni llegó y dijo:

—Se asegura que viene la tropa.

—¿Y qué van a hacer los revolucionarios con las personas encerradas en el frontón y en la Casa del Pueblo? Van a hacer algún disparate.

Javier se encontraba preocupado, cuando Domingo le llamó. Desde la huerta se advertía gran barullo en el frontón y al cabo de poco tiempo se oyeron varios tiros.

Al parecer, los socialistas, según unos, habían querido salvar a los rehenes, sobre todo a tres de los principales, y el jefe vasco les había dicho:

—Salgan ustedes por ahí, crucen la huerta, pasen por encima de esta cerca a la otra orilla del río, se meten en el monte y se escapan.

Los tres rehenes habían seguido el consejo, y al verles salir, uno de los socialistas forasteros dijo:

—¿Se van a salvar esos canallas? ¡Atrás! —y disparó la pistola, y dispararon diez o doce al mismo tiempo, dejando a dos muertos y a uno mal herido.

Era algo como las brutalidades del tiempo de los banderizos.

Después de este tiroteo vino un momento de silencio.

Al hacerse de noche, entraba la tropa que venía del lado de Vitoria. Un sargento con varios soldados llamaron en casa de Javier y pasaron a la huerta, atropellándolo todo y dispararon sin saber para qué. Javier protestó.

Al día siguiente quemaron la biblioteca de la Casa del Pueblo en el campo próximo.

Domingo se presentó a media noche a dar noticias a Javier. Según él, si llega a estar en el pueblo el doctor Basterreche las cosas hubieran ocurrido de muy diferente manera. Contó que una hora antes paró él a un auto que venía de Vitoria. «¿Pasa algo allí?», preguntó. «Allí no pasa nada».

Luego vio un camión de San Sebastián, volvió a hacer idéntica pregunta a los conductores y le contestaron lo mismo. Allí no ocurría nada.

Por la noche hubo tiroteo y, según dijeron, mataron a un obrero y los paisanos hirieron a varios soldados en las piernas.

La revolución quedó vencida rápida y fácilmente. Los obreros se entregaron; el pueblo, asustado, no quiso salir de casa, y los cincuenta soldados, unidos a la Guardia Civil, restablecieron el orden.

Respecto al atentado cometido cerca de la Casa del Pueblo, Domingo creía que el jefe vasco, con intención de salvarlos, les había sacado a los rehenes por la huerta; pero otros pensaban lo contrario, que los habían dirigido por allí para matarlos.

A todos los jefes revolucionarios les llevaron a un fuerte de la frontera.

Mucha gente de la buena sociedad lamentó, sobre todo, la muerte de uno de los

ingenieros, que tenía grandes simpatías en Monleón.

—¡Ahí está, pues! —decían las viejas—. ¡Ese pobre lo tenía que pagar!

Al fracasar el movimiento revolucionario se hizo mayor el contacto entre los conservadores y tradicionalistas. Al ver la indiferencia de Javier, mucha gente comenzó a mirarle como a un enemigo. Se acentuó la enemistad al conocerse la noticia de que su hermana Pepita se había casado por lo civil en Bilbao con el doctor Basterreche y que la pareja de recién casados marchaba a pasar la luna de miel a Berlín.

Toda la gente clerical se conmovió y se escandalizó con la noticia de la boda.

Los curas y las beatas comenzaron a odiar a Javier, sobre todo por el matrimonio civil de su hermana con un hombre divorciado. Se decía que había tenido amistades y relaciones con los socialistas y que había protestado de la entrada de la tropa en su casa. Los curas, sobre todo, le manifestaron gran desprecio.

Don Mariano, en la sacristía, tuvo con él una conversación, que estuvo a punto de degenerar en riña. Le reprochó primero su amistad con los socialistas de la Casa del Pueblo; luego le acusó de haber hecho, con relación al dinero del hospital, causa contra la Iglesia.

—¡No es cierto! —dijo Javier—. Yo no hice más que asegurar que se debía aclarar dónde estaba ese dinero.

—¿Para que fuera a manos de los revolucionarios?

—No; para que fuera a manos de los asilados.

—Eso es trabajar contra la Iglesia.

Don Mariano y Javier se manifestaron mutuamente el fondo de odio y de desprecio que sentían el uno por el otro.

Javier tenía algunos amigos y defensores, no muchos, entre ellos doña Andrea.

Le dijeron que se estaban enviando denuncias al obispo contra él. No sería raro que le llegara alguna reprimenda o la destitución. No iba a poder vivir allí. Tendría que marcharse.

Su padre le escribió a Javier diciéndole que no contara para nada con él; tanto él como su hermana habían deshonorado a la familia. Sin duda, en San Sebastián se contaba una porción de embustes y se le pintaba como un cura anarquista.

A la carta contestó Javier con una violencia y un desprecio que no había empleado nunca.

Entonces su padre, por mediación de su administrador, le envió una libranza por la que le entregaba la herencia que le correspondía de la madre, unos tres mil duros, y le advertía que ya quedaban rotas para siempre sus relaciones.

Unos días después, para que todo saliera mal, vino la Eustaqui de la huerta sin poder tenerse y con la cabeza llena de sangre.

—¿Pero qué te ha pasado?

La chica no podía explicarse y le llevaron a la cama, llamaron al médico, éste la reconoció y encontró que tenía una contusión en la cabeza, en la región temporal. Sin duda, le habían tirado un pedrusco que le había dado encima de la sien. Esta barbaridad indignó a Javier y a la tía Paula. La Eustaqui estuvo muy grave; pero pasados unos días se repuso y se fue al caserío.

Los clericales aseguraron que era Javier el que había golpeado a la Eustaqui. Javier se confesó con don Martín y le contó sus asuntos. Don Martín no creía que tenía necesidad de dejar el pueblo; pero don Martín estaba siempre en las nubes y no veía las intrigas que se iban urdiendo contra su compañero. Javier decidió marcharse en seguida de Monleón. Más tarde recogería los muebles.

Unos días después, en la pequeña estación del tren, se reunieron la tía Paula y Javier y fueron a Vitoria. Javier quiso enterarse de lo que se decía de él.

Se habían recibido en el obispado malos informes de su conducta. Seguramente serían del párroco o de don Mariano. Por lo que parecía, constaba todo: sus amistades con el doctor Basterreche y los socialistas, los paseos con la señorita irlandesa, el haber protestado por la entrada de los soldados en su casa.

Javier fue a contar sus cuitas a uno de los profesores del Seminario, que siempre había sido amigo suyo.

El profesor le dijo, después de recomendarle mucha calma y resignación:

—Hay que comprender que en estos momentos difíciles necesitamos que todo el clero obre con unidad de miras; si cada cura de pueblo quiere tener una opinión particular, estamos perdidos, en pleno presbiterianismo. No hay más remedio que someterse. En los periódicos se hablaba de que se habían cometido en Asturias grandes crueldades por los mineros sublevados, entre otras, unos fusilamientos en Turón dignos del tiempo de Cabrera, en los cuales se revelaba un carácter sañudo que daba una triste idea de la raza.

Javier marchó a San Sebastián a esperar la decisión del obispo.

—Lo peor es —pensaba— que he perdido la tranquilidad y siento la cólera por la injusticia; no sé si podré dominarla.

Le había faltado la sindéresis, el saber vivir. En el pueblo todos habían resuelto su problema, menos unos cuantos desgraciados que estaban en la cárcel. Peor que ellos se encontraban aún sus familias en la miseria. Poco después se dijo que algunos cabecillas de la asonada de Monleón se habían escapado del fuerte de la frontera para meterse en Francia. Las personas pudientes del pueblo, no sólo no lo sentían, sino que se alegraban. Seguramente, pensaban: Así no tenemos enemigos.

Cada uno había visto su vida y su egoísmo: los obreros, sus venganzas; los directores socialistas del movimiento, la posibilidad de su carrera; Basterreche y Pepita habían resuelto su cuestión de amor.

Las mujeres de los obreros y Javier, sin pretender nada, habían sido sacrificadas.

En San Sebastián se le reprochaba haber defendido el nacionalismo, tener amistades con agitadores revolucionarios, enemigos de la Iglesia; el turbar con sus sermones la fe de los fieles y el no tener celo en la confesión. También se le acusaba entre los curas de jansenista.

Estas falsedades le indignaban. ¡Piedad, caridad, mentira, engaños que han dejado los fuertes a los débiles para ilusionarlos! No pensaba ya recomendar a nadie la sumisión ni la caridad. Javier estuvo enfermo dos semanas con fiebre alta, y la fiebre

le debilitó, y al convalecer se encontró con que se sentía disgustado y de mal humor.

No tenía espíritu evangélico ni ambición. ¿Por qué había querido ser cura? No lo comprendía. Sospechaba que se había engañado y perdido la juventud.

Comenzaba a discurrir sobre muchas materias en forma que antes no le había venido jamás a la imaginación.

—Sin duda, mi desarrollo intelectual ha sido lento y penoso —se decía—. ¿Cómo no se me ha ocurrido meditar un poco reposadamente sobre tanta cuestión trascendental que ahora me asalta? Yo no he tenido nunca dudas..., y ahora...

La mayoría de las veces podía soslayar y acabar con sus preocupaciones; pero otras se le atragantaban y se le convertían en ideas fijas.

—Así empezaron los herejes —pensaba.

Con la idea de acabar con sus lucubraciones íntimas se dedicaba a la oración y después a la música. No siempre salía triunfante. También para buscar inspiración cristiana leía la vida de los santos. La de los sabios y teólogos San Pablo, San Agustín, San Jerónimo, Santo Tomás no le conmovían. La de los organizadores y luchadores, como Santo Domingo de Guzmán y San Ignacio, no eran para producirle admiración ni entusiasmo. Le parecían políticos más que otra cosa.

Los santos populares y prestidigitadores, como San Antonio de Padua, que hacían milagros como quien hace buñuelos, no eran tampoco de su cuerda.

Le quedaba San Francisco de Asís. ¿Pero éste era realmente un católico? ¿Era un cristiano? ¿O era más bien un asceta místico que podía ser de cualquier religión de Asia o de Europa?

Si hubiera podido esquivar todas las cuestiones y no leer nada lo hubiera hecho, porque la lectura, en vez de calmarle, exaltaba su espíritu y le provocaba más contradicciones.

A veces tenía la idea de marcharse al pueblo de su madre, en el Goyerri, y vivir en el caserío. ¿Pero se acostumbraría? Luego pensaba que no. Había que desconfiar de estos proyectos que se presentaban de pronto en la imaginación como soluciones para todo. Durante algún tiempo estuvo muy melancólico. Un compañero de un pueblo próximo le decía:

—A ti se te puede decir como en el Evangelio: *Spiritus quidem promptus est caro autem infirma.*

—No, a mí me pasa lo contrario. El cuerpo está ya sano, pero el espíritu no.

Al cabo de algunos meses, Pepita le escribió desde Berlín, pidiéndole perdón por lo que había hecho y diciéndole que pronto volvería a España para abrazarle.

Javier le contestó lacónicamente e hizo que la tía Paula le escribiera con extensión.

A vuelta de correo contestó Pepita desde Berlín hablando de su vida.

Al mediar el otoño Javier fue un día a Monleón a recoger sus muebles. Se entendió con Domingo el hortelano para que los cargasen en una camioneta y los llevaran a un guardamuebles de San Sebastián.

—Habrás que marcharse de aquí —dijo Domingo—. Esto está mal.

—¿Y a dónde vas a ir? —le preguntó Javier.

—¡Yo! Donde se *dean* mejor las habichuelas.

—Pero, ¿no sabes a qué pueblo?

—No, todavía no. Donde se *dean* mejor las habichuelas.

De aquí no se le sacaba a Domingo. Aquella fórmula le parecía sin duda la más rotunda y expresiva.

El último paseo de Javier por la huerta de su casa le produjo una gran melancolía.

Habían arrancado las madreselvas plantadas por él cerca de las tapias; habían cortado el sauce que daba al río y podado los dos lilos, dejándolos como dos troncos sin ramas. Las manzanas y las peras caídas en la hierba se pudrían allí.

Hacía unos años, para la tía Paula y para él hubiera sido un acontecimiento digno de ser contado el ver un fruto no recogido; ahora estaban abandonados sobre la tierra.

Se marchó de allí con una impresión muy melancólica.

Se despidió silenciosamente de la casa, del comedor con su chimenea y su ventana de guillotina, de su despacho, de la alcoba, del desván y de la cueva; después se despidió de la huerta, del sauce cortado de raíz y de los lilos, con sus ramas como muñones.

Todo el invierno lo pasó Javier en San Sebastián sombrío y triste. A veces veía a su padre; pero desviaba su camino y se marchaba por otro lado para no encontrarse con él.

Le iba tomando odio. Sentía un profundo desprecio por su manera de ser.

Algunos días fueron para él lamentables, como el de Navidad. En la casa no había nadie. Sus dos tías se habían marchado. Él anduvo paseando de aquí para allá entre la lluvia. Al anochecer, las calles de la ciudad estaban desiertas. Algunos jóvenes llevaban un muñeco en andas, un viejo con la pipa en la boca, representación del solsticio de invierno, Olentzero, y le cantaban canciones.

Tardó mucho en resolverse el asunto de Javier en el obispado de Vitoria. En la primavera tuvo noticias de él. Le trasladaban a un pueblo mísero de Álava. Su tía le decía:

—Si no te conviene o no te gusta, no vayas.

A él le quedaba un fondo de sumisión y decidió ir.

—Si tú quieres, puedes quedarte en San Sebastián —indicó Javier.

Ella hizo un gesto de negación y de extrañeza, como si no valiera la pena de contestar a tal propuesta. Era como la hiedra, que se une y abraza a un tronco hasta la muerte.

La tía Paula dijo:

—Lo que podemos hacer es sacar mi dinero, que está en un Banco, y con él podemos instalarnos un poco decorosamente, porque, al parecer, en el pueblo el sueldo es muy pequeño y el estipendio también.

—No, no hay necesidad. Yo tengo algún dinero.

Tía y sobrino marcharon a Vitoria en tiempo de Cuaresma.

Por entonces la Eustaqui les escribió una carta diciéndoles que quería ir con ellos. La tía Paula lo deseaba, pero Javier tenía un poco de miedo de tener cerca a una muchacha así, y contestó que no.

Tía y sobrino pensaban pasar una temporada corta en Vitoria y ver la aldea adonde le destinaban.

—Vamos a ver el pueblo —decía la tía Paula—, porque si es muy malo no vas.

—Lo veremos primero —contestó Javier.

Marcharon los, dos a un hotel nuevo de Vitoria, donde pensaron pasar la Semana Santa.

Javier se paseó por las calles desiertas del pueblo viejo; corría un aire frío. Recordó sus tiempos. Visitó el Seminario de Aguirre, convertido en una escuela, y el Seminario Conciliar, que servía de cuartel a los guardias de asalto. Javier se paraba en los escaparates de la calle de la Correría y de la Cuchillería y recordaba cuáles eran las tiendas nuevas desde su época. Se detenía un momento a ver desde la puerta el taller de un tornero o de un zapatero de viejo.

El domingo de Ramos pensaron ir a la bendición de las palmas en la Catedral.

Javier estaba en la cama cuando oyó el silbo y el tamboril.

—¡Qué bonito! —pensó. Luego resonó el himno de Riego con mucho brío, y supuso, entre sueños, si habría pasado algo revolucionario. No había pasado nada.

Marcharon a la Catedral. La tía Paula entró en seguida. Javier se detuvo en la plaza y estuvo leyendo algunos letreros de las paredes de la iglesia. Uno de ellos decía:

*Dice Dios: «Quien de los suyos no cuida,
niega la fe, y es peor
que un gentil sin ley ni Dios».*

Entró Javier en el ancho atrio. En la puerta se veían pegados algunos papeles blancos, y entre ellos la circular sobre la modestia en los vestidos, del obispo. Javier recordó a Basterreche; luego pasó al interior de la Catedral.

El obispo estaba sentado en su trono. Se hicieron diferentes ceremonias; le pusieron y le quitaron la mitra a cada paso; después bendijo las palmas, reunidas y

amontonadas sobre una mesa. Comenzaron los curas a acercarse al prelado con la palma en la mano, se arrodillaban y le besaban el anillo. Entre los curas, cuatro concejales fervientes iban como antes, en tiempo de la Monarquía, a la ceremonia. Luego se formó una procesión alrededor de la iglesia, con el obispo; los curas llevando todos una palma rizada salieron al atrio por una puerta y entraron por otra, que cerraron.

A Javier le asaltaban ideas racionalistas, y poco místicas; pensaba: «¿Qué relación puede haber entre todo esto y el espíritu del cristianismo»? Pensó que aquellas ceremonias no debían diferenciarse mucho de las del Gran Lama.

Seguramente un maestro del Seminario hubiera dicho que existía una relación estrecha, muy estrecha, entre las máximas cristianas y aquellos pasos ceremoniosos; pero él, en aquel momento, no la veía.

Cuando ya pasaron las fiestas, una mañana Javier marchó al palacio del obispo; tenía que presentarse a él. Este palacio, con una fachada nueva del año 1887, había sido, según decían, la residencia de los marqueses de Monte Hermoso, donde había vivido aquella señora de Echauz que había sido una de las queridas de José Bonaparte.

Javier se presentó al secretario del obispo quien le dijo que volviera dos días después. Así lo hizo, y apareció el día señalado en el palacio. Subió las escaleras y se presentó al prelado cuando le tocó el turno.

Su Ilustrísima, de perfil aguileño, estaba grueso, un poco calvo; había perdido su antigua prestancia; sus explicaciones no eran muy fáciles ni sus ademanes tampoco. No tenía elegancia mundana ni tampoco aspecto de fervor evangélico. Al ver a Javier, le hizo una advertencia fría. Sus frases podían haber sido de un gobernador civil o de un comandante de carabineros. Javier no hizo la menor objeción ni dio explicaciones. Sabía que no tendría ningún éxito. Escuchó en silencio, sin protestar, y cuando se lo indicaron se retiró.

Al despedirse, el obispo le presentó el anillo, y Javier se arrodilló y lo besó.

El mandato del superior es siempre bueno, aunque a primera vista parezca injusto y hasta inmoral. Esto se dice en los seminarios y en los colegios de jesuitas.

Por la tarde paseó por la Florida, y de noche estuvo en la ventana con el corazón agitado, pensando qué sería de él. Enfrente todavía se veía luz en un mirador; un jardín mostraba sus árboles adornados de flores; pasaba algún transeúnte muy de tarde en tarde y se oía un reloj lejano. La noche estaba muy estrellada, y Javier, al ver la Vía Láctea y la Osa Mayor que se dibujaba por encima del tejado, sentía ganas de llorar.

Entonces le vinieron a la boca las palabras de fray Luis de León, en la traducción del salmo *De Profundis*:

*Yo, Señor, en ti espero,
y esperando le digo al alma mía
que más esperar quiero,
y espero todavía,
que es tu ley responder al que confía.*

Unos días antes de salir de Vitoria, al pasar por una librería de viejo, entró en la tienda, registró los estantes y compró varios tomos de clásicos con el texto en latín y en francés: Horacio, Lucrecio y Ovidio, y un manual práctico de botánica.

También compró un tomo de la *España Sagrada*, que trataba de Vasconia, y un volumen de versos de Gonzalo de Berceo.

Había oído decir que en la llanada de Álava se empleaban todavía palabras y giros del más antiguo poeta castellano.

Después preguntó a la librera si no tendría libros antiguos de religión, y ésta le sacó algunos y le compró uno, en pergamino, titulado *Fuero de la conciencia*, del padre fray Valentín de la Madre de Dios, con algunos capítulos escabrosos en latín, y los *Desengaños místicos* del padre Arbiol.

En éste, en la primera página, con una letra de mujer y una tinta amarilla, ya vieja, ponía:

Mañana se marcha.

Soy de amor la víctima.

¡Válgame Dios!

Y debajo una rosa dibujada.

¡Qué desengaño de amor se escondería en aquella frase!

Al día siguiente decidió ir a ver el pueblo adonde le destinaban.

TERCERA PARTE

LA CRÍTICA

Álava tiene tres líneas de alturas casi paralelas. Éstas la dividen en zonas. La línea del Norte limita con Vizcaya y Guipúzcoa; son sus jalones las masas calizas cretáceas del Gorbea, de la peña de Udala, del Aizgorri y de San Adrián.

La cordillera del Sur, la sierra de Cantabria, separa la parte alavesa clásica de la zona del Ebro. Entre estas dos extremas y las intermedias quedan en la provincia tres pequeñas comarcas naturales, que son, de Norte a Sur: la primera, limitada por la línea fronteriza y los montes de Vitoria; la segunda, entre los montes de Vitoria y los de Treviño, y la tercera, entre Treviño y la sierra de Cantabria. Todavía hay una zona alavesa riojana entre la sierra del Sur y el Ebro. Las tres primeras son bastante frías, y probablemente la más fría de todas es la zona alta, que se halla entre Vitoria y las alturas de Treviño.

Estas llanadas o depresiones fueron antiguos lagos que rompieron sus diques naturales y se derramaron en el mar. El Ebro excavó sus obstáculos y produjo las conchas de Haro; el Zadorra, más pequeño y modesto, agujereó las conchas de Arganzón con sus aguas.

De la laguna del Ebro, según dicen los historiadores, queda un testimonio histórico, pues habla de ella Estrabón, citando a Posidonio. Causaba grandes crecidas del río, sin lluvias ni deshielos, cuando soplaban los vientos del Norte.

El pueblo adonde le enviaban a Javier estaba en la parte alta, entre Vitoria y Treviño. Tendría veinte o treinta casas.

En Vitoria le dijeron que en los alrededores de la aldea donde iba a quedar de cura había muchos fósiles. En verano, la vida allí era agradable —añadieron los informadores—; ahora, en el invierno, muchas veces la nieve cubría los campos e interrumpía el paso hacia la parte de Vitoria y de la Rioja.

Algunos conocedores del terreno le indicaron:

—Allí, en el pueblo, tendrá usted buenos alimentos y buena agua; también viene de la parte del Ebro un vino superior. A usted lo que le conviene es pasear y cazar.

El pueblo adonde le enviaban a Javier estaba en tierra dura y fría. La cordillera de Cantabria se dibujaba en el fondo, al Sur, con sus picos y sus aristas. La aldea, de casas pobres y míseras, a pesar de ser de fundación antigua, parecía un poblado insignificante y moderno. No había carretera hasta ella ni camino transitable. La iglesia, con una fachada nueva y vulgar de color amarillento, por dentro era gótica, con nervaduras elegantes. En el altar mayor había unas tablas viejas y repintadas, «que quizá podrían restaurarse» —pensó Javier—. El órgano, aunque en parte estaba roto, era antiguo y ornamentado. Los campos de alrededor parecían bastante fértiles; pero el pueblo aquel, como todos los próximos, tenía un aire pobre y miserable. Cerca

había una ermita entre árboles y un molino. Como curato, la aldea era un lugar de castigo.

Javier decidió quedarse, y alquiló una casa grande a un labrador acomodado. Le avisó que pocos días después traerían sus muebles.

Una semana más tarde fue con la tía Paula. No habían llegado los muebles aún al pueblo. Se quedaron los dos en la posada de la aldea vecina, al lado de la carretera. La posada era bastante mala, sin comodidades. A poco de estar allí paró un señor en un automóvil. Necesitaba gasolina. Habló con Javier y le preguntó:

—¿Es que se ha quedado usted aquí por alguna avería de automóvil?

—No.

Javier explicó lo que le pasaba.

—Es un error meterle a usted en ese rincón —dijo el señor—. Esto es para otro tipo de cura, para un mozo de éstos del país, andarines y cazadores. ¿Usted qué va a hacer aquí? Se hará usted un amargado, un rebelde.

—Ya veremos.

Javier estuvo paseando por la tarde por los alrededores de aquel pueblo, contemplando la sierra de Cantabria, la muralla que separaba el país vasco de las tierras llanas del Ebro.

Al día siguiente llegaron los muebles y el piano en un camión, y los condujeron a la aldea en un carro pequeño, en distintos viajes.

La tía Paula comenzó el arreglo de la casa con energía, y tomó una muchacha y una mujer ya entrada en años, la Gumersinda. Ésta, para los trabajos de fuerza, le servía como un hombre. Ni la joven ni la vieja tenían encantos para intranquilizar al cura. El pueblo le parecía a Javier esquelético al lado de Monleón. Lo veía completamente seco, primitivo y adusto como las personas y el paisaje. No había señorío; no era necesario intrigar ni andar con maquiavelismos. Los labradores no se preocupaban para nada del cura. Con tal de que cumpliera y dijera su misa, estaban satisfechos. La misa debía ser lo más corta posible. Javier no la hacía durar nunca más de veinte minutos. Esto lo agradecían mucho los aldeanos, y le proponían al cura que si quería resarcirse alargara los domingos la misa mayor; pero él no quiso hacerlo, con lo cual todos quedaron contentos.

La casa que alquiló Javier tenía cerca un campo con huerta y frutales para el inquilino. El cura comenzó a hacer una vida de solitario. Por las mañanas, después del alba, oía desde la cama las voces de los hombres que se preparaban a salir a trabajar con sus bueyes. Luego sonaba la campana de la misa. Mientras se vestía veía salir el humo de las chimeneas, y marchaba a la iglesia por las calles sin empedrar, en donde andaban los cerdos. Venía en ráfagas el olor de la retama mezclado con el olor del pan que salía del horno. Al salir de decir misa los chicos estaban a la puerta de la escuela. El herrero daba con el martillo en el yunque. Javier retornaba y esperaba la hora de comer; después iba a la huerta a trabajar, y al caer de la tarde veía a la gente de vuelta de sus trabajos y entraba en su casa cuando la noche se echaba encima.

El pobre cura se veía por dentro como una ruina.

Había querido vivir para los demás y hasta dedicarse con afecto a su misión evangélica, inculcar a las gentes el amor y la simpatía de los unos por los otros y llevar a la práctica algunas máximas del Evangelio, y se encontraba castigado y desterrado. ¿Qué iba a hacer? No era un héroe ni un mártir. ¿Adónde podía conducir en su posición el heroísmo y el afán por el martirio? Probablemente su heroísmo sería estéril y se pondría en ridículo. Ninguno de aquellos aldeanos oscuros y desconfiados le había de seguir, hiciera lo que hiciera. No veía ningún camino ante sí.

Sentía la juventud perdida.

¿Cómo hubiera ganado la juventud? Para él ganar la juventud hubiera sido principalmente realizar una labor humana y social. Él lo intentó modestamente, mas todos sus esfuerzos fueron inútiles; su obra se consideraba perniciosa y malintencionada.

No sabía a qué dedicarse. Pensó si podría comenzar a hacer un herbario y a estudiar la botánica, como el cura Lacoizqueta de Narvarte; pero estas aficiones no se

improvisan, y al poco tiempo el herbario y el libro con los nombres de las flores y sus estampas quedaron olvidados.

No había leído Javier el libro del señor inglés, tío de Mary la irlandesa, y lo leyó con atención. La tesis del autor era que la mayoría de los germanos y anglosajones habían entrado en el cristianismo muy tarde y arrastrando elementos de sus antiguas creencias paganas. Esta tesis le hizo pensar si a los vascongados les pasaría lo mismo, y leyó con curiosidad el tomo de la *España Sagrada*, que había comprado en Vitoria, y sacó en consecuencia que el país vasco había sido cristianizado muy tarde.

El tomo XXXII de la *España Sagrada*, dedicado a Vasconia, estaba escrito por el padre Risco, y tenía datos para Javier desconocidos y citas de autores antiguos. El retrato de los vascongados que se desprendía de ellos no se parecía nada al tipo de cromo que querían dar como auténtico los escritores nacionalistas y católicos de última hora. Los vascos, según estos testimonios antiguos, resultaban ser agoreros, inquietos, turbulentos y paganos.

Para ponderar la afición de Alejandro Severo al arte de agorar, dice Lampridio que aventajaba a los vascones y panonios:

Omeoscopos magnus, ut et Vascones Hispanorum et Pannoniorum augures vicerit (gran agorero hasta aventajar a los vascos españoles y a los panonios).

Prudencio habla en el siglo IV de la brutalidad pagana de los vascones.

En el siglo VI, asegura el padre Risco, los vascones que vivían en las montañas del otro lado del Pirineo conservaban la costumbre de los augurios como testifica el autor de la vida de San Amando, Baudemundo. Este escritor del mismo siglo dice que San Amando, hijo del duque de Aquitania, fue a la Vasconia, que antiguamente se llamó Vacceia, con el fin de instruir a aquellas gentes, de las cuales había oído decir que veneraban los ídolos y además de esto se hallaban entregadas a agüeros y engañadas con varios errores. San Amando esperaba obtener las palmas del martirio entre la ferocidad de los vascos.

Huebaldo, hablando de Santa Rictrudis, dice que los vascos se dedicaban a la brujería y al culto de los demonios. Santa Eusebia, hija de Santa Rictrudis y de San Adalbaldo o Adolbaldo, estaba en el país vasco dedicada a Dios en medio de gentes dadas a prácticas diabólicas.

El padre Henschenio explica el paganismo de los vascos diciendo que en algunos lugares marítimos, a donde solían arribar los anglosajones y otros que no profesaban la religión cristiana, se adhirieron a algunos errores gentílicos varios pueblos que perseveraron en el culto de los ídolos aun cuando en las ciudades vecinas florecieran obispos excelentes en doctrina y santidad de vida.

Así, otros historiadores explican algunos siglos después el martirio de San León en Bayona, atribuyéndolo no a los vascos, sino a los normandos; pero esto ¿quién lo

puede esclarecer?

Todo hace pensar que la implantación del cristianismo en el país vasco fue relativamente rápida en la ciudad, en la *civitas*, pero muy tardía en el campo, en la aldea, en el *vicus*.

Que había monasterios, sobre todo en la Navarra Baja, y que el catolicismo reinaría en las ciudades en los primeros siglos, es evidente; pero no en los campos, a donde no llegaría hasta el siglo XIII o XIV.

Sobre la tendencia conservadora y tradicional de los vascos, en el libro del padre Risco se encontró Javier con unos vascos rudos, feroces, agoreros, versátiles e inquietos.

Inquietos vascones se les llama en la *Ora Marítima* de Avieno.

Después de prolija búsqueda —dice el padre García Villada en un estudio— se llega a la conclusión de que lo que hoy constituye las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa no había recibido aún el Evangelio en el siglo XI. De hecho —sigue diciendo— la diócesis de Valpuesta no llegó más allá de Amurrio, las Encartaciones y Salinas de Añana; y la de Pamplona no pasó de San Sebastián y Alsasua.

La carencia en dichas dos provincias de recuerdos cristianos —inscripciones, monasterios, monumentos arquitectónicos— en los once primeros siglos de nuestra era apoyan esta opinión. Se halla además la misma reforzada por las narraciones de los peregrinos franceses del siglo XII, que iban a Santiago y entraban por Fuenterrabía, los cuales describen con tintas muy negras la ferocidad e inmoralidad de sus habitantes, hasta el punto de que al llegar a la altiplanicie de Vitoria cantaban un *Te Deum* en acción de gracias por haber escapado de ellos con vida.

—Hemos debido de ser paganos hasta hace muy poco —pensaba Javier—; quizá eso explique las epidemias de brujería del final del siglo XVI y principios del XVII y el fanatismo católico actual como hecho reciente.

Los autores —dice el padre Risco— comúnmente han notado a los vascones de ligeros en sus resoluciones, de inconstantes, inquietos e infieles.

Esto parece más bien referirse a los guipuzcoanos; porque ni navarros, ni alaveses ni vizcaínos han dado prueba de ligereza ni de inconstancia.

Aquellos pueblos de la provincia de Álava debían de ser de los más antiguos cristianos del país vasco. Ya al comienzo del siglo XI pagaban ganados y una reja o barra de hierro al monasterio de San Millán de la Cogolla. En toda la comarca quedaba la devoción por San Millán y su sepulcro, y había la influencia del obispo de Álava, que radicaba en Armentia.

IV

LOS CAMPESINOS

No era la del pueblo mala gente, pero se mostraba áspera, ruda y desconfiada. Tenían hombres y mujeres un sentido democrático primitivo que contrastaba con el aristocratismo de los guipuzcoanos.

El aldeano vasco, sobre todo el guipuzcoano, posee indudablemente un aire más aristocrático que sus vecinos. Cuando un hombre del campo se convierte en hombre de ciudad, entonces pierde todas sus condiciones de finura y de distinción. Se hace ambicioso, soberbio, cursi y es incapaz de entrar de una manera distinguida y noble en el terreno de la cultura.

Lleva a este terreno el barro de la tierra próxima al caserío. Si tiene algún valor la palabra *maqueto*, el *maqueto* es el próximo al vasco, el vasco o semivasco que se ha transformado en castellano. El andaluz, el valenciano, el francés o el alemán a ningún vasquista le ha parecido nunca *maqueto*.

Javier se entendía bien con aquellos aldeanos, aunque sin un acuerdo profundo. Hablaban ellos con un acento entre castellano y aragonés parecido al riojano.

El tipo, evidentemente, era mezclado; debía de haber allí un fondo de antiguo elemento vasco y superpuesto un elemento gótico de cara cuadrada y ojos claros.

En aquel pueblo, Javier no tenía la obsesión sexual; ya su fuerza se iba reconcentrando en el cerebro y se empleaba en la lectura y en el estudio. En este sentido experimentaba un gran descanso; la confesión de los aldeanos y aldeanas era sencilla.

La primavera fue corta y de buen tiempo. A veces el viento del Noroeste, llamado allí *el regañón*, traía lluvia, vendavales y granizo; el cielo se ponía negruzco, morado y venían gruesas nubes de color de tinta.

El paisaje era sombrío con el mal tiempo; el cielo quedaba gris, el aire nebuloso y húmedo y la vista quedaba cerrada por la muralla pétrea de la sierra.

El viento del Norte llegaba helado. No comprendía Javier cómo el cierzo al atravesar Guipúzcoa, país templado, viniera tan frío.

Javier comenzó a dar paseos por el monte; el ejercicio, la comida, quizá el vino, le aumentaban la energía física y le proporcionaban una mayor potencia cerebral.

Le gustaba marchar por la carretera e ir otras veces por los caminos entre piedras y recibir el viento y la lluvia en la cara y luchar con él.

Los días de buen tiempo solía trabajar en el campo próximo a la casa, en donde se daban patatas, alubias, guisantes, habas y frutas.

Javier iba a este campo y como estaba un poco abandonado y lleno de hierbas amontonaba para pegarla fuego la broza de la huerta, operación a la que llamaban en el pueblo con una frase que a Javier le parecía excesivamente literaria, «quemar *la*

rémora».

La gente del pueblo, al principio desconfiada y recelosa, comenzó a mirar al cura con simpatía. En un par de meses, Javier se repuso del todo. Con el palo y los zapatones marchaba de aquí para allí, y se dedicaba a dar grandes paseos y a subir a la sierra, al Balcón de la Rioja, desde donde se veía el Valle del Ebro. Le gustaba mirar aquella gran depresión con sus arboledas, sus viñedos, sus colinas y los trozos del río brillantes como espejos. A pesar de su buena salud, se iba convirtiendo en brusco y malhumorado.

Cuando tenía que bautizar algún chico solía decirse:

—Éste será, con el tiempo, algún granuja o algún bestia.

Brotaba en él otro hombre más rudo, más seco y más fuerte que el de antes; el entrecejo fruncido, un rictus amargo en la boca, los movimientos violentos. Iba echando abajo todo sentimentalismo y mirando la vida con sarcasmo e ironía. El paisaje áspero, pétreo, le llenaba el alma; ya no le gustaba hablar vascuence; su núcleo interior, amable e infantil, se estaba reduciendo y empequeñeciendo. Tenía más desconfianza y más sequedad en sus palabras. Cuando se ponía en el piano no tocaba más que fugas y ejercicios complicados.

A veces pensaba si su espíritu acabaría haciéndose indiferente a todo, y en no desear ni pensar en nada, en ser como un molusco sujeto a la roca.

Pero no había nada de eso: el espíritu trabajaba oscuramente y se proponía cuestiones la mayoría irresolubles.

En la soledad del monólogo se amontonaban materiales del incendio que le iba a consumir. Cuando vino el calor y el no poder salir de casa en las horas de sol, comenzó a leer las poesías de Gonzalo de Berceo. Las conocía fragmentariamente. Sus frases le recordaban la manera de hablar del pueblo de Álava. En el antiguo poeta, como en las expresiones populares, aparecía el vascuence como subsuelo del castellano.

Berceo no tenía el menor espíritu religioso y místico. La Virgen era una buena y amable señora; el Diablo un pobre hombre a quien se le engañaba fácilmente. Había en el viejo poeta más paganía que catolicismo.

Durante el verano, en julio y en agosto, reinaba el viento del Sur, que venía abrasador. En los trigales se veían muchas amapolas, y en los ribazos y pedregales, las endrinas, que en el país se llamaban los *aranes*, con una palabra primitivamente vasca, mostraban sus pequeños frutos negros.

El verano fue caliente; el aire abrasaba en las horas de sol, pero la noche era fresca y agradable.

Javier, en los paseos que daba al anochecer, se encontraba con pueblos

abandonados y arruinados conocidos en el país con el nombre de *mortuorios*. En septiembre hizo excursiones a algunos lugares y ermitas próximas. Vio las cuevas de Marquínez y la sima de Oquina, en lo alto de un monte. Oyó contar de ella una conseja medieval, de un par de enamorados, el pastor Iván y la bella Rosmunda, hija del señor de Arraya. El padre había puesto como condición al pastor para casarse con su hija el bajar a la cueva y apoderarse de un becerro de oro que, según la tradición, había en el fondo de ella. Lo descolgaron con una cuerda; el padre, traidoramente, cortó ésta, el pastor se estrelló en las rocas de aquel antro y la enamorada Rosmunda se lanzó a morir con él.

Fue también Javier a la ermita de la Peña, tallada en la roca viva.

Uno de los jóvenes de familia acomodada del pueblo estaba de médico en una aldea próxima. Este joven iba algunas veces a hablar con Javier.

Le invitó a visitar a las personas importantes de los alrededores.

El médico le llevó a casa de un señor rico de un pueblo de la parte riojana que vivía en una antigua casa solariega.

Este señor era un navarro, casado en la juventud con una heredera a quien había arruinado. Estaba por entonces enfermo, gotoso y cardiaco.

El hombre era un tanto cínico. Los tres puntales de su vida habían sido la misa, las cartas y la prostitución.

—Mi misica, mi cartica y mi p... —decía— con una expresión satisfecha. Esto le produjo a Javier una impresión de desagrado que no pudo disimular.

El médico tenía a aquel señor por un hombre pintoresco y contó varias anécdotas de él.

—Hace tiempo, le dijeron, Fulano ha perdido cincuenta mil duros en el juego, y él contestó: «Cómo se habrá divertido». Podría usted visitarle de cuando en cuando —añadió el médico.

—No; no iré —contestó Javier—. Es un tipo que me repugna.

El otoño fue agradable, algo melancólico. En los días oscuros pasaban las grullas hacia el Mediodía muy en lo alto, chillando, y las nubes venían moradas y negruzcas cargadas de lluvia.

En los paseos Javier se detenía en las explanadas altas, que llamaban los *torcos*, en donde brillaban las flores de los escaramujos y las aliagas con sus flores amarillas. Sentía la contemplación panteísta. Le absorbía mirar las faldas pedregosas de la sierra próxima y al llegar cerca del pueblo oír el *Ángelus*, ver el humo de las hogueras y sentir el olor de las hierbas quemadas. Desde los altos le gustaba contemplar los montes de Vizcaya y de Guipúzcoa con sus peñas cretáceas de aspecto raro y caprichoso.

Al pasar por aquellos caminos altos, que algunos terminaban en descampados o en *mortuorios*, se sentaba a pensar qué es lo que habría ocurrido allí para producir estas ruinas.

Por el cielo solía volar el jerifalte o milano, que la gente del país llama el *alorro*.

Muchas veces Javier se encontraba en sus paseos con un pastor, con quien hablaba. Era un mozo fuerte, moreno, con unos ojos de animal salvaje. Se llamaba Rufo. Era hombre que manifestaba un materialismo y un positivismo crudo y neto. Éste no era, como Shagua, un humilde; por el contrario, se consideraba con derecho a todo. Era un comunista en embrión. Javier no le tenía la menor simpatía. Muchas veces sentía la tentación de darle con el palo en la cabeza. Le consideraba como una cría de una fiera.

Rufo solía contar muchas historias picarescas con saña y Javier le escuchaba con cierta cólera. Dos de estas historias las recordaba, por su escepticismo anticlerical.

—Había un cazador —contaba Rufo— que salía a cazar liebres por las mañanas, tenía mala suerte y no llevaba a su casa ninguna; había otro más afortunado, y el de poca suerte le preguntó: «Amigo, ¿cómo te las arreglas tú para coger tanta caza?» «Es que yo siempre rezo antes de ir al campo en la ermita, a la Virgen». El poco afortunado hizo lo mismo y prometió a la Virgen la mejor liebre que cazara. Al día siguiente salió al campo y al momento vio una, la disparó y la mató. Al poco rato otra y más tarde otra. Con las tres al hombro volvía a casa cuando vio otra liebre, la disparó y no le acertó. Entonces el hombre dijo convencido: «¡Rediez, y cómo corre la liebre que he prometido a la Virgen!»

Al decir esto, el pastor se reía mostrando los dientes agudos.

Otra de las historietas era ésta:

—Una vieja, que era la mujer de un cazador furtivo, fue a confesarse y le dijo al párroco que se acusaba de haber comido liebre un día de vigilia. «Ya que su marido

es cazador, le dijo el cura, tráigame usted mañana una liebre a mi casa y yo le daré la absolución.» Al día siguiente la mujer dejó una liebre a la criada del párroco y se fue a la iglesia, donde le dieron la absolución. Cuando la criada abrió la liebre regalada se encontró con que no era más que la piel llena de salvado y se quejó de haber sido engañada por la mujer del cazador. «Está bien —dijo el cura—; ya le diré yo a esa vieja cuántas son cinco.» Al día siguiente, cuando la mujer se presentó a comulgarse, el párroco, en vez de darle una hostia, le puso en la boca un botón de calzoncillo. Al sentir en la boca una cosa tan dura, la vieja preguntó a su vecina: «¿Has podido tragar a Dios?» «Yo sí.» «Pues a mí me han debido de dar a Dios el Padre, porque es tan duro que no lo puedo tragar.»

El pastor, al contar esto, se reía y le brillaban los ojos con un aire satírico.

Javier se quedaba asombrado. ¿Es que en España no creía nadie en la religión? En la burguesía vasca no había visto más que hipocresía; en el pueblo, formalismo y práctica; aquí veía absoluta incredulidad.

VII
LA TÍA PAULA

La tía Paula seguía la vida del pueblo con más atención que Javier y se preocupaba de las cuestiones de la iglesia. La asistenta, la Gumersinda, le explicaba costumbres del país y le hablaba de muchas cosas.

Durante el verano le dijo que el año iba a ser malo. Había mucha endrina en los ribazos, y los labradores decían:

Año de mucha endrina, año de poca harina.

A la oblada u olada, o sea la ofrenda del pan, le llamaban en el pueblo *minchón* y a la hogaza la *otana*.

Cuando el gato se limpiaba el hocico con las patas, si miraba hacia la peña de Amboto era, según la Gumersinda, que barruntaba el temporal.

También, según esta mujer, el verano decaía a la mitad de agosto, por San Roque, cuando las moscas comenzaban a ponerse en las paredes cabeza abajo. La tía Paula consideraba imposible encerrar aquellos suelos, lo cual, para ella, debía de ser manifestación de poca esperanza.

Para noviembre comenzó el frío. Javier puso su mesa de trabajo en la cocina, y en el piso primero, donde estaban las alcobas, mandó colocar una estufa.

En la chimenea baja se preparaba la comida y la cena; después se hacía la tertulia junto al fuego.

El invierno fue muy duro, y en el mes de enero quedó mucho tiempo la nieve en la sierra.

Por San Antón, según la Gumersinda, ya comenzaba a verse la salida del invierno, y se decía:

*San Antón,
gallinita pon.*

y también

*Por San Antón,
huevos en trompón.*

Siguió la nieve y el frío en febrero. A veces aparecían los pastores, como en los nacimientos de los chicos, con sus capotes de color sayal.

Algún domingo bueno había en la plaza bailes de pandereta y de acordeón, que en algunos pueblos de Vizcaya llaman *triquitrí*, y las viejas solían jugar a las cartas en los portales.

Estos bailes de *triquitrí* eran un tanto melancólicos, con una parte de ritmo más viva, el *agudo*; seguramente la palabra vasca *agudo* o *auguro*, que quiere decir de prisa, y después otra más lenta.

Javier nunca había leído los libros como entonces. Al principio el aburrimiento, luego la curiosidad, le hicieron sacar la quintaesencia a las lecturas. Esto le hizo pensar en adquirir con el tiempo libros de todas clases; ya estaba harto de prohibiciones. Se llega a tener cariño por la cadena que estorba y martiriza; pero hay un momento en que se la lima, si se puede, y se libra de ella.

Entre los tomos que trajo de Vitoria le quedaban por leer tres o cuatro. Uno de ellos, las *Metamorfosis*, de Ovidio, lo comenzó; pero había demasiada fantasía, convertida con el tiempo en lugares comunes. Le había entrado la sospecha, por haberle oído al doctor Basterreche, de que toda la literatura latina era vulgaridad, y había pasado de la admiración excesiva a la desconfianza.

Las *Metamorfosis* las dejó de leer y comenzó con la *Naturaleza de las cosas*, de Lucrecio. Esto armonizaba mejor con el tono austero de su espíritu. Aquella severidad del poeta le agradaba. Pronto notó que Lucrecio se manifestaba como un terrible enemigo de las religiones. Para él eran la causa de todos los males de la Humanidad.

Así, dice:

Tantum religio potuit suadere malorum.

(Tanto la religión puede incitar a cometer males.)

En otro verso añade:

Quare religio pedibus subjecta vicisim

Obteritur nos exæquat victoria cæli.

(Así, la religión, sujeta a los pies, alternativamente pisoteada, nos lleva a la victoria del cielo.)

Y en otra parte:

In terris opressa gravi sub religione

Que caput a cæli regionibus ostendebat

Horribili super aspectu mortalibus instans.

(En la tierra oprimida por la religión, que desde las regiones del cielo mostraba su cabeza espantosa, de horrible aspecto, amenazaba a los mortales.)

Javier comprobó el espíritu antirreligioso del poeta. Un tanto alarmado, vaciló en seguir leyendo, pero se decidió. El carácter didáctico del poema, su estoicismo, su serenidad y su frialdad le gustaban.

Si en Lucrecio le sorprendía su tendencia antirreligiosa, le agradaba su amor por la Naturaleza. Javier recordaba sus frases al caminar por el campo.

Así, cuando veía a las ovejas paciendo en los prados verdes, subiendo por las colinas, mientras que los corderos jugaban dándose con los cuernos, recordaba esta

frase del poeta filósofo:

*Præterea magnæ legiones cum loca cursa
Camporum complent belli simulacra cientes.*

(Parecía que un ejército numeroso cubría el campo y seguía a grandes pasos sus banderas.)

Leyó también dos veces el libro del tío de Mary la irlandesa; era mucho más importante de lo que había creído al principio. Allí aparecían con frecuencia alusiones a la idea sustentada por distintos autores del carácter mítico de la vida de Jesucristo.

Se le ocurrió entonces escribir al autor inglés.

Le decía que se encontraba en un momento de curiosidad crítica. Le pedía le enviara una lista de obras trascendentales sobre la religión, y entre ellas un libro suyo acerca de Juliano.

El inglés le contestó en seguida.

Javier no había gastado nunca gran cosa en libros. Aquella vez hizo un pedido extenso de obras en francés, inglés y español a París, Londres y Madrid. Le costaron más de tres mil pesetas. Se encontró de pronto con ciento y tantos tomos, y se dispuso a leerlos metódicamente y a escribir en varios cuadernos las observaciones que se le fuesen ocurriendo. Había obras de religión, de historia y de astronomía; la *Historia de las religiones*, de Chantepie de la Saussaye; la *Historia de los Papas*, de Pastor; *Orfeo, Cultos, Mitos y Religiones*, de Salomón Reinach; el *Diccionario Filosófico* de Voltaire, y otras obras de Strauss, de Renán, de Feuerbach, de Frazer, del abate Loisy, de Arturo Weigall, y estudios sobre el protestantismo, el jansenismo, el Renacimiento, los Concilios, la Inquisición y la moral.

Al mismo tiempo se decidió a leer la Biblia. La tenía en latín y en castellano con las notas del padre Scio y en la traducción, editada por los protestantes, de Cipriano de Valera.

Era como meterse en la zona de las tormentas y de los ciclones, después de haber vivido años y años en el puerto; como remover con la reja del arado la tierra sin cultivo.

Siempre había pensado que de decidirse era necesario llegar hasta el final. Esta idea le detuvo muchas veces, ya no le detenía; al revés, deseaba seguir y resolver sus dudas.

Aquella ansia de claridad iba disolviendo todos sus escrúpulos.

—No sé en qué concluiré —pensaba Javier—, pero ya no volveré atrás.

El incendio de su espíritu iba consumiéndolo todo. No le parecía un hecho casual, sino algo determinado, el que las ideas fuertes, desoladas, antirreligiosas, las sintiera en aquel país adusto, pétreo y severo.

El terreno influía en él, aunque se hallase enfrascado en sus lecturas y no le concediera más que de tarde en tarde una mirada distraída. El paisaje, unido a la

soledad, pesaba en su espíritu. Seguramente en la huerta de Monleón no hubiera tenido tan enérgicas decisiones.

Esperaba a veces que después de las horas sombrías de pensamientos desolados vendrían otras más claras y sonrientes.

Fueron aquellos días para él días de crisis y de esfuerzo. Su cerebro, como una esponja, sorbía todo lo que encontraba, y el espíritu de aquellos libros penetraba en lo vivo como el bisturí de un cirujano que va saizando un ántrax.

Los datos históricos, las frases violentas y crudas de Feuerbach y de Strauss, se fijaban en su alma al lado de las palabras de unción de Renán, de las desesperaciones de Kierkegaard y de la malicia de Voltaire.

Ya no era la palabrería retórica de los Michelet y de los Víctor Hugo. Aquí se apuntaba al corazón.

—¿No trabajas demasiado, Javier? —le preguntaba la tía Paula.

—No; no tengas cuidado.

Mientras pensaba y tomaba notas, no tenía muchos motivos de queja. La gente se ocupaba poco de él y no le molestaba; el invierno era frío, pero había cerca un montón de troncos y de ramas para quemar. Desde la ventana se veía parte de la sierra con sus manchones blancos de nieve. En las noche claras de luna, bajo el cielo azul, la sierra, con su nieve, parecía de cristal y de porcelana.

En abril comenzaron las granizadas, que allí llamaban *kaskarrinas* y en Guipúzcoa *kaskabarra*.

Uno de estos días recibió la visita de un cura de un pueblo próximo. La visita le pareció de espionaje. Por si acaso, no le llevó al compañero al cuarto donde tenía sus libros y donde leía y escribía. Era el visitante, don Pascual, hombre de unos cuarenta años, alto, grueso y apático. Tenía un aire impasible e indiferente. Era fumador y hablaba poco.

Javier fue unos días después a devolverle la visita. El cura don Pascual le acogió con alegría y le convidó a comer. Vivía pobremente; no tenía sin duda más recursos que el sueldo y el estipendio. Algunos le llamaban con poco respeto Pascualón.

Javier comprendió que su desconfianza había sido infundada. Hablaron durante la comida de la vida miserable de los curas de pueblo. Don Pascual era muy partidario de las prerrogativas y fueros de los párrocos.

—Los cánones siempre dieron al párroco muchos derechos —dijo don Pascual—; ahora que desde hace tiempo los obispos van socavando esos derechos y quieren hacer lo que les da la gana.

Javier reconoció que los obispos iban tomando una influencia excesiva y que era imposible luchar contra ella. No había medio posible.

—Pues conmigo no juegan —aseguró don Pascual.

A la segunda visita que hizo el cura al pueblo y a casa de Javier éste le convidó a

comer. Comieron con la tía Paula delante de la chimenea y después don Pascual estuvo fumando cerca del fuego.

Javier le habló de sus lecturas. Don Pascual le escuchó con extrañeza.

—¿Y para qué investigar? —dijo—. A mí no me chocaría nada que lo que creemos del mundo y de la vida y que nos han enseñado sea mentira... pero como todos lo creen o hacen como que lo creen, es igual que si fuera verdad.

Javier se quedó maravillado al oírle esta afirmación de escepticismo absoluto.

—¿De verdad cree usted eso? —le preguntó.

—Claro que sí. Y lo he creído siempre.

—Pues es usted más filósofo que yo. Yo ahora empiezo a sospecharlo.

—¿Así que usted está de ida y yo de vuelta?

—Eso parece.

—Pues hay que desearle a usted que el viaje sea corto, porque de él no sacará usted nada en limpio.

En la primavera comenzaron los verdes del campo. Llovía; pero los caminos estaban pronto secos. El pueblo le daba poco trabajo. Javier seguía en su tarea de leer. A veces le sorprendía la mañana y el canto de los gallos con el libro sobre la mesa.

A las altas horas de la noche, mientras la aldea dormía en la más completa oscuridad y en el silencio, la ventana de la casa del cura brillaba con su luz. Seguramente nadie se ponía a pensar qué haría aquel hombre a la claridad de la lámpara. Nadie suponía las inquietudes y las dudas que reinaban en aquel cuarto en medio de la noche negra y silenciosa, mientras mugía el viento y temblaban las estrellas en lo alto y aparecían y desaparecían entre las nubes.

Aquel cuarto grande, que entre él y su tía Paula habían humanizado con los muebles y los libros, le gustaba a Javier.

Así pasaron el invierno y parte de la primavera al lado de la lumbre. El leyendo y escribiendo, ella haciendo calceta o tejiendo con agujas y lanas ropas de abrigo.

A veces se presentaba don Pascual, el cura del pueblo próximo, y hablaba con Javier. Cuando éste le explicaba lo que leía, el otro se encogía de hombros o decía un chiste.

Las bromas de don Pascual contagiaban a Javier, que ironizaba al par que él y tenía también momentos de humorismo. En ocasiones, toda su tragedia de cura le parecía muy cómica.

—¿Y no tiene usted deseo de salir del pueblo? —le preguntó un día a don Pascual.

—¿Para qué? No se ven por ahí más que miserias, egoísmos, enemistades y sinsabores, lo mismo entre clérigos que entre seglares. Así que yo me estoy quieto en mi rincón.

Aunque a Javier le hiriesen muchas frases y datos expuestos en los libros, no tenía

más remedio que reconocer que vivía con gran intensidad.

Era como el naufragio visto desde la cubierta de un barco cuando las olas van y vienen por encima y amenazan hundirlo todo.

Javier hacía en sí mismo descubrimientos terribles.

No creía en el Diablo. El Diablo, para el catolicismo, no es un símbolo, una explicación más o menos filosófica y primitiva del mal. El Diablo, para el católico, es una personalidad viva, casi con cédula personal, que habla, se mueve, se agita y se mezcla entre los hombres. Puede llevar gabán, sombrero, andar en automóvil y jugar al fútbol. El Diablo tiene hoy para los católicos la misma realidad que en la Edad Media. Es una de las principales columnas de la fe. Para él ya no existía esta columna.

Cuando leyó *La evolución de los mundos*, de Svante Arrhenius, pensó que no había sitio tampoco en el universo para el pequeño dios bíblico.

Se cuenta que el teólogo alemán protestante Melanchthon, cuando se enteró del sistema de Copérnico, dijo:

—Si ese hombre está en lo cierto, estamos perdidos.

Si había un Dios, tenía que ser la conciencia del universo infinito, no un Dios personal, mezquino y colérico. Si no había Dios personal, ¿qué valor podría tener el cielo y el infierno?

Las delicias de uno y los suplicios del otro le parecieron ridículos.

Un detalle horroroso de esta idea del infierno era para él la opinión de teólogos como San Agustín y Bossuet, que pensaban que los niños muertos sin bautizar tenían que ir necesariamente al infierno, porque no habían sido purificados del pecado original. Este deseo le parecía una mala intención.

Por otra parte, él no sentía el ansia de inmortalidad material tan ansiada por las razas semíticas.

Leyó también Javier un folleto de vulgarización acerca de la teoría de Einstein; pero no lo pudo entender; únicamente sospechó que con el cálculo matemático se llegaba a consecuencias a las cuales no se podía llegar por el razonamiento puro.

IX
ÉPOCA DE CRISIS

Javier escribió varios cuadernos con notas. El primero comenzaba así:

Voy a fijar las impresiones de mis lecturas y a expresar mis ideas y mis vacilaciones en este período crítico de mi pensamiento. No hay aquí nada original, sino resúmenes de lo leído. No es mi objeto hacer un libro ni argumentar contra esto o lo otro, sino reunir datos e ideas para recordarlos y formarme una convicción, o por lo menos una opinión. Ya veré después si de la lectura de mis notas obtengo algo.

Supongo que se me han pasado errores, porque no he podido comprobar bien los datos; supongo también que contra los argumentos anticristianos encontraré, no sé si fácilmente, otros argumentos; pero los encuentre o no, estoy dispuesto a seguir adelante y a no detenerme por miedo o por prudencia.

La religión y la ciencia actual se diferencian en muchas cosas, principalmente en el metro, en la medida. La ciencia cuenta por millones de leguas, o por millones de milésimas de milímetro; la religión, por pequeñas unidades. La religión vive, como el hombre enfermo, dentro de su alcoba. El enfermo dice: «No me puedo vestir, porque el armario de la ropa está muy lejos»; y está a dos metros. «Han tardado una enormidad en traerme el caldo.» La enormidad ha sido diez minutos o un cuarto de hora. Para un enfermo religioso el mundo es su alcoba; Dios está cerca del techo, el diablo debajo de la cama, los ángeles en los armarios o en las ventanas. En la ciencia todas las medidas son inmensas, en lo pequeño y en lo grande: tantos millones de leguas de una estrella a otra, tantos millones de glóbulos rojos en un centímetro cúbico de sangre.

Aunque parece que no, hay una gran ventaja para el hombre en pensar con medidas pequeñas.

La religión es optimismo y colaboración.

La idea religiosa se basa, indudablemente, en una fe de armonía y de dependencia del individuo con el cosmos inteligente o con Dios. El grillo o la rana religiosos deben creer cantando que colaboran en la sinfonía universal. El grillo y la rana no religiosos, si chirrían o si croan lo harán con poco brío o como quien muestra una imperfección que valdría más ocultar.

De este optimismo y colaboración de las ideas religiosas viene, sin duda, el parecido más o menos externo de la religión con la idea comunista actual, y quizá por eso también el que los judíos intervinieran antiguamente tanto en la religión y hoy

tanto en el comunismo.

Éste es un cristianismo tosco, sin poesía y sin gracia.

La ciencia, en cambio, no es optimista, digan lo que quieran; es indiferente, no es teleológica ni tiene fines humanos, y lo que no presenta finalidad para el hombre, es para él cosa triste.

En el curso de estas lecturas he tenido pensamientos que no se me habían ocurrido nunca. La pregunta de «¿Quién ha hecho el mundo?» me parecía, hasta ahora, una cosa seria y digna de atención. La idea de la causalidad, como la idea del tiempo, son ideas humanas. Fuera del hombre, no sabemos lo que son ni si existen. Además, extendiendo el principio de causalidad a todo, si el mundo estuviera hecho por Dios, Dios tendría que estar hecho por otro Dios anterior, y lo mismo da decir que Dios es el principio y fin de todas las cosas como decir que el universo es principio y fin de todo. En esto no hay más que palabras, peticiones de principio, tautologías.

El deísmo de Voltaire es un poco fofo y sin consistencia.

Todo está organizado —dice este escritor—. Todo indica sabiduría.

A mí hoy me parece esto una pura candidez. Es el querer convertir una idea de interés humano en un hecho exterior de la naturaleza. Si las cosas buenas para el hombre indicaran una inteligencia organizadora con buenas intenciones, las malas supondrían una inteligencia organizadora con aviesos propósitos y habría que creer en el diablo elaborando en su laboratorio el veneno de las víboras y produciendo en grandes fábricas los microbios de la tuberculosis, del cólera y de la fiebre tifoidea. Esto sería pasar de una concepción filosófica de civilizado a una idea de mandingo.

Sobre la creación, en el Seminario fantaseábamos acerca de las diversas teorías: la de los dualistas, que consideran que la materia ha coexistido eternamente con Dios, y la de los panteístas, que piensan que todo está dentro de Dios y que las cosas son manifestaciones parciales de lo divino. Después sacábamos a relucir la teoría de Santo Tomás de que Dios es un puro acto y que, por lo tanto, la creación se está verificando constantemente.

Pero si es así, esa creación no puede tener principio y ha tenido que ser eterna.

Ahora que no pienso en seminarista, creo que la idea de la creación es una idea elemental primaria nacida de un instinto humano.

El hombre primitivo, que hace su casa, sus armas y sus instrumentos de trabajo, no tiene más remedio que pensar que un ser parecido y superior a él ha hecho el mundo. Para Feuerbach, el secreto de la religión y de la teología es la antropología; mejor dicho, la antropolatría. Cuando el hombre adora a Dios, no hace más que adorarse a sí mismo en su imagen reflejada amplificada y embellecida. Para Feuerbach, los dioses son los deseos humanos libertados de los lazos de la necesidad.

Mi impresión, por ahora, es haber salido de un puerto estrecho y pequeño y entrar

en un mar tempestuoso.

Encuentro que para los autores modernos mitología y teología son términos semejantes. La mitología es una teología en la que no se cree. La teología es una mitología que se considera dogmática. Adán, Satán, Jehová, no se diferencian más que en esto de Júpiter, Prometeo o Apolo.

Hay autores católicos que aseguran que el que cree firmemente en el dogma de una religión es el que está más capacitado para comprender las demás religiones.

El aserto de esos autores no tiene confirmación alguna. Judíos y gentiles no comprendieron el espíritu de los cristianos, y los consideraron a éstos como ateos, idólatras y de costumbres perversas; los cristianos no vieron nada bueno en los musulmanes, ni los católicos en los protestantes, ni los protestantes en los católicos. Sólo los hombres sin trabas en la inteligencia son los que pueden examinar con cierta claridad y cierta justicia los dogmas de las sectas religiosas, en los cuales no creen, y compararlos.

Por ahora, en el mundo de las religiones se ven tres núcleos principales de origen: el semítico o semítico-caldeo, el ario de la India y el europeo autóctono. El semítico se caracteriza por la idea del dios personal, por dogmas y por leyes prohibitivas. El ario, por la moral vaga y la poesía. El europeo, por las teorías del arte y de la ciencia y por las entelequias metafísicas.

Por debajo de todo esto aparecen los tabús, el totemismo, la magia, la astrolatría, el animismo, principios oscuros. No hay todavía el anillo de la cadena que una a estas creencias primitivas con las religiones históricas.

Tampoco se observa que se puedan relacionar los datos de la etnografía con los de la prehistoria, y los de la historia religiosa.

En la cuestión de la religión lo inseguro son los orígenes, las bases. Esa obra de cimentación divina es lo que falla, porque no es divina. Yo antes creía lo contrario. En cambio, lo humano, dentro de lo humano, es sabio y casi perfecto. Por eso se ve que los exégetas modernos, los críticos de los orígenes, acaban excomulgados, y con que sus obras van al Índice. No les pasa lo mismo a los historiadores de la Iglesia.

La falla de las investigaciones sobre los puntos de las creencias primitivas está siempre en el prejuicio del investigador. Será muy difícil que el incrédulo aporte los datos de la misma manera que el creyente.

En religiones antiguas y conocidas vemos que el judío y el mahometano fanáticos acusan al cristiano de idolatría, y los mismos protestantes se inclinan a creer en la tendencia pagana y politeísta de los católicos.

No se puede pensar que los datos de los viajeros acerca de las creencias de los

primitivos puedan ser tan exactos y tan objetivos para no ofrecer dudas de veracidad y de interpretación. ¿Cómo se puede saber a ciencia cierta si este *Kichimanitú* o este *churinga* es un dios, un espíritu poderoso o un diablo?

En contra de las teorías de los etnólogos de la época de Tylor, Andrés Lang defendió la tesis de que los pueblos primitivos, sin pasar por el animismo, tienen la idea de un dios como jefe y legislador, que vive en la tierra y después en el cielo.

El padre Schmidt ha insistido en esta idea y ha encontrado que entre los australianos, bosquimanos, bantús, pigmeos, andamanes, fidjianos, zulús, hay una divinidad única.

Esto no demuestra más sino que el monoteísmo no exige ninguna capacidad extraordinaria. Además, ¿son los primitivos verdaderamente monoteístas? Chantepie de la Saussaye, en la introducción de su *Manual de Historia de las religiones*, dice que no se pueden llamar monoteístas las tendencias hacia una concepción monárquica de la divinidad y que no hay más que una religión verdaderamente monoteísta: la judía, con sus dos hijas, la cristiana y la mahometana.

No se ha hecho, no se ha podido hacer aún, el balance crítico exacto del monoteísmo. La Humanidad no ha conseguido por el monoteísmo ni mayor bondad ni mayor piedad. La Historia, antes y después de él, ha sido igualmente bárbara, brutal y sañuda.

Lo que sí se puede sospechar es que la tendencia monoteísta, al dar mayor unidad a las sociedades, les ha prestado más energía y más fuerza. El monoteísmo y el dualismo, el Dios único y la lucha del bien y del mal, han sido como los principios tónicos de las religiones; el panteísmo y el politeísmo, los principios poéticos y debilitantes.

Sin embargo, la concentración de la energía que trae el monoteísmo es posible que a la larga produzca el estancamiento y la muerte, como ha pasado en el Islam, aunque es presumible que en esto hayan obrado causas físicas y materiales.

Para la mayoría de los sociólogos naturalistas, la religión es un resultado de la intuición, del terror, de la noche, de las prohibiciones y tabús, y después, del deseo de explicarse la vida y el mundo.

Como la crítica va marchando en perpetua transformación y en perpetuo cambio va depurando la Historia cada vez más. Un hecho pequeño que demuestra la agudeza de la crítica es el que he visto consignado en una obra de Salomón Reinach. Se trata de una anécdota histórica que se refiere a Tammuz.

Tammuz, dios de la vegetación, de origen sumerio, que es el mismo Adonis y es representación del solsticio de verano, transformado por el cristianismo en San Juan Bautista, tuvo, según Frazer, gran popularidad entre los pueblos semíticos.

Cuenta Plutarco que la tripulación de un navío griego, al pasar por entre la Morea

y Túnez una noche, en tiempo del emperador Tiberio, oyó unas voces terroríficas que gritaban «¡Tammuz! ¡Tammuz! El gran Pan ha muerto».

El piloto del barco se llamaba Tammuz, según Plutarco, y los autores que han copiado la noticia lo han creído así. No había tal.

Reinach comprendió que ésta no era la explicación. La frase era: «¡Tammuz, Tammuz el gran Pan, ha muerto!»

Tammuz no era el piloto, sino el gran dios de la agricultura, al que se daba por muerto.

Se ha asegurado siempre que todos los pueblos civilizados y salvajes tienen un dios, lo que así dicho en bloque no parece cierto; también se ha considerado como la afirmación más genuina del monoteísmo la encerrada en los primeros versículos del Génesis.

Para algunos críticos lo que se advierte en el comienzo del Génesis no es el monoteísmo, sino el politeísmo. Esta cuestión de interpretación será muy difícil de resolver de una manera definitiva.

Para ello hay que tener un conocimiento inmediato de los textos en su lengua originaria; no se puede juzgar con autoridad por lecturas en traducciones.

El caballo de batalla de esta cuestión es el significado de la palabra Elohim. Los que comienzan a leer la Biblia en hebreo se encuentran con que en el Génesis, en el primer capítulo no se dice que Jehová, o Jhaveh, el dios de los judíos, hizo el mundo, sino que lo hizo Elohim.

Esta palabra, según los entendidos, es plural y se refiere en la misma Biblia a los dioses falsos y a los espíritus. Algunos suponen que Jhaveh, un Baal de los hebreos, uno de los dioses menores, va creciendo en importancia y acaba con el poder de los Elohim y quizá con su jefe El Elohim, y se convierte en el único y verdadero dios de los judíos, Jhaveh-Elohim.

Jhaveh da un golpe de Estado; es un Napoleón del Olimpo israelita.

Afirman algunos que la palabra Elohim viene de Eloah, temer, y que los Elohim podían ser los Temibles, los Horrores, las fuerzas que espantan.

Estos Elohim que crean el mundo parecen más bien fuerzas indiferentes.

No se les asigna ninguna cualidad especial.

El historiador Houston Steward Chamberlain dice, en su libro *Los fundamentos del siglo XIX*, que quizá se podría traducir más exactamente la palabra Elohim por los demonios.

Sería extraño y de una filosofía pesimista muy aguda el afirmar que los espíritus del mal han hecho el mundo.

En la Biblia, Dios al principio es sólo Elohim. Eva agradece el nacimiento de su hijo Seth a Elohim. Enoch y Noé tienen el culto de Elohim.

Después se nombra a Jhaveh-Elohim y luego sólo a Jhaveh. Jhaveh se comprende que es el dios rey de los monoteístas. Ahora estos Elohim grandes y chicos, que hasta se casan con las hijas de los hombres y producen semidioses y gigantes, no se sabe quiénes son.

Parece que está demostrado el politeísmo primitivo de los judíos. Los antiguos semitas eran politeístas. Caldea y Babilonia, países, si no íntegramente semíticos,

semitizados, tenían un grande y maravilloso panteón de divinidades astrales, que lo propagaron por el mundo antiguo. La Trinidad presidía sus dioses, como entre los hindús. Fenicia era un vivero de pequeñas divinidades, que, además de su nombre ciudadano o comarcano, tenían el genérico de El, Baal, Melek o Adon.

En la creencia a favor o en contra del monoteísmo judaico influye el prejuicio. El librepensador presentará citas bíblicas en que parece que se afirma la pluralidad de dioses entre los israelitas; pero el creyente siempre encontrará una explicación mejor o peor, hasta el punto de que algunos católicos han llegado a asegurar que los Elohim son las personas de la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, lo cual ya es un poco cómico.

En la Historia del pueblo de Israel, dice Renán que al Sinaí se le llamaba La Montaña de los Elohim y que el Sinaí tenía su dios, que probablemente era el rayo.

Otros creen que el Sinaí era el monte de Sin, el dios luna de los asirios y de los árabes, primitivamente el dios de los caldeos de la ciudad sagrada de Ur.

Cuando se leen algunos libros sobre religiones comparadas, se llega a pensar si en todos los países hubo constante y paralelamente dos religiones al mismo tiempo: una popular y otra sabia.

La religión popular persistió y persiste al lado de la sabia y unas veces se incorpora a ella, al menos en parte, y otras queda relegada a la esfera de lo que se llama superstición.

El politeísmo tradicional helénico se ha estudiado y se ha comparado con las creencias de los griegos actuales, y se ha visto cómo los mitos antiguos persisten transformados y con otro disfraz. Así, por ejemplo, Demeter, la madre Da, diosa de la agricultura y de la tierra de los pelagos, que reúne en su personalidad a Ceres y a Gea, se convierte modernamente en Santa Demetria o en San Demetrio, con méritos y atribuciones parecidos a la antigua deidad pelásgica.

Hay muchos santos cristianos cuyo nombre es un personaje del paganismo transformado y cuya existencia y su vida son completamente míticos.

Así, San Nicanor, Nican (el Sol), cuya fiesta se celebra el mismo día que entre los antiguos paganos; San Sotero, Soter (el Salvador y Baco), San Dionisio y San Demetrio, que son transformaciones de Dionysos (Baco) y del rey Demetrius. San Saturnino tiene su fiesta en agosto, en la época de las saturnales romanas, y San Saturnino es Saturno.

Hechos como éstos hay en abundancia, y demuestran cómo el paganismo se fue trasvasando en el cristianismo. Parece que ello ha sido una ley en todas las religiones, y las viejas han ido nutriendo a las nuevas.

Se puede sospechar que los antiguos griegos y romanos de la clase popular no creían íntegramente en la mitología complicada y alambicada que ha llegado hasta

nosotros y que ésta fue una invención de escritores y poetas.

En la Biblia se habla en el comienzo de los Elohim y luego del Becerro de Oro, de los dioses falsos y de los Baales, sin duda restos del politeísmo antiguo de los semitas, que surgían en medio de la tendencia unitaria de los hebreos.

Algunos han supuesto si el Becerro de Oro de los israelitas, objeto de las iras judaicas de Moisés, tendría algo que ver con el famoso buey Apis de los egipcios; pero al buey Apis se le adoraba vivo y al Becerro de Oro no. Éste era un ídolo metálico, como los que se encontraban en la tierra de Canaán, donde el toro era símbolo y encarnación de los Baales.

Así como una parte de los mitos antiguos, despreciados y rechazados por la religión triunfante, cayeron en el foso de las brujerías, de la magia y de la superstición, otras ideas viejas, consideradas como aprovechables para los nuevos cultos, quedaron santificadas y reverenciadas.

Uno de los reformadores que quiso hacer tabla rasa de las creencias antiguas de su pueblo y someterlo a la más estrecha unidad fue Mahoma. Se creía antiguamente que el efecto estaba conseguido y que el Islam, monoteísta acérrimo, había desterrado para siempre los antiguos mitos de beduinos y de árabes. Después se ha visto que no hay tal y que muchos pueblos oficialmente mahometanos son de hecho politeístas.

José de Maistre suponía por puro doctrinarismo que en España, país católico, no había superstición. Se ve que la hay, y en gran escala. La superstición, el animismo y la magia perduran en todos los países. De ahí esos brotes de espiritismo seudocientífico que entusiasma a mucha gente de cultura rudimentaria.

Hay una gran cantidad de contradicciones en el campo de la historia religiosa.

XI
EL GÉNESIS

El Génesis, con su creación y su diluvio, se afirma que es una copia de mitos de la religión de Babilonia.

La influencia de los mitos asirios entre los judíos se explica, según algunos investigadores, porque existía en Palestina la ciudad de Beth-San, que era un centro de irradiación de cultura babilónica.

La mayoría de los escritores tiende a considerar al pueblo judío como un pueblo sensualista de concepciones filosóficas pobres, en contraposición con la India y con Europa.

Muchos contrastes se han querido establecer entre arios y semitas. Los arios han tenido una tendencia al politeísmo: pero los semitas primitivos también la tuvieron. Los arios eran un pueblo de imaginación; pero parece que también lo eran los semitas.

No se ve una línea clara que separe en tiempos pasados a los unos y a los otros. Parece lógico que no la haya. Los dioses fenicios y caldeos hicieron sin dificultad nuevos nidos en Grecia. Babilonia fue la gran inventora de mitos, y la mitología germana y escandinava es primitivamente babilónica. A esto arguyen los historiadores antisemitas que la religión de Babilonia no era, en sus comienzos, semítica, sino caldea, y que los caldeos eran de una raza medio tártara, los sumerios. Otros los tienen a éstos por un grupo mezclado de turanios, iranios y camitas.

Bournouf cree que los cráneos de los semitas cierran sus fontanelas más pronto que los de los arios y que por esta causa no se desarrollan. Son precoces y nada más. La explicación anatómica me parece un poco pueril y, sobre todo, no demostrada. El arianismo, como raza zoológica, no existe.

Además, es un poco ridículo el pensar que estos arios tan inteligentes y tan evolutivos, cuya fontanela craneal se cierra tan tarde, hayan tenido que aceptar y seguir durante cerca de dos mil años la religión de unos semitas, como Jesucristo y sus apóstoles, a quienes, según Bournouf, se les cerraría la fontanela craneal de una manera prematura.

No tengo yo ciertamente una simpatía especial por los judíos, más bien cierta repulsión; pero me parece absurdo hablar de fontanelas en casos que, si tienen alguna explicación, ha de estar en la historia y en la cultura más que en la anatomía.

H.S. Chamberlain no quiere reconocer que los semitas fueran monoteístas, como si esto fuera una superioridad, y acepta con fruición la tesis de Robertson Smith, de que el monoteísmo judaico tenía una razón política.

La intolerancia no es exclusiva del semita; pero es muy propia de él. Los judíos han sido perseguidores violentos y de una moral bastante pobre. El santo rey David

era un bandido de la peor especie.

Pensando en la Biblia, se pregunta uno: ¿Quién puede suponer que el Universo está fabricado únicamente para la existencia de un pequeño planeta como la Tierra y la Tierra hecha para el hombre? El pensar en las estrellas sin más objeto que alumbrar nuestro mundo, parece un tanto absurdo.

Se ve claramente que, para la Biblia, la Tierra es una extensión plana, con el cielo como una bóveda, el sol como una lámpara y las estrellas como puntos luminosos. Así, Josué puede parar el sol, que es como para un hombre actual apagar un farol de la calle.

La misma idea aparece en el Evangelio:

«Y le llevó el Diablo a un alto monte y le mostró en un momento de tiempo todos los reinos de la Tierra. —San *Lucas*, cap. v, 5.»

Los que exigen que las palabras de la Biblia sean de un significado real, material y no simbólico, tendrán que creer que desde un monte se pueden ver todos los pueblos de la Tierra, hasta los antípodas.

La crítica del Antiguo Testamento no me hace mucha mella. Comprendo que nunca he tenido gran efusión por este Dios de la Biblia, que se pasea por un jardín, habla a Adán, maldice a una serpiente y hace una porción de extravagancias y de caprichos.

Tampoco se comprende la necesidad de hacer a Eva con una costilla, a no ser que se la quiera dedicar constantemente a la cocina y al asado. No se ve que las costillas tengan alguna condición especial para hacer con ellas mujeres.

Todas son cosas contradictorias y absurdas en los primeros capítulos del Génesis. En el tercero, Jhaveh-Elohim, después de maldecir a la serpiente, le dice: *Marcharás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida.*

No se comprende que una serpiente marche de otra manera que la que tienen todos los reptiles. La alimentación de polvo es un poco fantástica y su talento de conversación también. Lo mismo podía haber hecho el ofrecimiento la misma manzana, sin intermediario. No es más difícil que hable una serpiente que una manzana. En el capítulo cuarto, cuando Jhaveh reprocha a Caín el haber matado a su hermano, hay nuevas incongruencias:

«13.—Y dijo Caín a Jehová: «Grande es mi iniquidad para ser perdonada.

«14.—He aquí que me echas hoy de la paz de la tierra y de tu presencia me esconderé; y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare me matará.»

¿Quién le podía encontrar a Caín, si no había más hombres en el mundo que Adán y él?

Al padre Scio no se le ocurre ningún comentario más que éste, un poco absurdo:

«Tú, hoy, me separas de la sociedad y trato de los otros hombres, para que viva

vago y errante por la tierra, y no podré ya de aquí en adelante ponerme más en tu presencia. Se ve, por este lugar, que Dios en aquellos primeros tiempos, por medio de sus ángeles, que tomaban una forma acomodada a la condición de los hombres, trataba familiarmente con ellos.»

La explicación es estúpida, porque Caín no podía tener más miedo fuera que dentro del Paraíso, y Jehová no iba a tener necesidad de amenazar a sus ángeles, como lo hace a los hombres en el versículo siguiente:

«15.—Y respondióle Jehová: Ciertamente que cualquiera que matase a Caín siete veces será castigado. Entonces Jehová puso señal en Caín para que no lo hiriese cualquiera que lo hallare.»

La idea de los preadamitas, que defendió Isaac de la Peyrère, no tiene nada de absurda, sino que es muy lógica. Estos versículos hacen pensar que el que los escribió creía que además de Adán y de Caín había otros hombres en la tierra.

Las historietas de la Biblia me parecen la mayoría bastante antipáticas y ruines, aunque haya relaciones muy humanas que entretienen y otras muy poéticas.

No me cuesta mucho demoler mi creencia en el Antiguo Testamento, que no lo había leído nunca hasta ahora más que parcialmente y con poca simpatía.

Más duro es para mí leer las críticas sobre el Evangelio, pero veo que hay también aquí una serie de contradicciones y hasta de absurdos difíciles de creer.

La intransigencia de los absolutistas, del tradicionalismo, de los que aceptan todo como hechos reales y no quieren considerar nada como alegórico o simbólico me extraña.

El cristiano actual tiene que creer que el mar se puede abrir por capricho, que el sol se detiene a la voz de mando de un individuo, que los cuervos sirven de criados a los profetas y les llevan víveres, que los hornos se convierten en neveras, que las burras pueden ser ángeles y que la liebre es un animal rumiante.

El Génesis tiene un conjunto de fábulas tan inverosímiles que no puede hoy convencer a nadie ni dar una impresión de realidad histórica o filosófica.

Se comprende que algunos padres de la Iglesia desearan que no se aceptasen de este libro los tres primeros capítulos y que los modernistas, llamados así burdamente por sus enemigos, pretendieran que se consideraran las historias bíblicas como alegorías y símbolos.

Por el peso de esta absurda cosmogonía semítica, la Iglesia católica se vio compelida contra las ideas de Copérnico y de Galileo y luego contra los astrónomos, los geólogos y en general los evolucionistas. Por otra parte, es lógica la hostilidad hacia los que quieren borrar el cielo de Moisés y de los profetas, de los Reyes Magos, etc.

Las contradicciones más salientes de la Biblia, unas que se perciben a la primera lectura; otras indicadas por los críticos: la luz creada antes del sol; el diluvio universal, difícil de comprender en un planeta redondo, se encuentran señaladas en el *Discurso o Demostración veraz*, de Celso, filósofo platónico del segundo siglo. Los trozos de esta obra se conocen por la impugnación de Orígenes.

Las objeciones del filósofo al texto bíblico son las más sencillas y las mejor pensadas.

Copio algunos de sus párrafos:

«Los judíos, reunidos en un rincón de Palestina, gente sin letras y que no habían oído hablar jamás de que estas cosas habían sido contadas antes por Hesíodo y por muchos otros genios divinamente inspirados, han inventado una increíble y grosera historia; a saber, que Dios había fabricado con sus manos un hombre, soplado sobre él, sacado una mujer de una de sus costillas y dado órdenes contra las cuales se había revelado una serpiente; que esta serpiente al fin prevaleció contra las órdenes de Dios, fábula buena para las viejas, relación en donde, en contra de la piedad, se considera a Dios un ser tan débil desde el comienzo que no puede hacerse obedecer del mismo hombre que ha creado...

Se nos habla en seguida de un cierto diluvio y de un arca extraordinaria conteniendo todos los seres del mundo; de una paloma y de un cuervo sirviendo de mensajeros, y de otros hechos arreglados y compuestos con la historia de Deucalión. Los autores de este bello relato no habían pensado sin duda más que en divertir a los niños... ¿Es preciso seguir estos cuentos pueriles? Hijos nacidos a mujeres fuera de edad, enemistades y emboscadas de hermanos, engaños de madres, Dios dando a sus hijos asnos, cabras, camellos y pozos a los justos; todavía rivalidades fraternales; la horrible venganza de dos hermanos contra los de Sichem; la aventura de Lot y de sus hijas, más abominable que la de Thyeste; los hermanos vendedores, el hermano vendido, el padre engañado; el asunto del repartidor de pan y del copero del rey, y el del mismo Faraón explicados por José; la liberación y la maravillosa fortuna de éste; los hermanos llevados por el hambre a Egipto, la escena del reconocimiento, el transporte del cuerpo del padre a la tumba, y por el crédito de José la ilustre y divina raza de los judíos tomando raíces en Egipto, multiplicándose acantonada en el más vil rincón del país y escapándose en seguida y huyendo. Los más sensatos de los judíos y de los cristianos se avergüenzan de todas estas ridículas ficciones e intentan legitimarlas recurriendo a la alegoría.»

Al hablar de las intenciones humanas de Dios, dice Celso:

«Dios, evidentemente, no es el autor del trueno, del rayo y de la lluvia, y aun cuando se aceptara que es el autor, no se puede decir que con la lluvia Dios prepara el alimento de los hombres y no el de las plantas, de los árboles, de las hierbas y de las espinas, y si se dice que todas estas producciones crecen para el hombre, se puede preguntar: ¿por qué sólo para el hombre y no para los animales salvajes y sin razón?»

«Nada tan infantil como su cosmogonía y su relato de Dios, la formación del hombre a imagen suya y su paraíso establecido por Dios; nada más insensato que la pretendida convicción del primer hombre, cambiada por el accidente del pecado y su expulsión del Jardín de las Delicias. Éstas son extravagancias y si se quiere, historietas divertidas.»

«Y si se dice que Él ha hecho el mundo, ¿cómo hay mal en el mundo? ¿Cómo es impotente para exhortar y persuadir? ¿Cómo se le ve arrepentirse a causa de la ingratitud y de la perversidad de sus criaturas? ¿Por qué acusa y maldice su trabajo y amenaza destruir a sus propios hijos?»

«Lo que es más pueril todavía es creer en la formación del mundo en varios días, antes de que hubiera días. Porque ¿cómo había días antes de que el cielo estuviera hecho, la Tierra construida y el sol en movimiento? ¿Cómo concebir el gran Dios, admitiendo que sea el autor del mundo, diciendo en forma de mando: “Hágase esto. Hágase lo otro”, y trabajando en su obra tres, cuatro, cinco y seis días y descansando en éste como un obrero holgazán, que fatigado tiene necesidad de holgar para recuperar sus fuerzas?»

«Dios no ha podido hacer al hombre a su imagen y semejanza, porque Dios no tiene forma de hombre, ni de ninguna otra cosa sensible. Es más, ellos, los judíos, atribuyen a Dios ojos, orejas, color, figura y movimiento.»

«Otro de sus errores impíos, nacido de su extraña ignorancia y de su desconocimiento de los mitos, es pretender que Dios tiene por adversario al Diablo, a quien en hebreo llaman Satán. Es, por tanto, una extraña estupidez o más bien una gran impiedad decir que Dios el Grande, queriendo hacer un gran bien a los hombres, encuentra un ser que estorba su designio y le reduce a la impotencia.»

Hablando ya de los cristianos, dice Celso:

«La idea de enviar el hijo de Dios a los judíos, ¿no es la más propia para excitar la risa?

Para caer más bajo no podía elegir mejor.

¿Por qué sólo a los judíos? ¿Por qué a esta nación grosera, miserable, medio disuelta y no a tantos otros pueblos más dignos de la atención y de las miradas de

Dios, como los caldeos, los magos, los egipcios, los persas, los indios, naciones venerables y divinas? ¿Y cómo este Dios, que sabe todo, ignoraba que enviaba a su hijo a canallas que iban a cometer un nuevo crimen condenándolo?

Si Dios quería en efecto enviar aquí abajo su propio espíritu, ¿qué necesidad tenía de soplar en los flancos de una mujer? Sabía ya el arte de fabricar hombres y podía formar un cuerpo para alojar un espíritu, sin hacerle pasar por un lugar tan lleno de impurezas.»

Muchas veces, al ver que los historiadores racionalistas de la religión dan la Pasión y la Muerte de Jesús como un hecho del que apenas se habló en su tiempo en el mundo clásico, pienso en cómo sucesos pequeños se convierten luego en trascendentales. Así, la toma de la Bastilla, acontecimiento local sin importancia, se convierte, por influencia de los unos y de los otros, en un símbolo.

Hablando de la historia de Jesucristo, los ortodoxos nos dan como cronología, por la época en que aparecieron, primero los Evangelios sinópticos; segundo, el Evangelio de San Juan; tercero, las Epístolas de San Pablo; cuarto, el Apocalipsis.

Para muchos historiadores, el orden de conocimiento entre los primeros cristianos de los libros sagrados no es éste, sino que fueron conocidos primero las Epístolas de San Pablo; segundo, el Apocalipsis; tercero, el Evangelio de San Juan, y cuarto, los sinópticos.

Según Arturo Weigall, el orden cronológico de la aparición de los textos sagrados es éste: Epístolas de San Pablo. Primera Epístola de San Pedro. Apocalipsis, Evangelio de San Marcos. Actas de los Apóstoles. Epístolas de San Juan. Epístolas de Santiago. Evangelio de San Lucas. Evangelio de San Mateo. Epístola de San Judas. Evangelio de San Juan. Segunda Epístola de San Pedro.

Lo que es bastante extraño es que toda esta literatura esté escrita en griego y no haya ninguna historia de Jesucristo en hebreo.

La exégesis bíblica, y sobre todo evangélica, que nos daban en el Seminario como algo claro, concreto y definitivo, es en el campo racionalista un mar de confusiones y de explicaciones oscuras.

Hay contradicciones entre los tres primeros Evangelios llamados sinópticos; quien cree que los tres deben estar tomados de algún Evangelio hebreo anterior; pero todo hace pensar que si los tres estuvieran tomados de otro primitivo no habría en ellos tantas discrepancias.

En los sinópticos se ven los mismos hechos contados de diferente manera. Es natural y lógico que así sea desde un punto de vista humano en toda obra histórica; pero no lo es tanto en obras de inspiración divina dictadas, según los cristianos, por el Espíritu Santo.

La antigua Biblia, como los Evangelios, están hechos a fuerza de adiciones, interpolaciones y retoques. Muchos críticos suponen que el texto primitivo de San Juan se reduciría en su origen a la mitad.

Por lo que veo, a los Evangelios Sinópticos unos los consideran copiados de otro primitivo.

Este primitivo, algunos creen que era de San Marcos y le llaman Proto-Marco y

los alemanes Urmarco. Otros suponen que una fuente de los Evangelios fueron las *Logias* o *Discursos de Jesús*, libro del que no quedan más que retazos.

Los críticos aceptan todos que el de San Marcos es el Evangelio primitivo. El que Mateo y Lucas hablen de discursos de Cristo, que no están en Marcos, se explica hipotéticamente suponiendo que estos dos evangelistas recurrieron a las supuestas Logias, de las que habla Papías de Hierópolis; Lucas declara haber conocido varios Evangelios.

Los críticos encuentran también que el Evangelio que consideran primitivo, el de San Marcos, no es homogéneo, que hay en éste, según ellos, las mismas suturas, añadidos y superposiciones que en los otros.

«Se falsea enteramente el carácter de los más antiguos testimonios concernientes al origen de los Evangelios; cuando se les considera como ciertos, precisos, tradicionales e históricos, son, por el contrario, hipotéticos, vagos, legendarios, tendenciosos», dice el abate Loisy.

Al leer esto he comprendido cómo todos los investigadores e historiadores católicos que penetran en la cuestión peligrosa de los orígenes del cristianismo acaban siendo condenados por Roma y con sus obras en el Índice.

La Comisión bíblica ha fijado ya los puntos de exégesis que no pueden tratar ni discutir. Es cerrar la posibilidad de la crítica.

Del cuarto Evangelio, todos los comentadores suponen que es muy posterior a los otros tres y no se sabe realmente quién es el autor.

La Iglesia lo atribuye al apóstol San Juan, hijo de Zebedeo y de Salomé y hermano de Santiago, que murió siendo obispo de Éfeso.

San Policarpo, obispo de Esmirna, que por la tradición vio y oyó al apóstol San Juan no habla de su Evangelio en la carta que se conserva de él.

Los eruditos aseguran que la primera vez que se cita un pasaje del Evangelio de San Juan es en San Teófilo de Antioquía hacia el año 180.

Los valentinianos y los montañistas aceptaron el cuarto Evangelio a finales del siglo II; en cambio, los álogos lo rechazaron y lo atribuyeron a Corinto, considerándolo como obra gnóstica de donde había salido la idea del Paracleto.

El Paracleto era el tercer estadio del cristianismo, la época futura de la perfección de la Humanidad.

Para muchos críticos, este Evangelio fue compuesto por un sirio llamado Presbíteros, discípulo del apóstol Juan, veinte o treinta años después de su muerte. Este Presbíteros debe ser también, según la opinión de los críticos, autor del Apocalipsis.

Hay quien piensa que el Evangelio del presbítero Juan de Éfeso fue escrito ya

muy adelantado el siglo II.

El Evangelio de San Juan, tan diferente de los sinópticos, se considera influido por la filosofía griega y por la gnosis irania. Se cree que se empleó una tradición manuscrita para componerlo. Los helenistas afirman que el estilo de la obra es defectuoso, lo que revela que el autor era judío y no griego.

Según dice Renán en el apéndice de su libro *El anticristo*, el viaje y la estancia del apóstol Juan en Éfeso se consideraba indudable; pero desde que se publicó la *Vida de Jesús*, de Keim, comenzó a ponerse en duda el aserto. La base del sistema de Keim era que se había confundido a Juan el apóstol con el Presbyteros Johannes. De este Presbyteros Johannes, sosia del evangelista, hablan Papías y Dionisio de Alejandría. Para algunos es de una generación posterior a San Juan, para otros es el mismo; pero parece que San Jerónimo afirma haber visto las dos tumbas en Éfeso. La misma tesis que Keim han defendido otros investigadores, entre ellos un profesor de la Universidad de Leyden, Scholten. Según ellos, el apóstol Juan no estuvo en Éfeso ni escribió el Apocalipsis ni el Evangelio que lleva su nombre.

Ningún crítico considera que el cuarto Evangelio sea del apóstol San Juan. Al autor no se le llama nunca apóstol, sino discípulo amado. Según Polycrates de Éfeso, vivió en esta ciudad un anciano llamado Johannes, de gran prestigio y autoridad, que había sido sacerdote en Jerusalén. Se cree que éste o alguno de sus compañeros compuso o inspiró el cuarto Evangelio, que se publicó en Asia Menor o en Siria entre el 115 y el 145.

Hay quien supone que San Juan, que seguramente había leído las relaciones evangélicas del tiempo en las cuales no se le daba a él toda la importancia debida, contaría hechos que él podía conocer mejor que nadie, por ser testigo presencial, y que, con sus narraciones, algún discípulo del Asia Menor, helenizado, medio gnóstico, escribiría el Evangelio, y como entonces las ideas literarias no eran como las actuales, atribuiría el libro al propio apóstol para darle más eficacia.

Otros investigadores suponen que Cerinto fue el inspirador del cuarto Evangelio y del Apocalipsis. Renán cree que San Juan es el autor del Apocalipsis, pero no del Evangelio que lleva su nombre.

En esta época el Asia Menor era el centro de un gran movimiento sincretista y gnóstico. Cerinto, contemporáneo de San Juan y judío como él, suponía que un *eon* llamado *Chrestus* se había unido por el bautismo en el Jordán con el nombre Jesús y le había acompañado, abandonándole en el momento de la crucifixión.

Las opiniones sobre la autenticidad del último Evangelio y sobre su autor son abundantes: la ortodoxa, que lo considera escrito por el apóstol en su vejez, en Éfeso; los que lo atribuyen a sus discípulos; los que dicen que no pudo ser el mismo el autor

de este relato evangélico y el del Apocalipsis; los que ven en el texto la mano de varios redactores. En resumen, los que creen que San Juan escribió el cuarto Evangelio y el Apocalipsis y los que suponen que no es autor ni del uno ni del otro libro.

Loisy encuentra manifiesta y evidente la incompatibilidad profunda e irreductible del Evangelio llamado de San Juan con los anteriores.

Lo que parece cierto es que el espíritu es distinto. Este Evangelio es menos sencillo, más metafísico, más elocuente que los sinópticos. Da la impresión de un poema.

Los tres primeros Evangelios tienen un aire de biografía histórica más o menos mixtificada; el último es pura teología.

Pensar que el discutido relato johánico, poema teológico, penetrado de pensamiento helénico, con sus disquisiciones sobre el verbo y la luz, está escrito por un antiguo pescador de Galilea, compañero de Cristo, es bastante inverosímil.

San Juan, hermano de Santiago el Mayor e hijo de Zebedeo, nacido en Bethsaida, era pescador, a juzgar por este versículo de San Mateo:

«Y pasando de allí vio otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en el barco con Zebedeo su padre, que remendaban sus redes, y los llamó. —*San Mateo*, cap. IV, 21».

En el cuarto Evangelio a Santiago el Mayor y a Juan, el discípulo amado por Cristo, no se les señala como pescadores, no se dice su profesión y parece deducirse que habían sido de antemano compañeros de San Juan Bautista.

Respecto al Verbo y a su equivalente el Logos, oíamos en el Seminario muchas explicaciones complicadas, que querían ser aclaratorias, lo que no impedía que después de oírlas tuviéramos de esas palabras ideas tan oscuras como antes.

Muchas fallas se encuentran, según los críticos, en este Evangelio. Los diálogos que hay en él, el de Jesús con Nicodemo, con la Samaritana y con Pilatos, no pudieron tener testigos.

¿Cómo puede hablar San Juan de una Iglesia que no estaba todavía fundada en tiempo de su vida, sino después de su muerte?

San Juan, el pseudoautor del último Evangelio, aparece indudablemente como envuelto en nubes.

Una de las observaciones frecuentes en los autores heterodoxos es que la religión de los apóstoles es íntimamente distinta a la predicación de Jesucristo, como la de la Iglesia católica es también distinta a la de los primeros siglos. Como han afirmado los llamados modernistas, los dogmas evolucionan y evoluciona el espíritu del cristianismo.

Jesús no constituye ninguno de los sacramentos, ni siquiera el bautismo ni la comunión. Cristo creía en el inminente establecimiento del reino de Dios y no pensó en instituir una Iglesia.

Son los apóstoles los que van poniendo los puntales de la Iglesia, que se fija y se inmoviliza siglos después en el Concilio de Trento.

Los críticos exégetas, que la Iglesia Romana llamó modernistas con un apodo, como podía ponerlo una tertulia de comadres, intentaron aclarar estos puntos.

La verdad no puede ser más inmutable que el hombre, decían los reformistas, porque evoluciona en él, con él y para él.

La tendencia de tales críticos, como el abate Loisy y el abate Tyrrell, podía haber rejuvenecido el catolicismo, quitándole una porción de trabas inútiles y perjudiciales.

Estos modernistas consideraban necesario para la vida amplia del catolicismo una cierta facilidad de crítica y de movimiento ideológico. Llamaban a sus contradictores ultramontanos y medievalistas.

Para ellos la fórmula buena de conciliación hubiera sido ésta: *In necessariis, imitas; in dubiis, libertas; in omnibus, caritas.* (En lo esencial y necesario, unidad; en las cosas dudosas, libertad; en todo, caridad.)

La encíclica *Pascendi Domine gregis* y el decreto *Lamentabili sane* cortó esta orientación.

Loisy decía después que, de observar al pie de la letra aquellas prescripciones, ya no era posible la crítica bíblica.

Tyrrell protesta de que los ultramontanos de Roma desde 1870 pretendan ahogar todo pensamiento e instaurar un absolutismo papal en el que el papa manda despóticamente a los obispos y éstos a los párrocos.

El partido español de Roma, autoritario, de los Merry del Val, Vives y Tutó, influyó poderosamente para impedir que la Iglesia se rejuveneciera en parte. Pío X, que tenía un espíritu de cura de pueblo, se aferró a la tendencia inmovilizadora e hierática.

Para todos los exégetas, San Pablo, que no conoció a Jesucristo, fue el que dio al cristianismo su carácter universal.

El mérito de San Pablo es vario, según los protestantes. Para los unos, lo principal es su talento de escritor; para los otros, su arte de misionero. Otros creen que lo más eminente de su obra es la organización de las iglesias y hay quienes piensan que su mayor importancia es la de ser teólogo, porque así dio al cristianismo la comprensión y la conciencia de su fuerza.

Después de San Pablo colaboraron en esta obra, principalmente, los padres de la Iglesia.

Según los críticos heterodoxos, en el cristianismo no hay nada original. Todo está

aportado de aquí y de allá, principalmente del Antiguo Testamento. Sin embargo, el espíritu es distinto y hasta opuesto.

En el Antiguo Testamento se ve una sociedad dominada por una teocracia poderosa: la Iglesia, los doctores, reinan. En cambio, en el Nuevo Testamento, Jesucristo ataca a la Iglesia, y las leyes no tienen valor, según él, al lado de la intuición de la verdad de la luz, etc. La impresión que se obtiene es que, de seguir al pie de la letra la enseñanza de los Evangelios, no debía de haber Iglesia ni intermediarios entre Dios y el hombre.

Cristo es la parte más humana del judaísmo. Lo cristiano es una selección y una depuración sentimental de lo judío.

La existencia histórica de Jesucristo queda en entredicho. Jesús es un personaje histórico, el más importante de la historia del mundo europeo y que, sin embargo, no tiene historia.

Hay mucha crítica heterodoxa del cristianismo desde Celso, Porfirio y Juliano, hasta los Harnack y los Loisy actuales. Se necesitaría una existencia de trabajo entera para conocerla bien.

Uno de los críticos más duros y más científicos de la vida de Jesús es Strauss, el pastor protestante.

No es como Renán, que conserva toda la unción mística del cura. Strauss, no. Es un ariete, un hombre implacable.

La Iglesia y los teólogos católicos han hecho bien al no ocuparse de la crítica de Strauss, porque no tiene salida.

La vida de Jesús, de Strauss, es una crítica formidable.

¡Qué proceso de todas las contradicciones, inexactitudes, olvidos e interpolaciones! ¡Qué hombre implacable! ¡Qué paciencia! ¡Qué cuidado en esta crítica acerba! Lo extraño es pensar que este hombre fuera pastor protestante.

Voltaire hizo una guerra al cristianismo y al judaísmo muy dura. Este hombre sabía mucho. No es, como se ha querido decir, su obra un conjunto de bromas; lo que ocurre es que toda su crítica es de carácter polémico.

Respecto a los libros de Renán, tienen como un perfume de iglesia y de sacristía.

Se comprende que Renán haya sido más antipático que los demás para los intransigentes, porque la tolerancia, el respeto y la unción beata del autor les tiene que dar a éstos la impresión de un enemigo de dentro de casa.

Es natural que se prefiera la injuria y la persecución de los enemigos declarados, que las palabras del adversario que tiene algo de común con uno.

Algunos antirreligiosos deben quedar muy extrañados al leer la vida de Jesús, de Renán. Creerán, sin duda, que en este libro de tanta fama herética van a encontrar algo como un ariete contra el fundador del cristianismo, y no hay nada de eso. El ariete es Strauss. El terrible Renán es, para los autores heterodoxos de hoy, un hipócrita dulzón, colaborador de la leyenda cristiana.

Strauss es un crítico duro de los Evangelios. Decir, como dicen los profesores de los Seminarios: «Esto no tiene valor», es ridículo.

Strauss, al estudiar la vida de Jesús habla de mitos, de leyendas y de añadidos.

Renán asegura que no se puede emplear la palabra mito para las relaciones

evangélicas sospechosas de falsedad, y que hay que emplear mejor la de leyenda. El mito, para él, demuestra una mentalidad y una poesía superior, por ser de los arios.

Esto me parece absurdo y ridículo. El Antiguo y el Nuevo Testamento yo dudo de que puedan servir de base a la ciencia y a la moral del porvenir; pero que son muy superiores, como literatura y como historia, a esos poemas indios tan celebrados y que la mayoría no son más que un conjunto de vulgaridades fastidiosas, es evidente.

La prueba es el efecto que han hecho unos y otros en el mundo.

Hoy se puede leer el Eclesiastés o el Evangelio de San Juan; ¿pero quién es capaz de leer el Zendavesta o el Rig-Veda? ¿Quién va a pensar que es algo trascendental la manera de educar a los perros o de cortarse las uñas, o la de saber la diferencia de castas, ateniéndose a la jeta amarillenta de los indios asiáticos? Todo esto es consecuencia de la moda y de la preocupación de proceder de unos fantástico arios que venían del Asia.

La crítica de Strauss es puramente negativa, pero más ceñida que la de Renán. He leído que el filósofo Hegel, partidario de un sistema trino de contradicciones, consideraba que la idea tiene tres momentos o hipóstasis en su proceso evolutivo: 1.º, la idea en sí, sencilla, afirmativa y categórica: la tesis; 2.º, la idea fuera de sí, en contra de sí misma: la antítesis; 3.º, la idea dentro y fuera de sí: la síntesis.

En esta cuestión del cristianismo la tesis es el Evangelio; la antítesis, la crítica bíblica. Lo que falta por ahora, desde un punto de vista racionalista, es la síntesis.

Hay autores que afirman con textos que Jesucristo no ha existido; que los Evangelios son una falsificación combinada cien años después de la muerte de un reo condenado por orden de Pilatos, llamado Bar-Abba (Hijo del Padre), y hecha a base de ella. Por otro lado, Frazer afirma que Bar-Abba no era el nombre propio de un criminal determinado, sino la expresión consagrada para designar la víctima de un sacrificio humano anual, o de la ejecución que remplazaba a este sacrificio.

Orígenes, hacia el 250, leía en un antiguo manuscrito del Evangelio de San Mateo que Barrabás se llamaba Jesús Bar-Abba, que en arameo significa: Jesús, hijo del padre.

Reinach supone que Barrabás y Jesús eran la misma persona.

Las coincidencias de la vida de Jesucristo con las de los demás dioses son un poco extrañas.

Jesucristo nace en el solsticio de invierno, en un establo, como la mayoría de los dioses de la antigüedad.

Así nacen también Osiris, Horus, Hércules, Baco, Adonis, Mithra, Tammuz, Agni, Manu, Buda, Hermes, y Zeus. Para algunos tratadistas todos estos dioses, de

aire más o menos humano, son viejas representaciones del sol.

Noël, dice Frazer en el *Ramo de Oro*, no es más que una celebración pagana del solsticio de invierno.

Jesús nace de una virgen, en el portal de Belén, en una gruta, según tradición antigua. Esta gruta, para algunos, era un mithreum; otros creen que un lugar de adoración de Tammuz o Adonis. Los reyes asirio-babilónicos, de carácter divino, se consideraban hijos de Istar, de la diosa madre y virgen. El tema del nacimiento virginal tiene, según los mitólogos, un doble origen solar y antropomórfico. Jesús cura a los enfermos, resucita a los muertos; nace y muere con el sol.

La historia de Cristo repite la del Buda Sakiamuni. Le anuncia una estrella, como también a Confucio y a Krishna; es hijo de una virgen, le adoran los reyes, le tienta el diablo.

No hay entre la fecha litúrgica de Navidad, del 25 de diciembre, la más mínima relación con algún dato histórico del nacimiento de Jesucristo.

Un tratadista muy documentado, Guignebert, dice: «La fecha fue fijada en Roma, probablemente en el primer cuarto del siglo IV, tras de largas vacilaciones. Hipólito, al comienzo del siglo III, era partidario de esta fecha; pero poco después, en el mismo tiempo, Clemente de Alejandría se decidía por el 19 de abril. Se proponían también el 18 de abril, el 29 de mayo y el 28 de marzo. La relación de San Lucas con sus pastores, pasando la noche en los campos, evoca más bien la primavera que el invierno. Sin embargo, en Oriente y por un acuerdo más general, se aceptaba como fecha del nacimiento de Cristo el 6 de enero.»

Hay además las mayores probabilidades, dicen el autor citado y otros, para que la fiesta del dios solar Mithra, fijada el 25 de diciembre, haya contribuido a señalar la misma fecha para la Natividad.

En la fiesta de Natividad hay también una influencia evidente de las saturnales romanas.

En la época moderna, entre los investigadores libres, hay los que creen en la existencia histórica de Jesucristo y los que no creen en ella, y éstos son la mayoría.

Para Robertson Smith, constituye un mito judío antiguo. Jesús-Joshua era una divinidad solar de Ephraim, adorada bajo los signos del carnero y del cordero, relacionada con Adonis y Tammuz y con algunos recuerdos añadidos de San Juan Bautista.

Muchos críticos y eruditos se manifiestan convencidos de que Jesús no ha existido. Aseguran éstos que el número de dioses encarnados parecidos a él es grande.

La historia de la crucifixión se hace derivar de una relación anterior, en la que se

cuenta la muerte de un cierto Jesús Ben Panthera, o Ben Pandera, que fue colgado la víspera de Pascuas, durante el reinado de Alejandro Janneo, cien años antes de la era cristiana.

Los judíos, en el Talmud o los Talmud, son los que han propagado esta versión, afirmando que Jesús (Jeschu) era hijo de un militar romano llamado Panther, o Pandera, y de Miryam, y que se condenó por mago y por enemigo de la ley de Moisés, y que fue muerto atado a una columna y lapidado.

Se tiene la prueba de que existía en época primitiva el culto de un dios solar llamado Joshua, o Jesús, y cuyos doce discípulos estaban simbolizados por los signos del Zodiaco. Joshua, o Jehoschua, era primitivamente el mismo Jhaveh, que socorre.

Los dioses Osiris, Attis, Adonis, Dionysos, Heracles, Prometeo, son sacrificados y torturados para la redención de la Humanidad.

En la crucifixión, el día anterior a la Pascua, en la presencia de otras dos víctimas, una a cada lado de Jesús; en el hecho de que fuera revestido de hábitos reales; en la liberación de un prisionero llamado Barrabás, y en otros detalles, encuentran los críticos y mitólogos el ritual de los sacrificios humanos.

La ascensión aparece en las religiones anteriores. Adonis y otras divinidades suben al cielo en plena apoteosis después de su resurrección. Hay un detalle en el cristianismo que se cree tomado del culto de Adonis y de otros mitos paganos: es el descendimiento de Cristo a los infiernos, que aparece en el credo de Atanasio y en el credo de los Apóstoles. El origen de este hecho es la historia de Orfeo.

Jesucristo desciende al limbo o al infierno durante el período de tres días que separa su muerte de su resurrección, a llevar al cielo las almas de los patriarcas. Este viaje no está en ninguno de los Evangelios, pero aparece en el apócrifo de Nicodemo y en el credo. En el Evangelio de Nicodemo se cuenta la relación de los hijos de Simeón (Carinus y Lunius) que, resucitados entre los muertos, narran el descendimiento de Cristo a los infiernos y sus predicaciones entre ellos.

Para algunos críticos el cristianismo es un fenómeno social y un brote de comunismo. Hay quien cree que Jesús es el mito del Gilgamesch babilónico, transformado; otros siguen la tendencia de tomarlo por un tipo astral.

Barthelemy Saint-Hilaire supone que Jesucristo fue un monje budista del Monte Carmelo.

Según Ernesto de Bunsen, el origen del cristianismo estaría en el Zend-Avesta. Las doctrinas de Zoroastro, al penetrar de una manera misteriosa y secreta entre los judíos, habrían ido produciendo sectas de carácter ario: la de los esenios, la de los terapeutas y luego la de los cristianos. La doctrina aparecería antes en el *Ecclesiastes* de la Biblia Antigua y sería esencialmente indo-germánica y no semítica.

Para muchos de estos investigadores modernos, un cristianismo, si se podía llamar así a un cristianismo sin Cristo, existía antes de la venida de Jesús.

En los esenios debía de haber principios de moral austera muy parecida a la de los cristianos. Éstos adoraban, en parte, al sol.

Chrestos, en griego bueno, honorable, virtuoso; *Logos*, la palabra, la razón, el buen sentido, la inteligencia divina; el verbo, *verbum*, con muy varias significaciones, estaban ya imaginados antes de la existencia real o supuesta de Jesús.

Para algunos investigadores Cristo era una hipóstasis de la divinidad relacionada con la cruz, anterior al cristianismo, como representación del fuego y del hombre, y con el cordero, también signo solar llamado *Agni*.

Del *Agni* sánscrito, fuego y dios del fuego, que aparece en el Rig-Veda, los latinos habían hecho *Igneus* (inflamado, ardiente); los griegos tenían la palabra *Agnos* (inocente, puro), y los latinos *Agnus* (cordero). De aquí, según algunos, la confusión entre *Agni* e *Igni*.

Cuando en el Evangelio de San Juan se dice (cap. I, 29): «El siguiente día ve Juan a Jesús que venía a él y dice: ‘He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo’. (*Ecce Agnus Dei Ecce qui tollit peccatum mundi*), frase transformada en la letanía en *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*. En vez de ser “He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, sería “He aquí el fuego de Dios que limpia las impurezas del mundo”».

Indudablemente, es más lógico que sea el fuego el purificador que no el cordero.

La religión más parecida a la de Jesucristo es, según algunos críticos, la de Mithra, la del sol invicto (*Sol invictus Mithra*). Tertuliano, para explicar esta semejanza, dice: «El diablo imita los rasgos principales de nuestros divinos misterios». Lo mismo asegura Justino el Mártir. Mithra, antigua divinidad persa, había nacido en Navidad. En el mithraísmo existía el bautismo y la comunión. Los mithriacos comían un trozo de pan consagrado y bebían sangre en una copa.

El pan de la comunión de los adeptos de Mithra, cortado en forma de hostia, estaba cada uno marcado con una cruz.

Los adeptos de Mithra se llamaban soldados de Mithra; como los adeptos de Cristo, soldados de Cristo. Mithra, de niño, era adorado por los pastores. Los mithriacos habían escogido como fiesta el domingo, día de sol, como después los cristianos. El jefe de los mithraístas era *Pater Patrum* (padre de los padres) y habitaba en Roma y usaba tiara.

Respecto a las fiestas cristianas, todas están tomadas y adaptadas del paganismo: la Navidad, la Epifanía, la Cuaresma, la Pascua, el día de San Juan, el día de los Muertos...

La Pascua era una fiesta de Mithra.

Hay tratadistas que no toman en serio las semejanzas que encuentran los mitólogos entre Jesucristo y los demás dioses...

Entre éstos hay muchos protestantes.

El abate Loisy, católico disidente, como la mayoría de los pastores de la Iglesia reformada, defiende la existencia de Jesucristo como figura humana e histórica, y dice:

«Jesús, como un obrero de aldea, cándido y entusiasta, cree en el próximo fin del mundo, en la instauración de un reino de justicia, en el advenimiento de Dios sobre la tierra, y fortificado con esta primera ilusión, se atribuye el papel principal en la organización de la irrealizable ciudad, se pone a profetizar invitando a todos sus compatriotas a arrepentirse de sus pecados a fin de reconciliarse con el gran juez, cuya venida es inminente y será súbita como la de un ladrón, y recluta un pequeño número de adherentes iletrados, no pudiendo encontrar otros, y provoca una agitación desde luego poco profunda en los medios populares.»

Esta opinión de un cura es de las que más efecto me han hecho.

Realmente, cuando estábamos en el Seminario ninguno de nosotros había leído ni había pensado en los Evangelios. Veíamos la figura de Cristo no de una manera mística ni de una manera histórica, sino de un modo retórico. Nuestro Cristo era un Cristo jesuítico, de pelo rizado y de capilla churrigueresca.

La historia de Cristo, hecha por inspiración que se puede llamar divina, aun por los más exagerados racionalistas, no presenta los caracteres históricos de prueba y de contraprueba que tienen otros acontecimientos.

La razón de esto es que todas las fuentes de la historia de Jesucristo son cristianas.

La literatura contemporánea pagana y judía no dice nada o casi nada de Jesús.

Los hechos de la historia comprobada tienen casi siempre el informe y el contrainforme. Así, el que estudie la batalla de las Navas o el encuentro de Roncesvalles podrá recurrir a la versión cristiana y a la árabe y corregir una con la otra. El historiador de Sócrates, de César, de Aníbal o de Bonaparte podrá leer a sus panegiristas y a sus detractores.

Nada parecido hay en los Evangelios con relación a la vida de Jesús. Los hechos se apoyan en el testimonio de los evangelistas, pero no en escritos extraños a ellos. En este sentido la *Ilíada* puede estar más cimentada en textos ajenos que el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento tiene una relación ideológica con el Antiguo, y no la tienen con ningún otro libro.

En la literatura pagana se citan unas cuantas frases insignificantes de Tácito, Suetonio, Plinio el Joven y el filósofo platónico Celso acerca de la vida de Jesús. Todas estas frases son tardías, escritas de sesenta a doscientos años después del nacimiento de Cristo.

Tácito, nacido en 56, habla de los cristianos en sus *Anales* y dice que Nerón, incomodado por los rumores que le atribuían el incendio de Roma, intentó exculparse y echar la responsabilidad de la catástrofe sobre aquéllos que el vulgo llamaba cristianos. Su nombre, añade, les venía de Cristo, quien, bajo Tiberio, fue entregado al suplicio por el procurador Poncio Pilatos.

Ergo abolendo rumori. Nero subdidit reos et quæsitissimis pænis affecit, quos per flagitia invisos, vulgus Christianos appellabat. Auctor nominis ejus Christus, qui Tiberio imperitante per procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat. (Anales, libro 15.)

Este dato tardío y tan pequeño en sí ha sido considerado por muchos críticos como apócrifo y como interpolado después. Aunque la cita sea auténtica tiene poco valor.

El aporte de Suetonio es todavía de menos peso.

En la vida de Claudio, incluida en el libro titulado *Los doce Césares*, escrito hacia

el 120, dice: «Desterró de Roma a los judíos que se agitaban sin reposo, a instigación de Chrestus.»

Judæos impulsore Chresto assiduo tumultuantes Roma expulit (Vida de Claudio, cap. 25).

Es decir, que Suetonio suponía que en el año 50, en Roma, vivía Jesucristo y hacía propaganda en la judería de esta ciudad. Quizá este Chrestus de que habla Suetonio no era Jesucristo.

Plinio el Joven, gobernador de Bitinia en el año 112, habla de los judíos, que se reunían para cantar a Cristo como a un dios con himnos de estrofas alternadas.

Adfirmabant autem hanc fuisse summam vel culpæ suæ vel erroris, quod essent soliti stato die ante lucem convenire, carmenque Christo quasi deo dicere.

(Afirmaban que ésta era su mayor culpa y su mayor error que se reunían antes de la aurora y que cantaban versos en honor de Cristo como si fuera Dios). Epístolas de Plinio a Trajano, número 96.

Esta carta de Plinio es sospechosa también para los críticos.

Por último, el *Discurso veraz*, de Celso, es del año 180.

Podía haber habido un testimonio oficial de Poncio Pilatos a Tiberio sobre la tragedia del Calvario. No lo hay. Se inventó una carta del procurador romano Léntulus, pero es una superchería.

Los informes que pudo dar el mundo pagano sobre Jesucristo son escasísimos, tardíos e insignificantes. Más extraordinaria aún que la falta de documentos paganos es el silencio de los escritores judíos acerca de Jesús.

Parece que Filón de Alejandría, que vivió en el tiempo y que tenía relaciones con Galilea, no habla de Cristo; que otro escritor, Justo de Tiberíades, nacido en el mismo país, tampoco dice nada de él. Únicamente Flavio Josefo mienta a Jesús en un pasaje de las *Antigüedades judías*, pero se asegura que el pasaje está interpolado, que es apócrifo.

La interpolación en el libro de Flavio Josefo que se refiere a Jesucristo está reconocida por todos los críticos.

Una de las razones para creerlo es que Orígenes, que conocía perfectamente los textos que podían tener relación con el cristianismo, asegura que Josefo no dice nada de Cristo.

Respecto a los Evangelios apócrifos, escritos por los gnósticos en los tres primeros siglos del cristianismo, parece que no añaden datos auténticos a la vida de Jesús.

Únicamente contribuyen a la leyenda que sirvió a los artistas para sus obras.

Sobre todo el Evangelio de Nicodemo tuvo una gran popularidad en Europa hasta casi el final de la Edad Media y es el que más ha influido en las artes y en la poesía

del tiempo.

De ello resulta que la única documentación sobre la vida de Jesús es la cristiana y que no hay datos nuevos sobre ella. De aquí procede que la diferencia de las distintas historias de Jesús está únicamente en la interpretación cristiana, racionalista, mística, etc.

Renán protesta de que la figura de Jesús haya sido elaborada, modificada por sus discípulos, porque Jesús, dice él, es en todo superior a éstos. El argumento me parece un poco absurdo y sin valor. Un hombre de algún talento puede poetizar una figura histórica o semihistórica. El Cid ha podido ser creado por sus comentadores. Siempre será la figura del Cid superior a la de éstos.

En suma, el carácter de Jesús, dice Renán, lejos de haber sido embellecido por sus biógrafos ha sido disminuido por ellos, y añade:

«Jesús, bien lejos de haber sido creado por sus discípulos, aparece en todo como superior a ellos.»

¿Y cómo se puede saber esto si las únicas noticias sobre Jesús son las de los discípulos?

Si no hay datos de otras procedencias, ¿con cuáles se pueden comparar los que dieron los evangelistas?

A mí me parece que hay siempre glorificación en toda literatura apologética. El discípulo es siempre menor que el maestro.

El discípulo que es mayor que su maestro no es discípulo, pierde este carácter para erigirse en jefe.

La idea de Renán la encuentro un poco paradójica. Estamos hablando de héroes reales o mitológicos, sea Guillermo Tell, el Cid o Rolando; pasamos después a hablar de sus biógrafos. Siempre tendrá mayor relieve el héroe que el biógrafo o que el comentarista. Aun en la literatura satírica Don Quijote parecerá mayor que Cervantes.

Desde un punto de vista puramente racionalista, a los Evangelios se les encontrará fallas, contradicciones, como a toda obra humana. ¿Y desde el punto de vista religioso?

Por cualquier parte que se abra el Evangelio el racionalista notará oscuridades y deficiencias.

Va Jesucristo al lugar que se llama Getsemaní y dice a sus discípulos: «Sentaos aquí entretanto que yo oro», y toma consigo a Pedro y a Jacobo y a Juan. Él se adelanta y reza, y luego dice: «Abba (Padre): Todas las cosas son a ti posibles; traspasa de mí este vaso; empero, no lo que yo quiero, sino lo que tú». —*San Marcos*, cap. XIV, 36. (De la traducción de Cipriano de Valera.)

Cuando vuelve, halla a sus discípulos durmiendo.
Si sus discípulos estaban durmiendo, ¿quién le oyó?

Otra de las cosas que se advierte en los Evangelios es que respiran semitismo. De ahí la odiosidad que lanzan sobre Poncio Pilatos, que en el drama de la Pasión tiene, a pesar del empeño de ennegrecer su figura, una actitud limpia de europeo noble.

Es muy posible, y se transparenta en el texto evangélico, que Pilatos tuviera un gran desprecio por los judíos, pero fuera de eso sentía simpatía por Jesucristo y deseo de salvarle. Su mujer colaboraba también en este deseo. Pilatos no era responsable de que la ley mosaica fuera teocrática y cruel.

A Jesucristo no le condena Pilatos, sino las leyes de los judíos. La Iglesia cristiana copta no considera a Pilatos como culpable, hasta el punto de que lo ha tenido, como a su mujer, Santa Prócula, como mártires y como santos.

Ninguno de los Evangelios parece de la misma época de Jesucristo.

Aunque no todos los autores están conformes, la mayoría supone que el primero es el de San Mateo, escrito hacia el año 60. Otros piensan que el de San Marcos es anterior, aunque la idea más general es que el actualmente conocido se escribió del 60 al 70; el de Lucas, hacia el 80, y el de San Juan, después del 100.

Los tres primeros se llaman sinópticos por su paralelismo y su concordancia en la mayoría de los datos.

De los tres, el que quizá tiene un carácter más realista es el de San Lucas. Aquí el autor parece que quiere caracterizar psicológicamente a Jesús como hombre; pero no lo consigue del todo, porque de caracterizarlo demasiado le quitaría su carácter divino.

Entre los Evangelios, aun en los sinópticos, hay contradicciones.

Los tres sinópticos cuentan una visita de la madre y de los hermanos de Jesús, quien, al anuncio de la visita, muestra a sus discípulos y asegura que aquéllos son su madre y sus hermanos:

«46. Y estando él aún hablando a las gentes, he aquí su madre y sus hermanos que estaban fuera, que le querían hablar.

47. Y le dijo uno: He aquí tu madre y tus hermanos; fuera están que te quieren hablar.

48. Y respondiendo al que le decía esto, dijo: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

49. Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos.— *San Mateo*, cap. XII.»

«31. Vienen después sus hermanos y su madre, y estando fuera, enviaron a él llamándole.

32. Y la gente estaba sentada alrededor de él, y le dijeron: He aquí tu madre y tus hermanos; te buscan fuera.

33. Y él respondió: ¿Quién es mi madre y mis hermanos?

34. Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He ahí mi madre y mis hermanos. —*San Marcos*, cap. III.»

«19. Y vinieron a él su madre y hermanos, y no podían llegar a él por causa de la multitud.

20. Le fue dado aviso, diciendo: Tu madre y tus hermanos están fuera, que quieren verte.

21. Él, entonces, respondiendo, les dijo: Mi madre y mis hermanos son los que oyen la palabra de Dios, y la ejecutan. —*San Lucas*, cap. VIII.»

Algunos quieren decir que esta palabra de hermano en boca de Jesús quiere decir «hermanos en el Señor», pero no es cierto, porque en el Evangelio a los hermanos carnales se les llama hermanos, y en cambio, a los miembros de la comunidad es a los que se les llama «hermanos en el Señor».

San Jerónimo da la explicación de que los hermanos de Jesús eran primos y primas; San Epifanio, que eran de un primer matrimonio de José, y Hevídices, que eran hijos de José y de María, nacidos después de Jesús.

San Juan no se ocupa de los posibles hermanos de Jesús y resuelve la cuestión llamando a Cristo Hijo unigénito.

En uno de los Evangelios sinópticos, en el de San Lucas, se dice hablando de María:

«Y parió a su hijo primogénito y le envolvió en pañales y acostóle en un pesebre, porque no había lugar para ello en el mesón. —*San Lucas*, capítulo II-7.»

Esto está en contradicción flagrante con el unigénito de San Juan, quien lo afirma rotundamente:

«Y aquel verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros. Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre lleno de gracia y de bondad.— *San Juan*, cap. I, 14.»

Un detalle no muy simpático de la vida de Jesucristo es su dureza con su madre:

«3. Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: Vino no tienen.

4. Y dícele Jesús: ¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha venido mi hora. —*San Juan*, capítulo II.»

Aparente sequedad dice que tuvo Cristo con su madre el padre Scio, tomándolo de San Juan Crisóstomo.

Si se trata de llamar aparente a lo que no se quiere admitir, se puede decir lo mismo que tuvo una *aparente vida* y una *aparente crucifixión*.

Respecto a la edad de Jesús, hay también oscuridades.

Dijéronle entonces los judíos: «¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham? —*San Juan*, cap. VIII-57.»

Ireneo supone que Jesucristo debió de llegar hasta los cincuenta años, basándose en la frase del Evangelio de San Juan. Otros han creído que llegó hasta los cincuenta y tres.

La realidad histórica de la vida de Jesús no se puede probar de una manera rigurosa. Es un hecho de fe.

Las escasas noticias de la vida de Jesucristo se supone que fueron completadas con tradiciones y leyendas de procedencia judía y sobre todo se origen griego. De aquí se cree que nació la idea de la Virgen y los milagros.

Toda una serie de dioses y semidioses son hijos de vírgenes cuyo nombre es variación de María: Adonis era hijo de Myrrha; Hermes, hijo de Maya; Cyrus, hijo de Mariana o Mandala; Moisés, hijo de Myriam; Joshua, de Miriam; Buda, de Maia y Krishna, de Maritala.

El culto de Isis contribuyó al de la Virgen María. Isis estaba representada teniendo en sus brazos a su hijo divino, Horus. El título de Madre de Dios, *Theotokos*, dado a la Virgen, fue empleado por primera vez en Alejandría, cerca del lugar del culto de Isis.

La disidencia produjo luchas violentas entre los que llamaban a María Madre de Dios y los que querían llamarle Madre del hombre o de Cristo.

Alejandro de Alejandría (siglo IV) le llamó a la Virgen por primera vez *Theotokos*, y Teodoro de Mopsuesta (siglo IV), de Antioquía, y Nestorio (siglo V), de Constantinopla, protestaron de la denominación.

San Lucas y San Mateo hablan de la Virgen madre. San Marcos y San Lucas consideran que Jesús fue revelado como hijo de Dios por medio de la adopción en el acto del bautismo, cuando el Espíritu Santo bajó sobre él en forma corporal como paloma y se oyó una voz del cielo que decía: «Tú eres mi hijo amado y en ti me he complacido». San Juan comienza su testamento por el verbo. La Iglesia primitiva de Palestina vio en Jesús el hijo de José y de María.

Jesucristo no habla nunca de sí mismo como hijo de Dios, sino como hijo de David o hijo del hombre, que en arameo, su lengua materna, equivale a hombre.

La fuente del mito del nacimiento virginal no es, probablemente, la Biblia Antigua.

Por lo tanto, el mismo Señor os dará señal: «He aquí que la virgen concebirá y parirá hijo y llamará su nombre Emmanuel. (*Isaías*, cap. VII-14.)» La fuente parece que es griega. Los primeros paganos cristianizados no comprendían el concepto judío de Hijo de Dios o Mesías, más bien Enviado de Dios, y lo entendieron literalmente, casualmente; lo que para los antiguos paganos no era difícil de creer.

Probablemente entre los paganos cristianizados nació la idea del hijo de un dios y

de una virgen. Las diosas castas, virginales, como Rhea, Diana, Ceres, Cibeles, Palas-Atenea, eran adoradas por los griegos. El Partenón era el templo de la virgen Athenea. Parthenos quiere decir «virgen».

El culto de la Virgen parece de procedencia gentílica y al mismo tiempo egipcia. Isis con el niño Horus en brazos se hallaba colocada en los templos de Egipto bajo la advocación del signo del zodiaco Virgo.

El abate Loisy dice en su libro *Simple Reflexiones*: «Para descartar las relaciones del nacimiento milagroso y de la concepción virginal basta señalar que han sido ignoradas de Marcos y de Pablo; que los datos de Mateo no concuerdan con los de Lucas y que presentan los del uno y los del otro el carácter de ficciones.»

El empadronamiento de que habla San Lucas (cap. II-5 y siguientes), mandado hacer por un edicto de Augusto César, es poco probable, porque todavía el país no era romano. Por Josefo se sabe que el primer censo de Judea se verificó el año 6 o 7 de nuestra era. Josefo, que señala los crímenes de Herodes y da detalles de su vida, no habla absolutamente nada de la matanza de los inocentes.

La matanza de los inocentes, que únicamente narra San Mateo, se ve que es una invención novelesca. Ningún historiador habla de esa matanza. Únicamente hace una referencia a ella Macrobio en sus *Saturnales*, pero ya en el siglo v. No hay ninguna comprobación histórica de un hecho tan cruel y tan extraordinario.

Por otra parte, la matanza de los inocentes es una leyenda que corría por los pueblos del Mediterráneo antes del nacimiento de Cristo.

Es dudoso que Jesucristo naciera en Belén, en Judea.

El cristianismo primitivo creyó a Jesús de Nazaret en Galilea. Sin embargo, muchos críticos suponen que en los textos griegos de los Evangelios no se llama a Cristo nazareno, sino *nazoreo*, y que esto no tiene nada que ver con Nazaret, pues los *nazoreos* (observadores) formaban una secta gnóstica de bautizadores, mandeos, partidarios de San Juan Bautista; secta que aún sobrevive en la Mesopotamia Inferior y que tiene tendencias del sabeísmo.

Los mandeístas se llamaban *Nazoreos*, *Nazarerenos*, *Nazorenos* o *Nazoraivos*, de *Nazoraioi* o *Nasaraioi*; lo que quiere decir vigilantes, observadores o salvadores, pero no habitantes de Nazaret. Éstos tenían un libro, *La Ginza* (El Tesoro).

Parece que no hay ningún texto antiguo, pagano o judío, que haga mención de Nazaret como pueblo. Entre los nazoreos se llamaba *manda* a la gnosis, y *kouschta* a la verdad. Para éstos el Bautista era el profeta, y Cristo era hijo de mujer.

En la secta de los mandeístas se reunían ideas de los gnósticos y de la cábala. Los mandeístas tenían tendencia al dualismo, creían en dos principios eternos de todas las

cosas: Fira y Ayar. Fira, al desdoblarse, daba origen al Mana, o señor de la Gloria, y a Yuva, el señor del esplendor.

Estos nazareos o nazarenos eran heréticos y tenían como libro santo el Evangelio de los hebreos.

No se puede establecer una cronología ni aproximada siquiera de la vida de Jesús. Tampoco se sabe cuánto tiempo predicó ni en dónde. Es muy posible, como dice el Evangelio de San Juan, que predicara no sólo en Galilea, sino también en Judea. Parece que estuvo más de una vez en Jerusalén.

El espíritu de Jesucristo tiene sus raíces en la tradición israelita. Su prédica se dirige a los judíos. La Iglesia para él es Israel, como para los profetas. El Dios de Jesús es el Dios de los hebreos, un Dios personal y vulgar, y no el Dios de la filosofía griega, que es una entelequia filosófica. La doctrina que se desprende del Evangelio de Cristo es teocéntrica, y no individualista, como el pensamiento helénico. Jesucristo no tiene ninguna filosofía, ninguna metafísica, ni aun siquiera una ética; pronostica el advenimiento del reino de Dios, y por esto entiende una catástrofe cósmica, la resurrección de los muertos y el juicio final.

Sin embargo, a pesar de su base semítica, no cabe duda que hay diferencia entre el espíritu cristiano y el espíritu judío. Esta diferencia puede provenir de la infiltración de pensamiento europeo en el cristianismo, y puede existir desde su origen. Para algunos especialistas en la historia de Israel ya primitivamente en la nación judía había dos pueblos diferentes, con civilizaciones distintas: el uno en la Palestina septentrional, y el otro en la meridional. Jesús, galileo de la Palestina nórdica, era, según estos historiadores, el representante del espíritu del país del Norte y el enemigo del país del Sur.

Respecto de los milagros, no es fácil formarse una opinión de algún valor. No cabe duda que en los Evangelios sinópticos la narración de los milagros es un poco más posible que en el Evangelio de San Juan. Aquí los hechos prodigiosos arrogantes son completamente inverosímiles.

Hay, por otra parte, una serie de milagros cuyo objeto no se comprende bien; no tienen finalidad mística ninguna. Uno de ellos es ése que hace Jesucristo metiendo los diablos en el cuerpo de los cerdos, que luego se tiran al mar y se ahogan.

No se explica esta obra extraña de taumaturgia o, por lo menos, no se la explica uno hoy con la mentalidad de nuestro tiempo.

Harnack divide los milagros de Jesucristo en cinco categorías: aquellos que son el abultamiento de hechos naturales, aunque sorprendentes; los que son como la realización exterior y material de sentencias y de parábolas o de fenómenos de la vida religiosa íntima; los que han sido concebidos para señalar el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento; las curaciones extraordinarias operadas por el

poder espiritual de Jesús; y aquéllos de los cuales no se ve la explicación.

Los enemigos del cristianismo y de Cristo creyeron en sus prodigios.

El mismo Celso, que en su *Discurso veraz* quiere hacer de Jesucristo y de sus hechos una crítica fría y racionalista, dice:

«Educado secretamente en Egipto, había aprendido a hacer milagros y pudo así, a su vuelta, hacerse pasar por un Dios.»

¡Como si en Egipto hubiera un arte especial de hacer milagros y tuvieran allí la exclusiva!

Esto da la impresión, al cabo de los años, del maniático que, después de una explicación razonable, disparata.

¿Qué idea tendría este filósofo de los milagros? Una idea parecida tuvieron los judíos enemigos de Cristo. Así, dice San Mateo (cap. XII-24) que los fariseos le acusaban de echar fuera los demonios por Beelzebub. Suetonio, Pórfiro y Juliano creían lo mismo. Para ellos los milagros de Jesús eran obra de magia. Luciano, en su historia *De Peregrinus*, que es una sátira de los apóstoles misioneros, dice de su héroe que fue puesto en prisión porque afirmaba su fe cristiana, y que esta desgracia le dio el poder de hacer prodigios.

Si Celso y otros escritores paganos creían en los milagros y en que se podía aprender a hacerlos, en cambio, San Agustín no debía de creer mucho en ellos, a juzgar por lo que dice:

«Llamo milagro a todo lo que rebasa, ya la previsión, ya las facultades de un testigo asombrado... Decimos que los prodigios son contrarios a la naturaleza; pero no lo son, en realidad. El milagro no va contra la naturaleza en sí, sino contra la naturaleza que nosotros conocemos. ¿Cómo, en efecto, lo que acontece por la voluntad de Dios había de ser contra la naturaleza, cuando esta voluntad constituye precisamente la naturaleza misma de cada cosa creada por Él?»

Esto dice San Agustín en el capítulo *Utilitate Credendi* de *Civitate Dei*.

En cambio, Santo Tomás acepta milagros *supra natura*, *contra natura* y *praeter natura*.

¿Qué se puede creer de las resurrecciones del Evangelio? Una es la de la hija de Jairo, y está contada de distinta manera por los tres sinópticos: Mateo, Marcos y Lucas. La otra es la narrada por Lucas y ocurrida en Naín, donde el Cristo hace resucitar a un joven que iban a enterrar ya, metido en el féretro. Esto puede explicarse por un fenómeno de catalepsia.

La resurrección de Lázaro sólo la cuenta San Juan; los tres sinópticos no dicen nada de ella.

Renán, siempre en su actitud ambigua, quiere sostener la ciencia racionalista, que no acepta el milagro y al mismo tiempo la personalidad taumatúrgica de Jesucristo, y supone a Jesús obligado a hacer fraudes piadosos por imposición de sus partidarios.

Es una hipótesis que no tiene fundamento ninguno.

¿Se puede creer que Cristo resucitara a Lázaro, que llevaba muerto tres días, que estaba ya corrompido y olía mal? Si es así, se puede creer todo y no hay necesidad de crítica. Resucitar a un muerto no es más difícil que crear a un vivo.

Renán quiere creer que en este milagro se trata de mala inteligencia, de confusión. Que en el Evangelio hay una gran cantidad de oscuridades y de contradicciones es evidente. No es, como querían hacernos creer en el Seminario, una cosa clara y sencilla.

«*Ego vero Evangelio non crederem, nisi me catholicæ ecclesiæ commovere autoritas... Ego me ad eos teneam quibus præcipientibus Evangelio credidi.*» (San Agustín, contra la epístola intitulada del Fundamento.)

(Yo no creería en el Evangelio si no me moviera a ello la autoridad de la Iglesia. Yo tengo la creencia en el Evangelio por los que lo enseñaban antes.)

Esta frase es parecida a aquella célebre de Tertuliano:

«*Mortus est Dei filius; prorsus credibile est, quia ineptum est. Et sepultus resurrexit; certum est quia impossibile est.*»

(Ha muerto el hijo de Dios; esto es creíble, precisamente porque es inepto. Después de sepultado ha resucitado; ello es cierto, porque es imposible.)

La frase parece idéntica al *Credo quia absurdum*, que se atribuye a San Agustín, al parecer, sin motivo.

Estas contradicciones y oscuridades se van advirtiendo si se insiste en la lectura de los Evangelios. Jesucristo habla de distinta manera en los que se llaman sinópticos que en el de San Juan; así, existe una ciencia religiosa que se llama la Armonística, que tiene la tarea de armonizar unos Evangelios con otros.

«*Fas non est evangelistarum aliquem mentitum fuisse nec existimare nec dice.*»

(No está permitido decir ni pensar que alguno de los evangelistas ha podido mentir, dice San Agustín.)

Sobre la originalidad del cristianismo se ha discutido mucho.

Los judíos han demostrado que el célebre Sermón de la Montaña de Jesucristo es una transcripción de pasajes bíblicos. El sermón, que aparece completo en el capítulo v del Evangelio de San Mateo, está en textos del *Pentateuco*, de los *Salmos*, de los *Proverbios*, del *Ecclesiastes*. En el Evangelio, el mérito no es la idea sino la selección y la forma concisa, breve y sustancial.

Una de las cosas oscuras que no resuelven los exégetas heterodoxos modernos es el porqué si las ideas religiosas de Jesucristo no eran de una gran originalidad, estas ideas llegaron a tener tanta expansión y, como se diría ahora, tanto éxito.

Algunos suponen que si el cristianismo no hubiera llegado al mundo clásico,

hubiera sido remplazado por otro sistema religioso y filosófico semejante a él.

El que el pensamiento de Marco Aurelio o de Epicteto no se hubiera generalizado quizá dependiera de su intelectualismo, de su frialdad, de no ofrecer milagros ni nada apasionante, como la inmediata vida ultraterrena. Todo hace pensar que, según la predicación de Cristo, el reino de Dios iba a ser inmediato y el juicio final cosa de poco tiempo.

Los primeros cristianos creían en un segundo advenimiento o segunda presencia de Cristo, al cual llamaban *la Parusía*. Esta segunda llegada, indicada en el Apocalipsis, vendría precedida de hechos dramáticos. Era, más en grande y más en trágico, la revolución social de nuestros días.

He leído en Renán y en otros autores la historia de las ideas de la Iglesia en los primeros siglos.

En el comienzo parece que es real y auténtica la rivalidad y la lucha de influencias entre San Pedro y San Pablo, el primero más inclinado al Israel tradicional y el segundo a la gentilidad cristianizada. El ebionismo y el montañismo después son, según algunos, los herederos más directos de la tradición de Jesús y de los apóstoles.

El ebionismo y el montañismo eran los que conservaban más puro en los primeros tiempos el carácter del cristianismo primitivo.

Los ebionistas, los humildes, gentes de mentalidad pobre, formaban una secta parecida a la de los nazoreos y tendían a considerar a Jesucristo como a un profeta de nacimiento y de vida natural.

Los montañistas eran más creyentes en el *Paraclete*, perfección final, que en la *Parusía*, o venida inmediata de Cristo.

El helenismo, que se mezclaba con el cristianismo, intentaba quitarle a éste su carácter de secta judía para convertirlo en religión europea.

Los representantes de las tendencias helénicas eran los gnósticos, con su metafísica y su poesía y sus extravagancias y su alejamiento de la vulgaridad y del pragmatismo judaico.

Todas aquellas sectas gnósticas y teosóficas se prestaban a las mayores fantasías, y había una de los cainitas que tenían a Caín por uno de los primeros santos e iban después glorificando a los personajes que en el Antiguo y en el Nuevo Testamento tienen fama de malvados y de perversos hasta llegar a Judas. Su evangelio era el Evangelio de Judas. Estas extravagancias, absurdas desviaciones de la pasión religiosa, contaban con sus partidarios.

El espíritu judío prosaico y vulgar, sin ninguna condición filosófica, triunfaba en la Iglesia.

Las discusiones entre partidarios del espíritu judaico y el heleno eran extrañas. La Iglesia naciente intervenía en ellas contra gnósticos, arrianos y nestorianos.

En el comienzo, el más importante de los filósofos gnósticos debió de ser Marción, hijo de un obispo de Sinope y armador en el Ponto. Los autores modernos le conceden una gran importancia. Marción, antisemita del tiempo, helenófilo y enemigo de la Biblia hebraica, recomendaba dos Escrituras elaboradas por él: la evangélica, que era el Evangelio de San Lucas, modificado, y la apostólica, las

Epístolas de San Pablo, también cambiadas.

Lo mismo los marcionistas que los nicolaítas, los maniqueos y los gnósticos eran enemigos del Antiguo Testamento y consideraban los libros de la Biblia hebrea como falibles y sin autoridad.

Marción creía que Jesucristo había descendido directamente del cielo y que había dos dioses, uno el de la Ley y de la Justicia, el del Antiguo Testamento, el de los judíos; otro el de la gracia y la piedad, el del Evangelio, el de los cristianos.

El discípulo de Marción, Apeles, aseguraba en sus *Silogismos* que los libros de Moisés decían sólo falsedades y que no podían tener origen divino.

Otro tipo curioso del primer siglo del cristianismo es Simón el Mago. Es, según la tradición, el que quiere comprar con dinero a los apóstoles el secreto de hacer descender a la tierra al Espíritu Santo y el que deja en el lenguaje la palabra simonía.

¡Qué sentido comercial de judío tenía este buen Simón! Por unas monedas quería comprar el arte de bajar a la tierra al Espíritu Santo y tenerlo a sus órdenes.

En las *Recogniciones* o *Reconocimientos* y en las *Homilías*, que se llaman *Clementinas* y están atribuidas a San Clemente Romano, se encuentran las fantásticas disputas de Simón el Mago con San Pedro en Cesarea.

Simón el Mago es un tipo de taumaturgo extraordinario. Se enamora de la mujer de su maestro en herejías, Dositeo, llamada Luna; se apodera de ella y lo domina a él.

Establecido en Tiro, compra una cortesana de nombre Helena, según Tertuliano, y la hace pasar unas veces por una encarnación de la mujer de Menelao, otras por Minerva y otras por la madre del Espíritu Santo.

Simón, que se denominaba a sí mismo la «Virtud de Dios» y el «Estante», porque se creía inmortal, embriagado con su éxito en Roma, pretende marchar por los aires al cielo en un carro de fuego, y en el ensayo se cae, se rompe una pierna y en vista del fracaso se suicida. Este Simón el Mago tiene algo de Fausto. Es un personaje de leyenda o de novela, de la vitola de Apolonio de Tyana y de los modernos magos como Cagliostro o el conde de San Germán.

Toda la imaginación y toda la fantasía de los gnósticos fueron con el tiempo condenadas.

Las herejías de los primeros siglos son atractivas y llenas de imaginación creadora, sobre todo las de los sabelianos, valentinianos, docetistas, ofitas o hermanos de la Serpiente, etc.

Muchas particularidades de la historia del cristianismo las conocía yo en parte por los estudios del Seminario, aunque un tanto desfiguradas y sofisticadas. Las tendencias gnósticas teosóficas de origen griego las veo ahora opuestas y antagónicas

a las tendencias judaicas, pobres de metafísica. En estas cuestiones luchó Atenas contra Jerusalén, es decir, Europa contra Asia.

Sin embargo, la tendencia a la evolución, a las hipóstasis de la filosofía griega, corrió también entre los judíos, y así como los cristianos helenistas, según San Juan, colocaban el verbo en el principio, los judeófilos ponían el *metatron* al mismo tiempo que Dios.

El metatron o metatrono no es muy fácil de explicar ni de definir; es algo como el asesor de Dios, algo como el Logos o el Espíritu Santo.

He leído, los debates sobre la Trinidad entre arrianos y sus enemigos, la doctrina de las dos naturalezas de Cristo, la controversia nestoriana y monofisista; éstos, partidarios del carácter sólo divino de Jesús y los otros del carácter divino y humano, y la cuestión nunca resuelta satisfactoriamente del libre albedrío y la gracia que renació siglos después con el protestantismo y el jansenismo.

En esas épocas lejanas se discutió constantemente sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la Trinidad y sobre si al verbo debía llamársele *homoousion* (consustancial, de sustancia idéntica) o *homoioousiom* (de sustancia semejante). *Homousia* era la consustancialidad y *homoiousia* la semejanza. También se discutió si a la Virgen había que denominarla *Theotokos* (Madre de Dios) o *Antropotokos* (Madre del hombre).

La Iglesia prefería en último término, siguiendo su tradición judaica, la posición práctica y semítica que no la helena, más metafísica y más idealista.

He leído también la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez y Pelayo, libro de una gran erudición, unida a un espíritu dogmático y un tanto vulgar.

Me hubiera gustado conocer bien esta primera época del cristianismo, de constante creación de los padres de la Iglesia y de los heresiarcas. La época dura hasta el siglo VI y termina en un crepúsculo monótono y pesado.

La influencia de San Pablo predomina en la Iglesia. Es el verdadero organizador, es un hombre inteligente, tiene conceptos claros y prácticos y el cristianismo es esencialmente paulista a pesar de su devoción por San Pedro. San Pablo convierte la anarquía mística de la predicación de Jesús en algo ordenado y conservador.

San Pablo, bajo, pequeño, achaparrado, calvo y narigudo, al principio tejedor y después tapicero en las ciudades a donde llegaba como predicador, es uno de los hombres de mayor ambición de la Humanidad. Se muestra siempre dogmático y afirmativo, pero también muy judío y muy cuco. Lo único que encuentro justo en él es que no concediera gran importancia a los monumentos y estatuas de Grecia, que tanto entusiasmaban a Renán, porque para la Humanidad entera no lo tienen por muy bellos que sean.

San Pablo debía de tener un espíritu muy judío, porque llevando como estandarte a Jesucristo reivindica y legitima las tendencias del Antiguo Testamento. Como buen judío era jurídico y legista; si le dejan tiempo hubiera llegado a ordenar una legislación para los Bancos, para las Bolsas y hasta para las casas de préstamos.

Respecto a la moral del cristianismo, resulta evidentemente confusa, contradictoria y arbitraria.

La moral cristiana es teocéntrica; no es una moral humana, una ética clara con sus preceptos. Lo esencial en ella es la contrición, el examen de conciencia, la *metanoia* (arrepentimiento, sentimiento); pero como no hay normas definidas y sólo Dios juzga, el hombre no sabe cuándo obra bien y cuándo obra mal. El favoritismo reina.

Por eso hay los llamados y los elegidos:

«Porque muchos hay llamados y pocos escogidos. —*San Mateo*, cap. XXII, 14.»

Esta predestinación es injusticia pura.

También lo es la glorificación del pecador que se arrepiente:

«Os digo que así habrá más gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento. —*San Lucas*, cap. XV, 7.»

Ante la moral moderna y humana esto parece de una injusticia evidente. No es posible entre nosotros que concedamos la misma estimación y el mismo crédito al chanchullero y al estafador, que se transforma en persona digna que al que ha sido toda su vida un modelo de honradez y de nobleza.

La famosa frase «Ama a tu prójimo como a ti mismo», tan impracticable y tan imposible, no es ni siquiera original.

«No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo: mas amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo, Jehová. —*Levítico*, cap. XIX, 18.»

Algunos suponen que aquí el Levítico llama prójimo al otro judío a quien el israelita reconoce por su nariz corva o por el shibolet; pero aunque así sea, la originalidad evangélica de generalizar la frase no es grande.

Además, la recomendación es una cosa tan irrealizable y tan irrealizada que se puede considerar como una frase literaria.

Otra máxima trascendental del Evangelio es ésta:

«Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja que el rico entrar en el reino de Dios. *San Marcos*, cap. X, 25.»

«Mas os digo, que más liviano trabajo es pasar un camello por el ojo de una aguja que entrar un rico en el reino de Dios. —*San Mateo*, cap. XIX, 24.»

Los buenos traductores hebraístas han dicho que no se trata aquí de un camello, sino de un cable de pelo de camello. Sea una cosa u otra, la frase tiene el mismo sentido. El rico no puede entrar más que con gran dificultad en el cielo y, sin embargo, los religiosos antiguos y modernos quieren afrontar ese peligro de la riqueza con la alternativa de no entrar en el paraíso.

Hay también en San Lucas la historia del mal rico que va al infierno, y de su criado, Lázaro, medio mendigo, que sube al cielo.

Cristo parece, en general, comunista como judío de raza; muchas iglesias primitivas lo fueron. En contra de esta tendencia se aduce el caso del rico que se salva por sus buenas obras y se opone la frase de «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César».

«17. Dinos, pues, ¿qué te parece? ¿Es lícito dar tributo a César o no?»

18. Mas Jesús, entendida la malicia de ello, les dice: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?

19. Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario.

20. Entonces les dice: ¿Cuya es esta figura y lo que está encima escrito?

21. Dícnle: De César. Y díceles: Pagad, pues, a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. —*San Mateo*, cap. XXII.»

San Marcos dice: «Dad», y San Lucas también. Aquí parece que César y Dios están a la misma altura.

No se comprende claramente el valor del cuño de la moneda que al parecer para Jesucristo era muy trascendental.

Los comentaristas católicos tienen que hacer aquí ejercicios malabares para demostrar que los cristianos deben respetar y honrar los poderes de la tierra.

Tampoco es muy clara la justicia del padre de familia que tenía una viña de que habla San Mateo (cap. xx). Este propietario contrata a unos obreros para que trabajen en su propiedad por un denario al día, luego lleva a otros obreros que trabajan la tarde y a otros que no trabajan más que una hora y a todos les paga lo mismo.

Y la razón es porque él puede hacer lo que quiera con su dinero, y porque los primeros serán los últimos y los últimos los primeros.

Esta gracia hoy no convencería a nadie.

No comprendo tampoco la parábola del mayordomo infiel y disipador que pone San Lucas en boca de Jesús.

El mayordomo hace que los deudores de su señor declaren que le deben menos para saldar sus cuentas. «Y alabó el señor al mayordomo malo por haber hecho discretamente; porque los hijos de este siglo son en su generación más sagaces que

los hijos de Eva. —*San Lucas*, cap. XVI, 8.»

Esto parece un vago elogio de la estafa.

Respecto a los dogmas cristianos no cabe duda que van variando constantemente.

El Credo no es una fórmula primitiva; el nombre que se le ha asignado de «Símbolo de los Apóstoles» es falso. Los apóstoles habían muerto siglo y medio antes de que se comenzara a confeccionar el Credo. El Credo es una síntesis formada en el siglo IV contra las herejías del tiempo.

Todas las afirmaciones de la fórmula cristiana son resultado de la polémica contra los gnósticos.

Comenzado en el siglo IV va evolucionando y siendo añadido, y las últimas adiciones son las que se refieren al descendimiento de Jesús a los infiernos y a la comunión de los santos hechas en el siglo VI.

Estas adiciones terminan el edificio cristiano. El descendimiento de Cristo a los infiernos, imitado de los dioses paganos, incorpora al cielo a los patriarcas y profetas. La comunión de los santos es obra también de unificación. Hay para los fieles tres iglesias: la Iglesia militante, o sea el conjunto de los cristianos católicos que viven; la Iglesia purgante, o sea las almas que padecen en el purgatorio y esperan su liberación, y la Iglesia triunfante, formada por los bienaventurados que disfrutaban de la gloria eterna. Las tres unidas forman la Comunión de los Santos cuya existencia se afirma al final del Credo.

Hay en esto una maniobra, táctica política.

El infierno primitivo cristiano es bastante oscuro. Que habrá en él lágrimas y rechinar de dientes, dice San Mateo. En San Lucas se habla claramente del mal rico que está en el infierno y de su criado, Lázaro, que se encuentra en el seno de Abraham, y el rico llama a este patriarca y le habla, lo cual hace pensar que infierno y cielo se comunican.

San Agustín no cree en la existencia del purgatorio, que no aparece afirmado dogmáticamente hasta un concilio de Florencia del siglo XV. El cielo y el infierno son de casi todas las religiones, pero el purgatorio es casi exclusivamente pagano antes de ser cristiano. No se habla del purgatorio para nada ni en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento.

En el Antiguo Testamento se habla del *Scheol*, que es una especie de infierno insustancial y anodino.

El purgatorio es de origen órfico y romano. La idea del purgatorio y del limbo aparece en autores latinos.

El bautismo es ceremonia de sectas anteriores al cristianismo.

La extremaunción queda consignada como sacramento en el siglo XIX. El culto de la Virgen María, probablemente evolución del culto de Isis, comienza en Oriente en los siglos V al VI, es adoptado en Occidente hacia el siglo VII y se convierte en el dogma de la Inmaculada Concepción a mediados del siglo XIX. San Agustín, Santo Tomás, San Bernardo y San Anselmo no eran partidarios de esta idea en su tiempo.

La comunión es un resto de antropofagia semítica y luego de teofagia, según Robertson Smith. Como antecedente próximo tiene la cena de Cristo.

La confesión no es una práctica vieja del catolicismo. En otras religiones sí era frecuente.

Este acto está basado en dos pasajes del Nuevo Testamento de Mateo y Marcos, en los que se asegura que los adeptos de San Juan Bautista confesaban sus pecados y después recibían el bautismo, la inmersión en el agua como símbolo de la purificación mística.

La confesión auricular es católica sólo desde el siglo XI.

El culto de los santos es el culto de los héroes y de los divos tomado del paganismo. «Nosotros no adoramos, honramos a los santos», decían los obispos de los primeros siglos, y los teólogos afirmaron que les daban el culto de *dulia* —de *douleia* (servidumbre)—, y no de *latría* (*latreia*, adoración).

«Nosotros —dice San Agustín— honramos a los mártires de un culto de afecto y de sociedad, tal como se rinde en este momento a los santos, a los servidores de Dios; pero nosotros no rendimos más que sólo a Dios el culto supremo, llamado en griego *latría*, porque es un respeto y una sumisión que son debidos sólo a Él.»

Los protestantes han asegurado que esta distinción es falsa y que no hay diferencia entre los dos conceptos, con lo cual quieren demostrar que los católicos son idólatras porque tienen el culto de las imágenes, y la iconolatría y la idolatría es lo mismo. Todo ello parece muy bizantino y artificioso.

Respecto a los signos de la religión, la cruz existía desde época prehistórica. La cruz aparece como signo religioso mucho antes del cristianismo. Probablemente es un esquema de la figura humana. Tertuliano suponía que este hecho de encontrarse cruces no cristianas era una maquinación del demonio, pensada para quitar la fe a los creyentes.

La misa está formada con recuerdos paganos; los ornamentos, lo mismo; el agua bendita es el agua lustral de los antiguos; el canto llano procede de distintas melodías griegas; el rosario lo tomaron los cristianos de los moros en la época de las Cruzadas, y éstos, a su vez, de los budistas.

Parece que fue Pedro el Ermitaño el que trajo a Europa el rosario desde Palestina en el siglo XI. El incienso y el agua bendita se empleaban en los viejos cultos europeos y asiáticos. La tonsura, la sotana, la casulla, son paganas. Las procesiones y

peregrinaciones también. Respecto al ascetismo, los judíos dicen que no procede de ellos, que viene de Oriente, de otros países.

En el ascetismo cristiano hubo sin duda influencias orientales y del culto órfico de Grecia.

Así considerado, no hay nada original en el cristianismo; tiene los mismos elementos que la mayoría de las religiones: Dios, Trinidad, inmortalidad del alma, cielo, infierno, purgatorio, cultos, mitos y vestiduras...

Hay autores católicos que argumentan diciendo que, puesto que las ideas de la Trinidad y la inmortalidad del alma y la existencia del infierno son generales y defendidas con tesón, esto demuestra que son ciertas.

¡Qué puede valer la creencia de pueblos primitivos bárbaros y sin cultura! Poco seguramente. Si por el deseo bastara, muchos militares que sueñan con ser Césares o Alejandro lo serían, y lo serían los que aspiran a ser millonarios, sabios, grandes filósofos o grandes escritores, pero el deseo no vale nada.

Ahora, si no hay originalidad en el cristianismo, ¿por qué su expansión? La religión de Buda tenía máximas parecidas a las cristianas. Ciertamente que era una religión lejana y desconocida en Europa. La filosofía de Marco Aurelio no se diferenciaba mucho de la cristiana. El mithraísmo tenía cultos semejantes. Los hebraístas han demostrado que casi todas las frases célebres de Jesucristo están en el Antiguo Testamento, y, sin embargo, todas estas religiones o filosofías quedaban recluidas en rincones aislados y el cristianismo inundaba Europa de Norte a Sur.

El éxito del cristianismo proviene seguramente de su carácter dogmático, afirmativo y prometedor. La filosofía de Epicteto o de Marco Aurelio no promete nada, es una filosofía para señores, para hombres hartos y cansados. El cielo en ella aparece vacío; después de la muerte no queda rastro de la vida. El ateísmo es individualista y aristocrático, no puede ser de masas. Las masas necesitan un mito, una bandera, algo que las una y les dé conciencia de su carácter colectivo. El cristianismo está lleno de promesas ardientes. Es para los ansiosos, para los plebeyos desesperados, afligidos y desgraciados. Es para la gente que no quiere razonar, como hoy el anarquismo y el comunismo son para las masas obreras. El cristianismo buscó el apoyarse en los sentimientos elementales, equiparó al bueno con el malo, al inteligente con el estúpido, consideró que no había diferencias entre los hombres. Esto tenía que satisfacer enormemente a todos los que se sentían miserables.

—No hay sabios, no hay hombres buenos —diría el cristiano—. Yo soy un crapuloso, un sucio, una porquería humana, pero tú no eres mejor que yo.

Esto halaga mucho al hombre.

La idea cristiana y en su comienzo apocalíptica no daba una esperanza lejana, sino inmediata. El espíritu judeocristiano no quería abstracciones ni entelequias, sino

realidades con peso, cuerpo y color.

El reino de Dios, para los cristianos, era promesa a corto plazo. La profecía del Apocalipsis les aseguraba que tras de la lucha con Satán y tras del sacrificio de Jesucristo vendría el triunfo de la Jerusalén nueva.

El Hijo del Hombre juzgaría a los unos y a los otros con sus elegidos en medio de una escenografía pintoresca y de teatro con nubes, estrellas, candelabros y trompetas.

No era seguramente la idea moral y filosófica del Evangelio la que triunfó y trastornó el mundo antiguo, como creen los protestantes, sino la tragedia del Calvario y las esperanzas que hacía concebir el Apocalipsis.

Por lo que leo, entre los protestantes, Jesucristo queda convertido en un inspirado. No hizo los milagros que le atribuyeron. Si hay contradicciones en sus teorías, se deben a sus discípulos. La moral de Cristo es un ideal de justicia en la tierra, y el reino de Dios es la evolución de la Humanidad que va marchando hacia el bien. Si es así, el protestantismo se diferencia muy poco del judaísmo. Para los protestantes, el Hijo del Hombre quiere decir el hombre por excelencia, y el Hijo de Dios es casi una frase sinónima. Naturalmente, para ellos el catolicismo es una desviación.

Harnack, como buen protestante, asegura que en la Iglesia católica no queda nada del espíritu de los Evangelios. Pero ¿cuál es ese espíritu? Nadie sabe señalarlo con claridad; últimamente el novelista Tolstoi era el que creía interpretar fielmente esos libros. Lo que no parece es que los demás estuviesen conformes con él.

Si el Cristo del catolicismo no es el del Evangelio, el Cristo del protestantismo alemán no tiene valor ni realidad. Es un orador, un agitador socialista, que predica la fraternidad humana.

Entre el cristianismo primitivo y el actual hay una diferencia inmensa; aquél es un cuerpo con fiebre y éste es un organismo sin calor. Los conceptos habrán variado mucho o poco, pero la temperatura ha descendido.

¿Cómo volver a la temperatura pasada? Eso ya es imposible. Los mismos ideales que antes producían ansia ahora nos dejan fríos. No es el dogma ni la esperanza lo que ha cambiado; es el hombre, que se ha hecho más viejo y más reflexivo.

Para el hombre de hoy, el punto de vista indiferente y agnóstico es el que mejor le cuadra. Es triste si se toma en serio, y si no se toma en serio no es menos triste. Ver el mundo como un campo de ceniza, donde nada tiene remedio y cuyo final es hundirse en el abismo de la muerte para siempre, no es muy halagador. Ésta es la idea de un europeo pesimista de Occidente y de un budista de Oriente. El uno adorna su desolación con una sonrisa y el otro con unas cuantas prácticas supersticiosas, pero en el fondo es igual.

Hoy los únicos que viven con un ansia parecida a los antiguos cristianos, aunque no tan fuerte ni tan febril, son los comunistas y anarquistas.

«El socialismo —dice el abate Tyrrell en uno de sus libros—, con todas sus brutalidades, su estrechez, su anticristianismo, es más cristiano, más cerca del Evangelio por su entusiasmo humanitario que el eclesiasticismo cínico y frío al cual se opone.»

El socialismo tiene un aire muy semítico. Israel lo realizó con un sentido religioso. Ante Dios, la unidad era Israel. El individuo no era más que una partícula de Israel. El ruso comunista actual no es hoy nada ante el gobierno soviético.

En cambio, Europa fue siempre individualista.

Israel, oprimido por los gentiles, soñaba con vengarse de ellos, como ahora el bolchevismo ruso sueña con deshacer a Francia o a Alemania.

El judío antiguo, que no pudo vencer al gentil con su naturaleza hebrea, lo venció en su hipóstasis cristiana.

El pequeño pueblo judío vencía. Parecía convenir a sus intereses que la Europa fuerte y dinámica de personalidades violentas y agresivas se debilitase, y lo consiguió.

La frase apócrifa que los historiadores eclesiásticos atribuyen a Juliano el Apóstata: «Venciste, Galileo», habría sido más exacta si hubiera sido: «Venciste, Israel». El esclavo vil vence muchas veces al señor noble y lo domina.

La Iglesia ha sido la heredera de ese instinto de dominación.

La técnica de la Iglesia es someter a sus individuos a una disciplina de esclavos para que se conviertan después fácilmente en amos. No se ve otra cosa. Si no ¿qué valor puede tener socialmente el ascetismo sacerdotal y monacal? Si no es una preparación para el mando, no es nada; no tiene significado ninguno.

La Iglesia, en los dos primeros siglos, lucha con las diversas tendencias gnósticas, que son un comienzo de racionalismo y de protestantismo, y con un criterio de justo medio, más negativo que positivo triunfa de las herejías.

La inspiración pasa del individuo a la comunidad; la comunidad la rigen los ancianos, y los ancianos son presididos por el obispo. La ciudad es la cuna de la Iglesia; el campo cuenta poco, y la ciudad se amolda a la *civitas cæsarea*. Es un Estado dentro de otro Estado.

Después, de triunfo en triunfo, al cristianismo ya no le basta el poder del Municipio, sino que necesita el poder del Imperio. Todo poder viene de Dios, ha dicho San Pablo. Roma, que tiene la primacía sobre las demás iglesias, lucha con el Imperio, lo vence al fin y se apodera de él incorporándose todas sus normas. El

cristianismo tiene la ambición de ser universal, católico. El Papa es al mismo tiempo el César.

Así, un Lenin, en nuestro tiempo, a base de ideas confusas y primarias, se convierte también en César y en Papa definidor del comunismo.

Después yo creo que es la teología la que ha contribuido a debilitar la idea cristiana. La teología, sobre todo la escolástica, es metafísica, racionalismo, verbalismo. Los teólogos, con su Aristóteles por estandarte, quieren explicarlo todo. Ellos son los que han comenzado a desmoronar la fe y la moral de Cristo. A fuerza de divisiones y subdivisiones, de silogismos, de sutilezas y de habilidades, han quitado la sencillez primitiva del cristianismo y lo han adulterado. Ellos son los que han dado las armas a los enemigos de la Iglesia. Han querido convertir en matemáticas el sentimiento, y el sentimiento ha volado como un pájaro raro y ha dejado en el antiguo nido unas fórmulas vacías y sin vida.

La historia de las persecuciones religiosas no está muy clara; pero si tiene un deber y un haber, el haber no está del lado del cristianismo. En todo se ha exagerado, pero quizá donde se ha exagerado más ha sido en la relación de las persecuciones de los emperadores romanos. Muchos de estos primeros mártires no fueron sacrificados por su religión, sino por su turbulencia política, por sus agitaciones públicas. Los romanos se zafaban de la cuestión religiosa, y durante el primer tiempo no distinguían a los judíos de los cristianos. A los emperadores y a sus gobiernos no les interesaban las creencias de los súbditos, mientras no produjeran desórdenes callejeros contra el Estado.

La teoría de la legitimidad de la persecución contra el Imperio es cristiana, y antes había sido judaica. Los romanos tenían la idea de la legitimidad de la persecución contra el turbulento. Los credos religiosos no les importaban. En cambio, para los cristianos era lo esencial. Constantino, Teodosio, San Cirilo, Santo Domingo e infinidad de obispos y de frailes dirigen matanzas y asesinatos.

Ya San Agustín, a pesar de predicar a veces la tolerancia, difunde la misma teoría de la Inquisición:

«La persecución de los impíos contra la Iglesia de Cristo es injusta; la de la Iglesia de Cristo contra los impíos es justa.»

Así, no hay otra posibilidad que la guerra sin cuartel. Quizá entre las religiones nacidas de otros troncos: bramánicos, budistas o politeístas se puede establecer la convivencia; entre las que proceden del tronco semítico y las demás no es posible. El odio y la lucha sañuda entre ellas y las restantes será eterno. «El que no está conmigo está contra mí», podrán decir.

He leído y no me han producido ningún entusiasmo las *Confesiones*, de San Agustín. San Agustín es un retórico elocuente y nada más. Tiene una egolatría terrible, siempre habla de sí mismo. Es la jactancia y la megalomanía mediterráneas. Ciertamente es menos rígido y seco que Santo Tomás; tiene más vida, pero aun así no me gusta. A San Agustín prefiero Tertuliano; me parece éste más rudo, más viril y más independiente.

Yo no tengo de Santo Tomás más que la impresión del estudiante que recuerda el libro que ha leído con fastidio y no ha comprendido siempre bien; pero me figuro que este gran organizador de dogmas y de teorías era más seco, menos vivo que San Agustín.

En parte dependerá de la personalidad, en parte debe de depender de la época. San Agustín refleja un tiempo en que el cristianismo ortodoxo y heterodoxo es genial y vivaz. Santo Tomás no; su tiempo es ya sombrío y muerto.

Todo es enfático y todo es egocentrismo en este libro de las *Confesiones*. San Agustín da una impresión de Don Juan en la primera parte de su vida. ¡Habría que ver qué serían aquellos pueblos de Numidia, Hipona y sus alrededores! Probablemente unos pueblos miserables, polvorientos y sin agua. Todos sus placeres serían placeres de sargento de capital de provincia, banquetes con higos chumbos y galanteos con mujeres sucias, sudorosas y malolientes.

En las *Confesiones*, de San Agustín, se comprende la hinchazón y la amplificación mediterránea. Tiene también la petulancia de San Pablo. Los dos se consideran como centro del mundo. «*Scribo generi humano*», dice el escritor cartaginés.

San Agustín me parece muy soberbio, muy enfático, muy populachero; un tipo de tribuno del mediodía de Francia o de Italia, que se sube a todos los guardacantones para echar discursos elocuentes, con los pelos alborotados y los gestos teatrales. Dentro de su petulancia, es prudente. No es como Tertuliano, que parece que se lanza como un toro sobre las ideas sin pensar los resultados y sin saber a dónde va a salir.

Lo que he leído de Tertuliano me ha parecido magnífico. Es un escritor admirable. Tiene una fuerza y una violencia salvaje que comunica al lector. Se ve a un espíritu febril. Así, dice en uno de sus libros:

«*Miserrimus ego semper uror caloribus impatientiæ*» (¡Desgraciado de mí, abrasado constantemente en el fuego de la impaciencia!)

Tiene también un entusiasmo huraño por la verdad. Así dice:

«*Ex surge Veritas, ex surge et quasi de patientia erumpe.*» (Levántate, Verdad; levántate, y por fin aparece.)

He leído también *La religión en los límites de la Razón*, de Kant.

Tenía la idea de que era un autor incomprensible, que escribía en un galimatías confuso. Sin embargo, lo he entendido bien.

¡Qué diferencia entre este libro y los tiquismiquis y argucias de la teología del Seminario!

El libro de Kant me ha parecido de una seriedad, de una nobleza sorprendente.

Es algo como la música de Juan Sebastián Bach. El filósofo, como el músico, busca la armonía sobre las aguas inquietas del mar. Comprendo en parte su mérito, pero comprendo también que no leeré más ninguna otra obra del filósofo alemán; no me encuentro habituado a tales austeridades de pensamiento.

Por ahora todas mis lecturas terminan en la idea de la inanidad de la vida, en que ésta no tiene objeto ni fin claro y determinado. Voy haciendo de leñador. La tala del bosque permite ver con claridad la topografía del terreno que se extiende delante de los ojos, pero nada más. Recuerdo el día que subí al Gorbea con algunos amigos; veía ante mí un espacio limitado y pequeño, hasta que al llegar a la cumbre pude abarcar una gran extensión de tierra y darme cuenta de su forma.

Un tanto asombrado de que yo pueda llegar, en mis consecuencias, tan lejos, he pensado que la religión, en algunas personas, domina zonas de la inteligencia más sentimentales que racionales, como la música. El acorde místico subsiste en mí; ahora, las ideas se han transformado.

Este acorde místico me produce la necesidad de la oración.

¿Oración a quién? ¿Oración para qué?

Se van evaporando en mi espíritu los fantasmas de la religión y de la teología; pero queda el sentimiento religioso, que no sé si podré dirigirlo en otra dirección, aunque sea baja y supersticiosa.

Si cuando estaba en Monleón me hubieran dicho que podía tomar en serio los personajes mitológicos del país vasco, oscuros y sin historia, me hubiera echado a reír. Ahora los considero de tanta importancia como las demás representaciones mitológicas o religiosas, más en parte porque son las mías y las de mi raza.

Un detalle pequeño y sin valor, y que sin embargo me hace daño, es pensar que tendré que abandonar para siempre la sotana. Esta vestidura negra ha sido durante los años de mi juventud mi ilusión y mi sueño. Ahora ya no representa para mí nada y, sin embargo, la tengo un gran cariño.

La acción de la religión y de la moral sobre los hombres me parece muy pequeña y muy ineficaz. Se desencadena la guerra como antes, no se borran los dogmas de la religión y de la moral, pero se cometen toda clase de crímenes y de fechorías de una manera individual o colectiva.

En la práctica, para los individuos no hay más moral que la que produce la

existencia de la política, de la cárcel y de la Guardia civil. Respecto a la moral colectiva de los pueblos, la única moral es la del éxito, una moral cínica.

Mary me ha enviado los *Pensamientos*, de Pascal, en una edición de París de 1672.

Pascal, escritor ardiente, lleno de angustia, de dudas y al mismo tiempo ansioso de tranquilidad y de paz espiritual, me hubiera hecho mucho efecto en otro tiempo de fe; después de estas lecturas no me ha producido ninguno.

No hay aquí novedad en el pensamiento; lo que sí hay es arte de escritor, una expresión clara, aguda y fuerte. Su teoría sobre la naturaleza del hombre, mezcla de excelsitud y de bajeza; su idea sobre la fe es la misma de los padres de la Iglesia. Claro que en estas cuestiones religiosas se barajan siempre cuatro o cinco conceptos antiguos y no se sale de ahí.

Repensando en ideas religiosas y morales y olvidando las frases y las palabras, no añade Pascal gran cosa a la mentalidad de una persona que vive en la duda. Se ve que en esta obra lo esencial es lo dramático del estilo.

Lo que llaman «Apuesta de Pascal» en el capítulo VII titulado «Que es más ventajoso creer que no creer lo que enseña la religión cristiana» es de un practicismo que no tiene para mí ningún valor.

He encontrado que en dos ediciones distintas de los *Pensamientos*, de Pascal, las frases no son iguales.

¿Habrá alguna mixtificación en esto?

Después me he enterado de que los *Pensamientos*, de Pascal, son un conjunto de notas. Al morir el autor dejó éstas sin orden y sin terminar. Sus parientes las recogieron, seleccionaron y publicaron, y años después aparecieron los nuevos fragmentos y salieron a la estampa.

Tras de estos libros que he leído voy a comenzar a leer otros de historia de la Iglesia.

He escrito una carta al profesor amigo contándole la situación espiritual en que me encuentro, lo que he leído, cómo he sido empujado de una cosa a otra hasta encontrarme en esta situación espiritual sin salida. No son detalles teológicos los que me producen dudas, sino que toda la religión se me cae como una costra. Le indico que no me importan los percances materiales. Estoy dispuesto a romper con todo, no puedo vivir con la mentira. Añado que pienso que mi estado no tiene solución, pero que si él entrevé alguna me la comunique.

El profesor me contesta que si he perdido la voluntad de creer no hay remedio por ahora. Que no se recobra la fe con argumentos.

«... Porque de cierto os digo que si tuviereis fe como un grano de mostaza diréis a ese monte: “Pásate de aquí allá”, y se pasará y nada os será imposible. —*San Mateo*, cap. XVII, 20».

El profesor amigo me aconseja que abandone el cargo sin escándalo y que me oculte.

Por si todavía me pueden hacer un efecto salvador, me envía dos obras sobre Jesucristo, una del padre Grandmaison, *Jesucristo, su persona, su mensaje, sus pruebas*, y la otra, *Vida y doctrina de Jesucristo Nuestro Señor*, del jesuita Julio Lebreton.

Mi amigo me indica que le devuelva los dos libros cuando los lea.

No me han hecho efecto. Una obra es apologética y lírica; la otra, la de Lebreton, más teológica. Ni una ni otra añade ni quita nada.

La de Lebreton, la más crítica, no desvirtúa las objeciones del racionalismo. Hay erudición para oponerse a pequeños detalles; mas cuando llegan las dificultades grandes se saca a relucir la fe. Eso no vale la pena.

«Los Evangelios son catequesis producidas por mucho tiempo y definitivamente fijadas por escrito», dice. Esto es probable. Lo mismo los Evangelios han podido estar hechos a base de predicaciones orales como de obras escritas y desaparecidas.

Al hablar del dogma de la Inmaculada, el autor dice:

«María permaneció siempre virgen, Jesús no tuvo hermanos naturales.» Luego el autor añade: «Este punto es para todo católico un dogma de fe». Entonces ¿a qué la crítica y la erudición? Es inútil. Las explicaciones del jesuita sobre las parábolas oscuras no aclaran nada. Respecto al administrador infiel elogiado en el Evangelio, dice Lebreton que Jesús le alaba por su habilidad, por su saberse arreglar.

También podría uno alabar a un falsificador hábil y hasta a un asesino inteligente

por su habilidad y por su inteligencia, pero no sería muy moral.

Cuando el padre Lebreton comenta la frase de Cristo. «Dad a César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios», dice: Principio de fecundidad eterna que debía traer al mundo el orden y la paz.

¡La paz! ¡Y esto lo dice pocos años después de una guerra en que han muerto millones de hombres y cuando los italianos católicos bombardean los hospitales de la Cruz Roja en Abisinia!

Es demasiada candidez o demasiada política.

He querido ver si la teoría contraria a la bíblica, la evolucionista, de la que tan mal nos hablaban en el Seminario, es también sin consistencia o tiene más garantías de verosimilitud.

He leído en un pequeño manual de geología los distintos sistemas cosmogónicos y las hipótesis sobre la formación de la Tierra. La antigüedad de nuestro planeta es evidente. Se calcula necesario, sólo para su enfriamiento, mil seiscientos millones de años.

Se ve que los geólogos no toman en consideración la cosmogonía bíblica ni aun para impugnarla. Todo eso que los días son períodos, que la luz puede existir sin el sol, no se comenta.

Se conoce que los sabios han dicho: «¡A otra cosa!»

Después he leído un resumen acerca del origen del hombre según el transformismo.

Linneo reúne ya al mono y al hombre por sus caracteres naturales en el orden de los primates. Esto es pura zoología y no hay en ello la menor intención tendenciosa.

En este orden los naturalistas aceptan subórdenes y en el suborden de los catarrinos existen, según ellos, además de los monos, los animales antropomorfos y los homínidos. Entre los antropomorfos señalan el género *Antropopithecus* y el *Pithecanthropus*. Entre los homínidos indican varios géneros no bien caracterizados. Del *Pithecanthropus* parece que no hay más ejemplar que el pitecántropo erecto de Java, descubierto por Dubois en 1893.

Se supuso por algunos médicos, entre ellos por Virchow, si algunos de estos ejemplares antiguos de cráneo deformado, en vez de ser tipos de raza, no serían productos de enfermedad o de anomalía patológica.

Descubierto más modernamente que el pitecántropo es el *Sinanthropus pekinensis* encontrado en China en 1930. Es un tipo prehumano que no se puede considerar como un caso de anomalía o de enfermedad porque se han encontrado huesos del mismo carácter de más de veinte individuos iguales en la misma capa geológica a cincuenta metros de profundidad de la superficie de la tierra.

El cráneo que se halló hace poco cerca de Roma en Saccopastore es ya más

moderno, es neanderthaloide, y los antropólogos le asignan una antigüedad de cincuenta mil a doscientos mil años.

Del mismo tipo aproximadamente, y descubiertos hace más tiempo, son los cráneos de Neanderthal y Heidelberg (Alemania), Spig (Bélgica), Krapina (Croacia), Chapelle-aux-Saintes (Francia), Gibraltar y Bañolas (España) y Rhodesia (Africa).

Luego, ya dentro de lo claramente humano, están las razas de Cro-Magnon, Furfooz, etc.

Los eslabones de la cadena genética del hombre no están completos, pero se ve que el camino va por ahí. Por ahora los antropólogos encuentran una laguna entre el mono antropoide y el hombre primitivo. Nadie sabe cuándo y cómo se llenará.

Un investigador, Selenka, demuestra que la forma de la placenta entre los monos antropoides y el hombre es igual. Otro prueba que hay una reacción de afinidad, hecha por un compuesto llamado precipitina, entre la sangre del mono y la del hombre.

El barro con que se hace Adán, la costilla de Eva y la serpiente del paraíso parece que van a pasar ya para siempre a la guardarroía olvidada.

Algunos antropólogos dicen que no admiten el monogenismo, teoría de la pareja humana única como origen, ni aun el poligenismo, la teoría de muchas parejas, porque son partidarios de la ologénesis; pero esta ologénesis no se diferencia en nada del poligenismo, porque en vez de creer en unos cuantos núcleos de nacimiento de la Humanidad se cree en muchos. Así, de Oriente a Occidente se encuentran focos de nacimiento de prehumanos: Java para el pitecántropo; China para el sinántropo; Europa para los prehumanos de Heidelberg, Neanderthal y Gibraltar, y Africa del Sur para el de Rhodesia. América parece que no tiene hombre autóctono, y el primer indio americano es, al parecer, un emigrante como el último blanco o negro llegado allí.

Seguramente nada de esto está aclarado, pero lleva camino de aclararse. Es una verdad en marcha.

Durante estos días, Javier estuvo muy intranquilo.

Una noche su tía Paula le dijo:

—Yo no quiero que te canses ni que te sacrifiques.

—Déjame seguir mi camino —contestó él con rudeza—. Cada uno hace lo que le conviene.

—No.

—¿Cómo que no?

—No, porque tu camino es también el mío.

—¡Tiene gracia!

—No, no tiene gracia. No tiene ninguna gracia. ¿Es que tú eres tan egoísta que no has notado que yo he vivido para ti? Yo he puesto en ti todos mis cuidados y has sido para mí algo que se atiende en todos los momentos. Ahora tú quieres decir: «¿Qué tienes que ver conmigo? Yo tengo derecho a hacer de mi cuerpo y de mi alma lo que me dé la gana.» ¡Pues no, pues no y pues no!

—¡Qué cosas dices!

—Digo la verdad, porque deshaces mi vida y le quitas toda su ilusión.

Al decir esto, tuvo un hipo angustioso y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Javier se quedó sorprendido y estuvo callado sin hacer objeción hasta que su tía Paula se marchó a su cuarto.

Él le había dicho, como Jesucristo a su madre: «Mujer, ¿qué tengo que ver contigo?»

Durante la noche volvió a pensar en lo dicho por aquella mujer y reconoció su razón. Realmente, él era un egoísta y no se había preocupado nunca más que de sí mismo. Ella, en cambio, puso todas sus preocupaciones en él.

Quizá no había pensado nunca claramente que aquella pobre mujer era una víctima también, en la cual nunca pensó ni le concedió importancia.

Javier había obrado siempre con egoísmo. No comprendía su engaño sobre su conducta. ¡Tan absoluta y tan completamente se podía engañar un hombre! Se había hecho cura, ciertamente, porque veía en esta vida una existencia reposada y tranquila; no había seguido a la bella irlandesa porque comprendió que seguirla era emprender una vida insegura, miserable y quizá trágica, en país extranjero. Odiaba las explicaciones, por egoísmo, y temía las consecuencias por la misma razón. *Ubi et quando innocens fui?* (¿Dónde y cuándo fui inocente?), podía preguntarse como San Agustín.

—Un poco mejor o un poco peor, igual que todos —murmuró al reaccionar de su mala opinión sobre sí mismo—. ¿Es que seré yo también un epicúreo, como decía

Basterreche? Si es así, ¿para qué ocultarlo y disimularlo? No lo había comprendido todavía —se dijo—. Ya aclarado mi caso, cuando venga el tiempo decidiré.

La explicación fue beneficiosa para los dos. Javier se dispuso a cuidar de sí mismo, más por ella que por él, y a dar a la tía Paula explicaciones de lo que leía y de lo que pensaba.

Ella comprendió el cambio.

—Creo que he perdido la fe —le dijo una vez.

—Sí, ya me lo estaba figurando.

—¿Y qué hago? ¿Qué crees tú que debo hacer?

—Piénsalo, lo que tú digas y lo que tú decidas se hará.

—Entonces esperaremos.

El desmoronamiento de su fe y el comienzo de su irreligión no era un fenómeno improvisado en su alma, como le pareció al principio. Se había ido preparando poco a poco; habían colaborado en él las enseñanzas del confesonario, las conversaciones con Basterreche y con los socialistas, el viaje a Lourdes y al monte Aralar, la actitud de los curas del pueblo y hasta el hablar con Shagua. Por todas partes le había llegado la incredulidad y el escepticismo. ¿Cómo a los demás curas no les llegaba? ¿Era la fortaleza de su fe o era sencillamente su interés? No lo sabía, pero podía comprender claramente que la duda se cernía por todos los ámbitos de la sociedad española. La gente obrera, socialista o revolucionaria, no era religiosa; la burguesía radical tampoco lo era, y el resto de la clase media se mostraba indiferente. El porvenir le parecía bastante negro para el cristianismo.

Javier no se había fijado gran cosa en el estado de la tía Paula.

Ésta debía de tener alguna grave enfermedad. Su piel se iba quedando amarilla pajiza, los ojos perdían expresión y los pómulos se acentuaban como los de una calavera.

No manifestaba deseo de llamar al médico, no tenía esperanza, había perdido el instinto vital.

Javier se encontró sorprendido con que la vieja criada, la Gumersinda, le dijera que la tía Paula había escogido uno de los sitios del cementerio donde quería ser enterrada.

—¿Pero qué tiene? —preguntó él.

—Tiene grandes dolores.

—¿Y por qué no lo ha dicho?

—Le veía a usted tan reconcentrado en sus estudios que no quería distraerlo.

Javier avisó en seguida al médico joven amigo suyo de un pueblo próximo, con quien había estado varias veces de excursión. Se le consideraba inteligente y entendido.

El médico reconoció a la enferma con cuidado. Javier quedó convencido de que sabía lo que hacía. Después del reconocimiento dijo que la enfermedad de la tía Paula era grave, muy grave, se trataba de un neoplasma del hígado, probablemente maligno.

La tía Paula comenzó a languidecer y en quince días tomó un aire cadavérico. Javier la cuidaba como si fuera su madre.

La tía Paula, aunque se quejaba, no quería quitar sus dolores con inyecciones calmantes, pero Javier se las ponía.

Un día le dijo que quería que llamara al cura del pueblo próximo, a don Pascual, porque deseaba confesarse y tenía cierto pudor en hacerlo con su sobrino.

—¿Y no sería mejor don Martín el de Monleón?

—¿Podrá venir?

—¿Por qué no? Yo iré a buscarle.

Javier tomó un autobús que pasaba por el pueblo próximo; llegó a Vitoria y en Vitoria alquiló un automóvil. Al caer de la tarde estaba con su compañero en casa.

Don Martín se encontraba más flaco que nunca. Parecía transparentarse.

Entró en el cuarto de la enferma y estuvo largo tiempo con ella.

Al salir le dijo a Javier:

—Es un alma pura y generosa. Piensa principalmente en usted y en su porvenir.

Javier sintió una congoja y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Está dispuesta a todo, quiere morir cristianamente y le administraré la

extremaunción —le dijo después don Martín.

Se hicieron los preparativos. Algunos vecinos, aldeanos y aldeanas rudos, entraron con velas encendidas en la mano. Se le dio la unción.

Javier, arrodillado, escuchaba las palabras en latín que decía el cura. En el fondo del alma se sentía seco, sin fe.

Al marcharse la gente, acompañó a don Martín hasta la carretera para que tomase el automóvil. Volvió, se sentó al lado de la enferma y con una de sus manos en las suyas intentó consolarla; pero ella no necesitaba consuelo, se encontraba contenta pensando pasar a mejor vida y dejar sus sufrimientos.

—Vete a seguir tus trabajos —le dijo ella.

Al salir Javier de la habitación quedaban en la mesa, sobre un plato, siete copos de lana, un vaso con agua bendita con una rama de arbusto para emplearla como hisopo y una vela de cera.

A los dos días la tía Paula murió sin conocimiento, con la cabeza trastornada. No tenía dolores. La Gumersinda la atendió como si fuera de su familia. La enferma decía a veces frases incoherentes y quería levantarse de la cama. La Gumersinda bromeaba con ella.

Javier leía al lado del fuego y a intervalos preguntaba:

—¿Qué hace?

—Está igual.

Una tarde, al anochecer, la Gumersinda le llamó a Javier.

—Venga usted —le dijo.

Javier entró en el cuarto. La moribunda parecía la llama que se apaga.

La Gumersinda le sostenía.

—Ya está —dijo lacónicamente.

Había muerto.

Javier pensó que no era un hombre sentimental. No le llegaba a los ojos ni una lágrima. Únicamente se sentía sombrío.

—¡Pobre! Ha vivido para mí y yo no he pensado en ella. Tenía el corazón maternal —se dijo.

La Gumersinda y otras vecinas vistieron a la muerta, y se verificó el entierro. A los dos días del entierro se hizo la función de los funerales en la iglesia. La gente estaba arrodillada con sus velas delante; Javier, don Pascual y otro cura, en el altar mayor, leían los oficios.

Dies irae dies illa

Solvat saeculum in favilla

Teste David cum Sybilla.

(En aquel día de ira, en que se reduce el mundo a ceniza, dicen David y la sibila.)

Después vino la misa mayor y luego los responsos.

*A porta inferi,
Erue, Domine, animam ejus.
Requiescant in pace.*

(De las puertas del infierno apartad, Señor, su alma. Descanse en paz.)

Mientras tanto, Javier daba vuelta al túmulo con el hisopo, echaba el incienso y decía: *Pater noster*. Luego, en casa, estuvo leyendo el antiguo responso, del que no quedan en las ceremonias fúnebres más que las dos últimas frases.

*Libera me, Domine, de morte æterna,
in die illa tremenda,
quando cæli movendi sunt et terra.
Dum veneris judicare sæculum per ignem.
Tremens factus sum ego et timeo,
dum discussio venerit atque ventura ira
Dies iræ, dies illa, calamitatis et miseræ,
dies magna et amara valde.
Requiem æternam dona eis,
Domine: et lux perpetua luceat eis.*

(Líbrame, Señor, de la muerte eterna. En el tremendo día en que los cielos y la tierra se han de conmover. Cuando vengas a juzgar al siglo por el fuego, hecho tremendo que me infunde temor. Cuando venga la conmoción y llegue la ira. Cuando vengas en aquel día de ira, de calamidades, de miseria y de grandes amarguras, dadles, Señor, el descanso eterno y que la luz eterna brille para ellos.)

¡Qué afán de vivir en estas razas ansiosas, como la raza judía! ¡Qué vitalidad la de estos judíos! ¡Qué ansia de ser y de dominar más plebeya! Éste era, sin duda, el sentimiento judaico. No morir eternamente; vivir con los nervios y los músculos y los intestinos, y respirar y no desaparecer, aunque fuera entre calamidades y miserias.

Se veía que al judío lo que le asustaba era la muerte eterna; precisamente lo que buscaba noblemente el budista, lo que a éste le parecía un gran ideal: dormir en el Nirvana.

Sin duda los judíos no consideraban la muerte como una condición necesaria e indispensable aun para la vida.

¡Qué afán de vivir en un país árido y miserable, sin atractivo ninguno, sólo por el gusto de sentirse vivir!

Cinco o seis días después Javier amontonó gran parte de los libros comprados en la huerta, los roció con gasolina y les pegó fuego.

Todavía por la noche estaban ardiendo; con una rama atizó la hoguera; no quedaron más que cenizas. Al día siguiente hizo lo mismo y quemó también su cuaderno de notas.

Hacía frío, y Javier se pasaba muchas horas mirando al fuego, en una contemplación preñada de ideas vagas, informes, siguiendo un razonamiento o un recuerdo y pasando de uno a otro.

Continuaba el mal tiempo.

La nieve iba cayendo en copos grandes y gruesos e iba cubriendo la tierra. A veces pasaban bandadas de cuervos graznando, quizá, de hambre.

«¿Podré vivir así, sin una ilusión, sin una esperanza en nada?», se preguntaba Javier. Se veía mucho más duro y enérgico de lo que él había supuesto. El porvenir era negro para él y no comprendía manera de modificarlo. Después del fruto tormentoso de su corazón (*tormensa parturientis cordis mei*), que dice San Agustín, no le quedaba más que algo de lo que dice este autor que él padecía: *tædium vivendi, metus moriendi* (tedio de la vida y miedo de morir).

El miedo de morir no era muy grande en él.

El pensamiento egoísta en sus cosas lo abandonaba muchas veces por la divagación.

El fuego le acompañaba y le absorbía. ¡Qué misterio también esto del fuego! ¡Qué cantidad de siglos, de miles de años se habrá pasado el hombre contemplándolo maravillado! Antes no sabía su origen; ¿pero es que ahora lo sabe? Tampoco. Sabe cómo se produce; pero por qué, no lo sabe ni lo sabrá nunca.

Allí, en la chimenea, ardía la fuerza del sol. ¡Mithra y la calefacción! Qué broma.

Después pensaba en todo el universo, en las ideas de Arrhenius, y le entraba un poco de vértigo.

En medio de estas fuerzas siderales de astros y de nebulosas, ¡qué tremenda soledad la del hombre que piensa! ¡Qué actitud hubiera tomado un cristiano de los tiempos trágicos ante esta terrible indiferencia de la naturaleza! ¿Cómo hubiera podido encontrar fines divinos o humanos en Orion o en Sirio?

Esta idea de la infinidad del universo y del movimiento sideral le había producido siempre admiración y espanto. Ahora pensaba que era un error, porque cuando los conceptos tienden a sobrepasar la capacidad humana, no vale la pena de ocuparse de ellos. El punto de vista astronómico no valía nada para el hombre.

Había que tomar una posición humana, ¿pero cuál?

Duró mucho el mal tiempo; las nieves se convirtieron en lluvias. Salió el sol y comenzaron a aparecer los tordos.

EPÍLOGO

Un día Pepita y su marido se presentaron en el pueblo en auto. Pepita abrazó a su hermano llorando.

—¿Por qué no me dijiste nada de lo que ibas a hacer? —le preguntó Javier.

—Porque si tú me dices que no me case, creo que no me hubiera casado. Ya me perdonarás, Javiercho.

—Sí, chica, sí.

—¿Y la pobre tía Paula?

—Murió aquí muy tranquila y muy resignada.

—¡Pobrecilla!

—Tú no la querías mucho.

—La encontraba un poco seca; pero la quería por lo que te quería a ti.

Javier le preguntó en qué actitud estaba con relación a su padre.

Pepita le dijo que su padre le había dicho que no quería verla. Ella sentía un fondo de indiferencia hacia él.

—¿Entonces has reñido con nuestro padre?

—Sí; no pienso verle. Es un egoísta. No le tengo cariño ninguno. A ti te ha fastidiado, y a mí me ha querido fastidiar también; pero no me importa nada lo que diga de mí; no pienso ni escribirle una vez siquiera.

Desde su punto de vista, Pepita tenía razón. Pepita y Basterreche querían dar una impresión alegre. Comieron juntos.

—Creí que había hecho algo útil en la vida —dijo Javier en la conversación—, y veo que no he hecho nada.

—¿Y quién lo hace? —contestó el médico—. Has vivido para los demás. Vive ahora un poco para ti mismo.

—Tiene razón Joshe Mari. Es lo que debes hacer, Javiercho.

Pepita y su marido dijeron a Javier:

—Lo que debías hacer era venir a Bilbao a vivir a nuestra casa.

—Ya veremos más tarde.

Después de comer Basterreche dejó a los dos hermanos que hablaran largamente. Él se sentó en el piano. Estaba un poco desafinado. Preludió y cantó el *Adio Euskal Herriari*, de Iparraguirre:

Gazte gaztetandikan

Herritik kanpora,

Estrajeria aldean

Pasa det denbora.

Herrialde guztietan

Toki onak badira,

Baina bihotzak dio:

«zoaz Euskal Herrira».

(Cuando era joven, muy joven, salí del pueblo, y en países extranjeros he pasado el tiempo. Cierto que en todas partes hay buenos sitios, pero el corazón dice: «Vete al País Vasco.»)

—¿Sigue tu marido cantando? —preguntó Javier a Pepita.

—Sí, ya ves.

—¿Os entendéis bien?

—Muy bien.

—Más vale así.

Al caer de la tarde Javier acompañó a su hermana y a su cuñado hasta la carretera, donde tenían el automóvil. Le pareció que Pepita estaba un tanto pesada.

Al despedirse ella le dijo a Javier:

—Javier, ven con nosotros. ¿Qué vas a hacer aquí? Te vas a poner enfermo, triste. Vas a acabar odiando a todo el mundo, y para otro eso no le costará mucho, pero a ti sí.

—¿Por qué?

—Porque tú no has nacido para odiar, sino para vivir entre gente amable y simpática. Yo no te digo que seas un mal cura, ni que te hagas un calavera, ni que contestes a los que te persiguen con el rencor y la rabia; pero sí que te defiendas de ellos, que los olvides.

—Me he olvidado de todo. No tenía motivos de odio.

Pepita demostraba siempre muy buen sentido. Unos meses después Pepita le avisó a su hermano que había tenido un niño y le pedía que fuera. Marchó Javier; ella estaba todavía en la cama.

—¿Dónde está el niño? —preguntó él.

—Ahí lo tienes, parece un chinito.

—Es muy *moñoño* —afirmó Javier, y se arrodilló para mirarle en la cuna.

—Si tú quieres, tú serás su segundo padre.

—¿Ya querrá José Mari?

—Con que quiera yo, basta. Le llamaremos Javier. Tú le dirigirás. Todo menos hacerle cura.

De pronto entró en la alcoba la Eustaqui.

—Aquí tienes a la Eustaqui —dijo Pepita—. ¡Cómo ha crecido y qué guapa se ha puesto!

—Sí, mucho —dijo ella, confusa—. Y la pobre señorita Paula, ¿murió?

—Sí; murió.

—Pobrecilla. Era muy buena para mí.

La Eustaqui estaba más guapa que nunca; alta, sonriente, bien vestida.

Comieron el doctor Basterreche y Javier, servidos por ella.

—¿Habéis traído a la Eustaqui?

—Sí; es una chica muy buena, muy inteligente. La tenemos como de la familia.
Javier nada dijo.

—Me preocupa el pensar que te hemos hecho desgraciado o, por lo menos, que hemos contribuido a ello —indicó Basterreche después.

—No te preocupes de eso —contestó Javier.

Basterreche le miró a los ojos y le estrechó la mano.

Después de comer el doctor se puso al piano y cantó su canción favorita:

*Bautista Basterretxe
mutiko pijua
niri gurdi ardatza
ostuta dihoa.*

Cuando Javier fue a despedirse de Pepita, ella le preguntó:

—¿Te decides a venir, verdad, Javiercho?

—Sí; dentro de unos días estaré aquí.

Madrid, enero 1936.



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.